



1ª entrega SAGA ETERNITY

SOLA EN MI OSCURIDAD

Carolyn Sanfel

SOLA EN MI OSCURIDAD

“Conservar algo que me ayude a recordarte seria admitir que te puedo olvidar”

Carolyn Sanfel

<http://carolynsanfel.es>

www.facebook.com/carolynsanfelescritora

CAPITULO I

Sola. Sola en la inmensa oscuridad de mi pequeño estudio cosmopolita. Los faros de los coches dibujan siluetas misteriosas en las paredes del cuarto. La luz de la vela baila en compañía de la brisa nocturna.

Hace mucho calor y es imposible estar encerrada en estas cuatro paredes.

Nefer, mi preciosa gata persa, no para de dar vueltas. Pobre animal, también tiene calor. La encontré hará cuatro años en un callejón. Estaba desvalida y sola, me recordó tanto a mí... que me la llevé a casa para que pudiéramos hacernos compañía. Sus ojos color miel, y su pelaje color negro como la noche, adornan mi cama, mientras estoy sentada a su lado.

Las noches de julio se hacen cada día más insoportables. Acabo de despertar, y el hambre se hace notar en mi estómago... tengo que salir, pero antes debería coger el bolígrafo y continuar escribiendo. Necesito plasmar todos los recuerdos nostálgicos de mi pasado...

No me queda licor en el mueble bar, pero aún tengo un poco de whisky que trajo mi último "invitado"...

Juliette salió de casa a comprar unas cosas que su madre Paula le había encargado. Le encantaba pasear por las calles y visitar el mercado semanal que ponían en la plaza. Livorno era una ciudad pequeña pero muy comercial. En sus calles se respiraba magia. Había comerciantes que venían cada semana a vender a la Piazza Cavour, de diferentes pueblos de la Toscana.

Juliette disfrutaba conversando con los comerciantes que tenían aquellos puestos llenos de frutas, verduras, carnes, quesos... repartidos por toda la plaza. También acariciaba las telas con estampados exóticos que traían de tierras lejanas y podía disfrutar observando accesorios de plata vieja que podían decorar de forma espectacular el cuerpo de una mujer.

A pesar de sus diecisiete años, se sentía muy orgullosa de haber nacido en Livorno. Aunque su gran sueño era vivir en la ciudad de Florencia. La gran capital de la Toscana.

Era el año 1570 y Juliette era una joven enamorada del arte. Le parecía increíble, como su país podía abarcar tanto talento. En pleno Renacimiento,

todo lo que le rodeaba en aquel siglo eran descubrimientos, construcciones arquitectónicas y sobretodo arte, cientos de pinturas y esculturas que vestían las principales ciudades de Italia. Empezó la escuela a edad temprana, y siempre le había puesto mucho interés. Cada vez disfrutaba más de las explicaciones de su profesor, el sr. Nicolás Lazzero, quien le había transmitido la gran fuerza del arte. Desde entonces, su vida siempre había sido el arte. Estudiarlo era su gran pasión.

Día a día, había ido devorando libros y más libros de todo lo que fuera arte; pintura, escultura, arquitectura... las conocía todas, desde la primera piedra romana, hasta la última obra más reciente.

Juliette tenía una vida muy sencilla. Vivía en una casa de piedra, repleta de amor y cariño, junto con sus padres, Paula y Marcelo y su hermano mayor Silvio.

Cada día asistía a la escuela junto con su inseparable amiga Marina y había conocido a Valentino, un joven de diecinueve años que le había hecho conocer la primera chispa del amor.

Terminó de comprar lo que su madre le había mandado y abandonó el mercado. Giró por la Vía Giuseppe Verdi, y se dirigió con pasos tranquilos hacia su casa. Ya era casi mediodía y su madre la estaría esperando.

La oscuridad inundaba mi habitación. Nefer se había tumbado a mi lado y estaba cerrando sus ojos. Su ligero ronroneo me hacía sentir pacífica. Me transmitía paz. Paz, en un alma que ya estaba maldita. Desde hacía casi cinco siglos, mi alma había sido saqueada y ahora, lo único que calmaba mi angustia y apaciguaba mi hambre, era la sangre.

Descorrí las gruesas cortinas de mi habitación y pude ver como descansaba la ciudad de Florencia en esa noche caliente y solitaria. Las pequeñas luces de las farolas iluminaban las estrechas calles y los transeúntes paseaban hacia un lado y otro sumidos en sus propias vidas.

Debía vestirme y salir. El hambre cada vez se hacía más fuerte y no podía dejar que me dominara. Tenía que salir a cazar y lo haría ya.

Me puse unos vaqueros ajustados, una camiseta de tirantes y un calzado cómodo. Lo bueno de ser inmortal es que mi cuerpo siempre se mantiene igual. Está mal decirlo pero dependía de un gran atractivo físico para seducir a mis víctimas.

Mi cabello dorado como el sol, era lo único que me recordaba a él. Desde hacía siglos no había vuelto a verlo, solo en imágenes de películas o fotografías. Y lo añoraba. Añoraba sus rayos de sol penetrando en mi piel, y bañándome de calor...

Mis ojos antes marrones y ahora de color ámbar, eran suspicaces y astutos. Con una visión que jamás pensé que existiría. Y mi oído, ahora más afinado, me permitía estar siempre en alerta ante cualquier situación.

Mi piel, era pálida como una estatua del mejor mármol florentino. Irradiaba, luz y suavidad, y era más sensual que nunca.

Y mis colmillos... mis adorables colmillos que luchaban por salir cada vez que la sangre de un humano penetraba en mi olfato... Blancos como la nieve más pura y mortales como la hoja de la mejor espada medieval.

Al llegar a casa, se dirigió a la cocina, donde su madre había empezado a preparar la comida del día.

Nada más entrar, Juliette pudo oler a especias, con las que su madre maceraba la carne, dejándola jugosa y sabrosa. Le encantaba ver como manejaba los utensilios de cocina y como preparaba platos exquisitos que después su familia disfrutaba.

Ese día su madre estaba preparando carne de cordero con higos y de postre se podía oler en el horno de leña una torta de almizcle terminándose de hacer.

“Mmmm...” pensaba Juliette con tan solo olerlo. Su madre se giró y le dijo:

—Carina mía, ¿Por qué has tardado tanto?

—Perdona madre, pero es que han traído unas telas preciosas de color vino, que no he podido evitar tocar y mirar.

—Siempre en las nubes, hija. —Y la besó en la frente.

Su madre, era una mujer preciosa y realmente excepcional. Tenía el cabello rojizo, muy largo, aunque siempre lo llevaba recogido en una larga trenza que le caía por la espalda. Tenía unos ojos castaños de una gran alegría que siempre mostraban el estado de ánimo de su madre. Eran el espejo del alma, como siempre se decía.

Salí a la oscura noche. El calor me acogió y mi cuerpo sudoso, necesitaba alimentarse más que nunca.

Caminé unos pasos hacia el bar de la Via de Bardi, donde siempre encontraba algún que otro atractivo joven un poco ebrio, para poder calmar mi sed...

En seguida, mis colmillos presionaron mis encías, luchando por salir, y atravesar la piel. Había sentido el olor dulce que la sangre desprende cuando está mezclada con alcohol.

Era un joven alto, de pelo oscuro, y mirada perdida. Acababa de salir del bar, despidiéndose de alguien con la mano, y se había entregado a la noche en soledad.

Me acerqué a él, con apariencia inocente. Le pregunté:

—Perdona, pero no sé dónde está la Via di Belvedere. ¿Podría hacerme el favor de indicarme hacia donde tengo que ir? —Mi mirada penetrante entró en contacto con sus ojos. Tenía un ligero estado de embriaguez, pero aún era consciente de todos sus movimientos.

“No será difícil” pensé.

—Por supuesto encanto... —Me saludó mostrándome su mejor sonrisa. Sexy y a la vez astuta. Sus dientes eran magníficos, con un brillo que bajo la luz de la farola se reflejaban con más énfasis. —Si quieres, puedo acompañarla, por casualidad, me dirigía allí, que es cerca de donde vivo... — Me sonrió otra vez—. Me llamo Joseph.

—Muy amable por su parte. Hay pocos caballeros en este siglo... me llamo Juliette. —Extendí la mano para que se encontrara con la suya.

Y el contacto se produjo. Cuando colocó su mano en la mía, un ligero escalofrío recorrió su cuerpo.

—Encantado, Juliette. No sé porque pero siento una sensación extraña a su lado... —Sonrió de nuevo, pero esta vez, no fue una sonrisa de galantería, no, fue una sonrisa nerviosa. En su cuerpo estaban encendiéndose las luces de emergencia.

Paseamos juntos, hablando de la noche, del calor que hacía en este mes... y cuando llegamos a la esquina de la Via di Belvedere cerca de los jardines de Boboli, pude ver que no había absolutamente nadie. Se notaba que era un martes a las tres de la madrugada, y poca gente solía pasear a esas horas cuando al día siguiente debía ir al trabajo temprano.

Así que me acerqué más a él. Joseph, en cuanto notó mi cercanía, aminoró el paso, mirándome de reojo y deslizando su mano por mi cintura.

Actuaba con coqueteo y quería algo más de mí, lo que no sabía era lo que yo quería de él. Me paré y me puse frente a él.

Me miró y se acercó más a mí. Olía su excitación y sentía el latido de su corazón pegado a mi pecho.

—No sé qué me pasa, pero es como si tuvieras un imán y me atrajeras hacia a ti. —Sus ojos se iban dilatando mientras sus manos empezaban a acariciar mis nalgas.

Me acerqué más a él, para que sintiera todo mi cuerpo y la excitación lo llevara a entregarse a mí.

—Déjate llevar Joseph, déjate llevar... —Le susurré mientras me acercaba a él.

Y así fue como mis labios se acercaron a los suyos. Sentía su respiración en mi boca, cuando mi lengua buscó la suya. Su cuerpo se entregó a mí, con gran deseo. Mi lengua acariciaba la suya y cada vez con más fuerza. Sus brazos me rodearon acercándome más a su cuerpo y su excitación se hacía cada vez más presente entre mis muslos. La tenía totalmente dura y su corazón ahora palpitaba a gran velocidad. Sus gemidos se hundían en mi boca, mientras le acariciaba la espalda de arriba abajo. Me separé de su boca, escuchando un pequeño sonido de queja por la separación de nuestros labios, y recorrí la suave y tentadora línea hacia su cuello. Lamí su piel. Lo tenía bajo mi dominio y ahora era hora de alimentarse.

Cuando me detuve en la arteria de su suave cuello, mis colmillos rompieron hacia el exterior, con el dolor del hambre y rasgaron su dulce piel. En seguida noté el calor de su sangre en mi boca. “¡Dios! ¡Qué exquisita! ¡Qué sensación tan maravillosa!

Comencé a beber esa dulce miel, que penetraba en mi cuerpo, llenando de pasión cada poro de mi piel.

Me embriagaba esa sensación de poder y a la vez ¡me hacía sentir viva!

A pesar del frío que hacía en el mes de noviembre, los rayos del sol estaban en su esplendor. Esa mañana, Juliette había salido de casa y se dirigía a la escuela. Hoy estaba radiante. Se había levantado pronto para hacer su cama; desayunó y arregló sus cosas para salir de casa, su amiga Marina la estaría esperando al lado de la fuente, donde quedaban todos los días para ir juntas a la escuela.

Entraron en el edificio. Aquel recinto de magnífica construcción estaba lleno de jóvenes deseosos de aprender. Era una época de revolución artística, y Juliette se moría de ganas de aprender cada día más. El profesor Nicolás, estaba sentado acabando de preparar la clase que impartiría esa mañana. Juliette, golpeó la puerta con suavidad antes de entrar y Nicolás la miró.

—Pase signorina Juliette. Estoy acabando de preparar la clase de hoy ¿Qué le trae tan temprano hoy por aquí?

—Buenos días señor Nicolás. Quería preguntarle cómo va el proceso de edificación de la galería degli Uffizi en Florencia, he pensado que quizás usted sabría algo. —Su profesor era de Florencia, y ella no podía evitar preguntarle sobre la última construcción de una galería de arte al lado del río Arno en aquella maravillosa ciudad.

—Pues va muy adelantada, pequeña. Parece mentira con lo joven que es, y lo interesada que está en estas cuestiones. —sonrió.

—Sabe que desde que empecé a estudiar, me he enamorado del arte. Me parece fascinante y maravilloso, como los humanos, pueden transformar materiales como la piedra, o el mármol en magníficas esculturas, y a través de pintura, poder plasmar sentimientos en un lienzo. ¿Acaso no es magia?

—Jaja, ay pequeña. Siempre tan filosófica... es mi alumna preferida, querida Juliette. No pierda nunca ese amor por el arte. —Se levantó y le acercó un libro—. Este libro es un clásico. Se llama *Ilíada* de Homero.

Narra la guerra de Troya en la antigua Grecia. Este ejemplar, ha sido traducido del griego antiguo, a nuestra lengua, hará un año y es la única copia que hay ahora a día de hoy escrita en Florencia, así que cuídalo y léalo. Ya me lo devolverá cuando lo acabe.

—¡Gracias Sr. Nicolás! ¡Muchísimas gracias! —Cogió el libro y lo miró.

—De nada Srta. Juliette. Ahora váyase, que dentro de unos minutos comenzaremos la lección.

Durante la lección del Sr. Nicolás, prestó mucha atención, pese a que su amiga Marina, no paraba de interrumpirla para seguirle contando la última discusión con su padre.

Se conocían desde niñas y siempre iban juntas a todos los lados. Marina era una joven muy atrevida en comparación con Juliette. De cabellos ondulados y castaños con mechuras de color rojo cereza, y de ojos verdes como la hierba recién cortada en primavera, desprendía vitalidad por todos los poros de su piel.

Al mediodía llegó a casa. Su padre y su hermano ya estaban en la mesa,

esperándola para comer. Habían llegado antes del trabajo. Su hermano trabajaba con su padre desde que dejó la escuela. Tenía veintidós años. Era un chico alto y delgado. De cabellos castaños y ojos marrones tenía un gran parecido a su hermana. Siempre sonreía y tenía un carácter muy amigable. Hacía poco se había comprometido con su novia de hacía tres años. Pronto se iría de casa y empezaría su propio futuro junto con Suzanne.

Cuando entró en la cocina para ayudar a su madre, ésta le dijo que en el puesto del pan esta mañana, habían comentado que un barco pesquero llegaría a puerto esta noche. Venían jóvenes pescadores, que habría que ayudar a instalarse en el barrio y hacer que se sintieran cómodos durante la estancia en la ciudad.

—Juliette, al atardecer necesito que estés en casa. Iremos al puerto a recibirlos. Así podremos presentarnos ante ellos y prestarles nuestra ayuda-le pidió su madre.

—No te preocupes madre, aquí estaré. —Deseosa de poder ver un barco pesquero y conocer gente nueva.

Cuando ya me sentí lo suficientemente saciada, antes de que pudiera acabar con su frágil vida, con mi lengua, acaricié los dos orificios abiertos en la piel del joven Joseph, cerrándolos y dejando dos pequeños puntitos rosados en su cuello, que no serían visibles a los ojos de un humano.

Joseph, bajo la influencia aún de mi seducción, se separó suavemente de mí, y mis ojos se clavaron en los suyos, atravesándolos con la mirada y penetrando en ellos para poder borrar los recuerdos de su memoria. Nada de lo sucedido recordaría. Y así fue como se despidió con la mano y se alejó poco a poco de mí. Le agradecí por haberme acompañado a la calle que estaba buscando y me alejé a paso ligero, mientras veía de reojo la figura del joven apuesto que me había alimentado esta noche, y había hecho sentirme viva de nuevo...

Regresé a mi apartamento. Ya pronto amanecería. Mi cuerpo notaba la llegada del sol como si de un estado de embriaguez se tratara.

La debilidad en mí, aunque me hubiera alimentado esa noche, llegaba de forma pausada, anunciándome que el día estaba a punto de asomar.

Aproveché para hacer la compra por internet. Nefer necesita su comida y durante el día me era imposible salir a comprar, así que gracias a los horarios

de los centros comerciales y las compras a través del pequeño ordenador que tenía en casa, podía ir rellenando los armarios sin necesidad de salir.

Cuando acabé, corrí las cortinas y la oscuridad inundó mi habitación. Me eché en mi cama y cerré los ojos. Cada vez me sentía más débil. Hasta que me entregué al descanso eterno...

Por la tarde, Juliette fue hacia casa de Valentino. Pero su madre Carmina, le dijo que no había llegado aún, así que decidió ir a la librería a hacer tiempo hasta que llegara.

Subió por la Vía della Maddalena, que estaba a rebosar de gente. Siguió hasta la Piazza Manin, donde se encontraba la librería y entró.

Buscó el libro entre la numerosa colección de arte que había y se dirigió al mostrador, donde el señor

Ribero la esperaba con su amable sonrisa.

—¿Qué tal está hoy la preciosa Juliette? —Le preguntó.

—Muy bien, señor Ribero. Como siempre. Liada con la escuela y mi lectura...

¿Sabe que este libro está datado del siglo X D.c.? ¡Es maravilloso!

—Pues no lo sabía, señorita Juliette, pero gracias a Usted, ahora sí lo sé.
—Sonrió el amable librero.

—Pues hoy mi profesor, me ha dejado un ejemplar de la Iliada de Homero, ¿la conoce usted, sr. Ribero?

—He oído hablar de ella. Es uno de los poemas más antiguos. Jamás la he tenido en mis manos. —Le contestó el librero.

—En cuanto pueda, se la traeré para que pueda verla. Me ha dicho que es la primera edición traducida al italiano. Ahora tengo que marcharme, pero nos veremos pronto.

Juliette le devolvió la sonrisa y se despidió con la mano, saliendo al exterior de la librería.

Aquel trabajo era impresionante, pensó Juliette. Todo el día rodeado de libros, sintiendo el poder de siglos y siglos de historia y de miles de palabras de la mano de di-versos escritores, cada uno con su pasado a cuestas. “Increíble” afirmó para su interior.

Empezaba a hacer más frío, cuando caía el sol, menos mal que pronto llegaría a casa de Valentino. Tenía muchas ganas de verlo y pronto sentiría el

calor de sus brazos.

—Hola preciosa, ¿Cómo estás? —Le saludó Valentino cuando abrió la puerta.

Era un joven muy alto y fornido para su edad. Llevaba el cabello mojado y desprendía un olor a jabón natural y a esencias de lavanda. Sus ojos, azules como el más profundo océano, buscaron los de Juliette.

Se estremeció en cuanto encontraron los suyos y un ligero escalofrío recorrió su joven cuerpo.

—Muy bien. ¿Y tú? ¿Qué has hecho hoy? —Le dio un beso en los labios y entró detrás de Valentino en el comedor de la casa.

Era un lugar enorme. La decoración que había hecho su madre era exquisita, pocas casas habían así en ese barrio. Siempre olía a flores recién cogidas y se mezclaban con el dulce aroma que desprendía Valentino siempre que se acercaba a él.

Conversaron durante un rato. Pero estaba anocheciendo y Juliette le había prometido a su madre que iría a casa pronto para poder ir al puerto a recibir al barco pesquero.

—Cariño, tengo que marcharme. Mañana pásame a ver por la tarde que mis padres tienen ganas de verte.

Se levantó y Valentino la acompañó hasta la puerta.

—No te marches tan pronto, mi pequeña... —Se acercó a ella y la abrazó. A ella le transmitía mucha paz ese hombre y mucha tranquilidad en su vida—. Sabes que te deseo, ¿verdad? —Le susurró a Juliette en el oído—. Apenas nos vemos y te necesito Juliette... —le besó suavemente el cuello.

—Valen, ahora no puedo, por favor no sigas. —Estaba empezando a excitarse al sentirlo tan sensual en su cuello y además Valentino se estaba haciendo notar en la entrepierna de Juliette con su miembro erecto.

—Tengo que irme, no puedo retrasarme, me están esperando en casa para irnos al puerto... lo siento amor... —Le besó dulcemente en los labios, y ella se marchó hacia casa. Era muy bonito lo que sentía por él y como la hacía sentir cuando estaba a su lado, pero nunca había dado el paso de ir más lejos con él.

No se sentía preparada.

Jamás pudo imaginar lo que sentiría esa misma noche...

Cuando llegó a casa, sus padres y su hermano Silvio ya estaban listos para ir hacia el puerto. Muchos vecinos se sumaron al recibimiento del barco.

Era una noche clara, pero la brisa del mar era fría. El viento jugaba con

los cabellos de Juliette, mientras observaba como el barco se acercaba a puerto.

Cuando el barco atracó, un joven de la tripulación bajó para atarlo al amarre, y todos los vecinos empezaron a saludar a los marineros, según iban bajando.

Eran la mayoría jóvenes, de diferentes edades, y a pesar de la poca luz de la noche, se les veía en los rostros el cansancio de muchos días de navegación.

Desembarcaron cajas y cajas de pescado. Cubriendo el muelle de movimiento de gente, moviéndose de un lado a otro, descargando y cargando toda la pesca.

Juliette estaba conversando con unos vecinos y con su amiga Marina al lado, cuando vio a lo lejos un hombre que acababa de bajar del barco, de casi dos metros de altura. Un escalofrío recorrió su cuerpo, haciéndola vibrar con una extraña sensación. No podía apartar los ojos de él, su respiración se había acelerado haciéndola respirar más rápido, como si le faltara el oxígeno y su corazón latía con gran velocidad. Vestido con un abrigo negro y unos pantalones ajustados a sus fuertes muslos, tenía un cuerpo tan escultural que parecía salido de una novela de aventuras de caballeros escoceses en las altas montañas de Highlands. Su cabello negro y largo, lo llevaba recogido con una cinta, dejando todo su rostro a la vista. Un rostro de tal belleza que el mismísimo dios Zeus lo hubiera considerado un gran desafío. “¡Dios mío! Pensó. ¿Qué me está pasando?” Todo aquel hombre desprendía fuerza y vitalidad de una manera sobrehumana.

CAPITULO II

De nuevo ha llegado la noche y con ella mi despertar...

Abro las cortinas y compruebo que la noche sigue desprendiendo ese calor veraniego que apenas deja respirar.

Nefer, se acerca a mí, con ese suave *miauff* pidiéndome comida. Le abro su latita y en seguida se sitúa en su posición para devorar esa succulenta comida que tanto le gusta. De repente, noté un ligero olor familiar.

Hacía años que no lo había sentido. Todo mi cuerpo se estremeció, empecé a notar que mis pechos se endurecían y entre mis piernas, mi sexo empezaba a palpar de excitación. Era imposible. Ese olor venía de él. Un olor fresco a menta. Era inconfundible. Y cuando me giré, ahí estaba.

Su silueta, de dos metros de alto era inconfundible. La melena negra como el mismísimo carbón, se extendía en sus anchos hombros, dejándose caer sobre su gran espalda.

Sus ojos, grises como la noche más cubierta, me miraron fijamente, haciéndome sentir la mujer más deseada del mundo. ¿Cómo era posible, que aun sintiendo tanto odio hacia él, pudiera excitarme tanto con solo mirarme?

Su sonrisa, dejó ver sus perfectos colmillos, que ahora asomaban entre sus rosados labios, dirigiéndose hacia mí.

—Buenas noches, principessa... cuanto tiempo sin vernos. —Aquella voz casi melodiosa, transmitía poder y sensualidad. Aquel hombre era puro sexo.

—Buenas noches, Giovanni. Hacía una eternidad que no sabía de ti.. — Utilicé un tono sensual hacia él. Yo también sabía utilizar mis armas de mujer y según su cuerpo, y por lo que entre sus piernas se hacía notar, había surgido efecto.

—Estás realmente preciosa. —Se acercaba hacia mí lentamente, con el movimiento de un auténtico felino—.

Te conservas muy bien a pesar de tus siglos... —me cogió la mano y se la llevó a sus labios con un suave movimiento mientras yo paralizada lo observaba sin moverme de mi sitio.

—Gracias. Tú tampoco te conservas nada mal. ¿Qué te trae por aquí Giovanni? —Le pregunté.

—He estado viajando de un país a otro conociendo miles de lugares y descubriendo que hay una nueva raza de vampiros que están haciendo peligrar

nuestra existencia, Juliette. —Me explicó Giovanni.

—¿A qué te refieres? —Había retirado mi mano de sus labios con un gesto rápido y conciso, para no seguir sintiendo el calor que me estaba produciendo el roce de su piel.

—Siéntate, preciosa mía, tengo que contarte todo lo que he podido averiguar. —Se puso justo delante de mí y sin apartar su penetrante mirada, empezó a explicarme...

Unos ojos grises ceniza, ausentes de luz y color, se clavaron en los de Juliette. Un temblor recorrió el cuerpo de la joven desde los pies hasta la cabeza, haciéndola permanecer quieta sin poder moverse del sitio mientras sus ojos no podían ver nada más que él.

Giovanni no pudo reaccionar. “¿Que me está pasando?”, en cuanto clavó la mirada en los ojos marrones de aquella joven, todo su cuerpo se tensó, sintiendo una gran erección, que no pudo contener y que luchaba por el espacio dentro de sus pantalones. Sentía una energía que le arrastraba hacia aquel joven cuerpo lleno de curvas y a aquellos ojos inocentes fijos en él.

Comenzó a acercarse hacia donde ella estaba. Su amiga Marina, salió a su encuentro, presentándose mientras Juliette luchaba por poder moverse.

—Benvenuti a Livorno. Me llamo Marina. —Le saludó Marina, mientras le extendía la mano a aquel misterioso marinero.

—Grazie mille signorina. Yo me llamo Giovanni. —Le besó la mano que Marina le había extendido, pero sin apartar la mirada de Juliette. Lo tenía hechizado. Jamás se había sentido así al mirar a una mujer, pero esta joven lo estaba dominando con sólo mirarlo y lo peor de todo es que sentía una gran atracción hacia ella. Su cuerpo le pedía que la poseyera en ese mismo instante... “¡dios mío, si estuviera sola en un callejón la hubiera hecho mía por completo sin ningún tipo de pudor!...—. Y está joven que la acompaña, ¿es? —Ahora se dirigía a ella.

Juliette tragó saliva como pudo y extendió su mano hacia la de él, para presentarse también. Aquella voz penetrante la había recorrido por toda su piel, ardiendo en deseo por él. Tenía miedo de sentirlo tan cerca ni que su mano tocara la suya, pero en ese momento por pura inercia su mano fue a acabar dentro de la de aquel hombre.

—Juliette. Encantada de conocerle y bienvenido a la ciudad de Livorno.

—No supo cómo le habían salido las palabras. El contacto de su mano con la de él, la había hecho sentir diferente. Jamás había sentido una piel tan fría y a la vez tan suave como la de aquel hombre. Sus pechos se endurecieron y sintió un pinchazo en su entrepierna, como nunca antes había sentido. Toda ella temblaba y su cuerpo había pasado de estar rígido, a ser como una gelatina.

—Encantado Juliette. Espero que me pueda enseñarme su ciudad algún día ya que estaremos aquí durante algún tiempo mientras preparamos el barco para el siguiente viaje. —Le guiñó un ojo, y se acercó la mano de la joven a sus labios lentamente observando en todo momento la reacción de ella. La besó suavemente, dejándose embriagar por el perfume tan maravilloso de la joven. Olía a rosas. Rosas recién cortadas con gotas frescas de rocío sobre sus pétalos rojos como la pasión que estaba sintiendo hacía ella. Junto con ese perfume, también podía oler la excitación que estaba sintiendo esa joven que tenía ante él. Eso le hacía rugir por dentro como si de un animal salvaje se tratara. Tenía que controlarse, no podía dejarse llevar. Juliette notó como aquellos labios también fríos como su piel, se posaban en su mano dulcemente, haciéndola estremecer con una sensación extraña y excitándola al máximo.

“Que bien huele, ¡¡por todos los dioses!!” Giovanni, absorbió el olor de la piel de la joven, conteniendo su gran erección que no le dejaba de palpar atrapando su miembro entre los pantalones.

Aquel hombre le daba miedo, tenía un halo de misterio que lo envolvía y esa mirada penetrante y tan oscura le hacía desconfiar, pero a la vez, sentía esa excitación y atracción hacia él, como si pudiera hechizarla con solo tocarla o mirarla como lo había hecho. No podía seguir parada mirándolo como si no hubiera visto nunca a ningún hombre.

—Le presentaré a mi familia, señor Giovanni. —Se giró para buscar a sus padres y a su hermano, cuando él

la agarró por la muñeca girándola hacia sus ojos.

—Giovanni, princesa. Sólo Giovanni. —Ella asintió, sin poder siquiera separar sus labios para pronunciar ni una sola palabra. Necesitaba tocarlo, besarlo... “por favor Juliette, reacciona” ese hombre era pura pasión y ella estaba a punto de entregarse sin conocerlo.

Marina la observaba de reojo mientras no dejaba de mirar a Giovanni.

Se dirigieron hacia Marcelo, Silvio y Paula, que estaba hablando a unos metros con dos marineros más de la tripulación para presentarle a Giovanni.

—¿Se puede saber qué te pasa Juliette? —Le preguntó Marina a su amiga con un tono muy bajo para que no pudieran escucharlas—. Te has quedado sin

palabras, y ¡eso es muy raro en ti, cariño!

—No lo sé, Marina. Me siento muy rara, y ese hombre... no sé, es como si me hubiera embrujado... —Ni ella era capaz de describir lo que estaba ocurriéndole.

—¡Sí claro! ¡Embrujada! ¡Eso es lo increíblemente apuesto que es! Que está para cogerlo y... mmm...

¡dios mío que hombre! —Le contestó su amiga tan expresiva como siempre.

—La verdad es que parece un dios. Es imposible que pueda desprender tanto poder y sensualidad y además... ¿te has fijado lo grande que es? —No podía apartar los ojos de aquella espalda que tenía delante de ella y esos movimientos al andar de aquel hombre.

—¿¡¡Cómo no me voy a fijar alma de cántaro!!?? Ojalá pudiera sentirlo encima de mí.

—¡Marina, por todos los dioses! —Se enrojeció pero no por lo que había dicho su amiga, sino por lo que ella misma había vislumbrado en su imaginación. Su cuerpo totalmente desnudo cubriendo con todo su peso y toda su fuerza el cuerpo de ella, y embistiéndola sin parar.

—¡Venga ya, Juliette! ¿Cuándo vas a desinhibirte un poco y catar varón? —Le preguntó su amiga soltando una carcajada.

—Cuando llegue el momento Marina, cuando me sienta preparada, te lo he dicho miles de veces, y cambiemos de tema que están mis padres aquí.

Giovanni, gracias a su afinado oído había escuchado lo que había dicho la muchacha, y no pudo contener una pequeña sonrisa al escuchar que Juliette era virgen sintiendo el enorme deseo de poder ser el primer hombre de Juliette.

—¡Bienvenido! Me llamo Marcelo. Este es mi hijo mayor Silvio y mi esposa Paula. ¿Ya veo que ha conocido a mi pequeña Juliette? ¡La princesa de mi casa! —Le saludó Marcelo junto con su mujer e hijo.

El padre de Juliette era un hombre de cabellos blancos por la edad pero que aún mantenía un buen aspecto físico. Siempre había trabajado en la construcción de nuevos edificios en su ciudad. Tenía los ojos color miel y a pesar de su semblante serio era una bellísima persona.

—Muchas gracias familia. Gracias por este caluroso recibimiento. Y sí. Ya he conocido a la princesa. Una verdadera belleza su hija, madamme... ya veo de donde ha sacado ese físico tan encantador... —le dedicó una sonrisa a Juliette, mientras le besaba la mano a Paula—. Ha sido un largo viaje y apenas

hemos podido descansar. Les ruego me disculpe, tengo que buscar al capitán para ver donde podremos alojarnos. Ya está amaneciendo y nos comentó que nos buscaría alojamiento en este barrio.

—Si, joven. Ya hemos hablado con el capitán y hemos ofrecido nuestra humilde casa para que pueda quedarse uno de ustedes—. le comentó Marcelo —. Todos los vecinos han ofrecido sus casas para poder alojaros a todos, así podréis instalaros y conocer mejor nuestra ciudad.

Juliette que estaba junto a ellos, empezó a sentir palpitaciones en el pecho. Deseaba que Giovanni fuera quien se alojara en su casa, para poder tenerlo cerca, no soportaba la idea de que se alejara y no pudiera sentirlo. Era como si dependiera de él.

—Les agradecemos mucho lo que hacen por nosotros pero les daremos mucha faena, Sr. Marcelo. Somos muchos y además nuestros horarios están cambiados con el trabajo del mar. Cuando ustedes duermen, nosotros estamos despiertos y durante el día es cuando descansamos. No sé si será buena idea. —Sonrió Giovanni mientras miraba a Juliette. Por un lado estaba deseando poder estar cerca de ella, pero por otro

no confiaba en él mismo, en esa atracción tan grande que le estaba provocando esa jovencita. Sabía que podía hacerle daño y jamás se lo perdonaría si eso ocurría. Aquella joven era tan frágil y desprendía tanta inocencia que no soportaría la idea de causarle ningún dolor.

—¡Tonterías joven! No tenemos ningún problema, ya lo hemos hablado con el Sr. Dominique y hemos acordado esto. Así que si lo desea Sr. Giovanni, queda usted invitado a nuestra humilde morada para poder descansar los días que estén en Livorno.

—Muchas gracias Sr. Marcelo. Son ustedes muy amables. Se lo agradeceré siempre.. —Le abrazó Giovanni a Marcelo. En aquel momento no supo que hacer. Tenía que aceptar a su invitación, pero lo que no sabía aquel hombre era que estaba metiendo a un ser que estaba salvajemente atraído por su hija en su propia casa.

—¡Pues, andiamo! —Respondió su hermano Silvio, mientras le cogía la bolsa del equipaje.

—Vamos a casa, que supongo que tendrá hambre y necesitará acomodarse un poco. —Le sugirió Paula.

Giovanni miró a Juliette de nuevo, mientras se dirigían todos juntos a casa de los Bounarotti. ¿Veía pasión en los ojos de la joven? Era posible que estuviera excitada por él. Desde luego que él podía oler su excitación. Estaba

excitada cuando la había tocado, cuando la miraba... ¿también ella estaba sintiendo esa atracción por él? “No puede ser, eso no puede estar ocurriendo. Ella es una humana y yo soy... un vampiro, y no estoy utilizando mi influencia para entrar en su mente”.

Cenaron todos juntos en la mesa, mientras Giovanni explicaba aventuras de sus viajes y todos reían al escucharlas.

Giovanni no podía apartar los ojos de Juliette, y ella tampoco de él. Miraba sus labios, como se movían cuando hablaba. Cuando sonreía era el hombre más sexy que había conocido jamás. Su fuerte pecho vibraba al ritmo de sus sonoras carcajadas a través de su camisa fina de lino marcando sus grandes pectorales y esas manos tan grandes y fuertes, aguantaban la copa de vino con una delicadeza, que Juliette, solo podía fantasear con sentir las en su piel.

Avanzada la noche, Juliette se despidió de sus padres y hermano y del misterioso invitado, y subió a su habitación a acostarse. Al día siguiente tenía que ir a la escuela y no podía acostarse muy tarde.

Desde su cuarto podía escuchar la voz de Giovanni que seguía conversando con su padre en el comedor y con esa maravillosa música cerró los ojos para intentar dormir. De madrugada, se despertó con una sensación de frío. Ya no se escuchaba nada en casa, pensó que ya estarían todos durmiendo. Pero sintió un escalofrío en la nuca que la hizo levantarse de la cama y ponerse una bata. Al moverse por su oscura habitación, escuchó la respiración de alguien. Había alguien en su habitación y no podía ver nada.

Unos ojos color rubí, como el mismo fuego, aparecieron en la oscuridad, trayendo a Giovanni hacia ella. “¡Dios Santo! ¿Qué le ocurre a sus ojos? ¿Por qué son rojos? Y ¿Qué hace en mi habitación? ¿Qué hago?” Se preguntó Juliette. Por un lado quería gritar del miedo que le estaba haciendo sentir ese hombre a oscuras en su cuarto, esos ojos rojos que la miraban fijamente... pero a pesar del miedo, se sentía como un imán que la atraía hacia él.

Encendió una vela que tenía sobre una mesita, junto a su cama para poder verlo.

—¿Qué... que hace aquí? —Le preguntó con una voz que apenas se pudo escuchar—. ¿Y por qué sus ojos están... tan rojos? —Estaba terminando la pregunta cuando vio que los ojos de Giovanni volvían a tener el mismo color gris de siempre.

—¿Rojos? Lo habrá imaginado... pero perdona, principessa... no era mi intención asustarle...pero no podía dormir y necesitaba verlo. —Estaba segura

que había visto sus ojos de un rojo intenso, no había sido imaginaciones suyas. Y ahora ese hombre se estaba acercando peligrosamente a ella. Y lo peor es que ella no era capaz de moverse.

Cuando Giovanni entró en la habitación de Juliette, y la vio durmiendo en su cama, tuvo que hacer lo posible para no cubrir con su cuerpo el de aquella joven que le estaba haciendo perder el norte. Las curvas de Juliette, y el calor de su joven cuerpo, a través de las sábanas, le hacían sentir como un

auténtico depredador. Sus incisivos salieron a través de su carne y le dolían por el hambre que aquella joven le estaba haciendo sentir. Lo peor de esa situación, es que no sólo despertaba el apetito de su sangre, sino que además lo estaba volviendo loco de la excitación y las ganas de poseerla y hacerla suya cuando la sentía tan cerca de él. “Mía” pensó. Sólo para él. La necesitaba aquí y ahora y no sabía si podría controlarse como siguiera observándola y sintiendo su sangre palpitar por aquellas tiernas venas.

—Signor Giovanni... no puede entrar en mi habitación. —Sin pensarlo, dio un paso hacia delante, y ahora se encontraba a escasos centímetros de aquel hombre que despertaba en ella una pasión incontrolable.

Tuvo que levantar la cabeza, para poder mirar aquellos ojos plateados que tanto la estaban martirizando con todo ese calor que desprendían. Ese hombre era verdaderamente alto. Alto y grande. De anchas espaldas, fuertes muslos y poderosos brazos. Inmediatamente, notó una mano fuerte deslizándose por su brazo. El roce de Giovanni la electrizó por completo, recorriéndola de arriba abajo. En ese momento, quería más. Giovanni, no pudo contenerse y tuvo que tocarla. Desde que la había visto en el puerto, y le besó la mano, sólo había tenido en su mente volver a tocar y acariciar esa piel. Sentir el calor que desprendía. Se mordió en el labio y una gota de sangre entro en su boca. Fue la única forma de contener su impulso de despojarla de su ropa y hacerle el amor en su propia habitación, en su casa.

Juliette gimió al notar que la mano de Giovanni se deslizaba hacia su espalda, atrayéndola hacia él, y al ver la reacción que había tenido ella, la apretó contra su cuerpo y bajó su cabeza hacia la de ella para buscar sus labios. Así fue como aquellos labios sedientos por los de la joven, los atraparon en un beso de pasión. Si pensaba que olía bien, ahora estaba cayendo en la locura de su sabor. Su lengua buscaba la de Juliette de forma desesperada. Aquella boca tenía la dulzura de la inocencia. Era tierna, suave y su sabor lo estaba volviendo loco. La apretó hacia ella y fue una unión maravillosa. Aquella joven encajaba con él a la perfección. Ambos se

entregaban en un beso que parecía que no iba a acabar nunca.

Ella se sentía mareada. Embriagada. Extenuada. Jamás la habían besado de aquella manera. Aquellos labios fríos, escondían una boca cálida y acogedora. Aquella lengua la estaba haciendo delirar. Las piernas le habían empezado a fallar, pero entonces la había apretado contra él con fuerza, sintiéndose cobijada. Protegida. No quería salir de allí nunca. “¡Cielos! ¿Cómo es posible que eso sea su erección?”

Giovanni se había encajado entre sus muslos con su miembro duro, que ella al notarlo justo delante de su sexo le hizo sentir un fuerte pinchazo de excitación.

“¡No, Giovanni, no! Debes separarte de ella”. Una voz le avisaba que debía separarse de Juliette, borrarle la memoria y marcharse de allí o esto llegaría a ser muy peligroso.

Un temblor por todo su cuerpo la avisó de que estaba en peligro. Aquel hombre a pesar de tanta dulzura y suavidad, le provocaba una sensación de amenaza. Así que se separó rápidamente de él y se alejó todo lo que pudo. Giovanni la miraba quieto en el lugar donde todo había ocurrido y notaba como su respiración estaba totalmente descontrolada. Aquella luz roja que desprendían sus ojos era más ardiente que antes. Y

sin ninguna explicación ni comentario hacia lo que había ocurrido salió de su habitación dejándola totalmente sola.

No podía creerse lo que acaba de pasar en su habitación. Aquel hombre había entrado y la había besado como nunca antes la habían besado. Y de nuevo había visto como aquellos ojos plateados, se inyectaban en fuego, antes de que él abandonara su habitación.

Jamás había sentido lo que aquel hombre le había hecho sentir. Se tumbó en su cama, con la respiración agitada y se hizo un ovillo agarrándose las piernas con sus brazos. Su cuerpo estaba totalmente excitado.

Notaba pinchazos que nacían en su vientre y bajaban a su entrepierna. Ni con Valentino sentía eso, ¿Cómo es posible que aquel extraño despertara en ella tal sentimiento? Si no hubiera sido por la sensación de alarma que había sentido, se habría entregado a él, en cuerpo y alma. Era lo que verdaderamente sentía, anhelaba que la hubiera tocado por todo su cuerpo. Que la hubiera hecho suya esa noche. “Juliette, por favor, no puedes entregarte a ese hombre, ¡ni siquiera lo conoces por dios!”. Fue el último pensamiento que tuvo antes de cerrar los ojos.

¿Que tenía aquel hombre que despertaba en ella las más prohibidas e

inhóspitas sensaciones?

Aquella mirada penetrante, aquellos labios, aquellos brazos rodeándola y ese miembro deseoso de su cuerpo... no podía borrarlos de su mente. ¿Por qué se sentía tan rara?

¿Quién era aquel hombre que irradiaba tanto misterio?

—A pesar de ser inmortales como nosotros no son vampiros normales, se llaman snaiders. —Me explicaba Giovanni—. Por lo que he podido averiguar, gracias a un snaider que pude atrapa pude sacarle algo de información, están siendo creados por Erwan. Él es uno de los vampiros más antiguos, se dice que es un original, fue creado de la sangre más pura de nuestros padres y creadores egipcios, Osiris, Isis, Seth y Neftys. Él es el que está creando estos vampiros pero lo está haciendo con la ayuda del dios Seth. Los están creando para asesinar y atacar a la especie humana. Se alimentan de sangre, no utilizan un comportamiento civilizado y actúan sin discreción. Van dejando cadáveres a su paso y además en muchos países los gobiernos están empezando a actuar y a tomar medidas sobre los asesinatos.

—¡No puedo creerlo Giovanni! —Es lo único que pudo salir de mi boca—. Esto que me estás contando es algo que se escapa de nuestras manos. ¿Qué podemos hacer contra ese tal Erwan? ¿Y un dios antiguo?

Son mucho más poderosos que nosotros ¿Cómo vamos a poder hacer para detener esto?

—Por eso he venido a verte Juliette. Necesitaba explicártelo y poner algún plan en marcha. Eres una vampira antigua, y necesito tu ayuda y tu fuerza para intentar luchar contra ellos. —“A parte de que no puedo estar lejos de ti, de tu cuerpo, y de dejar de sentir lo que siento cuando no te tengo debajo de mí...”

—¿Me estás diciendo que iniciemos una guerra entre vampiros? —En ese momento no sabía que pensar.

Me había bloqueado por completo.

—Sí, Juliette. Será lo mejor. Tendremos que hacer algo. No podemos arriesgarnos a que nos descubran, ni permitir que se estén creando semejantes sin control y que invadan ciudades enteras, cubriéndolas de cadáveres a sus pasos. —Su rostro enrojecido mostraba impotencia algo que jamás había visto en el rostro de Giovanni desde que lo había conocido. Verdaderamente

estábamos en un grave problema.

—Giovanni, no sé si estoy preparada para esto que me pides. Soy fuerte para matar a vampiros como nosotros pero no tan poderosa para combatir contra dioses. —Pensé enseguida en cómo había matado en más de una ocasión a vampiros que se habían enfrentado a mí y no me había sentido nunca bien por ello.

Había varias formas de matar a un vampiro. En los libros y en las películas de la actualidad habían tratado el tema de la muerte de un inmortal de varias maneras. Desde la estaca en el corazón hasta el agua bendita; pasando por plata, crucifijos y fuego. Solo pensar en el fuego me hizo estremecer. El fuego era mortal para nosotros y la estaca en el corazón; junto con el sol y la decapitación, era lo que podía matarnos.

El tema de la plata, sí nos hacía daño, pero no era algo mortal. El agua bendita, hoy en día no nos hacía absolutamente nada. Nos podíamos bañar en ella si queríamos, porque a día de hoy no había curas lo suficientemente poderosos para bendecir el agua a través de dios.

Y los crucifijos, pues un bonito adorno, para quien le guste. Hay muchísimas leyendas de vampiros, pero pocas son reales.

Después de salir de la habitación de Juliette, Giovanni tuvo que marcharse de casa y adentrarse en la oscuridad de la noche. Por aquellas callejuelas encontraría a alguien que pudiera quitarle esa hambre que sentía.

¡No podía creer lo que acababa de hacer! “¿Qué me ha pasado esta noche? ¿Por qué he entrado en su habitación? ¿Por qué no he borrado su memoria?”. Se sentía enfadado. Estaba reprochándose su actitud tan salvaje y tan irresponsable. Debía de haberle borrado la memoria a Juliette. Ahora ¿Cómo iba a mirarla sabiendo lo que había pasado en su cuarto? ¿Y si ella se lo contaba a sus padres? “Estoy

acabado, se lo dirán al capitán y perderé todo lo que he conseguido hasta ahora. Todo por una joven.”

Cruzó varias calles y se adentró en un callejón donde había escuchado a una pareja discutir. Se paró a la entrada del lugar, y los observó. Parecía que ella le estaba reprochando algo a quien se supone era su pareja, y ahora él le estaba pidiendo perdón y rogándole una segunda oportunidad.

Despacio se acercó hasta donde estaban y le preguntó a la joven si

necesitaba ayuda. Era una mujer alta, esbelta y con un cabello negro largo. Tenía un rostro bonito, aunque apenas había luz por las antorchas que prendían en la calle, él tenía una gran visión en la oscuridad que le permitía atacar a sus víctimas.

—¡Eh tú! ¿Quién te has creído que eres para meterte en una discusión de enamorados? —Le reprochó el hombre a Giovanni.

Era un hombre más bajo que la mujer que tenía al lado, ataviado con un abrigo oscuro, tenía el rostro muy delgado y ahora lo miraba con ganas de lanzarse a pegarle si no se iba.

—Perdona, pero le he preguntado a la señorita. . —De nuevo se dirigió a ella. —¿Se encuentra bien? ¿Desea que la acompañe a su casa?

—¡Pero bueno! ¡Ya está bien! —Se lanzó el hombre a por Giovanni desplazando su brazo para asestarle un puñetazo.

Giovanni, lo esquivó, agarrando al hombre por la cabeza y con un rápido movimiento, clavó sus incisivos en el cuello del hombre haciéndolo gritar de dolor. Bebió de su sangre rápidamente mientras la mujer gritaba más fuerte que su pareja y con un giro salió corriendo lejos de los dos.

Dejó el cadáver del hombre en el suelo y en un segundo se encontraba delante de la mujer que no paraba de gritar y lloraba desesperadamente.

La agarró y le tapó la boca, mientras entró en su cuello y la devoró con tanta fuerza, que ese débil cuerpo empezó a crujir. Estaba aplastándole los huesos mientras la agarraba y cuando ya dejó de latir su corazón la dejó caer.

Se sentía saciado de sangre, pero su cuerpo aún reclamaba sexo. Aún reclamaba el cuerpo de Juliette. No podía sacársela de la cabeza.

Se deshizo de los dos cadáveres, agarrándolos y colgándoselos a su espalda. De un salto, voló hacia el cielo y se dirigió mar adentro para deshacerse de los cuerpos y no dejar rastro de lo que había ocurrido.

Cuando acabó, se marchó de vuelta a casa del Sr. Marcelo y sin hacer ruido subió a la habitación que le habían dejado ocupar durante los días que estuvieran en Livorno. Pasó por delante de la puerta de la habitación de Juliette y se paró. Podía olerla desde fuera. Sentía ese olor tan maravilloso a rosas y podía escuchar los latidos de su corazón, que palpitaban lentamente. Ella ya estaba relajada y descansando.

Apoyó la frente en la puerta de la habitación de la joven, conteniendo los impulsos de entrar. “¿Qué me has hecho, Juliette?”... y se dirigió hacia su cuarto para descansar. Ya pronto amanecería y debía asegurar que ningún rayo de sol entrara en la estancia mientras él descansaba.

CAPITULO III

Juliette se despertó. Estiró su cuerpo entre las sábanas y su primer pensamiento fue dirigido a Giovanni.

“¿Estará dormido?” se preguntó. Pero pronto se acordó que Giovanni le había explicado a su padre que durante el día dormían por el horario cambiado que llevaban al pescar por la noche, así que supuso que estaría dormido.

Se lo imaginó en su cama, todo aquel cuerpo tan maravilloso extendido bajo las sabanas. ¿Dormiría sin

ropa? ¿Abrazaría a la almohada con su fuerte brazo? Se lo imaginaba de miles de formas durmiendo. Veía su rostro con los ojos cerrados y una respiración lenta y se imaginaba ella a su lado. Abrazándolo, acariciando su cara, sus labios... “Esto no puede ser bueno, Juliette, despierta de una vez”.

Se levantó de la cama y se aseó con el agua de la jofaina y se secó con una toalla de tela gruesa que su madre siempre le ponía al lado.

Se vistió y bajó a desayunar a la cocina, donde su madre ya estaba encendiendo el fuego.

—Buenos días mi niña. —La recibió su madre.

—Buenos días madre. —La besó y se sentó en la mesa para comer algo.

—¿Qué tal fue anoche? Os escuché hablar hasta tarde. —le preguntó Juliette a su madre.

—Muy bien cariño. Giovanni no paraba de explicar cosas y nos tuvo entretenidos hasta bien entrada la madrugada. Esta mañana a tu padre y a tu hermano les ha costado mucho sacar el pie de la cama. Ese pescador es un hombre encantador, tiene una muy buena educación. —“No lo dudaba para nada, y sobretodo besaba como los ángeles”, pensó Juliette con una pequeña sonrisa en sus labios.

Durante la mañana en la escuela se la pasó respondiendo a las preguntas de su curiosa amiga Marina que no hacía más que preguntarle sobre Giovanni.

—¡Oh, vamos, Juliette! ¿Qué contaba? ¿Está casado? ¿Prometido? ¿O quizás trágicamente viudo y necesite cariño y comprensión? —Le guiñó el ojo su amiga mientras la agarraba del brazo cuando se dirigían a la salida de la escuela.

—Por favor, Marina. Para ya. Ya te he dicho que no se habló de nada de

eso, por lo menos mientras yo estuve en la mesa. Luego me marché a dormir, y no sé de lo que hablaron mi familia y él. —Intentaba no mirarla mucho a los ojos por miedo a que la notara diferente. Desde luego que ella se notaba muy diferente esa mañana. Estaba pletórica. Aquel beso furtivo en su habitación con aquel hombre, la hacía sentir viva como nunca antes se había sentido. Estaba deseando volver a verlo.

—¡Pues vaya espía que tengo! ¿Y ahora como me entero yo de cosas de ese hombre, si mi amiga no me echa una mano? —Se detuvo su amiga a la salida.

—¿Espía? ¿Quieres que lo espíe?

—Bueno, quien dice espiar, dice enterarse de algunas cosillas de interés de tu mejor amiga, soltera, que por cierto se ha quedado coladita del invitado que tienes en tu casa.

—No tienes arreglo, Marina... —Sonrió Juliette. Su amiga era una gran persona. Eran inseparables desde que tenían cuatro años y desde entonces habían crecido juntas. Tenía un cuerpo esbelto, era un poco más alta que Juliette y siempre llevaba carmín en sus labios. Era un auténtico bombón. Desde luego que tenía a medio pueblo enamorado.

Se fueron juntas hacía casa, y pasaron a visitar a su padre y a su hermano Silvio, mientras trabajaban en la construcción del Ospedale di Livorno. Se había empezado a diseñar específicamente para la cuarentena de los viajeros enfermos y de mercancías, para evitar la propagación de epidemias peligrosas. Era una construcción enorme y le gustaba ver como cada día, esas piedras daban paso a un gran edificio donde albergaría en un futuro la medicina más avanzada de los siguientes siglos.

Saludó a su padre y hermano desde abajo y se encaminaron hacia casa. Marina se despidió de Juliette hasta el día siguiente y entró en casa.

Ayudó a su madre en las tareas de casa y al mediodía comieron Juliette y su madre.

—¿Entonces dormiré todo el día, el Sr. Giovanni, madre? —Le preguntó.

—Pues hija, eso creo. Y no le llames Sr. Giovanni, que nos dejó bastante claro que sólo le llamemos por su nombre y no de Usted.. —sonrió Paula mientras le servía a su hija para comer.

—Mmm... madre, ¡esto está delicioso! —Apenas pudo acabar la frase porque ya se había metido un trozo de pan de calabaza en la boca.

—¡Que glotona estás hecha, pequeña!

Mientras comían y conversaban de cómo les había ido la mañana, Juliette

no podía evitar mirar hacia

arriba en la escalera, como si en un momento a otro pudiera aparecer la silueta de Giovanni. Necesitaba verlo. Necesitaba mirarle a los ojos y ver su sonrisa. No sabía cómo podría reaccionar, después de aquel beso.

Acabó de comer, y se sentó a leer un rato el libro que le había prestado su profesor, para intentar distraerse y no pensar en Giovanni. Sentía como una especie de obsesión hacia él, y estaba esperando con impaciencia a que llegara el anochecer para poder verle.

Su padre y su hermano regresaron a casa. Ya era tarde y había anochecido, pero seguía sin haber rastro de Giovanni.

—¿Qué tal, pequeña mía? —La saludó su padre dándole un beso en la mejilla. Traía cara de cansado después de toda la jornada de trabajo y ella lo abrazó con fuerza como siempre hacía cada vez que llegaba a casa.

—Muy bien, padre. Ahora mismo iba a ayudar a madre con la cena. —Se giró y saludó a su hermano que se estaba quitando el abrigo en la entrada de casa.

Miró por enésima vez a las escaleras y se entró en la cocina.

Mientras ayudaba a su madre sumida en sus pensamientos hacia Giovanni, escuchó la voz de Valentino, a su lado.

—¿Pensabas en mí, cariño? Con esa expresión que tenías en la carita... —Le preguntó a Juliette con una sonrisa dibujada en su rostro. La agarró por detrás y le besó dulcemente el cuello. Ella se giró, pero al ver la expresión que acababa de asomar en el rostro de la joven al verlo, supo que no era en él en quien pensaba. Aquella chispa que antes desprendían los ojos de Juliette, no la encontraba ahora.

Juliette ya no sentía aquel cosquilleo que sentía cuando Valentino se acercaba a ella.

—Hola Valentino. ¿Cómo ha ido el día de hoy? —Le sonrió esperando una breve respuesta.

—Bien cariño. ¡Hola señora Paula! —Saludó a la anfitriona de la casa que estaba junto a Juliette—.

¿Cómo están?

—Muy bien Valentino. ¿Y tú qué tal? ¿Cómo va el trabajo? ¿Y tus padres, están bien—.

. Preguntaba su madre mientras Juliette pelaba patatas.

—Si, señora Paula. Están todos bien. Y el trabajo por ahora no me quejo, estamos teniendo muchos beneficios y mi padre está muy contento. —Se giró

hacia Juliette—. Te he echado mucho de menos. —Cuando se acercó más para abrazarla, fue la voz de Giovanni en la puerta de la cocina, la que hizo que Juliette se separara de Valentino. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo y giró su cara para encontrarse con el rostro de aquel hombre que tanto había añorado ver durante todo el día.

—¡Buon pomeriggio, familia! —Se acercó Giovanni hacia donde estaba ella y Valentino.

—Encantado de conocerle Sr. Giovanni. Yo soy Valentino, el novio de Juliette. —Le extendió la mano a Giovanni el joven. “¡Qué grande es!” pensó Valentino.

Todo pareció ocurrir en una centésima de segundo. Aquel impresionante hombre ahora estaba junto a ellos y agarraba la mano de Valentino para saludarlo mientras no quitaba ojo de Juliette.

¿Eran eso chispas en los ojos de Giovanni? Aquellos ojos grises parecían que brillaban con fuego.

—Encantado Valentino. Llámame Giovanni, si me llama de usted me hace sentir muy viejo. —Sonrió mientras le estrechaba la mano.

Se sentaron los dos, mientras Juliette y su madre iban poniendo la mesa para cenar. Definitivamente para Juliette, Giovanni estaba siendo algo fuera de lo normal. Se sentía atraída hacia él de una forma mágica.

No podía apartar sus ojos de los de él y deseaba volver a besar aquellos labios y a sentir su sabor fresco dentro de su boca. En la mirada de Giovanni también notaba que él no podía apartar la vista de ella y eso la hacía sonreír en su interior.

Giovanni tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no arrancar la cabeza a aquel joven que estaba abrazando a Juliette cuando él entró en la cocina. Había estado todo el día durmiendo, en un estado casi inerte el en cual descansaban los vampiros durante el día, y aun así, el rostro de Juliette no dejaba de atormentarle en su descanso.

En cuanto abrió los ojos y la olió, supo que estaba cerca. Aquel perfume a rosas, era inconfundible. Así que se vistió y bajó en seguida para poder verla. Tenía ganas de abrazarla y de sentirla de nuevo junto a él.

—¿Te quedas a cenar Valentino? —Le preguntó Paula rompiendo aquel silencio.

“No, por favor” pensó Juliette mientras miraba a Giovanni y él la estaba mirando como si hubieran conectado en el mismo pensamiento.

—No, Sra. Bounarotti. Muchas gracias por el ofrecimiento pero debo

marcharme. Mis padres me esperan para cenar y no les he avisado, así que se enfadaría mi madre si no me presentara. —Se levantó Valentino para marcharse. Se despidió de la familia y de Giovanni, y se acercó a Juliette para darle un beso casto en los labios ya que estaba la familia de ella delante.

Ella miró a Giovanni y vio de nuevo unas chispas en los ojos del pescador. Había notado como cerraba la boca con fuerza y apretaba los puños. ¿De verdad había notado un comportamiento posesivo hacia ella, o era parte de su imaginación?

El cuerpo de Giovanni se tensó y apretó fuertemente los puños encima de la mesa mientras observaba como los labios de Valentino se posaban sobre los de su Juliette.

Había notado como la joven lo miraba. Esto no podía seguir así, tenía que salir de ahí en seguida. Tenía que dejar de olerla. De sentirla. Lo estaba volviendo loco. Cuando terminaron de cenar, Giovanni se disculpó por las prisas, y se marchó diciendo que tenía que ir a solucionar unos asuntos con el capitán.

Juliette, se quedó sentada en la mesa, decepcionada por la ausencia de aquel hombre que la tenía totalmente hechizada. Había estado todo el día deseando que llegara el momento de tenerlo delante para poder mirarlo, y sin embargo había pasado fugazmente.

Mientras su padre ayudaba a su madre a recoger, ella se despidió dando las buenas noches a su familia y subió a su habitación.

Un impulso la hizo acercarse a la ventana de su cuarto y observó cómo Giovanni estaba parado en la esquina al final de la calle observando hacia su ventana. Ella lo miró y él fijó sus ojos en ella y en seguida se giró y se adentró en la noche.

—Podemos prepararnos Juliette. ¡Lo podemos hacer juntos!, pero yo sólo no puedo.

Necesitamos reunir a más como nosotros y enfrentarnos a ellos. — Giovanni se había sentado delante de mí y me cogía las manos entre las suyas. Inmediatamente una sensación contradictoria entre odio y pasión recorrió mi cuerpo.

Al sentirlo de nuevo, no pude evitar mirar sus ojos. Aquellos ojos grises que tanto me habían hecho soñar... Delante tenía al hombre que había amado

tanto desde que era una adolescente y que tanto daño me había hecho.

Aquel ser tan poderoso, me había dado la vida eterna, y se había marchado, dejándome sola y perdida ante tanta oscuridad. ¿Quién me decía ahora, que no podía volver a traicionarme de nuevo, el mismo hombre que ahora me estaba rogando ahora su ayuda? Decidiera lo que decidiera, tendría que ir con mucho cuidado, no solo por la falta de confianza que tenía en él, sino por las sensaciones que aun despertaba en mi cuerpo. No podía volver a caer en sus brazos, no me lo podía permitir.

—Está bien Giovanni. Necesitamos pensar cómo vamos a hacerlo, y suéltame. . —Le dije fríamente—. ¡Que vayamos a colaborar juntos no significa que puedas tocarme! —Retiré mis manos de las suyas. No quería sentirlo tan cerca ni tener ningún contacto físico con él. No podía soportarlo.

—¡Parece mentira con lo apasionada que eras y lo frígida que te has vuelto! —Me contestó Giovanni provocándome.

—No te confundas, querido. Es contigo con quien soy frígida, será que no me pones lo suficiente. —Levanté

la barbilla en señal de victoria mientras miraba como se iba calentando. —Dejemos, tu impotencia aparte, cariño, porque ahora tenemos que pensar que podemos hacer, pero para que yo colabore en todo que se nos viene encima, necesito una condición.

—Mira que puedes llegar a ser borde, princesa. ¿Qué condición? —Me observaba detenidamente tratando de anticiparse a mi respuesta.

—Muy buena esa, Giovanni. Pero no intentes leerme la mente, sabes que conmigo no te funciona.

Giovanni sonrió, pero con una ligera decepción en su rostro. Yo ya no era la débil princesita que él conocía. Había cambiado y mucho. Ahora yo era una poderosa vampira, de cinco siglos de edad con experiencia y poder suficiente para enfrentarme a él sin ningún miramiento.

—Vaya, la princesa de hielo se ha molestado. Perdona, pero es que no puedo evitarlo. —Aquellas palabras me hirieron profundamente. Si era de hielo era por su culpa.

—No vuelvas a llamarme así, Giovanni. O juro que te arrepentirás. —Me levanté hacia la ventana. El odio hacia él se estaba despertando en mi interior y por mucha excitación que sintiera no iba a permitir que me llamara así de nuevo—. Para hacer esto necesito explicárselo a Sigfrid. Lo necesito a mi lado, antes de que empecemos a contactar con nadie más. —No me giré para ver la expresión de Giovanni, porque sabía cuál era. Supongo que lo hice para

devolverle un poco de dolor de lo que yo estaba sintiendo. Quería que él también sufriera.

—¿Sigfrid? ¡O vamos! ¿Lo estás diciendo en broma, no? —Al escucharlo, me giré para poder disfrutar de verlo apretar las mandíbulas por la rabia.

—No, pequeño. No estoy bromeando. —Le sonreí.

—¡No puedes hacerme esto! ¡No sabes lo que significa para mí verte con él!

—¡Me importa una mierda lo que signifique para ti, Giovanni! ¡Él ha sido el único que ha estado a mi lado y me ha dado fuerzas para seguir adelante después de que tú me abandonararas, dejándome con el corazón hecho trizas! ¿Y ahora me vienes con esto? —Le reproché.

—Juliette, ¡jamás he podido razonar con ese tipo! Y ahora ¿me estas pidiendo que colabore con nosotros? —Su rostro dibujaba amargura, pero a la vez miedo. Sabía que yo me saldría con la mía y él no podría hacer nada para evitarlo. La tensión en su cuello y el enrojecimiento en su rostro delataban la ira que sentía. “¿Cómo era posible que aquella mujer siguiera desatando tantas sensaciones en él, de esa manera?”

—Giovanni, te he dicho que tenía una condición. ¡No pienso hacer nada si Sigfrid no viene con nosotros!

Así que si no estás de acuerdo, puedes coger tu culo y salir por dónde has venido. —Mi tono autoritario acompañado de una sonrisa hizo que Giovanni me mostrara tanto su ira como su excitación al observarme de arriba abajo. Lo conocía muy bien y sentía sus vibraciones con mis sentidos de que se moría por quitarme la ropa y amarme, pero también sabía que no lo tendría tan fácil.

—¿Sabes acaso dónde está? Porque yo no lo veo por aquí. —Sonaba más a celos que a interés.

—Pues sí. Hará una semana estuvo por aquí. Claro que sé dónde está. No pasan muchos días sin que podamos tener contacto... ¿olvidas que tengo un vínculo con él, Giovanni? ¿Olvidas que fui yo quien lo creó y que siempre estaremos conectados? —Me mordí el labio, sensualmente mientras lo miraba para que pudiera sentir lo acalorada que me estaba poniendo con solo mencionar a Sigfrid. Esta actitud desató una fuerte reacción en Giovanni.

—¡No! ¡Claro que no lo olvido! ¿Crees que podría olvidar algo así? —Ahora su tono de voz se había elevado hasta hacer saltar a Nefer del sofá. —¡Jamás olvidaría que fuiste tú quien lo creó y con él que te marchaste! —Lleno de furia, se giró y salió a la terraza.

Me quedé de pie, sola en el comedor, mirando como aquel hombre salía hacia la terraza con una furia incontenible. No quería seguirlo, pero mi cuerpo me pedía que fuera tras él, quería conocer muchas respuestas que no había tenido oportunidad de conocer.

—¡Te recuerdo que no fui yo quien se marchó, Giovanni! ¡Eres un puto cerdo egoísta! ¡Tú me dejaste sola!

—¡Fuiste tú, quien me destrozó la vida! —mi voz reflejaba una rabia indomable. —Recuerda, que fuiste tú, quien me dejó con toda una eternidad por delante sin saber que hacer....

—Juliette, yo... —Se giró y en sus ojos pude ver lágrimas. Lágrimas de un color rosado inocente llenas de arrepentimiento. Pero un arrepentimiento que llegaba demasiado tarde para mi corazón—. ...Yo, no debí dejarte... pero no tuve otra elección. Lo siento.

—Siempre hay elección Giovanni, no lo olvides.

Bajo la tenue luz de aquella calurosa noche, aquellas lágrimas reflejaban destellos como poderosos diamantes a pesar de esa tonalidad asalmonada. Aquel hombre, que tenía justo en frente de mí, lloraba como un niño mientras me miraba.

Corrió a gran velocidad. El aire de la noche chocaba en el rostro de Giovanni, pero él no sentía frío. Él solo sentía calor dentro de su cuerpo. Tenía su miembro totalmente erecto dentro de su pantalón y sus colmillos luchaban por salir con fuerza por el hambre que sentía. Solo podía pensar en ella. En Valentino besándola. Y en el cuerpo de Juliette desnudo entre sus brazos gimiendo de placer. Eran tantos pensamientos los que invadían su mente que tuvo que salir de esa casa corriendo.

A lo lejos vio a una mujer que caminaba en las sombras. Se acercó a ella y observó que era una libertina.

Ella sonriendo se detuvo ante él mirándolo de arriba abajo.

—Bueno, bueno... ¿Qué tenemos por aquí? —Le dijo la mujer.

—¿A dónde podemos ir? —Estaba hambriento y no tenía ganas de jueguecitos. En aquella mujer iba a calmar toda su sed y su ansia de sexo.

—Sígueme hombretón... —Le agarró la mano, para que la siguiera pero él se zafó de ella rápidamente. No quería que lo tocara nadie si no era Juliette. Se metieron en una pensión de mala muerte que había en esa misma calle y

donde se supone iban todas con sus clientes.

Cuando entraron en aquel burdel, un olor nauseabundo penetró en su nariz. En los pasillos había hombres y mujeres practicando sexo de manera sucia y la mayoría de los clientes estaban ebrios. Unos vomitaban en el suelo, otros retozaban con mozas semidesnudas... había puertas de habitaciones por todos los lados.

Esa mujer lo estaba dirigiendo hacia una de ellas. Cuando entraron en el cuarto, Giovanni le costó respirar. No estaba del todo sucia la estancia, pero el olor de cuerpos y de flujos corporales de los que habían pasado por ahí lo estaba detectando con su afinado olfato.

La mujer cerró la puerta y se dirigió a él para desabrocharle el abrigo. Él le cogió la mano y se la quitó de encima. Se desabrochó el abrigo y se quitó los calzones que llevaba sujetos con una especie de cinturón, y se despojó de la camisa.

—Quítate la falda. —Le ordenó a la mujer.

Ella no podía apartar la vista de aquel cuerpo desnudo que tenía delante. Era sorprendentemente espectacular. Jamás había visto un hombre con semejante cuerpo y tal miembro. Y experiencia en ese campo tenía y mucha. “¡Dios santo bendito!” pensó mientras miraba aquel falo erecto.

Se despojó de la falda, tirándola a sus pies y cuando empezó a desabrocharse la camisa blanca de gran escote que llevaba, Giovanni la agarró por detrás fuertemente, echándola hacia delante de manera que quedara apoyada en la cama.

—¡Ya veo que tenemos prisa, cariño! —Le provocó la mujer colocándose a cuatro patas en la cama de manera que él la pudiera penetrar mejor.

Sin responderle, colocó su miembro en la entrada de su sexo y la penetró fuertemente. Un grito de placer salió de la garganta de la mujer y empezó a moverse para que la penetración le fuera más placentera.

Pero él no buscaba placer. Sólo deseaba descargar su erección en un sexo femenino, pero mientras intentaba concentrarse para poder correrse, las imágenes de Juliette se le venían a la mente. “¿Qué pensaría ella si me viera así?”. Se sentía mal. Culpable. Sucio.

Aceleró el compás para poder llegar al orgasmo lo antes posible, sin importarle el placer de la mujer que tenía debajo. Por fin llegó al éxtasis, sin ni siquiera gemir ni sentir placer ninguno. Agarró a la mujer que ahora estaba gritando de placer pidiéndole más y le mordió en el cuello para succionarle la

sangre.

En cuanto bebió, dejó el cuerpo casi sin vida en la cama y se vistió. Necesitaba salir de ahí cuanto antes.

Cerró el orificio del cuello de la mujer con su saliva para que no quedaran señal ninguna de su mordisco y depositó unas monedas al lado del cuerpo que ahora descansaba inconsciente y salió de la habitación.

Normalmente no era tan poco cuidadoso, pero sabía que si esa mujer explicaba algo de lo sucedido, no la creería nadie.

Cuando abandonó la pensión, una bocanada de aire fresco le llenó los pulmones. Aun había gente entrando a aquel antro de mala muerte pero por suerte él ya había terminado y se alejó lo más que pudo de allí.

Subió caminando hasta la calle donde vivía Juliette. Marcelo le había dado una llave para cuando llegara poder acceder a la casa.

Cuando abrió la puerta, un olor a rosas le hizo estremecer. Acababa de alimentarse y de desahogarse sexualmente, y ahí estaba, hipnotizado por el aroma de aquella joven y de nuevo con todo su pene a punto de explotar dentro de sus calzas.

Intentó apartar cualquier pensamiento sobre Juliette y subió escaleras arriba para meterse en su cuarto, quitarse la ropa y lavarse un poco con agua que Paula le había subido por la noche antes de irse.

Ya estaban todos dormidos, pero habían dejado un par de velas en la escalera para cuando él llegara. Por supuesto que no sabían que él veía perfectamente en la oscuridad sin necesidad de ninguna luz, pero justo cuando iba a apagarlas, un cuerpo escultural dentro de un largo camisón blanco, se plantó delante de la vela.

Aquella silueta casi fantasmagórica por la tenue luz, finalizaba en un rostro angelical. Era Juliette. Con su cabello suelto y aquellos ojos que lo miraban de manera penetrante, Giovanni no pudo reaccionar.

Desde que él se había ido y lo había visto en la calle mirando hacía su ventana, Juliette no había podido pegar ojo. Estaba nerviosa. No sabía que lo había impulsado a irse con tanta prisa de su casa. Y porque se había puesto tan tenso cuando Valentino se había acercado a ella. ¿Qué le ocurría? ¿Qué quería de ella? Necesita conocer respuestas y quería que Giovanni se las diera.

En cuanto escuchó que la puerta de abajo se abría, ella se había levantado de la cama y había abierto la puerta de su habitación para salir al encuentro de Giovanni. Esa misma noche iba a preguntarle lo que necesitaba saber.

—Buona notte, Giovanni. —Susurró para que su familia no la pudiera escuchar.

—Buona... buona notte Juliette... ¿Qué haces aún despierta? —Apenas le salían las palabras.

—Necesito hablar contigo. No podía dormir. Estaba esperándote.

“¡Esperándome a mí! ¡No puedo creerlo! ¡Esta niña no sabe dónde se está metiendo!” pensó Giovanni, intentando disimular la excitación que aquel cuerpo le provocaba.

—Bien, pequeña, aquí estoy. ¿De que necesitas hablar? —Le preguntó.

—De anoche. —Le soltó Juliette.

“No por favor Juliette, ¡no sigas por ahí!” suplicó Giovanni por dentro.

—Ven a mi habitación para que podamos hablar. —Se sonrojó Juliette solo de pensar en el atrevimiento que había tenido con aquel hombre al invitarlo a su cuarto, pero por otro lado pensó que la noche anterior él había entrado sin permiso, así que no era tan raro.

—Juliette, no creo que sea una buena idea. Estoy cansado y necesito asearme. Es muy tarde. Deberías descansar.. —Intentó evitar su invitación.

—¿Es que no vamos hablar sobre lo que ocurrió anoche, Giovanni? —Intentó preguntarle con un tono un tanto enfadada para que él pudiera darle alguna explicación.

—Mejor que hablemos mañana cuando despierte. Ahora no es el momento ni el lugar para hablar sobre ese tema. —Intentó girarse para dirigirse a su habitación. Empezaba a tener problemas para controlarse con Juliette en camión delante de él, pensando sólo en como su piel desnuda estaba debajo de aquel fino lino.

—Ah no, señor. Aquí no puede quedar esto. —Y le cogió la mano.

Giovanni apartó su mano de manera brusca sin pensarlo con solo sentir el tacto suave de su piel, dejando a Juliette impresionada por la rapidez en que ese hombre lo había hecho y porque era tan reacio a que lo tocara. Unos ojos con destellos rojos volvieron a aparecer en el rostro de aquel hombre y ahora la miraban fijamente.

—¡Lo de anoche fue un error y no volverá a ocurrir! Y te pido perdón por mi atrevimiento. . —Le dijo intentando no alzar mucho la voz y acercando su rostro al de ella dejándolo a escasos unos centímetros.

“¿Un error? ¿Eso había sido para él aquel beso que compartieron anoche?” Juliette sintió un pinchazo en el estómago. Y notó como la decepción invadía su corazón.

—¿Un error, Giovanni? —Acababa de pensar en voz alta sin darse cuenta. Ahora miraba los ojos de Giovanni fijamente. Las lágrimas empezaron a acudir a sus ojos humedeciéndolos y el labio inferior ahora le temblaba por la congoja que estaba sintiendo.

—No pretendía llamarlo así, mi dulce niña, pero no puede volver a pasar. Tienes que entenderlo. Me dejé llevar y no actué correctamente. —Pero contradictoriamente a lo que estaba diciendo, cada vez se acercaba más a ella y cada vez deseaba más abrazarla. No podía ver como aquellos ojos tan maravillosos se humedecían por aquellas duras palabras que acaba de decirle. No podía permitir que Juliette sufriera lo más mínimo por su culpa.

—Te entiendo Giovanni, será mejor que me vaya a mi habitación. Buenas noches.. —Una lágrima resbaló por la mejilla de la joven.

El dedo de Giovanni limpió la lágrima y siguió acariciando la mejilla de Juliette. Ésta, bajo el rostro hacía abajo, con el corazón roto en mil pedazos ante las palabras de él.

—No llores mi niña... por favor, Juliette, no puedo verte llorar. —“¡Maldita sea!” Estaba a punto de volver a actuar impulsado por el instinto que aquella joven despertaba en él. —No me hagas esto, por favor...

yo... yo no puedo contenerme....

El silencio invadió por un momento el espacio entre los dos. Sus miradas se buscaron en la penumbra, hasta quedar perfectamente reconocidas en el más ansiado de los deseos. Y en ese momento, los labios de Giovanni buscaron los de Juliette. Los parpados de Juliette se fueron cerrando, mientras iba sintiendo el roce suave y la tibieza de aquel beso.

Sus alientos se mezclaron y Juliette saboreó el interior de Giovanni. Su boca ansiaba la suya y su lengua acariciaba la de él con pasión y con hambre. Lo necesitaba. Eso era lo que sentía por él. Lo quería para ella y quería que el tiempo se detuviera para los dos. Justo cuando notaba que se quedaba sin oxígeno y que un calor abrasador invadía su cuerpo, lentamente, sus labios se separaron, dejando a Juliette con hambre de más.

Una sensación de paz, como nunca había sentido, envolvía su cuerpo, como de si un ángel la envolviera en sus alas. Y abriendo los ojos, lo vio, ahí estaba delante de ella. Suspiró.

—¡Dios mío Juliette!, ¿Qué me has hecho? —Agachó el rostro..

—No me culpes Giovanni. Tú también lo deseabas. —Cubrió con su suave mano la mano ruda de él y la acarició. Él descendió su rostro al de ella y la miró.

—Pero no puede volver a pasar, ¿me entiendes? No puede volver a pasar. —le cogió el rostro con sus manos. —Mañana hablaremos, ¿de acuerdo? —La besó en la mejilla. —Ahora vete a descansar.

Se giró y se marchó.

Seth sonrió. Aun con los ojos cerrados se sentía de nuevo vivo. Estaba de nuevo en el mundo de los vivos.

Alguien había despertado al dios egipcio de su eterna letanía.

—¡Está despierto! ¡Ha funcionado! —Gritó Erwan mientras observaba el rostro del dios.

Seth abrió los ojos y lo miró. Pudo ver a un hombre alto y fuerte agachado, observándolo con un rostro sonriente. Un rostro bastante favorecido, completado con una meticulosa perilla.

—¿Has sido tú quien me ha devuelto a la vida? —Le preguntó la deidad mientras se incorporaba del sarcófago.

—Si Amo. Soy Erwan. Para servirle.

Estiró los brazos por encima de su cabeza para desencajar sus huesos. Tenía todo el cuerpo atrofiado y sobretodo tenía mucha sed.

—¿En qué año estamos? —Volvió a preguntar el dios.

—En el año 2011, mi señor. Estamos en el siglo XXI. —Le respondió Erwan mientras observaba toda la grandeza de la divinidad que tenía delante. Llevaba los cabellos largos por encima de sus hombros. Su torso desnudo dejaba ver un tono de piel oliváceo. Unos fuertes muslos asomaban por debajo de un faldín egipcio.

—¡Por todos los faraones! ¡Maldito Aryan! Y ¡Maldita la bruja de su hija! —Se giró hacia el vampiro.

¡Necesito venganza!

—La tendremos, mi Amo. He supuesto que tendría sed, después de tantos siglos... —Dos snaiders entraron en la cripta trayendo a un grupo de humanos aterrorizados.

—Has supuesto muy bien. —Sonrió el dios Seth, mientras sus colmillos asomaban entre sus labios.

CAPITULO IV

—Perdóname Juliette. Por favor... .

—¡Por fin escucho la disculpa que debías haberme dicho hace muchísimo tiempo, capullo! —El tono de mi voz se hizo más duro y más fuerte, según iba viendo a aquel hombre que tenía ante mí, entregarse al perdón y a la súplica.

—Juliette, jamás quise hacerte daño. Te lo juro. Sabes que te quise con toda la fuerza de mi alma, pero no podíamos seguir juntos—. Se sentó en una silla de hierro que había en la terraza. Sus manos rodearon su cabeza, hundiéndola hacia sus rodillas mostrando abatimiento.

—Esa respuesta no es la que esperaba. ¡Pudiste explicármelo, Giovanni! ¡Pudiste decirme que tenías que marcharte! ¡Pero no! ¡Te marchaste, dejándome sola! ¡Y jamás te lo perdonaré, asqueroso impotente!

Tenía que contener las lágrimas, no podía permitir derramar una sola más por aquel hombre. Me giré para meterme en mi apartamento, cuando su fuerte mano agarró la mía. Se había levantado y me miraba fijamente a los ojos. Aquellos ojos grises, ahora se habían vuelto color rubí con una intensidad y un fuego que hicieron echarme hacia atrás. Tuve que retroceder dos pasos, para que su rostro no se acercara al mío más de lo que ya estaba. Lo peor de todo no era la fuerza que desprendía aquel cuerpo, era lo que me estaba haciendo sentir a través de su piel.

—¡Te amo Juliette! Te he amado siempre, y por mucho que te duela siempre lo haré... —Y me besó. Sin esperarlo, y sin darme tiempo siquiera a reaccionar, sus labios se acoplaron a los míos, con una pasión que hacía que ardiera todo mi cuerpo. Mis labios se abrieron y su lengua buscaba la mía con desesperación hasta que por fin la encontró.

Se unieron y mi cuerpo se entregó a él. Yo me entregué a él.

Mis pechos aplastados en su torso, ansiaban sus manos y mi entrepierna necesitaba volverlo a sentir dentro, fuerte y poderoso como antes.

Me hizo recordar cuando mi amor por aquel hombre había sido tan fuerte que no me importaba lo que hubiera a mi alrededor. Y era capaz de recorrer océanos y mares para poder sentirme acogida entre aquellos brazos grandes y fuertes.

Su mano bajó hacia mi espalda, apretándome más a él y haciéndome notar su excitación a través de su pantalón. Con la otra mano enterrada en mi pelo,

acercaba mi rostro al suyo para que no me escapara de su dominio. No pude detenerlo. Cuando sentí como su mano acariciaba mi pecho, deslicé mis manos por toda su espalda hasta llegar a su trasero, tan duro y tan bien formado que lo apreté tirando de él hacia mí, para notar su miembro entre mis piernas.

Bajó su otra mano y la deslizó entre su sexo y el mío, para acariciar la protuberancia de mi clítoris a través de mi pantalón fino, haciendo que me estremeciera de placer y que lo deseara con todo mi cuerpo.

Mis colmillos salieron produciéndome un dolor infinito por el hambre que sentía de él.

—Muérdeme Juliette... bebe de mí, mi amor... Sé que lo necesitas, como siempre ha sido entre tú y yo, igual que yo lo necesito de ti... —y nada más terminar la frase, mis incisivos se habían clavado en su cuello, permitiendo que su sangre entrara en mí. Esa sangre con ese sabor tan delicioso a menta, como solo la suya sabía, jamás había encontrado tan deliciosa la sangre de nadie más en toda mi existencia de vampira, ni siquiera la de Sigfrid.

Bebí y bebí, saciándome de él, de odio y de pasión. Mientras él, había bajado mi pantalón y a través de la ingle, había levantado mis bragas con sus dedos y ahora introducía uno dentro de mí... Gemí de placer mientras me hacía el amor con sus dedos y yo bebía de él, estaba siendo incontrolable. Mi cuerpo ya no me pertenecía, ahora, era sólo de él.

—Eso es pequeña... dime lo que quieres de mí... pídemelo y te lo daré....

Bajó mis bragas y me abrió más las piernas, mientras yo dejaba libre su miembro del pantalón. Estaba duro y era enorme. De impotente tenía muy poco, solo que me encantaba ver cómo podía provocarlo y tocarle donde más le dolía. Mi mano lo acariciaba, mientras Giovanni, me colocaba contra la pared, aplastándome con todo su peso. Dejé de beber de él y le lamí los orificios para que se le cerraran, aunque el poder de sanación que tenemos los vampiros no es como el de los humanos, en seguida no hubo

rastro ninguno de mi mordisco.

—¡No! —Grité.

En ese momento, una pequeña estela de cordura rozó mi mente, devolviéndome a la realidad. Me separé rápidamente de él, con toda la fuerza que pude reunir y me desplazé al otro lado del comedor. Necesitaba poner espacio entre ambos. No podía detener mi respiración tan agitada. Y mi sexo húmedo me pedía a gritos que me entregara a él. “Sólo una vez Juliette... sólo una”. Contra la voluntad de mi cuerpo, me subí los pantalones de nuevo y lo

seguí mirando desde la distancia.

Él se subió los pantalones y cuando intentó acercarse a mí, dando un paso hacia delante, me desplacé hacia él con gran fuerza y lo sujeté del cuello, apretándolo contra la pared que tenía detrás. Con el golpe de su cabeza, un cuadro cayó al suelo haciéndose en mil pedazos el cristal y Nefer bufó con fuerza saltando del sofá al suelo sin dejar de mirarnos.

Mis colmillos habían salido de nuevo, pero no por el hambre, sino por la furia y la rabia que me producía haberme dejado tocar y excitar por él. Ahora le mostraba un rostro amenazador a aquel hombre que tenía bajo mi poder.

—¡Jamás... jamás vuelvas a besarme ni a tocarme! ¡No te atrevas a hacerlo Giovanni, porque juro que te mataré! —Sus ojos se clavaron en los míos. Ya no tenían aquel tono rubí brillante sino que había vuelto a su color gris de siempre.

No podía permitir que Giovanni se acercara de nuevo a mí. Porque entonces no tendría fuerzas para apartarlo.

“Pero no puede volver a pasar...” aquellas palabras acompañaron a Juliette durante toda la noche junto con las lágrimas que no podía evitar. “¿Por qué no puede volver a pasar? ¿Si él me desea y yo lo deseo?”

No entendía nada. En un momento podía de-mostrarle todo lo que la deseaba a través de sus manos, de sus besos...y en otro, se volvía el ser más frío que pudiera imaginar, apartándola de su lado.

Giovanni en su habitación no dejaba de ir caminando de un lado a otro. “Es imposible Juliette. No sabes nada de mí. No puedo permitir arruinar así tu joven vida” pensaba todo el rato. Se intentaba convencer a sí mismo de lo peligroso que podía ser acercarse a Juliette. Ya había ido demasiado lejos acariciándola y besándola, no podía traspasar ese límite.

A la mañana siguiente, se levantó con lágrimas secas en sus mejillas. Había estado llorando toda la noche. Nunca había sentido un vacío tan grande dentro de su corazón. Después de desayunar, subió a su habitación para hacer la cama y vestirse; había quedado con su amiga Marina en la fuente como cada día para ir a la escuela, pero cuando llegó al lugar del encuentro se encontró a Marina con un joven. Se acercó observando como su amiga sonreía mientras conversaba con él. “Esta chica...” pensó.

—Juliette, te presento a Luciano. Llegó de Roma la semana pasada. Lo

conocí ayer tarde mientras me dirigía a casa. —Dirigiéndose a su guapo acompañante. —Luciano, ella es mi mejor amiga, Juliette. —Se levantó y le dio dos besos. Desprendía un agradable olor a incienso.

—He oído hablar mucho de ti, Juliette, pero Marina no había llegado a describir realmente lo bella que eres. Encantado de conocerte. —“¡Vaya si también sabe hablar!” pensó Juliette. “A parte de guapos, saben hablar, jeje”. La verdad es que últimamente su amiga no daba ni una con los chicos. “Bueno a decir verdad no es que se me dé mejor que ella, puesto que tengo un novio guapísimo al que apenas veo y mientras me beso con un pescador huésped en mi casa del que no sé absolutamente nada”. Pensó Juliette.

—Gracias por el cumplido. Supongo que se debe al nuevo peinado que me he hecho hoy. —Contestó con sarcasmo. Odiaba esos romanos que se creían dioses del Olimpo pero tenía que reconocer que el muchacho era bastante guapo.

Tenía un perfil romano bastante acentuado. Era bastante corpulento y con un tono de piel oliváceo. De cabellos rubios con destellos casi blancos. Tenía el rostro perfecto, como una bella obra de Miguel ángel, pero a Juliette no le producía ningún tipo de reacción. Ella sólo reaccionaba con Giovanni.

Conversaron de camino a la escuela y allí Luciano se despidió de las dos. Entraron en la escuela

—¿Qué te parece? ¿A que es perfecto? —Le preguntó su amiga.

—Marina, lo conociste ayer.. —Le reprochó a su amiga, cosa que a ella no le importó besarse con Giovanni la primera noche.

—Ay, Juliette... siempre igual... ¡Pero es tan guapo! ¡Y tan educado! Además bastantes prohibiciones tenemos en este pueblucho para que ahora mi mejor amiga no me entienda. —Le miró imitando una voz de niña.

—Desde luego, Marina, no tienes remedio jajajjaa... —La agarró del brazo y subieron hacia la primera planta que es donde impartían las clases.

—¡Pues me ha pedido si puede venirme a recoger a la salida! Y le he dicho que ¡Sí! Es todo un caballero.

—¿Estás segura que tu padre no se enfadará como le vengán con otro cuento que te han visto con otro chico por las calles? —No podía evitar preocuparse por su amiga.

La última vez su padre la castigó durante días sin ni siquiera poder verla a ella. Estaba cansado de escuchar rumores sobre su hija y que ésta no fuera más casta con el tema chicos.

—Pues no tiene otra Juliette, no puedo hacer como que no me gustan los

chicos ¡ni que fuera una monja!

Tendrá que acostumbrarse tarde o temprano.

Entraron en el aula, Marina delante y Juliette detrás. Ya estaban los compañeros sentados y el maestro de pie en el encerado.

Al mediodía cuando salieron de la escuela, Luciano estaba esperando a su amiga Marina, tal y como había quedado. Llevaba una flor en su mano y la recibió con una sonrisa.

Sintió mucha ilusión por su amiga. Esperaba de corazón que por fin se enamorara y pudiera ser feliz.

Se despidieron y Juliette se dirigió a casa.

—Hola Juliette. —la saludó su madre desde la habitación cuando la oyó entrar en casa. Se acercó hacia allí, y ahí estaba su madre atareada colocando telas en la lacena.

—Hola mama, ¿quieres que te ayude? —Se ofreció Juliette.

—No cielo mío. Valentino ha venido esta mañana para traerme unos panes que ha hecho su madre y me ha preguntado si podías ir a su casa a comer. Es un chico encantador cariñoso. Deberías ir.

En realidad no tenía gana ninguna de verlo, pero supuso que sería lo correcto. No podía abandonar su vida actual por la presencia de aquel pescador que ni siquiera sabía, cuándo iba a volver a irse. Lo único que pasaba era que su corazón no estaba de acuerdo con lo que la razón le decía. Así que tenía un gran conflicto en su interior.

—De acuerdo, madre. Me voy entonces, no llegaré muy tarde. —La besó y salió de casa. Valentino vivía a unas calles más hacia el este. Así que de momento estuvo frente a la puerta de su casa.

Éste la abrió y en cuanto vio el rostro de su amada, una expresión de felicidad apareció.

—Pasa preciosa. Ahora mismo estaba terminando de cocer las hierbas para hacer un caldito como sé que te gusta. —Le besó en los labios y la cogió de la mano para dirigirse a la cocina.

—¿Tú estás haciendo la comida? —Se sentó en la mesa mientras miraba a Valentino como removía la caldera en el fuego.

—¡Sip! . —Le respondió sonriente.

—¿Pero y tu madre? ¿No está? —Empezó a sentirse como un pájaro en una jaula. Aquello parecía más bien una encerrona.

—No cariño. Mis padres se han marchado a ver a mi tía. Estarán toda la tarde fuera. —Se acercó a ella quedándose delante de su rostro—. Tenemos la

casa para nosotros solitos... —Bajó su cara y la besó. Al principio suavemente, pero después puso su mano en la nuca de Juliette para apretarla más hacia él y profundizar el beso.

Sus labios intentaban abrir los de la joven, pero ella no respondió a esa invitación.

—Espera Valen—. así le llamaba siempre—. Esto... no creo que sea buena idea. —Se levantó y salió hacia el comedor.

—Pero Juliette. Estamos solos, tranquilos, nadie nos va a molestar. Comemos juntos y luego hablamos un ratito, no haremos nada que tú no quieras, te lo prometo.. —Se besó los dos dedos índices en señal de promesa.

Ella lo miró, y confió en ese gesto. Sabía que Valentino no iba a intentar presionarla de ninguna manera si ella decidía que no.

—Juliette, ¿qué te pasa? no pareces la misma.. —Cogió el caldero para colar el caldo.

—No, Valen, no pasa nada. —Le contestó.

—¿Segura? ¿Está todo bien dentro de esa cabecita? —Giró la cabeza para mirarla.

—Segura. —Mintió Juliette.

—Mira que puedes contar conmigo para lo que necesites, ¿lo sabes verdad pequeña?

—Sí, cielo. Lo sé. —“Pero esto que me está pasando con Giovanni no pudo contártelo” pensó.

Se sentaron a comer. El caldo le había salido delicioso y para después había preparado unos filetes de pavo condimentados con azafrán. Todo estaba perfecto. Después de comer se fueron al comedor y se sentaron en uno de los bancos que tenían en ese amplio salón, cubierto de almohadones, con una comodidad increíble. Juliette tenía el estómago lleno y se recostó en aquel asiento tan agradable.

Valentino, se puso a su lado, cerca de ella y hablaron hasta bien entrada la noche. Conversaron sobre el trabajo de él, sobre la familia y ella le explicó lo que estaban haciendo últimamente en la escuela y le contó que su amiga Marina había conocido a un chico y que se lo había presentado hoy

—No me gusta que vayas con Marina, Juliette. Esa muchacha sólo trae problemas. —Le dijo Valentino para sorpresa de Juliette que no se lo esperaba. Se incorporó un poco hasta quedar justo delante de Valentino.

Le había sorprendido enormemente esa actitud.

—¿Cómo dices? ¿Qué deje de ver a mi mejor amiga? —Le preguntó molesta Juliette.

—No la considero una buena influencia para ti, eso es todo. Además recuerda lo último que le pasó hará un mes que su padre la tuvo castigada en casa.

—Valen, es mi amiga. Y por mucho que digas o pienses, no va a cambiar el hecho de que vaya con ella.

—Tú misma, Juliette. Pero cuídate de que no te confundan con una libertina igual que ella. —Nada más terminar esa frase, un fuerte guantazo de Juliette le giró la cara sin esperárselo.

—Buonasera, familia. —Giovanni bajó las escaleras y saludó a Marcelo que estaba sentado en su silla favorita con un alto respaldo. Estaba conversando con su mujer que estaba a su lado, bordando unos detalles en unas toallas y Silvio estaba leyendo en la otra esquina del salón junto a un candil.

—Buonasera, Giovanni. —Le respondió Marcelo. Paula levantó la vista de sus labores y le sonrió y Silvio lo saludó sin levantar la cabeza del libro.

No sentía la presencia de Juliette. No olía a ella la casa. Ella no estaba.

—Ya veo que falta la princesa de la casa, ¿no? —Preguntó.

—Sí. —Contestó Paula—. Se ha marchado a comer a casa de Valentino. Me parece que el chico quería darle una sorpresa cocinando para ella.

Aquella respuesta lo pilló por sorpresa. “Valentino y Juliette, juntos. No puede ser”. Una sensación de posesión, rabia y celos se apoderó de todo su cuerpo. Mía. Ella es mía.

—Ahora iba a salir a pasear, si lo desean puedo ir a recogerla. Ya es tarde y supongo que deberá volver para cenar, ¿no? —sugirió Giovanni.

—Pues, sí, Giovanni. Es muy buena idea. —Respondió Marcelo. A él tampoco le hacía gracia que su hija estuviera tanto tiempo en casa de Valentino.

—De acuerdo. La casa de Valentino está a unas calles de aquí. Él vive en la Vía Crimea, no tendrás ninguna pérdida si subes por la Vía San Carlo. —Paula le facilitó la dirección pero no le hacía ninguna falta porque con solo seguir el olor de Juliette la podría encontrar perfectamente. Su Juliette.

—Perfecto, en seguida volveremos. —Agarró su abrigo y salió de la

casa.

Sorprendido ante mi reacción, Giovanni alzó las manos en señal de paz y yo, poco a poco, me fui retirando de su lado, soltando su cuello, donde le había dejado marcas.

—Prometo no volverlo a hacer Juliette. Perdóname, pero no pude evitarlo. Te sigo que-riendo aunque hayamos estado separados. Aunque pienses que te he hecho daño... no sabes por lo que he pasado sin ti... —Sus palabras sonaron sinceras, así que me separé de él y cogí mi móvil para hacer una llamada.

—Ni lo sé, Giovanni, ni me importa. Voy a llamar a Sigfrid. Tiene que saber lo que está ocurriendo. —Me giré sin hacerle caso, pero en el fondo aquellas palabras entraron como flechas dentro de mí.

—¡Ciao bella mía! ¿Está todo bien? He notado algo raro pero no logro distinguir que ha sido. Esto de sentirte es increíble Juliette, parece que no me voy a acostumbrar nunca... jaja. —Aquella carcajada tan dulce y esa voz varonil me transmitieron una paz y pude de nuevo volver a respirar despacio. Me había olvidado de hacerlo por completo ante lo ocurrido con Giovanni.

—Sí, corazón, está todo bien. Necesito que vengas a mi apartamento. Hay unas cosas de las que tengo que hablarte. Por cierto, Giovanni está aquí. —Pensé que sería mejor avisarlo con antelación antes de que llegara y notara su presencia dentro, junto a mí.

—¿Cómo? ¿Y se puede saber qué diablos hace ése soplagaitas ahí contigo? ¿A solas? —Respondió posesivamente como solo él sabía hacer.

—No estoy a solas, Sigfrid. Nefer está con nosotros. —Sonreí ante aquella respuesta, porque sabía que Sigfrid se iba a enfadar mucho más.

—¡Sí, claro! Ya me quedo más tranquilo sabiendo que aquella bola peluda está con vosotros.

—¡Eh! ¡No te metas con Nefer! ¡Ella no es ninguna bola peluda! . —Se me escapaba la risa, pero no me gustaba nada que utilizara aquel sobrenombre para dirigirse a mi gatita.

—En seguida voy Juliette. No te acerques a él porque ¡te juro que lo mato! —Colgó.

Dos minutos después aparecía en la terraza aquel gigantesco ejemplar de vampiro, de la misma altura que Giovanni.

Sigfrid tenía la cabeza totalmente afeitada, dejando ver una cicatriz en el lado derecho que le daba un aspecto peligroso. Su cuerpo fuerte y musculoso, se marcaba bajo un abrigo gris que llevaba abrochado hasta arriba. Sus muslos robustos estaban embutidos en unos vaqueros azul oscuro acabando en unas botas negras por encima del tobillo.

Aquellos ojos color negro intenso se posaron en Giovanni, de manera expectante. Pero cuando me miró levantó ligeramente el labio superior mostrando una sonrisa. Me moría por poner mis labios sobre los suyos y acariciar esos incisivos con mi lengua. Poder sentir ese calor tan real y esa ternura que sólo él podía darme. Era lo que necesitaba después de haber dudado de mis sentimientos con Giovanni.

Aquella sonrisa tan sexy duró unos segundos porque en seguida volvió a mirar a Giovanni.

—¿Qué coño haces tú aquí? —Una voz fuerte y ronca salió de su interior, haciendo retumbar las paredes de mi pequeño apartamento.

—No pienso darte ninguna explicación, marica. —Contestó Giovanni girándose hacia él y quedando a la misma altura ambos.

—¡Bueno, chicos! dejemos la testosterona a un lado, por favor, que ya habrá tiempo de pelear. Sigfrid, pasa. Giovanni tiene que explicarte algo.

—¿Se puede saber qué narices te pasa? —Valentino se tocaba el lado de la cara donde Juliette le había golpeado.

—¿Y a ti? ¿Qué te pasa a ti? —Se levantó de golpe, hacia la salida de casa para coger su abrigo. No pensaba aguantar la actitud de Valentino ni un segundo más.

—¿Pero es que acaso yo soy el único que sabe que tu amiga es una fresca? Todo el pueblo lo comenta. No es nada nuevo. Por eso no quiero que vayas con ella para que puedan pensar que tú eres igual. —Se acercó donde Juliette estaba.

—Mira Valen. Espero que sea la última vez que te diriges a mí de esa forma. Que seas mi novio no te da derecho a hablarme así ni a hablar así de mi amiga-le dijo mientras se ponía el abrigo.

—¿Novio? ¿Dime que me diferencia hay en cómo me tratas, de cualquier amigo que tengas? Porque que yo sepa ser novios es muy diferente a lo que tú y yo somos.

—¿Qué quieres decirme Valentino? ¿Por qué no me hablas claro de una puñetera vez?

—Ya sabes a lo que me refiero Juliette. ¿Cuánto hace que estamos juntos?

—Ocho meses. ¿A dónde quieres ir a parar?

—¿Dime cuantas veces nos hemos tocado? ¿Cuántas veces hemos tenido intimidad? Yo te lo diré.

¡Ninguna! —Se acercó más a ella elevando la voz.

—No sigas por ahí Valentino. Ya lo hemos hablado y sabes que no estoy preparada para nada más. —Se giró para poder abrir la puerta.

—¿Qué no estas preparada? ¡Tú nunca estás preparada! Y mientras ¿yo qué hago?

—¡No es problema mío! Ahora déjame ir. —Pero no le dejó que abriera la puerta, porque Valentino puso un brazo a cada lado de Juliette impidiéndole el paso.

—¡Ya está bien Juliette! ¡Esto vamos a arreglarlo aquí y ahora! —Le gritó apenas a unos centímetros de su cara.

Juliette lo observaba como si no lo conociera. Nunca lo había visto actuar así. Sentía miedo de él. Su cuerpo temblaba. No sabía lo que Valentino se proponía hacer, lo que sí sabía era que tenía que hacer algo. De un impulso lo empujó, pero como él la tenía agarrada por los brazos, se desplazaron los dos separándose de la puerta.

—¡Suéltame Valentino! ¡No se te ocurra volverme a tocar! —En cuanto terminó de decirle eso al joven, la puerta de la casa se abrió de golpe y los dos se giraron ante el estruendo tan fuerte. Giovanni estaba ahí de pie observándolos. Sus ojos eran puro fuego.

—¡Suéltala! —Ordenó Giovanni con una voz aterradora.

Cuando se estaba acercando a la casa de Valentino, escuchó como éste la estaba gritando. Aquella sensación de protección con Juliette, lo hizo actuar sin pensar. Abrió la puerta de un golpe y allí estaba aquel joven agarrando fuertemente los brazos de Juliette. No podía permitir que nadie la tocara y mucho menos que pudieran hacerle daño.

—¡Giovanni! —Gritó Juliette cuando vio la silueta de aquel hombre en la puerta. Se sintió a salvo cuando corrió a sus brazos y éste la abrazó fuertemente.

—¿Estás bien, pequeña? —Le preguntó mientras besaba la coronilla de la joven.

—Si. —Contestó sintiéndose en el paraíso dentro de aquellos brazos.

—¿Pero, se puede saber qué diablos te pasa para entrar así en mí casa?
—Se dirigió el joven con rabia hacia Giovanni.

—No vuelvas a tocarla, ¿me has entendido? —Le ordenó Giovanni reprimiendo las ganas de arrancarle la cabeza.

—¿Quién te has creído que eres Giovanni? ¡No eres nadie para entrar en mi casa e interponerte entre mi novia y yo! —Ahora se acercaba a Giovanni gritándole, mientras éste ponía a Juliette detrás de él.

Ella abrazada a Giovanni, sentía como el cuerpo de éste se tensaba. Enterró su rostro en el grueso abrigo de Giovanni apretándolo fuerte para calmarse. Ella estaba muy nerviosa.

—No le hagas daño Giovanni, por favor. —Le suplicó en voz baja Juliette.

El odio que sentía hacia aquel joven, que había osado gritar y tocar a su Juliette, se apaciguó al sentir las palabras de ella detrás de él. Podía sentir aquellas manos agarrándole del abrigo y como apoyaba su cabeza en la parte baja de su espalda. La estaba protegiendo. Juliette se sentía a salvo con él. Podía sentirlo. Se acercó a Valentino despacio y lo miró fijamente a los ojos.

—Vas a dejarla en paz, maldito bastardo. Ya no sentirás nada por ella y no volverás a acercarte ni a Juliette ni a su familia.. —Le susurró de manera que Juliette no pudo escucharlo pero Valentino cayó enseguida bajo el hipnotismo de Giovanni.

En seguida el joven, cerró la puerta y giró sobre sus pasos hacia el comedor. Se sentó tranquilamente y se puso a leer un libro que había sobre la mesa, como si no hubiera ocurrido nada.

—¿Te encuentras bien? ¿Te ha hecho daño? —Se giró Giovanni hacia ella y empezó a inspeccionarle la cara. Sólo pensar que le había hecho daño una cólera interior le invadió de arriba abajo.

—Estoy bien Giovanni. De verdad. . —Le dijo sollozando. No podía retener las lágrimas. Estaba muy alterada—. Pero ¿qué haces tú aquí? —Le preguntó.

—Cuando bajé esta noche de mi habitación y vi que no estabas... es sólo, que me preocupé por ti y me ofrecí para venirte a buscar y llevarte a casa. Eso es todo. —Empezó a caminar con ella abrazada a él, sabiendo que Juliette estaba bien, ahora tenía que llevarla a casa.

—¿Qué ha pasado con Valentino? ¿Por qué ha dejado de gritarte y se ha metido en casa como si nada hubiera pasado?

—Le he dicho que te dejara en paz y que no volviera a tocarte. No creo

que te moleste más en mucho tiempo.

—Pues yo no he escuchado que le dijeras nada de eso, Giovanni. —O le estaba mintiendo o en verdad ella no lo había escuchado decirle eso a Valentino.

—Sí que se lo he dicho, princesa. Lo que pasa es que tú tenías la cabeza enterrada en mi abrigo y no has podido escucharlo. —Le guiñó un ojo y mostrándole esa sonrisa tan sexy que la volvía loca.

—¿Y por qué te preocupaba si estaba bien o no? Se supone que mi novio cuidaría de mí y sería él quien me acompañara a casa luego.

—Sí, ya veo como cuida de ti, el muy..... —Se encaró a ella con un gesto serio deteniéndola en seco justo delante de él.

Al ver esa actitud tan protectora de Giovanni hacia ella, no pudo evitar derramar más lágrimas. Por un lado guardaba los nervios que le había hecho sentir Valentino con aquella actitud, pero por otro se sentía muy dichosa al ver que aquel hombre la había ido a rescatar a pesar de la conversación que habían tenido la noche anterior en su casa sobre el beso.

—No llores más preciosa. Él ya no te hará daño nunca más. Yo te protegeré, te lo prometo. —Cogió aquel delicado rostro entre sus manos.

—No te entiendo Giovanni. Estoy muy confundida. La otra noche me besaste con una pasión que no pensé que existía y hoy me vienes a rescatar como si fuera algo tuyo. Te agradezco mucho lo que has hecho hoy por mí. Pero necesito saber ¿qué quieres de mi Giovanni? —Un pinchazo de dolor apareció en su vientre mientras observaba aquel rostro tan angelical derramar lágrimas y preguntarle que quería de ella. “Todo, Juliette. Lo quiero todo de ti” pensó acercándola a él para besarla. Pero ella se apartó en un rápido movimiento.

—No, Giovanni. Basta ya de besos, que luego no quieras aceptar. Antes quiero que me contestes. Por favor, necesito saberlo.

—No llores por favor, Juliette. No puedo permitir que la tristeza invada tu cuerpo y menos por mi culpa.

Sabes que no puede pasar nada entre nosotros. —Le cogió de la barbilla inclinando su rostro hacía el de él.

—No vuelvas a decirme lo que puede o no puede volver a pasar Giovanni. Sé que soy joven pero también

tengo sentimientos y hacía ti estoy sintiendo algo que jamás antes había conocido. —No podía apartar su mirada de aquellos ojos tan profundos y oscuros como la noche.

—Tengo miedo de hacerte daño Juliette. Tú no sabes nada de mí, y te aseguro que mi vida no es fácil..

—Pero déjame intentarlo, por favor. No decidas por mí Giovanni. —Se puso de puntillas para poder acercarse más a él, pero aun así le faltaba casi un palmo para llegar a sus ojos. Aquel hombre era enorme.

Giovanni se agachó hacia ella y la besó. Esta vez de forma suave y dulce, apenas rozando los labios de la joven. Se separó de ella y la miró.

—Juliette, me has hecho sentir un calor especial que hacía mucho que no sentía. Me haces sentir vivo de nuevo. Tu sonrisa, tu voz, este olor tan maravilloso. —Enterró la nariz en sus cabellos y respiró profundamente inhalando todo su aroma. —Pero no tengo miedo de ti, sino que tengo miedo de lo que puedo ser yo, cuando estoy contigo.

—¡Erwan, no sabes lo que estás haciendo! —le gritó Cábala, el gobernante del clan de vampiros en Egipto.

—¡Eres un maldito traidor! ¿Cómo puedes hacerle esto a tu propia especie? ¡Lo pagarás muy caro!

Erwan le sonrió. Miró a su alrededor. Sólo había cadáveres. Habían asaltado la base de los vampiros ubicada en la ciudad egipcia. El ejército de neófitos había matado a todos los humanos y vampiros que servían a Cábala. Y ahora tenía al mismísimo gobernante del clan, delante de él sentado en una silla sujetado por cuatro snaiders.

—¡Amo, ya está listo! —Gritó Erwan hacia la puerta que había a su derecha.

Cábala quedó petrificado cuando vio la figura de más de dos metros de altura, entrar en la estancia.

—¡Por todos los dioses antiguos! ¿Qué diablos has hecho Erwan? —Fue lo único que pudo decir el vampiro antes que el dios Seth se acercara a él y le sujetara la cara con su fuerte mano, mientras lo miraba fijamente a los ojos.

—Mírame, siervo.

—Sí, mi amo. —le respondió Cábala bajo el influjo del dios.

Erwan los observaba fijamente. El cuerpo del Dios parecía emitir destellos luminosos y un aura poderosa lo envolvía por completo. Jamás había visto tanto poder junto.

—Te ordeno me entregues tu vida. —Le dijo el dios egipcio a Cábala. E

inmediatamente comenzó a aspirar. Un humo blanco comenzó a salir de la boca del vampiro y fue introduciéndose en la del dios Seth. En cuestión de segundos, el cuerpo del gobernante se redujo solo a piel, cayendo al suelo frente a Seth.

Había absorbido toda la vida y poder del gobernante. Ahora Seth era más poderoso. E infinitamente letal para los vampiros.

—¡Traedme sangre! —gritó sentándose en la silla.

Erwan reaccionó ante el grito, haciendo gestos a los neófitos.

—Mi amo, eso ha sido impresionante... —le dijo al dios.

—No quiero que me adules, siervo. Sólo tráeme sangre. —le respondió.

En ese momento un grupo de snaiders trajo a cinco humanos que habían dejado con vida en la masacre a la base.

Los pusieron junto al dios y salieron de la sala.

—Puedes irte. —Le ordenó Seth a Erwan.

—Como ordene, mi amo. —Salió de la sala, cerrando la puerta tras de sí y escuchando los gritos aterradores en el interior.

Aquel dios tenía un poder incalculable, y cada vez que aspiraba una vida de un vampiro antiguo, su poder

aumentaba en grandes pasos. Pronto sería indestructible como su Amo. Pronto gobernarían todo el mundo.

CAPITULO V

—He venido a contaros que estos últimos años he descubierto que hay una raza nueva de vampiros, llamados snaiders. —Comenzó a explicar Giovanni.

Estábamos sentados los tres en el comedor. Sigfrid junto a mí en el sofá y Giovanni en una silla frente a nosotros.

—Con eso de raza nueva, ¿te refieres a vampiros neófitos? —Preguntó Sigfrid.

—¡Sí, chico listo! —“Siempre tenía que utilizar su maldito sarcasmo” pensé—. Me refiero a vampiros neófitos. Tal y como le explicaba a Juliette, antes de que llegaras, esta raza de inmortales han sido creados por un original llamado Erwan. Es uno de los vampiros más antiguos de Egipto. Hace unos días encontré uno de esos snaiders en un callejón en la ciudad de Rímini, devorando a una joven. Me acerqué a él. Cuando éste me miró, vi que sus ojos eran amarillos. Llevaba la cabeza totalmente afeitada. Parecía estar como endemoniado. Poseído. Se abalanzó contra mí y me estampó contra la pared. Tenía mucha fuerza y se movía muy rápido. Tuve que desplazarme más rápido que él, ponerme a su espalda y agarrarle

de los brazos para poderlo inmovilizar. Me lo llevé a un sótano que tenía alquilado en la ciudad a una joven muy simpática, llamada Elisa—. Me miró en cuanto nombró a la joven pero hice como si no me importara—. Durante dos días lo estuve torturando e interrogando sin que una sola respuesta saliera de su boca. Le tuve sin alimentarse durante seis días, estudiando su comportamiento. Se iba debilitando.

Entonces le traje una bolsa de sangre una noche para cambiársela por información. Ante tal motivación, empezó a explicarme que Erwan era quien los estaba creando. Estaba bajo las órdenes de un antiguo y poderoso dios llamado Seth. Él era el origen de todo esto.

—¿Seth? Nunca he oído hablar de él. ¿Sabes quién es? —Le preguntó Sigfrid.

—Es un dios egipcio. Sucumbió a la oscuridad junto con su hermana Neftys, mientras que Isis y Osiris, también hermanos de Seth, nuestros creadores, eligieron la luz. —Con sólo mencionar a los dioses de nuevo me estaba empezando a asustar. Nunca me había enfrentado a nada parecido y

menos con dioses y fuerzas tan poderosas de por medio.

—Pues tenemos que hacer algo inmediatamente ¿no? No podemos esperar a que esto empeore. ¿Cuál es el plan? —Contestó Sigfrid.

—Me temo que ya ha empeorado, jovencito. Y no tenemos ningún plan ¡Así que a ver si aportas alguna idea Macho Man! —Giovanni seguía con su tono sarcástico.

Sigfrid se incorporó de un salto y se lanzó contra Giovanni. Rápidamente me puse a su lado intentándolo detener, pero la fuerza de éste no me dejaba ni moverle el brazo.

—¡Maldita sea Sigfrid! ¡Por favor! ¿Queréis dejarlo ya? —No sabía cómo actuar entre estas dos torres.

—¡Me tiene hartado ya con su puto sarcasmo! ¡O te comprometes con esto o lárgate de aquí! —Sigfrid lo había cogido del pecho y lo empujaba hacia atrás.

—Y ¿qué te crees que hago aquí, eh, idiota? ¿Ver tu cara de mono? —Giovanni le sonreía mientras le enseñaba el dedo corazón levantado, provocándolo.

—¡Bésame el culo! —Se giró Sigfrid apartándose de él y poniéndose a mi lado y me acarició suavemente en la cara.

—Prometo no hacerlo más, cielo. ¡Pero es que no soporto al gilipollas este! —Me sonrió para tranquilizarme.

—Lo sé, Sigfrid, pero no podemos atacarnos entre nosotros porque no solucionamos nada. Además, Giovanni es más poderoso que tú y no quiero que te haga daño. —Le besé la mejilla. Un olor embriagador penetró por mi olfato, haciéndome vibrar. Siempre que me acercaba a él, me excitaba de tal forma que ni siquiera bebiendo sangre (bueno, eso es bastante exagerado, la sangre era única).

—Tendría que verse quien es más poderoso, preciosa. Porque me parece a mí que el vejstorio este poco puede dar de sí. —Me sonrió Sigfrid, dándome un beso en los labios, y dejándome con ganas de más.

—¡Ejem! —Nos interrumpió Giovanni. Sentía celos muy fuertes de él en ese momento. Podía sentirlo al haber bebido de él hacía apenas unos minutos —Eso estaría por verse, cachorrito....

—¡No me tientes imitación barata de Drácula!, porque te juro que no respondo de mis actos aunque Juliette esté delante —.

—Ui sí, ¡cuidado! ¡Que el principito se enfada! —Pero entonces su rostro cambió de estar relajado a tensarse por completo—. Tienes suerte que Juliette te aprecie porque te hubiera arrancado la cabeza en un segundo, no lo dudes

nunca.

—Bueno, ¡basta ya! ¿Podemos acabar la conversación de una vez? — Pregunté mirando a los dos de nuevo.

—Estamos en un verdadero lío y aún no sabemos que vamos a hacer.

—¡Está bien! —Levantó los brazos Giovanni. —Por mí, lo dejo. —Miró a Sigfrid. Éste movió la cabeza hacia abajo asintiendo y continuamos escuchando.

—Pues este es el problema. A parte de haber un original, tenemos que vernos con dioses. Esto se nos va de las manos. Se están multiplicando por días, de manera muy rápida. A esto hay que añadirle que su actitud es totalmente animal, sin una pizca de civilismo y con el riesgo de que ante las pruebas de sus

asesinatos, el gobierno y la policía está en proceso de investigación entre los países donde más se están encontrando casos. Sobretudo aquí en Italia y en América, es donde más asesinatos “sospechosos” ha habido.

—¿Qué podemos hacer entonces? —Pregunté.

—Podría contárselo a Gédéon. ¿Qué te parece? —Me preguntó Sigfrid.

—Y ¿Quién coño es ese tal Gédéon? —Interrumpió Giovanni.

—Un licántropo que conoce Sigfrid. Supongo que no es tan mala idea si podemos hablar con su clan. Es algo que también les incumbe y quizás con el apoyo de los lobos podamos enfrentarnos a esto. —Respondí.

—¡Lo que faltaba para la fiesta! ¡Un puto chucho! ¿Qué vamos a llamar también a Caperucita Roja para que nos ayude con su abuelita? —Giovanni no estaba ayudando en nada con esa actitud.

—Será un chucho, Nosferatu, ¡pero tiene más huevos que tú! —Contestó Sigfrid.

—¡Sí claro! ¡Y mi madre es Spiderman! —Siguió Giovanni.

—¡No, momia! ¡Tu madre es el monstruo de la laguna, porque es imposible que hayas salido de otra cosa apestando a muerto como apestas, capullo!

Giovanni se levantó y Sigfrid reaccionó levantándose también uno frente del otro, pero esta vez pude ponerme en medio y separarlos.

—¡Dios santo, Giovanni! ¡Ya está bien! ¡Os lo digo a los dos! —Les ordené. Me tenían harta ya con tanto machito suelto.

—La idea de Sigfrid es buena, Giovanni. Piénsalo bien. Necesitaremos el apoyo de algo más que vampiros para poder enfrentarnos a todo esto. —Me dirigí a Giovanni—. ¿Tienes otra idea?

—He pensado comunicarme con Scarlett. ¿Qué te parece Juliette? Ella es una de las descendientes directas de Isis. Es una original, de las más antiguas que conozco, y además, pertenece al Consejo—. se dirigió a Sigfrid—. Es como una reina de los vampiros. Ella sabrá darnos la solución. O por lo menos nos puede ayudar a cómo enfrentarnos a esto. ¡Y por lo menos no huele a perro!

—Me da igual lo que diga éste, Juliette, pero llamaré a Gédéon para comunicárselo. —Me dijo Sigfrid—.

¿Scarlett? ¿La conoces Juliette? Nunca me has hablado de ella . — Interrumpió Sigfrid.

—Sí, Scarlett. Y no le va a gustar ni un pelo que aparezca ante ella. — Contesté yo.

—¿Por qué? —Me preguntó Sigfrid.

—Porque ella me odia.. —Le confesé.

Juliette se separó de él para poderle mirar.

—¿A qué te refieres Giovanni? ¿A qué tienes miedo? ¿Por qué no me hablas claro de una vez por todas?

¿Tan niña te crees que soy? Ya empiezo a estar cansada de este tira y afloja... —Se separó de él, y comenzó a caminar.

Él se quedó plantado mirando como desaparecía al girar la calle. Tenía que ir tras ella no podía dejarla sola en la noche. Así que siguió sus pasos a ver dónde iba.

“No puedo creerlo” se decía para sí misma. “¿Este hombre no sabe ni lo que quiere!”. Caminaba rápidamente sumida en sus pensamientos sin saber si Giovanni la seguía o no. Estaba tan consternada que no podía dejar de pensar en la excusa tan infantil que le había dicho Giovanni. “¿Miedo a él mismo?

¿Pero miedo de que?” por mucho que se preguntaba no tenía respuestas.

Al final de la Via Francesco Crispi, llegó al muelle. Allí fue donde vio a Giovanni por primera vez. Se sentó en unas piedras que había apiladas, mirando el mar. Era una puerta hacia el mundo. Un inmenso lugar de encuentro y de intercambio y de libertad. Absorta en sus pensamientos, escuchó la voz de Giovanni a su espalda.

—¿Qué miras preciosa? —Se giró y ahí estaba él.

Su corazón comenzó a latir con una aceleración incontrolada al

escucharlo justo detrás de ella.

—¿Qué quieres ahora, Giovanni? —Se volvió de nuevo para contemplar el mar. Estaba enfadada. Se sentía

impotente. Era como si Giovanni la tratara como a una niña. No le decía las cosas claras y eso la estaba matando por dentro.

—No quería que estuvieras sola. Tengo que llevarte a casa. —Se sentó a su lado.

—Me gusta venir aquí, a observar el mar. Ha sido quien te ha traído a mí.. —Lo miró.

—Así es Juliette. Y aquí estoy contigo. —Esa joven despertaba en él algo tan tierno y bello que no quería separarse de ella nunca. Durante su inmortalidad olvidaba la humanidad que había existido en él alguna vez, sin embargo cuando estaba con ella, volvía a ser él de nuevo.

La miró sonriéndole, pero en su rostro vio deslizarse una lágrima. Tenía los ojos cristalinos, aquellos ojos marrones tan profundos ahora estaban bañados en lágrimas. Quería calmarla. Necesitaba decirle que ahí estaría él siempre con ella, pero no podía.

No podía darle más de él. No podía responderle a todas las dudas que tenía Juliette.

—Juliette, ¿Qué te ocurre? ¿Qué necesitas? —Se preocupaba por ella. No sabía cómo consolarla. Solo pudo abrazarla fuertemente y dejar que llorara entre sus brazos—. Por favor, Juliette, dime algo. —Besaba sus cabellos.

—Giovanni, ¿puedo pedirte algo? —Al escuchar aquella voz tan suave cerca de él, le provocó una erección que no pudo esconder.

—Sí, por supuesto. ¿Qué quieres? —Se acercó suavemente a ella. Juliette levantó su rostro y lo miró decidida.

—Bésame. —Le pidió.

Y así fue. Giovanni se entregó a su petición. No podía reprimirse más cuando estaba con ella. Aquella muchacha lo había cautivado por completo.

Él la miró, y con un suave movimiento acercó sus labios a los suyos. La dulce miel de su boca se posó en la hambrienta boca de la joven, abriéndose a él y dejándole paso para que sus lenguas se unieran en un baile sin final.

Que dulce y mágica sensación. Nunca antes Juliette había besado con tanta pasión como ahora lo hacía.

Hubiera parado el tiempo si hubiese tenido el poder de hacerlo. Giovanni la rodeó con sus brazos, sujetándola a él. No quería que se separara de él ni un

centímetro. La necesita cerca. Necesita sentir su calor. Deslizó su mano acariciando su cabello dorado. Recorrió su espalda y la apretó a él. Ella gimió en su boca, cuando notó como la atraía hacia su cuerpo con tanta fuerza. Notaba humedad entre sus piernas.

Lo deseaba con locura. Deseaba que él la tocara, que la hiciera suya. Sólo con su lengua la estaba haciendo enloquecer de pasión. “¿Cómo podía aquel hombre besar tan bien?”.

La mano de aquel hombre había pasado de su espalda a su muslo, acariciándolo con aquella sensualidad que sólo él sabía hacer. Ella sentía que su piel ardía a pesar del frío tacto a través de la tela del vestido.

Jamás había sentido nada similar. Deseaba que esa mano no dejara nunca que tocarla. Ahora, la había metido debajo de su vestido, y acariciaba su muslo subiendo suavemente hacía su sexo.

Giovanni podía sentir como Juliette se excitaba con sólo acariciarla. Olía su excitación y sentía que estaba muy húmeda entre aquellas maravillosas piernas. Preparada para él. Para entrar dentro de ella. Con sólo pensar en poder penetrar entre aquellos mus-los, gimió conteniendo los pinchazos que sentía en su pene.

Mientras su lengua acariciaba la de la joven. La tenía a su merced. Aquel cuerpo es-taba entregado totalmente a él. Con su otra mano la deslizó entre el abrigo de la joven, para poder acariciarla por debajo de su blusa. Deslizó la mano en su interior, sintiendo el sobresalto de Juliette al notar el tacto frío en su piel. Le agarró un pecho, masajeándolo y rozando su duro pezón suavemente.

Un gemido de Juliette se ahogó dentro de su boca y Giovanni la besó con más fuerza. Juliette sentía que se iba a desmayar cuando la mano de Giovanni le tocó su pecho. Con que suavidad lo hacía. Le tocaba el pezón provocándole más excitación aún en su joven cuerpo.

Ella deslizó su mano hacia el pecho de Giovanni. Le había abierto el abrigo y a través del suave algodón

de su camisa, podía sentir aquellos músculos poderosos que se agitaban en fuerte movimiento por el latido de su corazón. Estaba excitado y Juliette lo sabía. Decidió arriesgarse y continuó bajando hacia el abdomen. Aquel duro y prieto abdomen, que le estaba pidiendo que lo acariciara sin parar.

Giovanni salió de su boca, y la miró cuando su mano estaba tocando la ingle. Ella con una sola mirada, le dio permiso para continuar. Así que Giovanni, deslizó sus dedos hacia el fruto virgen de Juliette, haciéndola gemir

y entregarse a él en cuerpo y alma. De nuevo la atrapó con su boca. Esta vez fue Juliette la que lo buscó con su lengua de manera casi desesperada al sentirlo otra vez dentro de ella.

Ella, siguió bajando su mano, hacia aquel tesoro que él tenía entre sus piernas, deseoso de salir bajo la presión del pantalón. Estaba muy duro.

—¡Oh, cielos, Juliette! —Cuando notó la mano de Juliette en su miembro, estuvo a punto de correrse. Fue una sensación maravillosa notar como el calor de su mano acariciaba su miembro erecto. Estaba a punto de explotar.

Giovanni, deslizó su mano entre la entrepierna y acarició su sexo húmedo. Introdujo el dedo lentamente y la penetró con él.

Juliette se separó de sus labios y gimió de placer al sentir el dedo de Giovanni dentro de su vagina.

Aquella sensación la pilló por sorpresa. Parecía que había muerto y estaba en el cielo.

Con el dedo pulgar, pasó a acariciar su clítoris. Ella se estremecía de placer y él se excitaba más al sentirla tan húmeda. Aquel pequeño montículo era toda una estimulación para la joven. No dejó de acariciarla, hasta que sintió como Juliette llegaba al orgasmo. Fue maravilloso llevarla al éxtasis, mientras él la besaba con fuerza para ahogar todos sus gemidos de placer en su boca.

Cuando Giovanni empezó a acariciarle en su sexo, empezó a recorrerle por todo el cuerpo un placer incontrolable. Su cuerpo vibraba, mientras una fuerza inimaginable la recorría desde la punta de los pies hasta el cuello, llevándola a un orgasmo brutal. Había sido maravilloso. Giovanni la había hecho sentir un placer maravilloso. Ahora la abrazaba con fuerza, mientras su cuerpo todavía temblaba.

La besaba en la frente, en las mejillas sonrojadas por el placer, en los labios. Pero cuando llegó a su cuello, Giovanni, se separó bruscamente de ella girando la cara y apartándola de su lado.

—¿Qué ocurre Giovanni? ¿He hecho algo mal? —Le preguntó Juliette. La había separado de él de una forma agresiva y ella no entendía porque había hecho eso cuando hace unos segundos parecía el hombre más entregado del mundo en sus brazos.

—No, Juliette. No has hecho nada malo, he sido yo—. Se levantó, dejándola sentada frente al mar, con las mejillas acaloradas de la pasión que había vivido junto a su cuerpo. —¡No debería de haber pasado!

¡Maldita sea! —Se marchó sin más palabras ni más explicaciones.

Una vez en la soledad, las lágrimas de Juliette salieron, recorriendo su rostro creándole una sensación de vacío. No sabía que había pasado ni porque Giovanni había reaccionado así. Él también se había entregado a ella con la misma pasión que ella se había entregado a él, sin embargo aquel comportamiento le había demostrado rechazo y crueldad.

Giovanni huyó de su lado. No podía seguir con ella ni un segundo más. Sus colmillos habían salido con fuerza, cuando notó estallar a Juliette en su orgasmo. Deseó morderla. Deseó beber de ella. Y no podía contenerse si seguía junto a ella.

Intentó tranquilizarse, pero no podía. Su sed hacía ella y las ganas de poseerla lo estaban convirtiendo en un animal. Si se quedaba con ella le haría daño y no podía per-donárselo nunca. Tenía que marcharse de allí. Tenía que alejarse de ella.

—¿Me llamabais, Amo? —Erwan entró en la cripta donde el dios Seth lo estaba esperando.

—Adelante, pasa. —Le ordenó el dios con una voz tenebrosa.

El poderoso vampiro se acercó hacia la figura eterna con paso decidido.

—¿Va todo bien? —Le preguntó Seth, girándose hacia él. Sus cabellos dorados caían sobre sus hombros

desnudos. Sólo llevaba puesto un faldín azul de lino. Era mucho más alto que Erwan, así que tuvo que levantar su mirada para ver sus ojos. Unos ojos rojos como el mismísimo atardecer lo taladraron.

—Sí Amo. Todo va según lo acordado.

—Eso espero... —se volvió a girar con los brazos cruzados en el pecho, dándole la espalda de nuevo.

—Ha habido alguna baja que otra, pero nada importante. —le siguió explicando Erwan.

—¿Alguna baja?

—Sí, algunos snaiders no han superado el cambio y Ottis ha sido asesinado a manos de un vampiro antiguo.

—¿Sabes que vampiro ha sido? —Le siguió preguntando Seth

—Sí, lo conozco. Según los otros snaiders que lograron escapar antes que los atrapara, se trata de Giovanni .

—No podemos dejar cabos sueltos, lo sabes ¿no? —Se volvió a girar y

esta vez se acercó hasta donde estaba Erwan mirándolo de manera realmente peligrosa—. Encárgate de ese tal Giovanni. No quiero problemas con ningún vampiro y menos dejar que viva. ¡Los quiero a todos muertos!

—No se preocupe Amo, me encargaré de él personalmente. —A pesar de su metro noventa y cinco y de sus cien kilos, se sentía realmente intimidado ante la deidad que tenía delante.

—¿Me ves acaso preocupado? Ves y encárgate de todo. No quiero errores. Y cierra la puerta cuando salgas. —Se separó de él, para tumbarse sobre unos almohadones colocados cómodamente al final de la sala, donde una joven humana lo estaba esperando desnuda.

—Como desee, Amo. —Salió de la sala cerrando la puerta tras de sí.

No podía fallar en esta misión. Para él, lo era todo. Por fin iba a acabar con todos los de su especie, consiguiendo su objetivo, ser el vampiro más poderoso del mundo. Con su ejército de neófitos que había creado, conseguiría gobernar toda la Tierra.

—Scarlett, ¿Dónde estás? —Erwan se intentaba comunicar con Scarlett desde hacía días pero ésta no contestaba.

—¿Que te odia? ¿Pero por qué? ¿Qué le ha hecho mi niña a esa soberana para que te odie? —Me preguntó Sigfrid abrazándome y sonriéndome.

—Puff. —Resoplé. —Es una larga historia cariño... —Le besé mientras me abrazaba.

—Bueno, ¡ya está bien de besitos! ¿No? —Giovanni se moría de celos y yo disfrutaba con ello.

—¡Chúpamela! —Le dijo Sigfrid.

—Si, guapo te chupo lo que tú quieras, pero tu “niña” como tú dices, antes de llegar tú, me ha comido todo el cuello. —Le soltó Giovanni.

—¿Cómo? ¿Qué está diciendo éste, Juliette? —Giovanni me había metido en un gran lío.

—Escucha Sigfrid, no ha sido así....

—No, no ha sido así. La verdad es que mientras le tocaba entre las piernas excitándola al máximo, ella mordió mi cuello para beber de mí. —Esto pasaba de castaño a oscuro.

—¡Maldito hijo de puta! —Esta vez no pude detener a Sigfrid. Embistió a Giovanni contra la pared agarrándolo del cuello. Giovanni le asestó un

puñetazo y acabaron los dos rodando por el suelo de mi comedor tirando dos sillas y la mesa al suelo.

—¡Giovanni! ¡Sigfrid!

—¡Eres un cabrón! ¿Qué pretendes volviendo a Juliette? ¿Quieres dejármela destrozada otra vez? —Le gritaba Sigfrid mientras golpeaba a Giovanni.

—¡La quiero! ¡Y ella me quiere a mí! ¡Asúmelo de una puta vez! ¡Tú solo has sido su paño de lágrimas!

Le agarraba del brazo para partírselo.

Me acerqué a Giovanni que estaba torciendo el brazo de Sigfrid hacía atrás, para cogerlo del cuello y levantarlo. Cuando lo tuve a mi altura, le asesté una patada entre las piernas que no tuvo más remedio que

soltar a Sigfrid, para caer de nuevo al suelo agarrándose sus partes con las manos.

—¡Te has pasado Juliette! —Me dijo.

—El que te has pasado has sido tú, Giovanni. ¡Eres un auténtico cabrón! Mira que has llegado a hacerme daño pero este golpe tan bajo no me lo esperaba de ti .

—Juliette, ¿es cierto eso que ha dicho? ¿Has bebido de él? —Me preguntó Sigfrid mientras se levantaba para ponerse delante de mí. Cuando vi que sus ojos profundos me miraban con esperanza no pude contener su mirada.

Me dolía hacerle daño. Pero no podía mentirle.

—Si, Sigfrid. He bebido de él. Tú más que nadie sabes la atracción y la sed que nos provoca quien nos ha creado. Quien nos da la vida, nos da la sangre. Igual que tú tienes esa sed desesperada de mí, yo la tengo de Giovanni. Por desgracia, es así para mí. Lo siento si te he herido, pero más me duele a mí, haberlo hecho y no haberme podido controlar. —Me giré y me senté en el sofá.

Nefer saltó a mis piernas y la abracé. Ella se acobijó entre mis brazos, ronroneando.

—Está bien Juliette, te entiendo. Pero no por ello me duele menos. No quiero que este desgraciado te haga más daño del que te ha hecho ya. —Se agachó agarrando mis rodillas mirándome arrodillado en el suelo delante de mí.

—Te equivocas chaval. No quiero hacerle daño. No creas que ha sido fácil para mí sentir sufrir a Juliette.

Aunque no estaba con ella, todo ese rencor y odio que sentía hacia mí, yo

lo sentía dentro.

—¡Tú sí que te equivocas, mamón! No sabes lo que es verla sufrir días tras día sin poder hacer nada para calmar su angustia. ¡No tienes ni idea de lo que esta mujer ha sufrido por ti!

—¡Ya basta! Por favor. Os lo pido a los dos. —No pude detener ni un segundo más las lágrimas.

—Juliette, mi niña... —Sigfrid me abrazó para consolarme. Giovanni estaba de pie delante de nosotros y pude sentir su tensión. Le dolía no ser él quien me abrazara. Y yo me alegré por sentir el vacío y la impotencia que él estaba sintiendo.

Llegó a casa sola. Giovanni había desaparecido de su lado y ella había regresado a casa sola, llorando sin saber qué hacer.

Cuando abrió la puerta, vio a su familia en el comedor y a Giovanni que estaba sentado junto a su madre.

—¿Dónde estabas Juliette? Me tenías preocupada. —Se levantó su madre para abrazarme cuando me vio.

—Yo... —Miré a Giovanni. No salía ninguna palabra de mí. Era como si se hubiera quedado sin voz al verlo de nuevo.

—Nos ha contado Giovanni que cuando fue a buscarte a casa de Valentino, tú ya te habías ido. —Le explicó su padre—. ¿A dónde fuiste hija? Sabes que no quiero que vayas sola por la noche a ningún sitio.

“¿Cómo que ya no estaba en casa de Valentino? Maldito cínico” pensó Juliette mientras miraba a Giovanni con rabia.

—En el muelle padre. Me apetecía dar un paseo, sola.

—Pues no lo hagas más hija, no es seguro pasear sola por la noche por estas calles. No se sabe la clase de peligros que se puede encontrar una joven sola a estas horas en la calle.

—No lo haré padre, no te preocupes. Si me disculpáis, me voy a mi habitación, no me encuentro muy bien.

—¿Qué te pasa hija? —La miró su madre—. Tienes mala cara, y los ojos muy rojos, ¿Has llorado mi pequeña?

—No madre, no he llorado. Es que me duele mucho la cabeza. Mejor me voy a dormir.

—Ahora te subiré una tisana, amor. —Escuchó a su madre mientras ella

subía las escaleras.

Entró en su habitación y se tumbó en su cama. Volvió a llorar hundiendo su rostro en la almohada para que no escuchara nadie su dolor.

¿Cómo podía Giovanni haber tenido el corazón tan frío de llegar a casa y mentirles a sus padres que no

había encontrado a Juliette? La había dejado sola. Sola allí sentada en el muelle, después de haberla tocado, besado... “¿Qué clase de hombre es?” se preguntó Juliette.

Se quedó dormida.

Giovanni no podía contener el dolor que le hacía sentir ver a Juliette sufriendo. Cuando la vio entrar por la puerta con aquel rostro tan triste, le había provocado un profundo dolor en el estómago. Se contuvo para no levantarse y abrazarla. Pensó que lo mejor sería marcharse y alejarse de ella. Había invadido su casa, su vida y le había hecho daño. No podía seguir haciéndola sufrir así. No se lo merecía.

—Ya estoy bien, Sigfrid, de verdad. . —No quería apartarse de mí.

—¿Seguro? —Me miró para ver si le decía la verdad o no.

—Seguro. Estoy bien. Os pido que a partir de ahora, dejemos todos nuestros conflictos fuera de esto.

Tenemos que centrarnos en solucionar la situación de los snaiders y no nos ayuda tener que enfrentarnos en lugar de ayudarnos. —Les propuse. No podíamos seguir con este comportamiento.

—Por mi perfecto. —Respondió Sigfrid.

—Por mí también. —Respondió Giovanni.

—Perfecto entonces ¿por dónde íbamos? —Dije.

—Me ibas a explicar lo que pasó con la tal Scarlett. —Sigfrid me refrescó la memoria. Después de todo lo que había pasado en mi casa hacia un momento, ni me acordaba de Scarlett. —Quiero saber lo que ocurrió antes de aparecer ante esa vampira, y nos intente cortar la cabeza. —Sonrió Sigfrid.

—Pues ponte cómodo, es una larga historia. —Le sugerí.

—Me parece que esto se va a poner interesante. —Sonrió Giovanni. Nos pusimos cómodos y yo comencé a narrar la historia.

—Todo comenzó cuando yo ya era vampira. Estaba en Escocia. Siempre me había gustado ese país y me trasladé una temporada allí. Era un lugar

maravilloso, lleno de magia.

Pero era muy joven, no tenía ni un siglo y estaba bastante perdida aún. Me encontraba muy sola y necesitaba muchas respuestas.

Una noche que salí a cazar, bajé al pueblo y en un callejón, me encontré con un joven muy misterioso. Al principio dudé en acercarme a él, pero al final lo hice. En cuanto llegué a su lado, todos mis sentidos se pusieron en alerta. Era un vampiro y se estaba pegando un buen festín. —Nunca había conocido a otro ser igual que yo, sólo a Giovanni. Cuando estuve lo suficientemente cerca, pude verlo mejor. Tenía a una joven entre sus brazos, apretada contra la pared y succionaba de su cuello, mientras ella emitía gemidos de placer. Como ya sabes, —le dije a Sigfrid.. —cuando te alimentas de un humano, desprendemos de nuestros colmillos una sustancia narcótica que nos permite alimentarnos mientras ellos se dejan llevar a una sensación placentera que les lleva a un estado de éxtasis. Pues esta chica estaba pasándolo en grande, mientras aquel vampiro la succionaba. Pero en cuanto me acerqué más, él se giró y me miró.

Dejó a la joven en el suelo y se movió hacia a mi..

—¿Te atacó? —Me preguntó Sigfrid.

—No, cielo. No me atacó. Se acercó donde yo estaba y me miró a los ojos. Inclino la cabeza hacia arriba como si me estuviera oliendo y luego me sonrió.

—Que sorpresa... ¿Qué nos ha traído la noche por aquí? —Me dijo aquel vampiro mientras se acercaba más a mí. Era un vampiro alto, y fuerte, de cabello rubio corto. Tenía los ojos color verde. Un verde esmeralda que irradiaba un brillo intenso. Jamás había visto unos ojos así. Mientras sonreía dejaba ver unos incisivos blancos perfectamente afilados.

—Me llamo Juliette—. le dije mirándole fijamente a sus ojos. Me tenían electrizada.

—Vaya, vaya... Yo me llamo Leonard—. se acercó mi mano a su boca y la besó—. Tendríamos que alejarnos de aquí-me dijo.

Me propuso que lo acompañara. Al principio me sentí reacia a hacerlo, pero cuando pasó un rato me pareció muy agradable. Le hice muchas preguntas, que aún tenía en mi mente, y él me fue respondiendo una a una liberándome de muchas dudas. Estuvimos paseando e incluso cazamos juntos a una pareja que sorprendimos a las afueras del pueblo. Nos alimentamos y me propuso ir a su casa. Ya pronto amanecería y era peligroso no cubrirse, así que me fui con él.

Cuando llegamos, y vi aquel enorme castillo me quedé sin habla. Era enorme. Cuatro torres altas de piedra se alzaban en la fortaleza. En la puerta había dos hombres armados hasta los dientes con antorchas. Llevaban puestas armaduras.

—Buenas noches mi Lord. Señorita. —Saludó uno de ellos cuando llegamos a su lado.

—Buenas noches, Angelo. ¿Está mi hermana en sus aposentos?

—Sí, mi lord. Su Majestad está en la planta superior. ¿Necesita que la avisemos?, en seguida mando a Roberto a anunciar su llegada.

—No hace falta. Gracias, ya vamos nosotros.

—¿Majestad? ¿Lord? ¿Pero quienes sois?-.Le pregunté mientras atravesábamos la gran entrada del castillo. El interior estaba exquisitamente adornado con esculturas y cientos de velas lo iluminaban.

—Somos vampiros muy antiguos. Nos llaman originales. Yo, junto con mi hermana que ahora conocerás y mi hermano, fuimos creados en el siglo IV a.C. por mi padre, quien a su vez fue creado directamente de la sangre original de nuestros ancestros, Isis y Osiris. A través de los siglos, se creó un Consejo de Vampiros Ancianos. Fueron los que nos dieron el poder de gobernar sobre todos los de nuestra especie.

Mi hermana es la mayor y fue la única de los tres hermanos que bebió directamente de la diosa Isis, así que fue nombrada reina aquí en el Reino Unido, y por eso se dirigen a ella como Majestad. A ella le encanta eso. —Me guiñó el ojo, mientras seguíamos caminando.

—¿Tienes otro hermano más? ¿También vive aquí?

—Sí, pero casi nunca está en el castillo. Es muy diferente a nosotros, ya lo conocerás. —Subimos por una gran escalera de piedra, hasta llegar a un largo pasillo. Al final de éste había una gran puerta. Leonard golpeó con los nudillos.

—Adelante hermano. —Se oyó una voz dulce desde el interior.

Cuando abrió la puerta, Leonard me hizo un gesto para que pasara. Y cuando entré pude ver que era una estancia enorme. La habitación tenía una gran cama con dosel con un gran arcón al final de ésta. Dos grandes tapices bordados cubrían lo que serían los dos ventanales de la alcoba. La estancia apenas estaba iluminada con un par de candelabros llenos de velas perfumadas pero la luz tenue del fuego le daba un toque acogedor.

Allí de pie frente a la chimenea, pude verla.

Cuando la hermana de Leonard se giró pude ver que era una mujer

realmente preciosa. Era de gran belleza. Con cabellos negros azabache recogidos en un moño informal y unos espectaculares ojos, color verdes, igual que los de Leonard, observándome con curiosidad. Llevaba puesto un vestido de gran escote del mismo color que sus ojos.

—Hola hermano. Tú debes de ser Juliette. —Se separó de la chimenea y comenzó a caminar hacia mí.

—Sí, soy Juliette. —“¿Cómo sabía mi nombre?” Me pregunté. Se acercó más y me dio un tierno abrazo.

—Encantada de conocerte. Me llamo Scarlett. Mi hermano me ha avisado que venías con él . —Me sorprendió enterarme de que la había avisado y sobretodo como podía haberlo hecho.

—Los vampiros podemos comunicarnos telepáticamente. Es algo que aprenderás, no te preocupes.

Respondió a mi pregunta como si me leyera el pensamiento.

—Leer la mente, también es algo que podemos hacer. —Me dijo Leonard sonriendo. Ambos me dirigieron una sonrisa. Se les veía muy unidos.

—Siéntate, por favor. Quiero saber todo de ti.. —Me acerqué donde estaba ella. Se había sentado en una silla frente a la chimenea y me señalaba la que había a su lado para que tomara asiento. Leonard se sentó

a mi lado en otra silla que había traído de alguna parte de aquella enorme habitación.

—Y bien, ¿Qué edad tienes? Puedo notar que eres joven. . —Me preguntó Scarlett.

—Hace 80 años que me convirtieron. —No pude evitar sentir tristeza al recordar que Giovanni había salido de mi vida hacia poco, dejándome completamente sola.

—Eres muy joven e inexperta. Espero que puedas quedarte con nosotros, nos encanta-ría poder ayudarte y enseñarte de todo lo que somos capaces los vampiros. —dijo Scarlett. —Puedo sentir la atracción que siente mi hermano hacia ti, así que serás bienvenida a mi casa el tiempo que desees.

Miré a Leonard y pude ver como su rostro cambiaba de estar sereno a un ligero enfado al escuchar la declaración que acababa de hacer su hermana.

—¡Oh, vamos hermana! ¡Siempre tan explícita! —Le reprochó.

—No puedo evitarlo, querido. Hacía tiempo que no te veía tan entusiasmado. —Me guiñó el ojo Scarlett, haciéndome sentir incómoda. Estaban teniendo una conversación un tanto íntima sobre mí conmigo delante.

CAPITULO VI

A la mañana siguiente cuando Juliette bajó las escaleras, vio una bolsa cerrada junto a la puerta.

No había nadie en el comedor, así que fue hacia la cocina y vio a su padre sentado en la mesa.

—Buenos días padre. ¿Qué hace esa bolsa en la entrada? —Le preguntó Juliette a su padre.

—Buenos días pequeña. Es de Giovanni. Anoche nos comunicó que tenía que marcharse. Quería aprovechar estos días para visitar a su familia en Florencia antes de que zarpara el barco de nuevo a la mar.

Aquella noticia dejó a Juliette sumida en un profundo dolor. No podía creerse que Giovanni se marchara, dejándola de esa manera.

Cogió un trozo de pan dulce que tenía su madre tapado con un paño y salió de la cocina después de haberle dado un beso a su padre.

Tenía que salir de su casa. Le apretaba un nudo en la garganta de tristeza al pensar que Giovanni se iba.

Cuando salió fuera, intentó respirar profundamente. Sentía como se le oprimía el pecho dejándola casi sin respiración. Empezó a caminar, sin rumbo, pero con el único pensamiento puesto en Giovanni.

¿Por qué se iba justo ahora? Cuando tenía tantas cosas que aclarar con él. Pensó en ir a buscar a su amiga

Marina, ella era la única que podría entenderla y necesitaba contárselo a alguien o le acabaría explotando la cabeza.

Tocó la campanilla que tenía la puerta de la casa de su amiga. En seguida escuchó dentro una voz masculina.

—¡En seguida voy!

El padre de Marina, el Sr. Enrico, abrió la puerta, y la saludó.

—¡Hola Juliette! ¿Qué te trae por aquí? —Era un hombre bajito y bastante rechoncho. Tenía un bigote tras el cual, podía verse una simpática sonrisa.

—Buon Giorno Sr. Enrico. ¿Está Marina en casa?

—Si, Juliette. Pasa. Está en su habitación.

Subió las escaleras en busca de su amiga. Ahora más que nunca la necesitaba. Estaba dispuesta a explicarte todo lo ocurrido.

—¡Juliette! ¿Te has caído de la cama hoy? —Le sonrió su amiga. Aún estaba metida en la cama.

—Lo contrario que tú, me parece que sí. —Intentó sonreírle, pero estaba demasiado triste para hacerlo.

—¿Qué te pasa Juliette?, ven siéntate aquí.

—Tengo que contarte algo Marina. —Bajó el rostro por sentir culpabilidad.

—Soy todo oídos, cariño.

Un pequeño golpe en la puerta interrumpió la velada en casa de Scarlett.

—¿Me permite entrar Majestad? —Se escuchó una voz fuera.

—Si, por favor, Corinne, pase. —le indicó Scarlett.

Inmediatamente apareció la figura de una mujer de cabellos blancos. Los llevaba recogidos con un moño alto. Enfundada en un vestido largo negro con un delantal blanco se acercó dónde estábamos nosotros llevando una bandeja con tres copas llenas de una sustancia oscura.

—He pensado que desearían tomar algo calentito.

—Gracias Corinne. No sé qué haría sin ti.. —Le sonrió Scarlett de manera familiar a aquella mujer. Me ofreció una copa y bebí. Era sangre. Sangre dulce macerada con un poco de canela. Exquisita—. Es mi fiel ayudante. Sin ella no podría llevar todo el peso de mi responsabilidad y a la vez ocuparme de tener todo dispuesto en este lugar—. Corinne, le presento a nuestra nueva invitada Juliette. Se hospedará en la habitación contigua a la de Leonard. Si eres tan amable, de acompañarla para que pueda acomodarse.

—Encantada de conocerla, señorita Juliette. Acompáñeme por favor que le mostraré sus aposentos.

Miré a Leonard y éste asintió. Así que acompañé a la mujer por el pasillo hasta llegar a mi nueva habitación.

—¿Lo has sentido hermana? ¿Es ella? —Le preguntó Leonard a Scarlett en cuanto Juliette salió de la habitación.

—Sí lo es, Leonard. Aún lleva la sangre de Giovanni dentro.

Una vez entré en la habitación pude ver que también tenía una gran cama con dosel, igual que en la habitación de Scarlett. Justo al lado también había un arcón con ropa doblada encima. Eran varios vestidos, definitivamente Scarlett era una gran anfitriona, había preparado todo para mi llegada.

Me acerqué a uno de los tapices que habían colgados en la habitación y lo aparté ligeramente. Detrás había un gran ventanal que dejaba ver un cielo cubierto de estrellas. Miré hacia abajo y pude apreciar que nos encontrábamos a unos veinte metros aproximadamente, por encima del suelo.

—Señorita Juliette, en veinte minutos Lord Leonard la espera abajo.. — Me dijo Corinne mientras llenaba una tina grande con agua caliente para que pudiera darme un baño.

—De acuerdo. Gracias Corinne. —Le respondí.

Me desnudé y me metí en el agua. Estaba a una temperatura ideal y Corinne había echado esencia de dama de noche, una de mis flores preferidas. Me sumergí toda, y me relajé como hacía tiempo no lo hacía. En ese lugar estaba muy cómoda. Por fin no me sentía sola.

Cuando salí de la bañera, me sequé y me puse uno de los vestidos que habían dispuesto para mí. En color azul zafiro, de una tela brillante y con un extremado corsé.

Dejé mi pelo suelto agarrando con un pasador solo los cabellos de delante y me puse un poco de carmín en los labios, que había en el tocador. Salí de la habitación y me choqué con un hombre muy alto.

—Discúlpeme Madame. —Cuando lo miré pude ver los mismos ojos de Leonard y Scarlett. Tenía los cabellos dorados de la misma tonalidad que Leonard, pero los llevaba más largos, a la altura de los hombros. Era un hombre de una gran belleza.

—No por favor, perdóneme, por mi falta de atención. No he mirado antes de salir..

—Creo que mis hermanos no le han presentado a la oveja negra de la familia, permítame entonces que lo haga yo. Me llamo Armand. Y Usted es la señorita Juliette ¿me equivoco?

—No se equivoca. Encantada de conocerle mi lord. —En esa casa todo el mundo sabía quién era yo.

—No, mi bella Juliette. No me llame Lord. Entre usted y yo, no soy como mis hermanos. Ellos son más pomposos en estos temas. —Me sonrió. Pude verle dos grandes colmillos que brillaban de manera espectacular.

—Si me disculpa, me dirigía abajo, su hermano me espera.. —Me giré para bajar las escaleras, cuando me agarró fuertemente de la mano.

—Tenga cuidado, Signorina. Mis hermanos no son de fiar. —Después de decirme esas palabras, se alejó por el largo pasillo.

No entendía el fondo de esa advertencia. No sabía a qué podía referirse

con eso de que no eran de fiar.

Me dejó bastante desconcertada y más viniendo de su propio hermano. De todas formas, pensé que lo mejor sería estar en alerta por si acaso.

—¿Cómo no me has contado esto antes, Juliette? —Le reprochó su amiga bastante molesta.

—Perdóname, Marina, pero no quería agobiarte con todo esto. Bastante lo estoy yo.

—Juliette, para algo estamos las amigas, ¿no? Yo siempre contándote todos mis problemas y tú, para una vez que realmente me necesitas no cuentas conmigo, no lo entiendo. —Tenía toda la razón. “No tenía que haberla dejado al margen de todo lo que me estaba ocurriendo”.

—Tienes razón. —Le contestó Juliette.

—Bueno, y ahora ¿qué piensas a hacer? No puedes permitir que Giovanni se vaya esta noche, ¿no?

—La verdad es que no lo sé. No sé si será lo mejor para los dos.

—Y ¿desde cuándo mi amiga se rinde tan fácilmente?

—Marina, no puedo pedirle simplemente que no se vaya. Si él lo ha decidido, será que no quiere nada más de mí.

—¿No será todo lo contrario? Juliette, tal y como me has contado ese hombre siente una gran pasión hacia ti, te lo ha demostrado con creces. Lo único que es como si no quisiera ir más allá contigo, como si tuviera miedo. Es por eso, por lo que se va, estoy segurísima.

—¿Entonces qué puedo hacer? —Me sentía bastante perdida.

—Pues esta noche cuando baje de su habitación, le preguntas si puedes hablar con él, antes de irse.

Aprovechas cuando estéis a solas y le hablas de tus sentimientos. Si él siente lo mismo por ti, Juliette, se quedará a tu lado.

—Pues entonces me iré a casa, aún tengo que ayudar a mi madre y esperaré a esta noche para poder hablar con él.

—¡Así me gusta! Ahora ve, y ¡haz lo que tienes que hacer por ese hombre! ¡Aún no puedo creerme que te hiciera llegar al orgasmo! Jajaja. —La dejó riéndose dentro de la habitación y salió para irse a casa.

Entré en el gran salón, donde había una mesa central iluminada con decenas de candelabros. Tapices bordados con exquisitos detalles adornaban las paredes. Leonard estaba de espaldas a mí, mirando a través de un gran ventanal.

Cuando se giró, me miró realmente asombrado.

—Juliette, estás increíble. —Se acercó a mí, mirándome fijamente.

—Gracias, Leonard. . —Me sonrojé al ver en la manera que me estaba mirando el escote. —Acabo de conocer ahora mismo en la planta de arriba a tu hermano Armand. —Su gesto cambió en cuanto mencioné su nombre.

—¡Vaya! ¡Pensé que no vendría en semanas! Ya puedo imaginar que le ha traído por aquí tan rápido... —Me sonrió.

No pude pensar en nada. Temía que cualquier pensamiento sobre lo que Armand me había dicho pudiera leerlo Leonard.

—Bien, Signorina. ¿Me permite que la invite a pasear en esta noche tan maravillosa? —Me ofreció su brazo para que me apoyara en él.

—Será un placer, mi Lord. —Le hice una reverencia con la que no pudo contener una carcajada. No entendía porque Armand me había puesto en alerta sobre ellos, realmente a Leonard se le veía una persona encantadora

—Andiamo bella... —Salimos de la calidez del castillo al frío de la noche de aquella ladera. Era un lugar enorme, a pesar de la oscuridad de la noche, podía ver la gran montaña en la que se encontraba la fortaleza.

Paseamos en silencio, hasta que Leonard lo interrumpió.

—Juliette, perdona mi atrevimiento, pero tengo curiosidad por saber quién ha sido tu creador. —Después de lo amable que había sido conmigo no podía negarle tal información.

—Se llama Giovanni. Lo conocí cuando tenía diecisiete años y me enamoré perdidamente de él. Durante cuatro años lo fui viendo interrumpidamente hasta que al final, me convirtió en lo mismo que él. —No pude evitar derramar una lágrima al volver a recordar la historia de mi gran amor.

—¿Y sigues en contacto con él? —Me preguntó, limpiándome el rostro con un suave pañuelo.

—No. Hará diez años perdí totalmente su rastro. La última vez que lo vi, me pidió que no lo siguiera. Me dijo que no podía seguir más conmigo. Que mi

vida peligraba. La verdad es que no lo entendí.

—Te entiendo. Sé que no es fácil perder lo que más quieres, yo por desgracia también perdí a la mujer que amaba. —Pude ver como se le humedecían los ojos. —Fue por culpa de otro vampiro. Él mató a mi mujer. —Se pasó la mano por la cabeza y miró hacia el horizonte.

—Lo siento... —Me acerqué a él, y le puse mi mano en su hombro.

—¡Maldito hijo de puta! —Gritó Giovanni. Sigfrid se giró hacia él, pero yo no tuve que hacerlo. Sabía a lo que se refería. Él ya conocía parte de esta historia.

—¿Qué te pasa ahora a ti? —le preguntó Sigfrid.

—Es que él ya conoce esta historia. —Le expliqué a Sigfrid—. El vampiro bastardo que asesinó a la mujer de Leonard fue él.

—¿Cómo? ¿De qué estás hablando? —Sigfrid no acababa de entender toda esta trama.

—Sí, fui yo. ¡Yo la maté! ¡Y volvería hacerlo una y mil veces! Leonard fue quien asesinó a mi hermano. A mi creador. Él fue el bastardo, ¡no yo! —Me gritó.

—¡Pero tú le quitaste lo que más quería! ¡Y por tu culpa, yo pagué las consecuencias! —Respondí a su grito.

—A ver si lo entiendo-Nos interrumpió Sigfrid. —El tal Leonard ese, que tú conociste. —se dirigió a mí. —es el mismo que mató al creador de Giovanni. Entonces Giovanni por venganza mató a la mujer de Leonard... así que Leonard quería vengarse de éste... Contigo... —Mi miró de nuevo—. ¿Y por qué diablos no mataste directamente a Leonard en lugar de a su esposa? —Le preguntó a Giovanni.

—Porque quería verlo sufrir durante toda su eternidad. —Respondió mirando por la ventana.

—¿Y no pensaste que buscaría venganza, haciéndote lo mismo? —Le volvió a reprochar Sigfrid.

—Eso era imposible. Cuando Leonard mató a mi hermano, yo era incapaz de amar... En esa época era un vampiro frío y despiadado. Saciándome de sangre sin ningún remordimiento. Fue cuando conocí a Juliette, cuando cambió mi vida. —Se había girado dejando la ciudad a su espalda y ahora me miraba fijamente—. Cuando él descubrió que me había enamorado de una mortal, fue cuando empezó a buscarla para poder llevar a cabo su venganza.

—Y si tanto quería vengarse de ti, ¿por qué no mató a Juliette cuando era humana? Le hubiera sido todo más fácil.

—Fácil sí, pero era más doloroso para mí darle la vida eterna a la mujer que más he amado en toda mi existencia, y luego arrebatármela dejándome solo en la eternidad... —Sentí un escalofrío escuchar esas palabras tan sinceras de boca de Giovanni—. Fue Leonard quien hizo que me separara de ti, no podía permitir que acabara con tu vida.

—No puedo creer, que permitieras que nos separaran Giovanni. Yo te amaba . —Le solté.

—Y yo a ti, Juliette. Leonard era un original, no podía enfrentarme a él. Tenía miedo de perderte para siempre.

—Pero me perdiste... Podías habérmelo dicho, juntos habiéramos encontrado una solución. Pero no, me abandonaste sin yo saber por qué.

—No tenía ni idea de todo lo que ha ocurrido entre vosotros. —sopló Sigfrid, sentándose de nuevo en el sofá.

—Pues así es Sigfrid. Ya te dije que era una larga historia.

—Una larga historia, no. ¡Esto es una telenovela! Y entonces ¿qué pasó contigo y Leonard, para que Scarlett ahora te odie tanto?

—Ella fue quien mató a Leonard. —Respondió Giovanni.

—Carinna mia. —Le dijo su padre a Juliette cuando entró en casa. —Ha venido Valentino. Le he dicho que no estabas pero ha insistido en esperarte. Está en tu habitación.

Sintió un escalofrío al escuchar su nombre. No sabía si seguiría con la misma actitud agresiva de la otra noche, así que subió las escaleras hasta su cuarto para comprobarlo y abrió la puerta.

Allí estaba él, sentado con la cabeza entre las manos.

—Juliette. —Le dijo en cuanto la vio entrar. Se levantó para abrazarla, pero ella dio un paso atrás. No quería que la tocara después de como la trató.

—¿Qué quieres Valentino?

—No sabía nada de ti desde la otra tarde que viniste a comer a mi casa, quería saber cómo estabas. —Se quedó extrañado ante la reacción de Juliette.

—¿Qué cómo estoy? ¿Después de cómo te portaste conmigo?

—¿Cómo me porté contigo? No te entiendo, ¿a qué te refieres?

—O sea, que no te acuerdas.

—¿De qué tengo que acordarme? Viniste a casa, comimos, conversamos y te fuiste.

¿Qué paso para que tenga que acordarme, Juliette? —Parecía sincero con esas palabras, pero Juliette no podía creerse que no se acordara de todo lo que pasó. Allí estaba pasando algo verdaderamente raro.

—Da igual, Valen, déjalo.

—Juliette ¿qué te pasa? Tu actitud conmigo ha cambiado. ¿No estás bien conmigo?

—Valentino, llevamos un tiempo, juntos y te quiero, pero esto nuestro no funciona. Tengo la sensación de que nos hemos estancado y que ya no es lo mismo que antes. Cuando estoy contigo, no siento lo que sentía al principio y...

—Tienes razón Juliette. Algo aquí dentro me dice que te deje marchar. Quiero que seas feliz, y sé que conmigo no lo eres... —La abrazó y le besó la mejilla.

—Cualquier cosa que necesites puedes contar conmigo. Aquí tienes un amigo, ¿de acuerdo? —La miró fijamente, después de dedicarle una sonrisa cariñosa y se marchó de la habitación.

“No puedo creerlo” pensó Juliette. Le había parecido demasiado fácil, y sin ninguna objeción en contra por parte de Valentino. Lo había notado tranquilo y decidido en dejar la relación. Realmente, aquí estaba pasando algo muy raro. “En fin, supongo que esto es mejor que verlo sufrir” pensó Juliette.

Bajó a la cocina y empezó a amasar el pan con la harina que le había preparado su madre.

—Se ha marchado muy pronto Valentino. ¿No podía quedarse a comer? —Le preguntó su madre.

—No madre. Ya no creo que venga más a comer a casa. Lo hemos dejado.

—Oh mi niña... ¿Estás bien? —Le preguntó Paula preocupada.

—Si, madre. Hace tiempo que no era lo mismo entre nosotros. Era mejor dejarlo antes de que pasara más tiempo. —Bajó la cabeza y se concentró en el pan.

—Bueno, si tú estás bien, y crees que es lo mejor, lo respeto. Eres muy joven para tener ninguna relación.

Ya tendrás tiempo para todo, hija.

—Supongo que sí, madre. —Se giró para mirar las escaleras. Deseaba con todas sus fuerzas volver a ver a Giovanni.

Después de comer, Silvio le pidió que lo acompañara a casa de Suzanne. Tenía que llevarle unas cosas que le había pedido, y también le había dicho

que esa tarde le ha-cían la prueba del vestido y quería que ella estuviera allí con su futura cuñada.

No pudo decirle que no, así que lo acompañó, pero pensó en volver pronto antes de que Giovanni se despertara.

—¡Ciao Juliette! —La saludó cariñosamente Suzanne cuando abrió la puerta.

—¡Ciao Suzanne! —Su futura cuñada era una chica de mediana estatura. Con unos grandes ojos negros y un precioso cabello castaño largo. Pasó hacia dentro de su casa, y se giró para ver como Silvio, la abrazaba y se daban un beso profundo.

“Qué envidia poder tener un amor correspondido y saber que vas a compartirlo con él toda la vida” pensó Juliette mientras los miraba.

Entraron hacia dentro donde estaba la madre de Suzanne, la Sra. Berta. Estaba conversando con el sastre del barrio, sobre las telas del vestido de su hija.

—¡Buona será, querida suegra! —Le saludó Silvio con un beso en la mejilla a la madre de su prometida.

—¡Buona será querido!, pero no deberías estar aquí. No puedes ver nada del traje de novia, trae mala suerte. —Le golpeó suavemente en la mano mientras le sonreía.

—Por eso he traído a mi hermana, para que me haga de espía. —Le sonrió Silvio.

—Oh, Juliette. ¡Estás cada día más guapa! —Se dirigió la Sra. Berta.

—Muchas gracias, Señora. —Se agachó para darle un beso en la mejilla.

Aquella mujer era una bellísima persona. Una cascada de cabellos casi blancos le caía sobre un manto que llevaba en los hombros cubriéndose el escote. Tenía unos ojos negros azabache igual que Suzanne, que ahora observaban a Juliette de arriba abajo.

—Bueno hermana te dejo en una buena compañía. Cuida de mi futura esposa. Con vuestro permiso me marchó. —Se dirigió a la salida no sin antes darle un suave beso en los labios a Suzanne.

—Y bueno, Juliette, ¿Qué tal te va todo? Hace días que no te veía. —Le preguntó Suzanne.

—Como siempre, cuñada. En la escuela, bastante ocupada con las calificaciones nuevas que nos está preparando el sr. Nicolás. Todo muy bien. —Le dijo.

—Y ¿cómo te va con Valentino? —Le preguntó en voz baja.

—Pues, lo hemos dejado Suzanne. La verdad es que últimamente no estábamos tan unidos. —Le respondió.

—Vaya, Juliette. Lo siento.

—No te preocupes, es mejor así.

—¡Pasad chicas! —Les pidió la Sra. Berta desde la otra habitación—. El Sr. Fabio está preparado para hacer la primera prueba con las telas nuevas.

—¡Vamos Juliette! ¡Estoy tan nerviosa de ver cómo va a ser mi vestido! —Le confesó Suzanne mientras iban hacia la estancia para probarse el vestido que llevaría el día más importante de su vida.

Tenía mucha suerte de casarse con el hombre que amaba. En aquel siglo había muchos matrimonios de conveniencia. Por suerte, los padres de Suzanne y los suyos, habían aceptado el amor que se procesaban su hermano y su futura esposa, sin ninguna objeción.

Después de hacerse varias pruebas y ayudarla a cambiarse, Juliette vio por la ventana que ya había oscurecido. “¡Dios santo! Giovanni estará a punto de bajar” pensó.

Al momento escuchó la voz de su hermano Silvio, que había venido para llevarla a casa, no querían que volviera a ir sola de noche por las calles del pueblo.

Así que se despidió de la Sra. Berta y de Suzanne, recibiendo las gracias por haber estado con ella en ese momento tan importante, y se marchó con su hermano.

—¿Cómo es el vestido hermana? Seguro que Suzanne está preciosa. —Le preguntó Silvio mientras caminaban.

—No puedo decirte nada del vestido, hermano. No es lo correcto en estos casos. Pero si puedo decirte que parece un ángel con él. Está realmente preciosa.

—Oh cielos, ¡que feliz soy hermana! Que ganas tengo que llegue el día que el padre Vicencio nos una en matrimonio. .

—Me lo imagino hermano. ¿Se ha despertado ya Giovanni? —Tuvo que preguntarle antes de que el corazón se le disparara, con tanta velocidad.

—Sí. Ya se ha ido a Florencia. Había un carro esperándolo cuando yo salía para ir a casa de Suzanne a buscarte. —Le dijo.

—¿Cómo? ¿Ya se ha ido? —Apenas le habían salido las palabras, cuando sintió un fuerte pinchazo en el pecho. Tuvo que detenerse y apoyarse con una mano en la pared para evitar caerse al suelo. Las piernas le flaqueaban, apenas tenía fuerza.

—Sí, Juliette. ¿Pero qué te ocurre? ¿Te encuentras bien? —Se agachó para sujetar a su hermana. Parecía que estaba a punto de desmayarse.

—No, Silvio. Me aprieta mucho aquí. —Le dijo señalándose el pecho.

—¡Dios santo Juliette! ¡Me estás asustando! Ven, apóyate en mí, tengo que llevarte inmediatamente a la botica del Sr. Tirso.

—¡No Silvio! Vamos a casa, se me pasará con una tisana de madre.

—Pero Juliette, estás muy pálida. ¿Estás segura? —Le insistió su hermano.

—Sí, lo estoy. Vamos a casa, por favor. —Y sujetándola fuertemente, fueron hacia casa.

—Madre, estoy seguro. Fue decirle que Giovanni se había marchado cuando de golpe se agarró a la pared a punto de caerse. —le explicaba Silvio a su madre y a su padre en la cocina.

En cuanto habían llegado a casa, Silvio y Marcelo la habían subido a la habitación. Estaba pálida, y un

sudor frío le recorría todo el cuerpo. La tumbaron en su cama, y Paula le subió una tisana con dos gotas de leche. Se sentó a su lado hasta que se la tomó, y luego la dejaron descansar.

Ahora en la cocina, Silvio les explicaba lo ocurrido mientras venían de casa de Suzanne.

—¿Qué le pasa a nuestra pequeña, Marcelo? —Le preguntó Paula con preocupación.

—No lo sé, cariño. Pero esperaremos a que mejore la niña, para poder preguntarle.

De madrugada, Juliette bajó las escaleras hacía la cocina y llenó un vaso con agua. Se sentó para beber.

No podía dejar de pensar en Giovanni. “Se ha ido” era el único pensamiento que escuchaba en su mente.

—¡Joder Sullivan! ¡Están por todas partes!

—¿Qué coño son? ¿Has visto sus ojos? —Evander se agachó para esquivar el ataque de un vampiro neófito. Una vez esquivado, salió corriendo tras su compañero Sullivan. Ambos eran vampiros y se habían encontrado con

un grupo de snaiders mientras patrullaban por las calles de la ciudad de Manhattan.

—Si lo he visto. ¡Y no tengo ni puta idea de que son! ¡Pero son jodidamente difíciles de matar! —Sullivan había clavado una daga en el centro del pecho de un snaider que acababa de salir de la oscuridad para atacarlo, haciendo que éste cayera al suelo para inmediatamente levantarse y seguir tras él de nuevo.

—¿Y cómo diablos los matamos? —Ahora era Evander quien se detenía, lanzando a un snaider por los aires hasta empotrarlo en un coche que había aparcado.

—¡No lo sé! ¡Pero corre o no lo contaremos! Tenemos que llegar a la base antes de que nos maten estos cabrones. —Se subió a su moto de gran cilindrada, arrancándola de inmediato mientras se giraba para ver como Evander corría como un loco para montarse tras él.

Aceleró dejando al grupo de neófitos tras ellos.

—¡Dios Santo! ¿Qué cojones ha sido eso Sullivan?

—¿Y porque crees que yo lo sé? Llama a Bianka, el rey, tiene que saber con qué nos hemos encontrado.

Dile que vamos hacia la base . —Le dijo Sullivan mientras conducía a gran velocidad, esquivando el tráfico que había por las calles de Manhattan a las dos de la madrugada.

Sullivan pulsó el mando al llegar a la gran mansión que tenían destinada como base de los de su especie.

Una gran valla electrificada se abrió. El motor de la moto rugió de nuevo al acelerar mientras se adentraban en los terrenos que rodeaban la base.

Era un lugar destinado a los vampiros y gobernado por el poderoso Sadoc. Había sido nombrado por el Consejo de Vampiros, para representar a su especie en el país americano. Sullivan detuvo la moto y apagó el motor cuando entraron dentro del recinto. El lugar estaba lleno de lujosos y potentes vehículos, pertenecientes al resto de vampiros que allí se encontraban, pero su moto no tenía nada que envidiar al lado de esos cochazos, gracias a su gran cilindrada y tamaño destacaba perfectamente entre tanto coche.

Evander se bajó antes que él. Ambos eran enormes. Median casi los dos metros y sus cuerpos musculosos no dejaban indiferente a ninguna mujer ni a ningún adversario. La única diferencia era que Sullivan tenía el pelo corto de color negro mientras que Evander lo tenía largo por debajo de las orejas y dorado con mechaz blancas.

Los dos tenían unos ojos azules celestes. Se miraron antes de coger el ascensor que les llevaría hasta la sala del trono.

—¿Quiénes serán? ¿Y quién los está creando? —Preguntó Sullivan a Evander aunque sabía que éste tampoco tenía respuesta.

—¿Crees que Sadoc sabrá algo de esto? —Le preguntó Evander.

—Lo sabremos pronto. —Entraron en el ascensor y presionó la tecla 4. Se cerraron las puertas y comenzaron a descender.

—¡¡Wuuu!! ¿Así que mi niña demostró tener más huevos que tú? Jaja. ¡No puedo creerlo! —Sigfrid soltó una carcajada profunda—. Y ¿cómo lo hiciste? Cuéntamelo por favor... —Me pidió poniéndome morritos como un niño pequeño. A veces desde luego que se comportaba como tal. Me sonreí y continué mi relato.

...Durante días estuve viviendo con ellos. Leonard era de lo más cariñoso y afectivo conmigo. Me trataba como una princesa. A Scarlett apenas la veía, ella seguía con sus compromisos.

Una noche después de haber disfrutado de una succulenta y caliente “cena” con la grata compañía de Leonard, me dirigí a mi habitación, cuando me encontré a Armand esperándome en la puerta.

—Buenas noches, preciosa. —Me saludó.

—Buenas noches Armand. ¿Por qué no has bajado a cenar con nosotros? —Le pregunté.

—Es que no soy bienvenido en esta casa. Yo soy el único que no sigue las absurdas leyes de estos dos. —Se dirigió con la mirada hacia el final de la escalera—. Tengo que explicarte algo, pero tenemos que alejarnos de aquí, mis hermanos nos pueden escuchar.

—¿Qué ocurre Armand? —Le pregunté.

—Abre la puerta de tu habitación. Saldremos por la ventana. —Así hicimos. Volamos por el cielo nocturno hasta llegar a una ladera por donde pasaba un río. Bajamos y me dio la mano para que no tropezara con las rocas que había cerca del agua.

La noche había estado muy tranquila, pero de golpe, estalló una gran tormenta. El agua empezó a caer con gran fuerza, cubriéndonos de arriba abajo.

Armand se quitó la capa y la puso sobre mí. Estaba calada hasta los

huesos. Los truenos retumbaban por la ladera, iluminándonos con rayos de poderosa descarga.

—Escúchame atentamente. Mis hermanos no son lo que parecen, ya te lo expliqué cuando llegaste aquí.

Se puso frente a mí y me cogió por los brazos suavemente mientras la lluvia caía encima de nosotros.

—No te entiendo. Me están tratando fenomenal, incluso me han enseñado muchas cosas que desconocía de nosotros.

—Sólo puedo decirte que tu vida corre peligro. Mi hermano conoce a Giovanni y quiere vengarse de él.

Me confesó.

—¿Vengarse? ¿Por qué querría tu hermano vengarse de Giovanni? ¿Y de que lo conoce? No me ha contado nada. —Me había quedado sorprendida ante esa información. Mientras lo miraba, sus cabellos rubios caían mojados sobre su rostro. Sus ojos verdes me penetraban fijamente sin un ápice de duda a lo que estaba diciendo.

—Ni te contaré. No le interesa que sepas nada. Giovanni mató a Dulce, la mujer de mi hermano .

—¿Cómo? No puede ser. —Me puse la mano en la boca. A pesar de la frescura del agua cayendo por mi pelo hacia mi rostro, sentía calor por dentro al escuchar el nombre de Giovanni.

—Fue hace casi un siglo. Leonard mató al creador de Giovanni en una pelea. Era muy difícil matar a un original, sólo podía hacerse con esta daga o con la espada que tiene mi hermano en su poder. —Me mostró una funda brillante con pequeñas piedras incrustadas y me la posó en la mano. —Giovanni no tenía el arma para acabar con mi hermano, así que para vengarse de él, mató lo que más quería en este mundo, su mujer. —Siguió explicándome—. Dulce era una joven mortal de la que mi hermano se enamoró perdidamente. Le concedió la vida eterna para poder estar siempre juntos. Con su muerte, Leonard cayó en una locura sin final. —Tuvo que elevar la voz para que pudiera escucharle por los fuertes truenos que resonaban—. Mi hermana desesperada intentó ayudarlo pero no pudo. Yo también lo intenté pero también fracasé. Era tanto el dolor que se siente cuando se pierde a una diusca que llegas a sucumbir a la oscuridad. —No sabía lo que significaba esa palabra pero recordaba habérsela escuchado a Giovanni decírmela alguna vez.

—Diusca, es una pareja unida por sangre. La pareja que quieres que te acompañe por toda la eternidad.

Una vez la conoces es imposible vivir sin ella—.

—¡Dios mío! Entonces, no entiendo. Tu hermano sabe que Giovanni me creó. Me lo preguntó directamente y yo se lo expliqué.

—Sí, Juliette, pero ya lo sabía todo, y sabía quién eras cuando te conoció y te trajo aquí.

También sabe que eres lo que más ama Giovanni. Por eso ha mandado a un mensajero para avisarle que te tiene bajo su techo. Quiere que venga Giovanni, y poder matarte delante de él, para que sufra lo que mi hermano llegó a sufrir por perder a su mujer. —Nos quedamos mirándonos bajo la lluvia. No podía asimilar toda esa información en segundos, apenas podía reaccionar.

—¡Debes marcharte Juliette! ¡Estás en peligro! —pero justo cuando terminé de hablar, una espada atravesó su pecho. Su sangre había salpicado mi vestido y mi cara mezclándose con la lluvia. Los ojos desorbitados de Armand, me miraban fijamente.

La espada desapareció de su pecho. Y con un corte limpio, cortó la cabeza de Armand. Ambas parte del cuerpo, cayeron al suelo ardiendo en llamas, y en cuestión de segundos ya no había rastro ninguno del vampiro.

Grité por la muerte de Armand. Y cuando pude levantar la vista del suelo, pude ver a Leonard sosteniendo la espada.

Su rostro mojado parecía haber salido del mismísimo infierno. Sus ojos antes verdes ahora tenían fuego y me miraban con odio.

—Le advertí que no se acercara a ti. —Una voz penetrante salió de su garganta.

—Leonard... ¿Qué has hecho? —No podía dejar de llorar. Aquel hombre había matado a su hermano a sangre fría.

—Lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo. —Me respondió mirándome fijamente. Sus ojos inyectados en fuego me penetraban. —Por su culpa no puedo llevar a cabo mi plan, y tendré que matarte ahora. —Agarró la espada con las dos manos.

—No, Leonard. Estás cometiendo un error. Yo no tengo nada que ver con lo que pasó entre Giovanni y tú.

Empecé a caminar hacia atrás. Tenía que salir de ahí.

—¡Leonard, detente! ¡No lo hagas por favor! ¡Este no era el plan! —la voz de Scarlett se escuchó detrás de él.

—¿Plan? ¡El plan ya se ha encargado nuestro hermanito de fastidiarlo! —Le respondió Leonard sin dejar de mirarme.

—Escucha, hermano. Ya has cometido un asesinato, no puedo defenderte ante el Consejo si la matas a ella también. —Así que solo le importaba poder defender a Leonard ante el Consejo de Vampiros, no le importaba en absoluto que acabara de matar a su otro hermano.

—He aguantado mucho, hermana. No pienso permitir que Giovanni disfrute del amor, que yo no pude disfrutar. —Y con esta respuesta, se acercó a mí levantando la espada. Entonces, fue cuando noté la daga en mi mano. Hasta ahora no había pensado en ella.

Me la había dado Armand, explicándome que era el arma para poder matar a un original, y en su día también me lo había explicado Giovanni.

Así que sin pensármelo, me lancé contra Leonard y se la clavé directo al corazón. Pero Leonard pudo bajar la espada y herirme en el hombro.

—¡No Leonard! —gritó Scarlett.

Pero ya era tarde. Leonard comenzó a arder. Los gritos desgarradores de Scarlett hacían retumbar todo el suelo a nuestros pies.

Justo después del último grito, las cenizas de Leonard cayeron al suelo, deshaciéndose bajo el manto de agua.

Aún con la daga en la mano, miré a Scarlett. La herida en mi hombro me dolía horrores.

Scarlett había caído de rodillas donde en lugar de su hermano, ahora solo quedaba barro, derramando lágrimas rojas como el color del rubí.

Me miró, levantando la cabeza hacía donde me encontraba, y la volvió a bajar para seguir llorando.

No me dijo nada ni yo a ella. Sólo me giré y me fui dejándola sola.

—¡Dios mío Juliette! ¡Toda esta historia es impresionante! ¿Por qué nunca me habías contado nada de todo esto? —La voz de Sigfrid me había hecho volver a la realidad.

—No merece la pena recordar el pasado. —Le dije mirando a Giovanni.

—¡Perfecto! ¿Así que vuestra idea es ir a casa de Scarlett a pedirle que nos ayude? —Sigfrid se había levantado y caminaba de un lado a otro por el comedor—. Pues si a ti, te parece mal la idea de meter a licántropos en esto, a mí me parece de locos ir a bus-car a la hermana psicópata vengativa. —Le dijo a Giovanni.

—Ha pasado mucho tiempo, bola de billar. Ella tuvo que entender lo que pasó. Su hermano no actuó bien, mató a su propio hermano y estuvo a punto de matar también a Juliette. Por mucho que le doliese, tuvo que acatar las normas del consejo. Como reina no puede matar a ningún vampiro sin un juicio previo.

—Le explicó Giovanni.

—¡Sí claro! ¡Eso lo dices tú! ¡El tío que lo ha liado todo! ¿Qué coño viste en él, Juliette?

—Vale ya, Sigfrid. Giovanni tiene razón. Después de tanto tiempo, Scarlett no ha intentado buscarme ni vengar la muerte de su hermano. Supongo que el consejo fue quien la ordenó no hacerlo. .

—Esto es una locura, Juliette. Y tú lo sabes igual que yo... —Me dijo Sigfrid.

—Sí que lo es, querido, pero no tenemos más soluciones. Ella fue creada por uno de los antecesores de nuestra raza y es la única que puede darnos información sobre el dios Seth.

CAPITULO VII

—¿Qué te pasó ayer, hija? —Le preguntó su madre a su hija Juliette, nada más entrar en la cocina.

—No lo sé. —Juliette había pasado todo el día encerrada en su habitación y ahora que ya había anochecido había bajado a hacerse una tisana.

—¿De verdad que no, Juliette? —Volvió a insistir. Esta vez se sentó a su lado y le cogió la mano—. Hija, sé que está pasando algo entre Giovanni y tú. —Juliette levantó la vista hacia su madre con sorpresa—. Una madre lo sabe todo, cara mia... sólo quiero que sepas que puedes confiar en mí, y que puedes contarme lo que quieras. —Dijo mientras apretaba suavemente la mano de Juliette entre las suyas. Ese gesto de cariño hizo que la joven se pusiera a llorar.

—Madre, ha pasado todo tan rápido. —Le empezó a explicar.

—¿Qué es lo que ha pasado tan rápido hija?

—Enamorarme de Giovanni. Madre, yo no lo he planeado. Ha sucedido y ahora me siento vacía sin él.

—Figlia... eres muy joven. Entiendo que puedas sentirte atraída por ese hombre. Es muy guapo y cariñoso. Pero no sabes nada de él. Sólo que trabaja en el mar, que ha venido por unos días y que se volverá a marchar. ¿Qué vas a hacer entonces cuando se vaya definitivamente de aquí? —Le preguntó.

—No lo sé madre. Pero me duele mucho aquí dentro cuando no lo veo. Y se ha ido sin despedirse...

Abrazó a su madre mientras lloraba desconsoladamente en su hombro.

Giovanni las observaba desde la oscuridad de la noche. En realidad no se había marchado a ninguna parte, sólo quería alejarse de ella, porque tenía miedo de hacerle daño. Y ahora viéndola llorar, supo que ya se lo estaba haciendo. No había sido buena idea alejarse de lo que más quería en este mundo. Aquella joven lo había llevado de nuevo a sentir el amor.

Las puertas del ascensor se abrieron dando paso a una gran sala con paredes cubiertas de titanio para evitar cualquier intrusismo tanto electrónico como mental.

Evander y Sullivan caminar hacia una gran puerta acorazada y junto a ella una mesa.

Ahí sentada estaba Bianka. Una preciosa vampira de cabellos cobrizos y ojos color ámbar, que ejercía el trabajo de secretaria del rey.

—Buenas noches caballeros. Pasen por favor, Su majestad les está esperando. —Les confirmó mientras les mostraba sus incisivos en una encantadora sonrisa.

—Buenas noches, preciosa. —Le saludó Evander acercándose a ella y dándole un beso en la mejilla. —¿Te espero luego en mi habitación?

—¡Joder tío! ¡Siempre estás con lo mismo! ¡Qué asco das! —le soltó Sullivan.

—Cuando su majestad no requiera de mis servicios, me paso, encanto... —le contestó Bianka guiñándole un ojo.

—Sullivan, necesitas desahogarte más a menudo, ¡pareces un cura todo escandalizado, tío! ¡Sólo es sexo! —Dijo Evander.

—¿Sólo sexo? Pero si no paras ¡joder!

—Es que lo necesito, y a ti también te haría falta, últimamente estas muy rígido... —le dijo Evander soltando una carcajada.

—Rígido de aguantarte a ti, ¡pedazo de mamonazo! —En cuanto terminó la frase la puerta acorazada se abrió.

Entraron en la sala, también con paredes cubiertas con titanio y grandes fluorescentes iluminando en el techo.

—¡Dios! Cada vez que entro aquí, ¡parece que estoy en la puta la NASA! —Soltó Evander.

En medio de la sala una columna de acero surgió del suelo hasta la altura de las caderas de Sullivan. Un scanner digital se encendió y éste puso la mano abierta sobre él.

Pi pi pi pi... sonaba mientras leía la mano del vampiro. En seguida una luz se puso verde y Evander repitió la misma acción que Sullivan.

¡Clic! Sonó al finalizar y a continuación una puerta aún más gruesa que la anterior se abrió.

—Pueden pasar Sr. Sullivan y Sr. Evander. Su majestad les está esperando. —Una torre de dos metros vestido totalmente de negro les dio paso.

Al día siguiente, Juliette se levantó con las pocas fuerzas que le quedaban. Se sentía agotada después de haber llorado durante toda la noche. Hablar con su madre la había liberado bastante, pero se había estado toda la mañana en la cama.

Era cinco de diciembre, su cumpleaños. Así que se vistió y bajó a al comedor. Su familia ya había comido, su madre había subido a preguntarle, pero ella no tenía hambre. Esa tarde tenía que ir a la escuela porque hoy les daban los resultados de las calificaciones de los últimos meses.

Cuando bajó al comedor, se encontró una gran tarta en el centro. Adornada con bolitas de chocolate, y olía de maravilla. Sus padres y su hermano junto con Suzanne y su amiga Marina la esperaban para felicitarla.

Le hicieron sonreír como hacía dos días que no hacía. Así que comió un trocito de tarta para no decepcionar a su madre y rápidamente salió con su amiga a la calle para ir a ver al profesor Nicolás.

—¿Cómo te encuentras, Juliette? —Le preguntó con preocupación al ver el rostro de su amiga. Se había adelgazado, pues apenas había comido esos dos días.

—Estoy bien Marina, de verdad. —Sabía que su amiga se preocupaba por ella. Todos se preocupaban por ella, pero no podía estar siempre diciendo como se encontraba. Sólo quería centrarse en los resultados de la escuela y nada más.

Cuando llegaron a la escuela, entraron en el aula del sr. Lazzero. Las estaba esperando con dos sobres en la mano.

Cuando lo abrió, vio que todo había salido positivo. A Marina también le habían salido positivos los resultados.

—¡Enhorabuena a las dos! —Las felicitó el profesor—. Juliette, he esperado a tener los resultados para proponerle un proyecto que te abrirá muchas puertas en el futuro para poder ir a Florencia a trabajar.

—¿Cómo dice, Sr. Lazzero? —Le preguntó Juliette entusiasmada por la idea.

—Si, jovencita. Necesito una ayudante, y ahora que ya ha acabado los estudios, le propongo que colabore conmigo en la transcripción de documentación que en un futuro será para la Galería degli Uffizi.

—¡Dios santo! ¿Marina, has escuchado eso?

—Juliette, ¡esto es fantástico! ¡Claro que lo he escuchado! —Le abrazó su amiga.

—Pero antes de hacer nada ni aceptar, debe hablar con sus padres.

Necesita su permiso para venir. Así que mañana la espero para poder darme su respuesta, ¿de acuerdo? —Le sugirió su profesor.

—¡Muchísimas gracias Sr. Lazzero! ¡Es el mejor regalo que he podido recibir hoy! —Lo abrazó con mucho entusiasmo y junto con su amiga salieron del despacho.

No cabía en sí de la emoción que sentía en esos momentos. Daba saltos de alegría mientras que Marina la abrazaba compartiendo la ilusión de su amiga.

Ya había anochecido, así que salieron de la escuela y se dirigieron hacia su casa. Estaba loca por explicarles lo que el Profesor Nicolás le había propuesto.

Llegando a la Via San Carlo donde vivían, a lo lejos, vio a su madre y a su padre hablando con un hombre muy alto en la puerta.

—¿Quién será? —Le preguntó Marina.

—No lo sé. —pero a medida que se iba acercando a ellos, pudo reconocer aquella figura inconfundible.

Era Giovanni. Y había vuelto.

—¡Sois una panda de incompetentes! —Gritaba Erwan a un grupo de snaiders que había congregado—. Estamos en la ciudad por excelencia del Imperio Egipcio, ¡os he creado! ¡Os he dado poder! ¿Y así me demostráis vuestra gratitud?

—Pero señor...

No le dio tiempo a acabar la frase, porque Erwan se desplazó delante del neófito y con un movimiento rápido le arrancó la cabeza, haciendo que el cuerpo del snaider ardiera en llamas.

—Esto es lo que os pasará a cada uno de vosotros si no conseguís mi objetivo. ¡Matad vampiros! ¿Tan difícil es? —Erwan estaba realmente nervioso. Había tenido bajas entre sus neófitos y lo último que quería era decepcionar a su Amo—. Salid de aquí que no quiero ni veros, y ¡hasta que no me digáis que habéis matado a un gran número de vampiros, no volváis aquí!

—*Dios santo Scarlett, ¿Dónde cojones te metes?* —Volvió a intentar comunicarse telepáticamente con su aliada.

—*Estoy aquí, “amorcito” ...* —Por fin Scarlett se había dignado a contestarle.

—¿Se puede saber dónde estabas? ¿Y porque no me respondías?

—Que yo sepa, Erwan, no eres mi padre para que tenga que darte explicaciones... y mejor dicho a él tampoco se las daba, ¿Por qué debería dártelas ahora a ti? .

—Déjate de juegucitos, preciosa, porque tenemos un problema. —

—¿Qué ocurre? . —Le preguntó Scarlett.

—Se trata de Giovanni. Se llevó a Ottis hará unas noches atrás y no hemos vuelto a verlo. Lo ha matado y conociéndolo le habrá sacado información.-

— ¿Cuánto sabía Ottis de nosotros? —

—De ti y de mí, nada. Pero si sabía sobre Seth.

—Bueno, Erwan, tarde o temprano se enterarían ¿no? Lo importante es que no sepan de nuestra alianza, no nos conviene. Y por tu bien, espero que no se llegue a saber nunca. . —Le amenazó Scarlett.

—Sobre Giovanni, déjame a mí. Te mantendré informado. —Tras esas palabras no pudo volver a conectar mentalmente con Scarlett. Se había cerrado totalmente a él otra vez.

“Maldita seas, Scarlett” pensó. Cada vez que pensaba en ella, no podía evitar que se le pusiera dura. Era una diosa para él. Cuando la conoció, sucumbió a sus encantos y se había sentido junto a ella como nunca. A parte de ser bella, inmensamente bella, era una vampira muy poderosa. Cruel. Mordaz. Sin conciencia ninguna. Era ideal para él. Su alma gemela. Y como había disfrutado con ella...

Gracias a Scarlett, había podido resucitar a Seth. Su sangre directa de la hermana del dios, Isis, había servido para romper el hechizo que tenía al dios egipcio atrapado. Definitivamente, era la aliada perfecta.

Juliette no podía creerlo. Aquellos tres días habían sido los más largos de su vida, pero al volver a verlo todo aquel dolor y aquella tristeza, desapareció.

Cuando Marina y Juliette llegaron donde estaban todos, Giovanni se giró y la miró.

—¡Felicidades Juliette! —Aquellos ojos grises, recorrieron su adolescente cuerpo, deteniéndose en sus pechos y bajando hasta sus caderas. Juliette, sintió toda la fuerza de aquel hombre en su cuerpo y se estremeció de

los pies a la cabeza.

Se dirigió hacia él y le abrazó.

—Gracias—. Sus labios tocaron la suave mejilla de Giovanni, y mientras lo hacía aspiraba aquel olor tan maravilloso a menta fresca que no había sentido desde hacía días. A pesar de estar enfadada con él, por haberse marchado sin despedirse de ella, tuvo que reconocer que él era único y que había vuelto.

Para ella, Giovanni era diferente a todos. No solo porque estuviera locamente enamorada de él, no, es que era totalmente diferente. Tenía el poder de hacerla vibrar cada vez que estaba cerca de él.

—Intenta hablar con él, seguro que tiene una explicación. —Le aconsejó su amiga Marina con un leve susurro para que no la escucharan, mientras se despedía con un beso.

Entraron todos en casa. Juliette le explicó a su familia todas las novedades que le había transmitido el profesor Lazzero. Se alegraron muchísimo por ella, y en seguida le dieron el consentimiento para poder llevar a cabo el proyecto que el maestro le había propuesto.

Giovanni no habló ni formó parte de la conversación que hubo entre Juliette y su familia. El solo observaba.

Paula le preguntó al joven pescador como estaba su familia. Giovanni les explicó que era una tía suya la que había visitado aprovechando su descanso, y que se había alegrado mucho de verlo.

Juliette, no sabía por qué, pero algo le decía que estaba mintiendo.

Después de cenar, Juliette se despidió de todos y se subió a su habitación. Giovanni la siguió y le agarró de la mano.

—Juliette, tenemos que hablar. —Le susurró en mitad de la escalera cuando ella se giró hacia él.

—Ahora estoy cansada. Ha sido un día muy largo y necesito dormir. —Se giró para meterse en su cuarto, pero él le pasó el brazo por la cintura y se acercó a su oído.

—Por favor... necesito hablar contigo. Por favor. —Aquella voz melodiosa, la hizo estremecer, impidiéndole negar aquella invitación.

—Está bien, pasa. —Le abrió la puerta para que pasara al interior de la habitación. Giovanni, cerró la puerta tras él y se acercó a Juliette.

—Juliette, primero me gustaría felicitarte por tu gran proyecto. Me alegro mucho por ti. —Le dijo Giovanni.

—Gracias...

—Escucha Juliette, siento mucho lo que pasó aquella noche en el muelle... siento haberme marchado sin avisarte ni despedirme... pero quiero que sepas que también deseé que ocurriera lo que sucedió entre nosotros. — Aquellas palabras fueron música para sus oídos.

Ella le miró y él fijó su mirada en aquellos ojos brillantes que lo observaban y la besó. Su cuerpo y su alma sucumbieron al beso de Giovanni, pero su razón la obligaba a separarse y pedirle explicaciones.

—¿Por qué no me dijiste que te ibas?

—Porque no me he ido.

—Entonces... acabas de explicarnos que... no entiendo nada.

—Juliette... he estado estos días aquí en Livorno. Te he estado observando. Vigilando cada paso que dabas...-

—¡Maldito mentiroso! —Le golpeó en el pecho con todas las fuerzas con las que pudo mientras las lágrimas acudían a sus ojos.

Giovanni le agarró las manos y la acercó a él.

—Sé que no entiendes nada ahora. Sólo espero que puedas entenderme algún día.

—Pues si no me lo explicas no podré hacerlo nunca, Giovanni. ¿Por qué no eres sincero conmigo de una vez y me cuentas que te pasa? —Deslizó su mano suavemente por el rostro de Giovanni.

—Juliette tendrás que ser paciente, pero prometo explicártelo todo a su debido tiempo. Entiéndeme por favor... sólo te pido paciencia... Juliette... yo...ti amo. —Fue lo único que Giovanni pudo decirle. Justo después de pronunciar esas palabras, volvió a besarla, esta vez con más intensidad que antes. Apretando sus cuerpos y uniéndose en un fuerte abrazo.

—De verdad, que sigo pensando que esto es una locura. —Continuaba diciendo Sigfrid mientras seguía dando vueltas por el comedor.

—Debemos partir cuanto antes—. Sugirió Giovanni.

—Ahora no podemos irnos, está a punto de amanecer. Será mejor que descansemos y mañana saldremos hacia Escocia, en cuanto el sol se ponga. — los miré a los dos. Aquella situación era un tanto rara. Yo iba a dormir aquí, pero ¿ellos dos?

—¿Quieres que me quede contigo, Juliette? —me preguntó Sigfrid.

—Bueno, pues será mejor que me vaya, entonces. —Dijo Giovanni al ver

que yo no decía nada.

—Espera, Giovanni no te vayas. —me giré hacia Sigfrid para preguntarle —. ¿Te importa que se quede él?

Sentía mucho rechazarlo pero necesitaba hablar con Giovanni.

—Si es lo que deseas... —Me miró con gran decepción.

—Sí. Lo siento mucho... —lo abracé—. Pero necesito hablar con él. — Le besé en la mejilla y sin mirar atrás se marchó por la terraza.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo? —Me preguntó Giovanni mientras observaba el cielo. —No creo que sea una buena idea, tal y como tenemos los ánimos.

Segura o no, lo que si tenía claro es que no quería alejarme de Giovanni ahora que lo volvía a tener de nuevo a mi lado...

—Sí, Giovanni. Estoy segura. Pasa al dormitorio si no quieres dormir en el sofá... —Me metí en la habitación y en seguida pulsé el botón que hacía que bajaran las persianas automáticamente... aquellas tecnologías del siglo XXI eran magníficas.

Giovanni se quedó en el marco de la puerta mientras yo acomodaba la habitación para descansar. Su cuerpo ocupaba todo el marco. Le miré por encima del hombro y aquella imagen me hizo estremecer.

Tenía un cuerpo imponente viéndolo ahí de pie, con el pelo suelto sobre sus hombros, observando con detenimiento todos mis movimientos.

Cuando me giré hacia él, pude ver su torso desnudo. Se había quitado la camiseta tan rápido que no lo había visto hacerlo. Aquel fuerte pecho desnudo y aquellas abdominales marcadas, me dejaron la boca seca.

—¿Qué haces? ¿Por qué te quitas la ropa? —Le pregunté indignada.

—Tranquila. Solo lo he hecho para ponerme cómodo para dormir. Tú más que nadie sabes que duermo sin ropa.. —Me guiñó el ojo.

—No te equivoques Giovanni, por mucha ropa que te quites....

—Juliette. No pienso hacer nada. Te prometo que sólo me estaba poniendo cómodo para dormir. Si tanto te molesta, me iré al sofá. —Se giró para salir de la habitación cuando escuché un no desgarrador. Hasta que él no se volvió para mirarme, no supe que había sido yo la que había gritado. El corazón me iba a mil por hora. Sólo pensar en que ese hombre abandonaba mi habitación, un pinchazo había atravesado mi pecho.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres que hablemos ahora? ¿O prefieres descansar? —Se acercó a mí y me cogió la cara entre sus manos.

Aún estaba impactada por mi reacción ante su salida de mi habitación,

que apenas pude reaccionar. Otra vez notaba mi entrepierna húmeda y mis pezones totalmente duros ante el contacto de su piel con la mía.

—Me encuentro bien, sólo estoy notando el cansancio que provoca el amanecer—. Me senté en la cama y puse la mano a mi lado. —Siéntate por favor.

—Mejor me siento aquí, si no te importa. —Cogió una silla y la puso delante de mí.

—¿P... por qué te sientas ahí? —Casi ni me salían las palabras al ver que no quería sentarse a mi lado.

—¿Decepcionada?

—No. Sólo sorprendida. ¿Qué piensas que voy a comerte? —Me sentía enfadada. Sí, él tenía razón, decepcionada era la palabra. “¡Dios mío, si no sé ni lo que quiero! ¿Por qué me estoy comportando como una adolescente?”

—Tu no, pero yo si dudo de mi voluntad si estoy muy cerca de ti... te deseo demasiado... —Ahora sí que me moría de excitación con sólo escucharlo. Me estaba volviendo loca ante la imagen de ese cuerpo semidesnudo, con aquellos cabellos negros como el carbón, y mirándome tan apasionadamente como sólo esos ojos grises podían mirarme.

—Ejem... de acuerdo, siéntate donde quieras. Antes de nada, necesito saber algo.

—Dime.

—Cuando te enteraste que había muerto Leonard, ¿Por qué no viniste a buscarme? —Era algo que necesitaba saber.

—Fui a buscarte. Pero entonces te vi con... alguien....

—¿Con alguien? ¿Con quién? ¿Cuándo? ¿Dónde? —No sabía a quién se refería.

—Con Markus.

—¿Con Markus?

—Sí, con Markus. Y estabas con él en su castillo. . —Se había puesto hacia adelante con los codos apoyados en sus rodillas y ahora lo tenía mucho más cerca—. Después de acudir a la llamada de Leonard, me explicaron que había muerto y que habías sido tú quien lo había matado. Estaba eufórico por encontrarte. Estaba muy orgulloso de ti. No veía el momento de volver a tenerte para mí, de que volvieras a ser mía, amarnos durante toda nuestra eternidad—. Se recostó de nuevo en la silla—. Entonces siguiendo tu rastro me llevó a Noruega. Fue allí donde te encontré con él. En el interior de su gran castillo. —Bajó el rostro mirando sus manos. —Al principio quise entrar,

necesitaba saber que estabas bien, pero luego... luego te vi abrazarlo. Vi como los brazos de Markus te rodeaban y como enterrabas tu rostro en su cuello... —había levantado la cara para mirarme y se mordía el labio con fuerza. Una gota de sangre cayó por su barbilla. Ninguno de los dos nos movimos.

—Giovanni... Esa noche salí muy herida. Leonard me había herido en el hombro. Pero Armand, antes de que muriera, cuando íbamos de camino a la ladera, me dijo que si le ocurría algo o si yo me encontraba en peligro, acudiera a Markus. Me dijo que era un vampiro amigo suyo y muy antiguo que vivía en Noruega. Era el único en quien confiaba y que me ayudaría. También me dijo que bajo su protección no me pasaría nada.

—¿Por qué no me buscaste a mí? —Me reprochó Giovanni.

—Porque sinceramente, en esos momentos estaba herida, acababa de matar a un original, y no confiaba en nadie. Solo me guié por mis instintos y fui hasta Noruega donde localicé a Markus. En cuanto llegué a su castillo y le dije que venía de parte de Armand, me dio cobijo y me dio su sangre. Así fue como pude recuperarme.

—Yo pensé que...

—¡Tenías que haberme preguntado antes de pensar... pero ya veo que no es lo tuyo!

Me levanté y me fui al lavabo. —Voy a darme una ducha... puedes dormirte en mi cama, yo mejor me iré al sofá. —Entré y cerré la puerta.

Abrí el grifo y me desnudé. El agua caliente cayendo por mi cuerpo me aliviaba en esos momentos por fuera, pero por dentro estaba rota. ¿Cómo podía haber dudado de mí? ¿Cómo podía haber dudado de mi amor? ¿Y por qué me sentía tan vacía?

Sumida en mis preguntas, noté su cuerpo caliente detrás de mí. ¡Se había metido en la ducha!

—¿Qué haces? —Nada más girarme lo vi. Giovanni totalmente desnudo se había metido en mi ducha y yo estaba tan metida en mis pensamientos que ni siquiera lo había escuchado entrar. Aquel cuerpo totalmente duro, lleno de puro músculo, estaba desnudo junto a mí.

—Déjame arreglar todo lo que te he hecho, Juliette. —Se acercó tanto a mí, que al intentar dar un paso hacia atrás me choqué contra la pared. Había olvidado las pequeñas dimensiones del espacio en el que estábamos.

Sus brazos se deslizaron por los míos, recorriéndolos suavemente, desde mis manos hasta mi cuello.

Subieron hasta poner sus manos en mi nuca y así me acercó a sus labios

sedientos de mí. Su lengua entreabrió los míos, para introducirse dentro de mi boca. Primero fue suave, pero luego, su lengua actuó con una gran fuerza rodeando la mía, invadiéndome con todo su sabor. Un gemido salió de mi garganta para ahogarse en su boca.

—Giovanni... para por favor... —Me separé de él despacio y lo miré a los ojos. Sus ojos eran pura pasión.

Pasión hacia mí. Su erección apretaba mi entrepierna. La notaba palpar contra mí, y el interior de mis nalgas estaba realmente húmedo de la excitación que me hacía sentir teniéndolo tan cerca.

—Déjame amarte Juliette. Sólo esta noche. Déjame poseerte. Y te prometo que cuando hayamos acabado con Erwan y los snaiders, me marcharé de tu vida para siempre. Te lo prometo, pero déjame sólo esta noche... — Volvió a besarme sin darme tiempo a responder. Supongo que mi cuerpo ya lo había hecho.

Dejó de besarme, para tomar mis pechos con su boca. Los besó y los lamió, haciéndome estremecer de placer. Hundí mis manos en su cabello, tan suave como siempre. Parecía seda.

Mordió un pezón con sus dientes, suavemente, pero lo suficiente para notar un escalofrío que me recorrió hasta el final de la espalda. Volvió a lamerlos, primero deteniéndose en uno y luego pasando al otro con la misma atención. Su lengua se deslizó hacia mi vientre. Se detuvo en el ombligo, y me miró. Bajé mi rostro hacia el suyo para mirarlo y aquella imagen de aquel hombre, de anchos hombros con las manos sujetando mis caderas, y aquellos ojos bañados de pasión, fue una imagen celestial. Enseguida bajó su rostro hacia mi vientre y siguió con su lengua deslizándola hacia abajo y haciendo círculos hasta llegar a mis rizos íntimos.

Deslizó una mano entre mi entrepierna mientras su lengua seguía bajando. Eché la cabeza hacia atrás apoyándola en la pared.

—Ábrete para mí, Juliette... así es mi princesa... déjame saborearte... Déjame saciarme de ti.

Abrí las piernas lentamente mientras con sus dedos abría mis labios íntimos e introducía la lengua en mi sexo. Una ola de placer subió hacia arriba por todo mi cuerpo al sentir su lengua tan caliente en mi húmeda cavidad. Me agarré con los brazos a las paredes de la ducha, por miedo a caer por cómo me temblaban las piernas. Él seguía succionándome sin parar.

Mientras introducía su lengua en mí, con su dedo acariciaba mi clítoris provocándome un placer indescriptible. Con otro dedo me penetró haciendo

que gritara como una loca por los espasmos que me estaba produciendo. Al escucharme aumentó el ritmo, e introdujo otro dedo más. Yo estaba a punto de desfallecer... me temblaba todo el cuerpo... y cuanto más temblaba, más rápido me succionaba y me penetraba con sus dedos. Notaba que el clítoris me iba a estallar de tan duro que lo tenía. Agarré con mis manos sus cabellos y lo apreté más hacía mí. Noté como se sonreía ante mi vulnerabilidad. Entonces fue cuando con sus fuertes movimientos de lengua y sus dedos penetrándome cada vez más rápido, me llevó al orgasmo. Gemía sin parar, y cuando noté como ese calor tan abrasador se apoderaba de mí, recorriendo mi cuerpo de arriba abajo, llevándome a una espiral de placer, fue cuando grité su nombre.

Giovanni seguía succionando todo mi fruto. Mis piernas me temblaban y apenas podía sostenerme de pie.

Entonces se levantó. Me pasó las manos por el cabello mojado echándomelo hacía atrás y me besó.

Llenando mi boca de todo mi sabor que llevaba en sus labios. Me besó con fuerza. Con ansia. Con hambre.

Cuando abrí los ojos lo vi. Tenía sus ojos inyectados en un fuego abrasador. Bajó sus brazos y cogió mis piernas para ponerlas alrededor de sus caderas. Me agarré fuertemente a él, mientras notaba como su polla se acercaba a mi entrada. En un solo movimiento me penetró hasta el fondo. No pude evitar gritar de placer.

Era increíble volverlo a sentir dentro de mí otra vez. Su polla dura me embestía con fuerza una y otra vez.

Movía las caderas salvajemente haciendo que mi cuerpo impactara contra la pared de la ducha en casa embestida. Mi boca atrapó la suya para poder ahogar mis gemidos y los suyos, mientras me poseía por completo. Era toda suya. Cada vez sus embestidas se hacían más rápidas y más fuertes. Estaba a punto de alcanzar otra vez el orgasmo, cuando noté sus colmillos clavarse en mi hombro. ¡Dios mío!... pude ver el paraíso cuando cerré los ojos, para sentir como bebía de mí. Y allí, sintiendo su polla dentro de mí y sus colmillos en mi piel, fue cuando mis incisivos salieron con fuerza de mis encías y se los clavé en el cuello, uniéndonos como hacía tanto que no hacíamos. Bebiendo de él, y él bebiendo de mí, sintiéndonos conectados con el sexo y con nuestra sangre. "Diusca" pensó Giovanni, y yo pude sentir aquel pensamiento. Realmente era su diusca. Y por mucho que me doliera, no podía hacer nada para evitarlo.

Era toda suya. En cuerpo y alma.

Así fue como los dos alcanzamos el orgasmo, gritando y abrazándonos como si nuestra vida dependiera de ese abrazo.

Poco a poco, pude abrir las piernas y bajarlas al suelo, sintiendo como Giovanni salía de mí. Gotas de sangre se mezclaban con el agua de la ducha en el fondo. Me lamió los orificios y yo hice lo mismo con él. Me miró, y me acarició la mejilla.

—Gracias Juliette. —Me besó suavemente en los labios y cogió una esponja echándole una gotitas de jabón.

La deslizó sobre mi piel, lavándome mientras con la otra acariciaba mi piel. Me limpió los brazos, el cuello, mis pechos y se deslizó hacia mi sexo, donde me abrió los muslos con sus manos y me lavó. Con el agua sobre mi piel, siguió acariciando todo mi cuerpo mientras me besaba suavemente.

Cerró la ducha y salió. Se puso una toalla atada en la cintura y entró de nuevo en la ducha con otra toalla que me puso alrededor. Me cogió en brazos y me llevó a la cama. Me tumbó y él hizo lo mismo a mi lado.

Me abrazó fuertemente besándome el ovulo de la oreja con suavidad.

—Juliette, ti amo. —Fue lo último que escuché antes de sucumbir al sueño.

—Te amo, te amo, te amo... —le decía Juliette mientras besaba a Giovanni sin parar.

—Y yo a ti, princesa... pero tengo que irme. No puedo seguir en tu habitación un segundo más o no responderé de mis actos... —Se había separado de Juliette, dejándola con los labios hinchados de sus besos y con el rostro enrojecido por la pasión.

—Oh... no... no te vayas... —se acercó de nuevo a él para besarlo más.

—Juliette, como vengan tus padres y nos encuentren aquí y de esta forma, no creo que les haga mucha gracia... mañana nos vemos, ¿de acuerdo princesa? .

—Vale. —Tuvo que aceptar lo que Giovanni decía. Era lo más coherente, aunque teniéndolo tan cerca la coherencia y la pasión que sentía por él no eran grandes amigas. Se levantó, y ella lo acompañó a la puerta. Primero abrió un poco para mirar que no hubiera nadie en el pasillo, y luego le dio un beso en los labios y salió de la habitación. Juliette se quedó apoyada de espaldas en la puerta. Se sentía muy excitada y se hubiera entregado a él esa noche, de no ser

porque Giovanni la había frenado. “¡Dios mío! Me he comportado como una libertina en busca de sexo” pensó sintiendo vergüenza. Pero en el fondo era lo que realmente necesitaba y deseaba, entregarse a aquel hombre.

Giovanni, llegó a su cuarto. Cerró la puerta y aseguró la oscuridad de la habitación para cuando amaneciera. Le costaba controlar su ansia de sed y su erección a punto de hacerle estallar su miembro con solo haber besado a Juliette.

Cuanto la deseaba. Ardía fuego en su interior cuando estaba cerca de su piel. De sus cabellos, de su olor... aquel olor a rosas tan maravilloso. Sentía la excitación y la entrega de Juliette cuando había estado con ella, y quería calmar aquel dolor que aquella joven inocente le había dicho que sentía en la entrepierna. Como se enrojeció su rostro cuando lo miraba para decírselo, pero a pesar de la vergüenza se lo había hecho saber.

Él le había dicho que era normal, que no se preocupara. Pero lo que deseaba en ver-dad era que lo dejara de sentir, penetrándola y haciéndola suya.

Se echó en la cama y cerró los ojos. Tenía que descansar. Aun le quedaba todo el día por delante de sueño profundo hasta que volviera a verla.

Juliette no pudo dormir esa noche de la emoción que sentía en su joven cuerpo. Aquel hombre la hacía sentir como en una nube. Sus ojos, sus labios, su forma de hablar... todo él la llenaba de sensaciones que jamás pensó que existían. Le había dicho que la amaba. ¡Giovanni la amaba!

Tumbada en su cama, analizaba a Giovanni. Aquella altura casi fuera de lo normal; aquel cuerpo escultural casi rozando la perfección, una obra de arte de las que jamás había visto o estudiado.

Todo él, era un monumento a la gloria. La cosa más bonita que jamás había visto en su vida. Siempre le había encantado relacionar todo lo que había a su alrededor con obras de arte. Solía buscar ejemplos en pinturas, esculturas... pero aquel hombre no tenía similitud alguna con nada.

Era único. Salido del mismísimo monte Olimpo, Giovanni era único. Incluso llegó a pensar que era un ser celestial. Inmortal. Venido de siglos atrás porque tanta belleza era incomparable. Al final, cerró los ojos, pensando que la inmortalidad no existía, pero que seguramente los dioses habían colaborado en aquella magnífica obra de arte.

Sigfrid llegó a su casa y se sentó en la cama. Se quitó la ropa tirándola al suelo y se sacó las botas.

Todo desnudo se estiró y se metió dentro de las sábanas. Miró hacia el techo pensativo. Sólo podía pensar en Juliette y Giovanni. Juntos. Y empezó a alterarse, de tal forma que encerró las sábanas en sus puños apretados y tiró fuerte, rompiéndolas y haciendo que se rajaran. ¡Quería matar a alguien! Sentía demasiada ira. Demasiado odio. “¿Por qué Juliette? ¿Por qué?” se preguntaba. No sabía porque ella había elegido a Giovanni. Después de todo el daño que le había hecho. ¿Y él? ¿Qué era él para ella? Se incorporó hasta sentarse. Con cada pensamiento de Juliette y Giovanni juntos, a solas en la habitación, se encolerizaba más.

Cogió el móvil y la llamó. Nadie contestó. Eran las cinco de la madrugada. Marcó otro número.

—¿Diga? —Contestó una voz femenina bastante adormecida.

—Necesito que vengas. —Le ordenó Sigfrid con una voz que hubiera asustado hasta el mismísimo diablo.

—¿Ahora? —Le preguntó la voz al otro lado del teléfono.

—Ahora. —y le colgó.

Se tumbó de nuevo para intentar calmarse. Necesitaba desahogarse y Adrienne era la loba ideal.

Juliette se despertó. Su primer pensamiento fue para Giovanni. Ya estaba deseando que el sol desapareciera para volver a verlo.

Se vistió y bajó a la cocina. No había nadie, así que cogió una manzana y salió hacia la escuela.

Empezaba a trabajar con el sr. Nicolás Lazzero y no quería llegar tarde a su primer día.

—Juliette, tenga cuidado con esos documentos. —Le decía el sr. Lazzero.

—Descuide, que tendré mucho cuidado, ¿Dónde me dijo que los pusiera? —Le preguntó Juliette con una pila de documentos cargados en sus brazos. Estaba entusiasmada con la gran oportunidad que le había dado su profesor. En el siglo XVI era muy poco usual que una mujer pudiera aspirar a un trabajo entre documentos y escritos. Normalmente la cultura, estaba cedida sólo a los hombres, así que Juliette, quería esforzarse aún más en la labor para demostrar que una mujer podía eso y mucho más.

—Ordénelos alfabéticamente en aquella estantería del fondo. Le dejo con estos escritos, cuando acabe se puede marchar. Mañana continuaremos, pequeña. Yo ya me voy a casa, que ha sido un día muy largo.. —Le dijo el profesor.

—Pero sr. Lazzero, esto debe de estar acabado para mañana.

—No se preocupe Juliette, de verdad. Váyase a descansar usted también, que mañana nos espera mucho trabajo.

—Prefiero quedarme si a usted no le importa. Me apetece mucho colocar todo esto, así mañana tendré menos trabajo y podré dedicarme a echarle una ojeada a estos documentos, si usted me lo permite.

—Por supuesto que sí, pequeña. Yo me marchó, le dejo la llave para que pueda cerrar. Nos vemos mañana temprano aquí. Buenas noches Juliette. —El Sr. Nicolás, abrió la puerta y se marchó.

—Buenas noches profesor.

Siguió ordenando los documentos tal y como el sr. Lazzero le había enseñado. Eran muy antiguos. Muchos en latín y otros en egipcio. “Realmente impresionante” pensaba mientras les pasaba los dedos por encima sintiendo el tacto rugoso del papel. Uno de ellos encendió su curiosidad. Era como un pergamino egipcio, pero éste tenía dos cubiertas cerradas en medio con un grueso hilo. Las abrió lentamente, con mucho cuidado de no dañarlo y al abrirlo vio cuatro siluetas. Debajo en jeroglíficos había un escrito y bajo cada figura cuatro objetos dibujados. Era realmente bello.

—Buenas noches princesa. —Una voz en la oscuridad de la habitación la sacó de sus pensamientos. Se giró asustada para ver si estaba escuchando a Giovanni de verdad o eran imaginaciones suyas.

—¿Cómo diablos has entrado, Giovanni?

—Cuidado con esa boca señorita, o me veré obligado a castigarla por tan grosero vocabulario... —se acercó a ella y la besó, abrazándola entre sus brazos.

—Oh cielos, Giovanni, ¡que susto me has dado! —Le dijo enterrando su rostro en el pecho de aquel hombre. “Qué olor a menta fresca tan agradable tenía siempre”.

—Espero que haya valido la pena un pequeño susto, ¿no? —Había separado el rostro de su cuerpo y alzando la cabeza lo miraba.

—Sí, Giovanni, ha valido la pena. —se puso de puntillas y él inclinó su cabeza para que los labios se juntaran en un beso apasionado.

CAPITULO VIII

—Está a punto de amanecer, ¿Por qué me has llamado tan tarde? Te he estado esperando toda la noche y no has aparecido. —Lo primero que vio Sigfrid cuando abrió la puerta fue aquel cuerpo tan sexy que tenía Adrienne. Era una mujer increíble, llena de curvas y de pechos voluptuosos, no se le podía pedir nada

más. Pero tenía dos fallos. Uno, era la hermana gemela del jefe del clan de los licántropos, Gédéon. Y

dos, ella estaba locamente enamorada de él.

Su rostro casi angelical, mostraba una sonrisa realmente diabólica, mientras se apoyaba en el marco de la puerta mirando el cuerpo desnudo de Sigfrid. “¡Virgen santísima, que cuerpo!” pensó Adrienne, conteniendo el aliento.

—No te quejes. Te he llamado, ¿no? —Le contestó Sigfrid de manera seca mientras se giraba y caminaba hacia el comedor.

—Bueno, bueno... aquí huelo a mal rollo... —Se contoneó Adrienne siguiendo los pasos por detrás de él y mirando aquel culo tan bien formado. — ¿Quieres contarme que te pasa, o prefieres que me vaya quitando la ropa? — De un salto se colocó de pie sobre el sofá antes de que Sigfrid llegara a él y empezó a desabrocharse la chaqueta, dejando ver un sujetador rojo de encaje exquisito.

Su cabello largo cayó por sus pechos, oscuro como la noche, tintado con largas mechaz rojas. Tenía los ojos alargados de un azul tan claro como el cielo en verano y con espesas pestañas negras.

—Prefiero ir a la acción, no tengo ganas de hablar. —Se acercó a ella. Así tal y como estaba subida en el sofá Sigfrid tenía una medida perfecta para poder besar sus pechos sin necesidad de agacharse. Empezó a lamerle un pezón por encima del encaje rojo, mientras Adrienne acariciaba la cabeza, perfectamente afeitada del vampiro.

Siguió lamiéndola más hacia abajo, hasta llegar a su vientre. La agarró con fuerza y se la puso a horcajadas encima de él. Ella apretó sus piernas alrededor de las caderas de Sigfrid, mientras él la llevaba hacia la cama.

—¡Me encanta que me recibas tan duro! —Era imposible no notar entre sus piernas el miembro erecto de Sigfrid.

Tras entrar, cerró la puerta con el pie, para que ningún rayo de luz pudiera entrar en la habitación cuando llegara el amanecer y la dejó caer en la cama con fuerza. En seguida la cubrió con todo su cuerpo. Ella no era pequeña pero el cuerpo de Sigfrid era tan grande que sólo podía ver los anchos hombros de él y su rostro cubierto con su gran cicatriz cuando miró hacia arriba. Levantó los brazos de Adrienne, pasándolos sobre su cabeza y los agarró fuerte con una mano.

Le encantaba sentirlo tan cerca de ella y tan duro. Sobretudo sentir como la cogía fuerte sin ninguna sutileza. Ella era dura por fuera, pero por dentro aquel hombre le tenía robado el corazón. Y lo peor de todo es que él estaba enamorado de otra.

Con la otra mano libre, la deslizó hacia abajo para meterla por debajo de la falda y arrancarle las bragas.

—¡Así me gusta! grrrr... —Sigfrid la ponía a cien. Estaba toda empapada entre las piernas y cuando notó como le acariciaba el clítoris, no pudo evitar gritar de placer. A Sigfrid le ponía mucho escucharla gritar y gemir, y sobre todo cuando lo arañaba en la espalda mientras se la follaba. Pero esa noche no estaba concentrado en ella. En su mente sólo tenía a Juliette.

La soltó de los brazos y le dio la vuelta, de manera que quedó totalmente bocabajo y poniéndose encima de ella, encajó su polla dura entre sus nalgas. Deslizó una mano hacia el sexo de Adrienne.

—¿Y ahora qué quieres, preciosa? Pídemelo. —Le susurró Sigfrid al oído.

—Quiero que me folles. —Respondió la licántropa rotundamente.

Le levantó las caderas para que pudiera hundirse en ella y así con la otra mano poder tocarle todo aquel sexo húmedo que pedía ser embestido. Así hizo, con un fuerte movimiento la penetró profundamente.

—¿Quieres que siga? —Le preguntó lamiéndole el ovulo de la oreja mientras se salía de su cuerpo.

—Sí, por favor... sigue... no pares ahora... —Le suplicó Adrienne.

Respondió a la súplica de la mujer que tenía debajo de su cuerpo, penetrándola de nuevo. Ella soltó un gemido profundo, mientras él seguía embistiéndola sin compasión, a un ritmo acelerado, mientras seguía acariciándole el clítoris con los dedos, para darle más placer aún.

Y así juntos en un ritmo desenfrenado, alcanzaron el éxtasis. Ella gritó su nombre, y él, la cogió de los

pelos apretándola más hacia su cuerpo para poder derramar toda su

semilla dentro de ella.

En el silencio de la escuela, dos cuerpos se fundían en un apasionado beso. Durante ese beso, sus cuerpos fueron uno. Sus fuertes brazos la rodeaban, acercándole a él, sintiendo su cuerpo recio como le transmitía calor.

Giovanni bajó los labios hacia aquel tierno cuello besándolo y saboreando aquella cálida piel. Pero en seguida notó como sus incisivos salían con fuerza. Había estado a punto de rozar la piel de Juliette con sus colmillos. ¿Qué hubiera hecho ella? ¿Se hubiera alejado de él gritando por haberle hecho daño?

Ante ese miedo, se apartó de ella y Juliette se quedó allí, de pie, con los ojos cerrados, sin saber hacia dónde se había movido Giovanni.

Lo había hecho tan rápido, que si ella no hubiera reaccionado se hubiera caído de morros sin el cuerpo de Giovanni delante. Por suerte, se mantuvo recta y abrió los ojos para ver donde estaba. No podía creérselo. Había salido del aula y estaba en la otra punta del pasillo. “¿Cómo ha podido hacerlo si solo han sido décimas de segundo?” se preguntó. “Esto es imposible, me he debido quedar embelesada y he tardado más de lo normal en abrir los ojos”. No entraba en su cabeza que Giovanni se hubiera trasladado a tantos metros de ella en una fracción de segundo.

—¿Giovanni, que haces ahí? —Cruzó la puerta y empezó a caminar por el pasillo para acercarse a él pero en seguida le gritó:

—¡No! ¡No por favor! ¡No vengas! —Se había girado hacia la pared dándole la espalda. A pesar de la oscuridad de la escuela, había un par de candelabros iluminando el pasillo. Pudo ver la silueta de Giovanni, girada hacia la pared, totalmente rígida.

—Pero... pero. ¿Qué te pasa? —No sabía qué hacer. Si avanzar hacia donde estaba él o quedarse quieta. La voz de Giovanni tan profunda la había asustado, pero la necesidad de verlo de cerca para saber si se encontraba bien podía con ella.

—No puedo explicártelo Juliette. Por favor, vete. —le suplicó.

—No, Giovanni. ¡Estoy cansada de irme! ¡Estoy cansada que te vayas! ¡Ya no quiero que nos separemos más! Por favor Giovanni, déjame acercarme. —Cruzó todo el pasillo hasta llegar donde él estaba.

Cuando llegó junto a él, se agachó a su lado. Giovanni le habló

despacio...

—Juliette, necesito que sepas algo.. —Comenzó—. Hay algo que me ocurre que no puedo explicarte. Te quiero con locura, pero no quiero hacerte daño. Lo mejor será que desaparezca de tu vida para siempre.

—Pero Giovanni, no puedes hacerme esto. Nos hacemos daño si permanecemos separados. Tú me quieres, y yo te quiero, necesitamos estar juntos. —empezó a llorar sin poder parar mientras lo observaba.

Giovanni había podido controlar sus incisivos y de nuevo estaban ocultos. Se giró, y en aquellos ojos grises, ahora Juliette, veía asomar unas pequeñas gotas que recorrían sus mejillas, pero que no eran completamente transparentes.

—Giovanni, tus ojos... Oh, dios... ¿qué le pasan a tus ojos? —Levantó la mano para poder tocar esas lágrimas con sus dedos y cuando rozó ese pequeño río de color os-curo, se los acercó para poder ver mejor.

—Oh cielos, Giovanni. Esto es... ¿esto es sangre? —Miró su rostro para ver si tenía alguna herida por donde salía la sangre.

—No preciosa. No tengo ninguna herida. Son lágrimas de sangre. Lágrimas de sangre por ti. De todo lo que te quiero pequeña y de lo difícil que me resulta separarme de ti. —La abrazó fuertemente, besando su cabeza y acariciándole el pelo.

—Adelante chicos, pasad. —Sadoc era un vampiro original. No era muy alto ni muy fornido pero sus ojos verdes intensos y su rostro castigado por los siglos, infundaba un gran respeto. —Sentaros, por favor. —Les invitó.

—Gracias Majestad. —respondieron Sullivan y Evander al unísono. Se sentaron frente a la mesa rectangular que Sadoc presidía y donde también estaban sentados cinco vampiros más: Beyno, Cyrano, Alexia, Gunthar y Desmond.

—Explicarnos que ha ocurrido esta noche, por favor. —Les pidió Sadoc muy amablemente.

—Majestad. —Comenzó a explicar Sullivan—. Esta noche hemos salido a patrullar como siempre, pero sentimos unos ruidos extraños en un callejón y fuimos a ver qué pasaba. Encontramos a un grupo de chavales detrás del Eternity, el pub regentado por los de nuestra especie. Estaban comportándose de manera muy extraña.

—Nos acercamos para ver qué pasaba —prosiguió Evander. —pudimos ver que se estaban alimentando de cuatro cadáveres. Los habían mutilado por completo. Había sangre por todas partes y al sentirnos detrás de ellos, se giraron.

—Cuando les vimos los rostros, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. —Interrumpió Sullivan. —¡Santos dioses! Eran muchachos de corta edad, con rostros tétricamente blancos, con unos ojos amarillos y con las cabezas totalmente afeitadas. Además eran muy duros de matar. Le clavé con mi daga a uno en el corazón y no murió. Se levantó de nuevo y corrió tras de mí sin haberse inmutado.

—La verdad es que pocas cosas me asustan, Su Majestad, pero ¡esto ha sido realmente acojonante!

Confesó Evander. —Y discúlpeme por el vocabulario, sobre todo con una señorita presente en la sala. —Le guiñó el ojo a Alexia.

—Déjate de formalismos, membrillo. Conmigo ya no te funcionan. —Le respondió Alexia clavando en él una mirada desafiante.

Todos los que estaban en la sala sabían que esos dos habían tenido una relación fallida por parte de las infidelidades de Evander.

—Entonces Majestad, ¿a qué nos estamos enfrentando? —Preguntó Cyrano. Era un vampiro delgado, con un rostro bastante tosco, típico de Texas. De ojos grises y cabellos rojizos, en su rostro también se podía ver una incipiente barba del mismo color que sus cabellos.

—No lo sé, hijo. No lo sé. —Se pasó la mano por el cabello. Se podía ver en su rostro la preocupación por lo que estaba pasando y la impotencia de no saber a lo que se estaban enfrentando—. Pero tenemos que descubrir qué clase de neófitos son, y quien los está creando. Intentaré ponerme en contacto con el Consejo. Quizás ellos sepan algo, y si no lo saben, deben de enterarse.

Juliette no entendía que pasaba. ¿Cómo podía alguien llorar sangre? si eso no podía ser. Y separarse de ella, ¿había dicho eso? ¿Había escuchado bien? ¿No volverlo a ver?

—Giovanni, ¿Qué te ocurre? ¿Por qué no confías en mí? —Su joven rostro escrutaba alguna emoción visible en el rostro de Giovanni con la esperanza que este se sincerara con ella del porque todo esto tan extraño estaba ocurriendo.

—Confío en ti. Con toda mi alma, Juliette. Pero esto que voy a contarte, nos separará y te perderé para siempre... ¡oh dios! ¿Por qué Señor? ¿Qué he hecho para merecer este castigo eterno? —Gritó mirando hacia el cielo.

—Giovanni, vamos al despacho del Sr. Lazzero y hablemos. Necesito que me expliques todo esto... por favor... —Le tendió la mano y él la cogió.

No había nadie en la escuela y su profesor le había dado la llave para cerrar, así que antes de subir al despacho fue hacia la puerta de la escuela y la cerró por dentro.

Cuando regresó de nuevo al lado de Giovanni, volvió a cogerle de la mano y subieron con paso decidido escaleras arriba, hasta el despacho.

Pasaron dentro. Era un aula pequeña, con una gran mesa de madera y dos sillas. En el lateral había un cómodo banco con grandes almohadones, que es donde supuso Juliette que el profesor descansaba cuando estaba todo el día encerrado allí.

Encendió unas velas que tenía preparadas el profesor en una mesita debajo de una ventana pequeña que daba a la calle y desde donde se podía ver la luna resplandecer en la oscuridad.

—Siéntate, por favor. —Le indicó Juliette a Giovanni dando un golpecito con la palma de la mano a su lado en el banco, donde ella ya se había sentado.

—Juliette... yo.... No sé por dónde empezar... —Comenzó a susurrar Giovanni.

—¿Qué tal por el principio? —Le contestó Juliette.

—Sigfrid cayó rendido en el colchón, y Adrienne se acomodó a su lado. Tenían la piel cubierta de sudor y las respiraciones aún aceleradas.

—¿Estás mejor? —Le preguntó Adrienne, poniendo su barbilla en el pecho de Sigfrid.

—Ya lo creo, preciosa. Mucho mejor. —Le acarició con su mano un mechón de pelo que caía por el rostro de la joven.

—¿Me vas a contar lo que te ha pasado?

—Mejor no hablemos del tema, Adrienne. No vale la pena. —Se levantó y entró en el baño. Abrió el grifo y se lavó la cara.

Adrienne lo observaba desde la cama. Aquel cuerpo desnudo realmente escultural, lleno de músculos, no tenía problema en poseerlo, pero aquel frío corazón que demostraba ese vampiro era imposible calentarlo aunque fuera un

poco. Siempre estaba distante. Aunque fuera increíblemente pasional cuando estaba con ella en la cama, después podía llegar a ser tan frío como un glacial.

Cuando volvió a la cama, se tumbó y pasó un brazo por la espalda de Adrienne, para que ella quedara abrazada y con su cabeza apoyada en su torso.

—Mejor que descansemos. Mañana tenemos que ir a ver a tu hermano. Han surgido unos problemas que me gustaría comentarle. —Le besó la frente y cerró los ojos después de haber apagado la lámpara que tenía en la mesita junto a la cama.

—Espero que nada grave. —Le dijo Adrienne en la oscuridad.

—Lo justo. Una manada de vampiros neófitos creados por un vampiro original y bajo las órdenes de un dios egipcio, casi nada pequeña...-

—¡Dios santo Sigfrid! ¿Lo estás diciendo en serio?

—Si, Adrienne. Mañana te lo explicaré todo junto a tu hermano. Ahora debemos descansar, que estoy hecho polvo.

—Hasta mañana entonces. —Apoyó de nuevo su cara en el torso poderoso de Sigfrid y cerró los ojos.

Mañana irían a visitar a su hermano y al resto del clan de los licántropos. Si eso era cierto, estaban ante un gran problema.

—Hace mucho tiempo, Juliette, yo vivía con mi familia en Jerusalén. A la edad de diecisiete años, pisé Tierra Santa, por primera vez. Eran tierras protegidas por los templarios, capitaneados por Hugo de Payns y reinadas por el rey Balduino II y donde la pobreza y la sangre, adornaban las calles... —comenzó a narrar Giovanni.

—¿Templarios? Pero, ¿eso no fue hace...? —Le preguntó Juliette.

—No me interrumpas Juliette. Todo esto me cuesta mucho de explicar, jamás se lo he contado a nadie, por favor, sólo escúchame lo que tengo que decirte, y luego responderé a tus preguntas ¿de acuerdo? —Le interrumpió Giovanni.

—De acuerdo, Giovanni. Sigue, por favor.

—Pasaron los años y me acostumbré a esa vida de batallas. Con veinticuatro años me uní a la Orden del Temple, donde conocí a Méderic. Un joven fuerte y poderoso, hijo del mismísimo Hugo de Payns y el cual se había forjado desde los doce años en la batalla de la hermandad, protegiendo la religión Cristiana del saqueo árabe.

Un día, mientras luchábamos juntos en una de las tantas invasiones musulmanas a la ciudad Santa, uno de los soldados árabes intentó asestarme un golpe con su espada, cuando de repente, Méderic surgió de la nada, clavándole la suya en un golpe certero, salvándome la vida.

Desde entonces, fuimos uña y carne. Pasamos tres años inseparables, codo con codo. Entrenábamos juntos, comíamos juntos y nos alojábamos juntos en unas criptas bajo el templo de Salomón, guardándonos de los enemigos.

Una noche, observé a Méderic como salía a escondidas de la cripta y se perdía en la noche. Hacía tiempo lo observaba y su comportamiento llamaba mi atención. Así que una noche decidí seguirlo. Y justo cuando pensé que lo había perdido de vista tras una esquina, salió de repente, cogiéndome por el cuello y alzándome varios centímetros en el aire. Siempre lo había visto como un joven robusto y fuerte, pero jamás pensé que su velocidad y su fuerza se debieran a algo sobrenatural.

—¿Qué haces siguiéndome Giovanni? ¿Estás loco? —Me preguntó Méderic, dejándome en el suelo despacio.

Vi su rostro como jamás había visto. Sus ojos inyectados en sangre me miraban fijos mientras dos colmillos grandes y afilados aparecían entre sus labios.

—¡Dios mío Méderic! ¿Qué te ocurre? —Le pregunté sin poder apartar mi vista de su rostro.

—Giovanni, ¡dios mío! —Cayó de rodillas al suelo, rogándome que no se lo dijera a nadie.

—¿Pero qué te ocurre, Méderic? ¿Por qué está así tu rostro? ¿Por qué tienes esos colmillos? —No podía dejar de hacerle preguntas.

Así que cogió y me dijo que lo acompañara. Fuimos caminando en silencio hasta que llegamos a un cementerio. Allí se sentó sobre una piedra y me contó que hacía unos años, había conocido a una joven llamada Coraline. Ella era algo maravilloso. De una belleza sobrenatural y una noche de pasión, le había mordido en el cuello, succionándole la sangre, hasta que apenas pudo mantener la cordura, y luego ella se mordió en su muñeca, acercándole la herida a la boca y haciendo que él bebiera de su elixir... desde entonces se había convertido en un vampiro.

—¡Dios mío Giovanni! ¿Me estás diciendo que tú también eres un vampiro? —Juliette se tapó la boca con sus manos temblorosas ante tal confesión.

—Déjame terminar, por favor, Juliette. No voy a hacerte daño, solo quiero explicarte. —Le cogió las manos con las suyas y le miró fijamente a los ojos.

—Cuando Méderic terminó de explicarme, yo no supe cómo reaccionar. Era mi amigo y mi protector. Me había salvado la vida y jamás me había hecho daño. Yo lo quería como a un hermano y no podía permitir que se derrumbara ante mí.

—Méderic, no te preocupes. No se lo contaré a nadie. Tu secreto está a salvo conmigo. —Le dije.

—Gracias hermano. Al principio me costó mucho habituarme a este estado, pero con el tiempo he aprendido a ser fuerte y poderoso. Los sentidos se me han agudizado como un felino. —le explicó Méderic

—Durante los días siguientes —prosiguió narrando Giovanni—. me explicaba cada sensación y descubrimiento que había hecho siendo vampiro. Lo observaba y su velocidad y fuerza me asombraban cada día más. Me dejaba acompañarlo por las noches para conocer jóvenes y poder descubrir el arte de la pasión en sus camas, hasta que una noche lo vi alimentarse.

Yo había salido de la habitación de una joven, cuando vi la puerta abierta al lado donde él se había metido con otra jovencita. Dentro estaba él sobre la joven succionándole el cuello. La sangre caía por el hombro de la mujer y él la apretaba contra su cuerpo. La podía escuchar desde la puerta, jadeando de placer.

Se giró y me miró. Me invitó a entrar, y bajo una especie de embrujo y seducción, entré y me senté a su lado.

Se acercó a mí, cada vez su rostro más cerca del mío, y cuando cerré los ojos, sentí sus colmillos atravesar mi piel. ¡Dios mío...! ¡Qué sensación!, al principio me dolió, pero luego empecé a sentir un calor recorrer todo mi cuerpo y cuando se separó de mí, se mordió la muñeca y me la acercó a la boca.

Su sangre desprendía un olor dulce, cautivador, y despacio acerqué mis labios a su herida y empecé a beber...

—Bebe Giovanni... y serás inmortal como yo... —fueron las únicas palabras antes de sentir un dolor enorme cruzar todo mi ser. Era desgarrador. Parecía que miles de espadas me atravesaban a la vez. Y

todo fue oscuridad. En un par de minutos volví a abrir los ojos.

—Era una sensación indescriptible, Juliette. Podía ver los pequeños átomos de polvo moverse por toda la habitación. Escuchaba los latidos del

corazón de la gente que había en aquel lugar. Podía oler la tierra húmeda por el rocío de la noche. Todos mis sentidos se habían multiplicado por mil. . — La miró fijamente.

—Así fue como me convertí en lo que ahora soy, Juliette. Un vampiro.

Abrí los ojos despacio y allí estaba Giovanni, apoyado en su codo. Se había recogido el pelo de nuevo y dejando libre aquel rostro tan maravilloso. Sus ojos grises y brillantes como la plata me observaban.

—Buenas noches, princesa. —Se acercó y me besó.

—Buenas noches. —Le sonreí.

—Acaba de ponerse el sol, así que tenemos que vestirnos y marcharnos. Tenemos que ir a ver a Scarlett.

Se levantó y pude ver desde la cama, aquel cuerpo fuerte y musculoso, con una piel pálida y suave, como el mármol. Se me vino a la mente la noche anterior, la manera de amarnos... con la misma pasión que siempre habíamos tenido. Había sido maravilloso volverlo a sentir dentro de mí... pero sobretodo recordé que me había dicho que me amaba...

—¡Vamos perezosa! ¿O prefieres que te coja y te lleve a la ducha? — Desde la puerta del baño podía ver como Giovanni le sonreía de manera pícara.

—Bueno... en vista del éxito de ayer en mi ducha, no creo que sea mala idea repetirlo, ¿no? —Solté una carcajada, cuando de repente noté los brazos de Giovanni debajo de mi espalda y mis piernas, elevándome de la cama y llevándome a la ducha.

Me metió en la ducha y abrió el grifo. Me apresó contra la pared, mientras el agua caliente mojaba nuestros cuerpos... y me besó apasionadamente como si nunca hubiera dejado de hacerlo.

Cogí la esponja, y le puse jabón. Le giré para poderle lavar la espalda. Ancha y fuerte, empecé a frotarla suavemente. Luego deslicé la esponja por sus brazos, y bajé hacia su culo. No pude contenerme y lo tuve que morder.

—¡Ay! ¡Santo dios Juliette! —Me reí al escuchar su quejido. Pero seguí lavándole las piernas y volví a subir otra vez dándole la vuelta y poniendo su duro miembro delante de mí. Pasé mi lengua por la punta saboreándola, poniéndolo más duro y entonces me lo metí en la boca saboreando el fresco y dulce sabor que tenía Giovanni.

—Oh si... Juliette... —Me agarró del pelo para conducir mi boca sobre su polla, a su necesidad. Yo seguía chupándola y lamiéndola. Sacándola y metiéndola de nuevo en mi boca, mientras la rozaba suavemente con mis colmillos. Aceleré mis movimientos, cuando noté como Giovanni temblaba hasta se corrió.

Entonces escuché salir un grito profundo de su garganta, cuando le clavé mis colmillos en su pene, succionando su semen y su sangre al mismo tiempo. Notaba sus manos enterradas en mi pelo agarrándome con fuerza y gimiendo de placer. Cuando terminé, le lamí los pequeños orificios que había abierto y me levanté poco a poco, recorriendo su cuerpo con suaves besos, mientras notaba como Giovanni se estremecía. Cuando estuve de pie frente a él, me besó, metiéndome la lengua hasta el final y saboreando toda su esencia en mi boca.

—¡Por todos los dioses Juliette! ¿Qué me has hecho?

—Beberte entero, cariño. —Le volví a besar apasionadamente.

—¡Ha sido increíble! ¡Eso tengo que probarlo contigo, pequeña! —Me reí cuando escuché con el entusiasmo que me lo decía.

—Pero en otro momento, Giovanni. Ahora tenemos que marcharnos. —Salí de la ducha y cogí dos toallas del armario. Le lancé una y la otra me la puse alrededor.

Salimos del baño y empezamos a vestirnos. Teníamos un largo viaje hasta Escocia por delante.

—¡Oh dios, Giovanni! . —Se levantó de golpe y se apoyó en la pared lejos de él. Lo miraba horrorizada.

Todo lo que le acababa de explicar, era imposible. “Un vampiro”. Era lo único que cruzaba por su mente.

—No voy a hacerte daño Juliette... por favor... no me veas como un monstruo... —se levantó para ir hacia donde ella estaba.

—¡No te acerques! —Le gritó levantando su mano para detener su avance.

—Juliette, déjame abrazarte... por favor... lo necesito. —Siguió avanzando hacia ella con movimientos lentos. Estaba demasiado asustada para moverse rápido y no pretendía asustarla más. —Te necesito, Juliette.

Ella bajó la mano, observando como Giovanni se acercaba a ella. Estaba

petrificada. Tenía miedo, pero también sabía que desde que lo había conocido, nunca le había dañado. Cuando llegó a su lado, lo miró a los ojos. Esos ojos grises que la habían hecho sentir viva siempre cuando la miraban, ahora le estaban implorando piedad. Parecía un ser débil ante ella, y le hacía sentirse mal. Se sintió cruel ante su comportamiento con aquel hombre que amaba con locura.

—Ven... —lo abrazó.

Se abrazaron durante unos minutos. Él lloraba en su hombro y ella tampoco pudo contener sus lágrimas.

Sabía que él se sentía solo y había confiado en ella al contarle su gran secreto.

Cuando se separaron, él la miró fijamente y se agachó hacia ella hasta que sus labios se juntaron.

Aquel beso inició una explosión de pasión de dos cuerpos deseosos de amarse.

En el momento en que empezaron a besarse tan apasionadamente, Juliette supo lo que iba a ocurrir, pero estaba decidida a ello y quería llegar hasta el final.

Ella estaba muy nerviosa. Era virgen, y era la primera vez que estaba con un hombre... pero le confió su cuerpo y su alma a aquel hombre del que estaba profundamente enamorada.

Giovanni se situó delante de ella y empezó a desabrocharle la camisa, lentamente. La retiró hacia los lados, deslizándola suavemente hacia abajo. Empezó a acariciarle los hombros. Despacio acercó su rostro al de ella y la besó como nunca antes la había besado. Sentía la fuerza de Giovanni y su cuerpo la sedujo hacia una pasión irrefrenable.

La tumbó en aquel banco, mientras deslizaba su falda hacia abajo lentamente hasta tenerla completamente desnuda ante él. La observó detenidamente. Quería disfrutar lo que tenía delante de él. Juliette. Su Juliette.

Se levantó y se quitó la camisa y las calzas, quedándose totalmente desnudo ante ella. Vio como sus ojos se habían posado en su miembro, erecto por la excitación que aquella joven le provocaba.

Lentamente se tumbó encima de ella, cubriendo todo su cuerpo caliente con el de él. Los dedos de Giovanni recorrieron delineando paso a paso el cuerpo de Juliette haciéndola exhalar un ardiente suspiro de deseo.

Su cuerpo desnudo debajo del suyo electrificaba su piel al contacto con él. Lo sentía ahí con ella. Sentía su piel, sus besos, sus dedos recorriéndola... Era

una sensación celestial.

Ahora era su lengua la que buscaba los rincones más secretos de Juliette. Ella en una entrega sin fin, se sentía al borde de la locura. Desde su cuello fue bajando hasta llegar a sus pechos. Eran perfectos.

Tiernos y suaves, los lamió con suavidad, deteniéndose en su pezón. Lo absorbió, notándolo duro en su boca, y luego lo soltó para pasar al otro y hacer lo mismo. Escuchaba unos suaves gemidos salir de la boca de Juliette mientras él saboreaba sus pechos. Cuando acabó con ellos, dejándolos sonrojados por los lamidos, siguió recorriendo con su boca hasta llegar a su vientre. Siguió trazando el camino con su lengua hasta llegar al monte de Venus. Aquel era el paraíso virgen de su amada, así que despacio con la mano le separó los muslos para poder tener todo el acceso hacia su húmedo sexo.

—Giovanni... —escuchó como le susurraba. Había notado que Juliette había tensado las piernas intentándolas cerrar de nuevo.

—Por favor Juliette... confía en mí... —y con estas suaves palabras notó como su amada se relajaba y pudo separar de nuevo sus piernas.

Por fin habíamos llegado a Escocia. Antes de partir nos habíamos alimentado para coger fuerzas para el viaje hacia tierras escocesas.

Me detuve para observar a Giovanni. Estaba realmente espectacular con una camisa blanca Gucci, con las mangas dobladas mostrando unos tatuajes en sus antebrazos.

Un pantalón negro de la misma marca y unos zapatos impecables. Él se giró y me miró dirigiéndome una preciosa sonrisa.

—¿Qué miras pequeña?

—A ti. Estás realmente sexy. —le dije mientras se acercaba a mí y me mordía suavemente el oído de mi oreja.

—Si quieres, puedo demostrarte lo sexy que puedo ser...

—Ya lo sé, querido... mejor que nos vayamos sino puede ser muy peligroso. —Cuando llegamos al mismo lugar donde hacía siglos había un castillo, ahora había una mansión enorme. Llena de ventanales y cornisas que acababan en unas pequeñas gárgolas de piedra. Era preciosa. Totalmente iluminada, parecía que brillaba con luz propia. Solo mantenía dos muros de piedra de la antigua fortaleza, el resto había sido exquisitamente rehabilitado.

Nos acercamos a la puerta, y dos hombres vestidos totalmente de negro

nos abrieron dándonos paso al interior de la mansión.

El hall era impresionante. Guardaba cierta similitud en cuanto estilo de la última vez que había estado allí, pero con ciertos detalles actuales a nuestro siglo. Seguía estando la misma escalera pero en lugar de piedra, era de mármol con una barandilla de robusta madera oscura perfectamente barnizada.

Un joven, apareció ante nosotros. Era de estatura media, de cabellos morenos y con un rostro muy bello.

También tenía unos ojos de igual intensidad y color que Scarlett.

—Bienvenidos. Me llamo Bastian. Os acompañaré hasta el despacho de su majestad. Les está esperando.

Mientras caminábamos detrás de él, pensé que su rostro en realidad tenía un gran parecido con Scarlett, me resultaba realmente familiar, pero no recordaba haberlo visto la vez que estuve en aquel lugar cuando los conocí por primera vez.

Le seguimos y entramos a un gran salón. Estaba totalmente iluminado con decenas de bombillas y una enorme lámpara que caía como una cascada en el centro de la estancia. Unos grandes cortinajes cubrían los ventanales y al fondo una chimenea presidía aquella gran estancia, delante de unos cómodos sofás color turquesa a juego con las cortinas. Aquel sitio era impresionante. Todo lo que había allí debía de costar una fortuna.

Bastian se dirigió al final del salón, donde vimos que había otra puerta. Cuando llegó a ella golpeó con los nudillos.

—Pasa hijo. —se escuchó la misma voz que había escuchado la primera vez que llegó allí. Scarlett.

CAPITULO IX

Juliette estaba muy nerviosa. Todo aquello era nuevo para ella. Aquellas sensaciones jamás antes había sentido, pero confiaba en él completamente así que se relajó cuando escuchó las dulces palabras de Giovanni.

Siguió disfrutando con su lengua el interior de los muslos de Juliette. Deslizó su mano y suavemente acarició su clítoris. La reacción fue inmediata. Un pequeño temblor invadió el cuerpo de la joven. Se acercó más para poder acariciarlo con su lengua y fue cuando Juliette enterró las manos en su cabello apretando sus dedos entre sus mechones.

Cuando la boca de Giovanni lamió su húmedo sexo, un gemido brotó de su garganta... el deseo seguía creciendo. Bajó sus manos hasta encontrar la cabeza de él y enterró sus dedos fuertemente en sus cabellos. “Dios Santo” ese hombre la estaba llevando al mismísimo paraíso y no se había movido de aquellos almohadones.

Siguió acariciando aquel tierno clítoris mientras introdujo un dedo en su vagina. Ella se tensó al sentir el dolor cuando había tocado su himen virginal, pero siguió lamiéndole el sexo haciendo que se relajara.

Había notado un ligero pinchazo en su vagina cuando Giovanni le había introducido un dedo, pero a la vez también había sentido mucho placer. Mientras seguía acariciándola con su lengua, volvió a relajarse.

Su amiga Marina ya le había explicado que la primera vez dolía, pero aquel hombre también la estaba haciendo disfrutar y mucho.

Siguió excitándola con su dedo y su lengua para que se relajara y se humedeciera aún más. Quería prepararla para cuando la penetrara.

Lentamente abandonó su sexo, para desplazarse hacia arriba y cubrirla con su cuerpo. La piel de Giovanni era un abrigo cubriendo la suave piel de Juliette y su lengua era un cincel en su tibio cuerpo, recorriéndolo sin límites... sin prohibiciones...

Él se tumbó encima de Juliette y la besó, reclamando toda su boca y todo su ser. Ella se entregó a aquel beso pasional mientras sentía como Giovanni le separaba aún más las piernas y notaba ahora su duro miembro junto a su húmedo sexo.

En un movimiento lento, Giovanni acercó su pene a la entrada virginal de Juliette y con un suave movimiento introdujo la punta dentro mientras seguía

besándola. Juliette dejó soltar un pequeño quejido de dolor, pero fue ahogado por la lengua de Giovanni. Éste volvió a empujar con otro suave movimiento el miembro hacia el interior de su amante, dejándolo quieto para que ella pudiera acostumbrarse a tenerlo dentro. Pronto llegaría a su himen y quería hacerlo lo más suave posible para que le doliera lo mínimo.

Con esa nueva embestida, Juliette había sentido otro pinchazo un poco más fuerte, pero al ver que él se había detenido el dolor había cesado. Una lágrima se deslizaba por su mejilla. Era como un laberinto de sensaciones y sentimientos los que Giovanni le hacía sentir. Para su joven cuerpo aquello era muy difícil de asimilar.

Cuando Giovanni vio que Juliette estaba llorando, de un movimiento suave se salió de su interior.

—Perdóname Juliette... yo no quería hacerte daño... —le acarició la mejilla mientras le limpiaba la lágrima con su dedo.

—No, Giovanni. No lloro porque me duela, lloro porque estoy sintiendo cosas que no había conocido nunca. No pares por favor....

Juliette bajó su mano hacia donde se unían los dos sexos y acercó el pene hacia ella otra vez. Giovanni se acercó más penetrándola suavemente como había hecho antes, entrando más en ella. Al ver como Juliette deslizaba sus manos por su espalda acercándolo más a ella, volvió a embestirla y así penetró totalmente en su interior, atravesando aquella barrera testigo de la virginidad de su amante.

Cuando lo sintió todo dentro de ella, un pinchazo de dolor cruzó su cuerpo pero a la vez una inmensa oleada de placer la envolvió sintiendo como Giovanni la penetraba una y otra vez. Su cuerpo se estremecía bajo el cuerpo de él, totalmente entregada y disfrutando de la pasión que Giovanni le estaba descubriendo.

Cuando sintió que Juliette acompañaba su miembro invitándolo a entrar en su interior, no lo dudó. La penetró. Su húmedo sexo acogió su gran pene deseoso de enterrarse hasta el fondo de su ser.

Puso sus manos bajo las nalgas de Juliette, para poder profundizar en sus embestidas. Notaba las caderas de Giovanni, que se agitaban en un ritmo sin final con un movimiento interminable, deseando que no volviera a salir nunca de su cuerpo. Deseaba sentirlo siempre dentro de ella.

El sudor empapaba sus cuerpos y los gemidos cada vez se hacían más intensos en aquel cuarto.

Juliette se agitaba de placer, enlazando a Giovanni con sus piernas y

abrigándolo con sus brazos, mientras éste la penetraba una y otra vez.

No podían dejar de amarse; habían esperado mucho a que llegase aquel momento y lo querían hacer interminable.

Giovanni paró y la miró fijamente. Sus colmillos lucían brillantes y afilados, sin poder ocultar sus ganas de saborearla, Giovanni, se salió de ella deteniendo su placer.

—¿Qué te ocurre, Giovanni? —Le preguntó con suavidad.

—No tienes ni la más remota idea de todo lo que pasa por mi mente cuando el deseo por ti crece tanto dentro de mí... —Seguía con el rostro oculto hacia el otro lado.

—Giovanni... —Le acarició los cabellos, y lo trajo hacia ella de nuevo. Elevó sus caderas para buscar su miembro de nuevo hasta que Giovanni la volvió a penetrar. Mientras la volvía a hacer suya, lamió su cuello justo donde la sangre de Juliette palpitaba de excitación.

—Hazlo mi amor... quiero que estés dentro de mí y que yo también pueda estar dentro de ti.

—Oh... mi diusca... —le escuchó susurrar a Giovanni en el mismo momento que sintió como sus colmillos atravesaban su piel.

Al principio notó un ligero pinchazo, pero en seguida, la recorrió un calor embriagador, transportándola, junto con su penetración a un perfecto clímax. Gritó sin poder contener tanto placer, mientras escuchaba los gemidos de Giovanni en su cuello, bebiendo de ella a la vez que también estallaba en un gran orgasmo.

Cuando atravesó la suave piel de Juliette y sintió el sabor y el calor de su sangre, mientras la penetraba una y otra vez, una ola de calor lo invadió por completo llevándolo a un orgasmo inimaginable. Su sabor era delicioso. Era indescriptible, poder beber de ella mientras la hacía suya por completo. Desde el primer momento que la vio en el muelle supo que era su diusca. Su pareja de sangre para toda la eternidad. Deseó hacerla suya y por fin lo había conseguido.

Giovanni lamió los dos pequeños orificios, para cerrarlos y la abrazó.

—¿Estás bien amor? —Le preguntó Giovanni preocupado, aunque no había bebido mucha sangre de ella, no sabía cómo su cuerpo iba a reaccionar.

—Me siento más bella que nunca Giovanni... Me has hecho sentirme inmensa, mujer... —Lo besó en la mejilla, mientras él se colocó a su lado, abrazándola, y la acercó más a su pecho.

—¿Hijo? ¿Es hijo de Scarlett? —Le pregunté a Giovanni.

Me comuniqué con él telepáticamente. Al haber compartido la sangre, pudimos volver a conectarnos y de esta forma nos podíamos comunicar sin que nadie escuchara nuestros pensamientos.

—*Sí, Juliette. Es su hijo.* —Me respondió Giovanni.

—*No tenía ni idea que tenía un hijo. La otra vez no lo vi.*

—*Estaría fuera. Ella suele mandarlo como hombre de confianza a varios países por asuntos del Consejo.* —Entonces ya sabía porque no lo había visto la otra vez.

Antes de cruzar aquella puerta, apreté la mano de Giovanni y éste me miró.

—*Tranquila cariño, no te preocupes.* —me tranquilizó al notar su mano junto a la mía.

Cuando por fin entramos, vimos que era un despacho enorme. En las paredes de esa habitación se podía ver estanterías enormes que abarcan miles de libros. La única pared que no tenía estanterías, era de color granate, adornada con unos grandes cuadros de mucho colorido. Había una mesa enorme situada en el lateral del despacho y delante, dos sillas de madera perfectamente talladas, y tras la mesa pude ver a la Reina.

Seguía siendo realmente bella. Con los cabellos negros y brillantes, que caían a ambos lados de su rostro sobre sus hombros. Ahora ese rostro perfectamente maquillado nos miraba a ambos con curiosidad.

—Ya puedes marcharte Bastian. Gracias hijo. —Mostraba una dulzura hacía aquel joven que me sorprendió.

—Sí, madre. —y salió del despacho cerrando la puerta sin hacer apenas ruido.

—Bienvenidos de nuevo. —Se levantó hacia donde estábamos y le ofreció la mano a Giovanni para que la besara. Llevaba un vestido lila perfectamente ajustado a su fabuloso cuerpo y en contraste total con sus ojos verdes.

—Gracias majestad. —le respondió Giovanni, cogiendo su mano y acercándosela a la boca pero sin llegar a tocarla con los labios. Yo la miré y le hice un gesto con la cabeza en señal de saludo.

—Dejémonos de formalismos, ya hace mucho que nos conocemos y

sabemos porque estáis aquí. —me miró fijamente, y entonces pude ver el odio contenido en aquellos ojos verdes esmeralda.

—¿Sabes todo sobre lo de Erwan y los vampiros neófitos que está creando? —le preguntó Giovanni.

—Sí. —Respondió con un tono de voz tan grave que parecía imposible que saliera de aquel cuerpo tan femenino. Había regresado a su sitio tras la mesa y nosotros nos sentamos también en las sillas que había delante.

—Hará unos tres meses mandé a un sirviente para que visitara a Cábala en Egipto.

Hacía tiempo que no sabíamos nada de él ni yo ni el Consejo y nos tenía preocupados.

Cábala es el máximo poder representante nuestro en aquella ciudad y pudimos saber a través de mi fuente que Erwan lo había matado y se había apoderado de aquella ciudad creando a un ejército de snaiders. La peor noticia fue que había resucitado al antiguo dios Seth.

—Ya veo que lo sabes todo. —Le dijo Giovanni—. Hemos venido Scarlett, porque necesitamos tu ayuda.

Necesitamos saber todo lo que puedas explicarnos sobre Erwan y ese dios egipcio. Y como podemos combatirlo.

—No corras tanto querido. No es tan fácil. Os explicaré la historia de Seth, y así podréis saber a lo que nos enfrentamos. —Tocó una campanilla e inmediatamente una anciana de cabellos blancos entró en el despacho llevando una bandeja con tres copas llenas de sangre con canela que ya me era familiar.

—¿Corinne? —le pregunté cuando la vi entrar. Era la misma anciana que había visto en mi anterior estancia en aquel lugar. Me parecía imposible que siguiera viva, a no ser que la hubieran transformado en inmortal.

—¡Como no me dejéis entrar, va a correr un río de sangre aquí, pequeños! —Sigfrid había llegado al lugar donde el principal clan de licántropos residía. Allí vivía Gédéon, el Macho Alfa de los hombres lobo, y un gran amigo de Sigfrid.

Se conocían desde hacía muchísimo tiempo. En el pasado, Gédéon le salvó la vida al vampiro en una emboscada frente a los licántropos. Se enfrentó a su misma especie por salvar de una muerte injusta de un chupasangre y a pesar de la enemistad de especies, habían conservado una

gran amistad.

—¡Por favor chicos! ¡Dejad pasar a ese chupasangre para que yo sea quien le dé una buena paliza! —La voz de Gédéon sonó detrás del grupo de hombres lobo que impedían el paso a Sigfrid. El líder de los licántropos tenía el mismo color de cabello que su hermana gemela y los mismos ojos azules.

—Señor, ¿no podemos dejar entrar a esta garrapata! ¡Cumplimos órdenes! —Le respondió Gael. Era un joven licántropo, pero uno de los más fuertes y fieles del clan. En él, Gédéon tenía un gran apoyo y confianza, incluso lo quería para que se casara con su hermana Adrienne. Pensaba que hacían una magnífica pareja cada vez que los veía juntos.

—¿Órdenes de quién, Gael? Que yo sepa, aquí el único que da órdenes soy yo, y esta garrapata como dices, es un buen amigo mío. No te preocupes. Has hecho muy bien en defender nuestro hogar. Pero este chupasangre, ahí donde lo ves, todo calvo y machote, es inofensivo. —Le dijo Gédéon, mientras lo agarraba amistosamente del hombro.

—Bueno, eso tendríamos que verlo, ¿no crees? —Le dijo Sigfrid al líder de los licántropos mientras lo abrazaba fuertemente.

—¿Qué tal estas, hermano? —Le preguntó Gédéon.

—No tan bien como tú, jefe. Digamos que voy tirando. —Le contestó Sigfrid.

—Está bien, chicos, podéis volver a vuestras posiciones. Y ¿a qué debo tu visita?

—Tenemos un grave problema Gédéon. Necesito explicarte algo.

—Adelante pues. Hablemos dentro. —le dijo Gédéon a Sigfrid.

Juliette permanecía dormida entre los brazos de Giovanni. Había caído totalmente extasiada y ahora él la observaba mientras dormía. Aquella imagen le provocaba una ternura increíble. La joven tenía el rostro aún sonrojado por el placer y los labios hinchados por la pasión de sus besos, y descansaba como un ángel dándole calor a todo su frío cuerpo.

Se había entregado a él, valientemente. No sólo le había entregado su virginidad, sino que también le había dejado beber su sangre, sin dudarlo ni un segundo. La admiraba. Le había demostrado tener mucha fuerza y valor a pesar de todo lo que él le había contado.

Y sobre todo la amaba con locura. Era su diusca. Y no la dejaría nunca,

se prometió a sí mismo. No sólo porque deseaba pasar con ella toda su eternidad, sino porque no podría vivir sin ella.

Cuando un vampiro se une a su diusca, en el momento que se separa de ella, el dolor es tan inmenso que ni la sangre ni otra mujer puede calmarlo, hasta que vuelve a estar con ella.

—Hola principessa. —La besó suavemente en aquellos labios tan sensuales mientras ella abría los ojos para mirarlo.

—Hola mi amor. —Le respondió dulcemente el beso.

—Princesa tenemos que irnos a casa. Tus padres se van a preocupar por lo tarde que es y que no hayas llegado a casa.

—Oh, no... quedémonos otro ratito... por favor. —lo abrazó con fuerza hundiendo su rostro en el torso de Giovanni. Tenía un olor maravilloso. Y se sentía tan bien entre sus brazos que no quería salir nunca más de ahí.

—Mi vida, yo más que nadie desearía quedarme así para siempre, pero no querrás que tus padres se enfaden contigo, ¿no?

—No, claro que no. —se incorporó sentándose.

—Vamos. Le diremos que te has quedado hasta tarde trabajando y que nos hemos encontrado de vuelta a casa. —le explicaba Giovanni, mientras cogían sus ropas y se vestían.

Salieron de la escuela y juntos, fueron caminando hacia casa de Juliette.

Cuando llegaron a la puerta, Giovanni abrió y pasaron dentro. No había nadie despierto, así que subieron las escaleras y Giovanni se despidió de ella con un tierno beso antes de que se dirigiera a su cuarto. Ya pronto amanecería y debía descansar.

—Oh... no quiero que termine esta noche, Giovanni. —le abrazó impidiendo que se fuera.

—No te preocupes mi princesa... habrá muchas más. Ahora vete a dormir, no podemos estar aquí en el pasillo, nos pueden ver. —Se separó de ella y se marchó a su habitación.

Cuando cerró la puerta y comenzó a desvestirse, Juliette vio entre sus muslos una fina línea de sangre.

Cogió un trapo y lo mojó en agua y se limpió suavemente. Se sentía dolorida en toda la zona interior, y esa sangre era la prueba de que se había entregado por primera vez a un hombre. Bueno mejor dicho, a un vampiro.

“¡Señor mío! ¡Un vampiro!” no podía dejar de pensarlo. Se había enamorado de un vampiro y se había entregado a él. Y no solo eso, sino que él había bebido su sangre... ¿no se convertiría ella en vampiro?

Había escuchado fábulas sobre seres fantásticos, no muertos, brujas, y demás pero no había pensado nunca que podía ser real y mucho menos conocer a un vampiro. Y si era real todo, él era inmortal y ella envejecería con el paso de los años y acabaría muriendo. Entonces ¿Qué podía hacer?

¿Cómo iban a estar siempre juntos si ella era una simple mortal? El siempre sería joven... ¿Qué iba a pasar entonces cuando ella fuera una anciana? ¿La querría igual? Miles de dudas invadían su mente. Y lo peor es que no tenía respuestas para ninguna.

—Disculpe señorita, pero se equivoca—. me dijo la mujer de cabellos blancos.

Yo me llamo Kiara. Corinne es un antepasado mío. Llevamos muchos años sirviendo a esta familia. Si no desea nada más Majestad-dejó la bandeja en la mesa y se marchó.

—No, Kiara. Puede marcharse, muchas gracias—. se sentó hacia atrás y cogió una copa.

—Es una descendiente de Corinne. Son realmente fieles para intentar prescindir de ellas y llevan generaciones enteras, al servicio de mi familia. — Me dijo Scarlett sin mirarme, y dando un sorbo a su copa—. Y ahora si me permitís, comenzaré la historia.

... Todo empezó en el año 2.800 a.C. en el antiguo Egipto, de dioses y faraones. El primer creador fue Atón-Ra, nacido del Sol y la Luna, concibió con su corazón a sus hijos Shu (dios del aire) y Tefnut (diosa de la humedad). De esa unión nacieron Geb (dios de la tierra) y Nut (diosa del cielo) engendrados a su vez de dos pares de gemelos, Osiris e Isis, enamorados entre sí, des del vientre materno y la otra pareja estaba formada por Neftys y Seth.

Osiris, como favorito, reinó en Egipto estableciendo sus reglas junto con su esposa Isis. Durante el reinado de ambos el pueblo egipcio vivió una época gloriosa. Pero Seth, que odiaba a su hermano, sólo le atraía la idea de crear maldad y dolor en los humanos. Creó guerras dejando muerte y sangre por donde pasaba, contando en todo momento con el apoyo de su hermana Neftys. Osiris e Isis, intentaron detenerlos, pero sólo consiguieron separarse más de sus hermanos y el odio y la envidia que Seth les procesaba no ayudaba en nada a su reconciliación.

Paralelamente a toda esta trama familiar, en aquella época también vivía un sacerdote y gran brujo, llamado Aryan. Sabía que la existencia de los cuatro hermanos era la fuente de tanta maldad y oscuridad entre los humanos, desconociendo que era Seth el único culpable de tanta tragedia. Así que creó un conjuro para castigarlos por toda la eternidad. Descendientes del Sol igual que de la Luna, hizo que no pudieran ver uno de los astros nunca. Así que les condenó a poder vagar sólo cuando la Luna estuviera, y al contrario, si salían cuando el Sol estuviera en lo alto del cielo, los rayos del astro les matarían. Y como venganza por toda la sangre que habían derramado a su alrededor, les castigó con la dependencia de ésta, teniéndose que alimentar con ella para poder sobrevivir.

Y así fue como los cuatro dioses Isis, Osiris, Seth y Neftys sucumbieron a la sed de sangre y al castigo de no poder ver el sol nunca más, naciendo así los primeros vampiros de toda nuestra historia.

Seth llevado por el odio de la condena de Aryan, lo buscó y lo mató. Pero no supo que el brujo había creado un arma para destruirlos y que esa arma se la había entregado a su hija, Lícide, una joven bruja que había heredado todo el poder de su padre.

—*¿Lícide? ¡Así se llama la mujer que conocí en el castillo de Markus!* .
—Le dije a Giovanni.

—*¿Qué dices? ¿Qué mujer?*

—*Ya te lo contaré todo después. Mejor esperemos al final de la historia, no confío en Scarlett, para desvelarle nada de lo que sé sobre esa bruja.*

—Ejem... —Interrumpió Scarlett. No podía leernos la mente por la conexión exclusiva que habíamos creado ambos, pero sí podía captar ondas. Así que sabía que nos estábamos comunicando.

—*¿Qué arma es esa? ¿Si la conseguimos podremos destruirlo y acabar con todo esto?* —interrumpió Giovanni desviando su atención.

—En realidad el arma que creó Aryan, consta de tres piezas que separadas no tienen fuerza ninguna, pero juntas podría sería el final para el Dios Seth—. la mirada que le dedicó a Giovanni lo hizo ponerse en alerta sobre algo peligroso que estaba a punto de pasar.

—De acuerdo. —asintió Giovanni con desconfianza.

—*Juliette, esto no me gusta.*

—*¿Qué quieres decir con que no te gusta? A mí tampoco me gusta estar sentada delante de esta zorra, pero no hay más remedio que hacerlo,*

necesitamos información.

—*De acuerdo.* —Prefirió no asustar a Juliette, aún no sabía a qué era debido lo que estaba sintiendo.

...Lícide decidió vengar la muerte de su padre y para eso utilizó un hechizo, creando una pócima que metió en cuatro ushabti, uno para cada uno de los dioses. En el antiguo Egipto, un ushabti se trataba de una estatua de madera con forma de momia que llevaba una inscripción mágica alrededor del torso. Y así fue como los encerró en la pirámide de Zoser, situada en la ciudad de Memfis, la más antigua de Egipto.

Allí los enterró para toda la eternidad para que no crearan a más seres como ellos y guardó el arma sagrada de su padre bajo su custodia, para poder destruirlos cuando fuera necesario.

—¿Y dónde ese arma ahora? —pregunté.

—No lo sé. Habrá que encontrar a la bruja, hija de Aryan para poder conseguirla. —Respondió Scarlett.

—¿A la tal Lícide? —Pregunté de nuevo.

—Si, ella es la única que puede acabar con el dios Seth—. concluyó Scarlett.

—¿Y dónde puede estar? ¿Crees que el Consejo puede saberlo? —Preguntó Giovanni.

—Pues habrá que preguntárselo entonces, ¿no? —Dije.

—Bueno, pues esto deberá de ser mañana, porque ya está amaneciendo y deberíamos descansar. —Propuso Scarlett.

No sabía porque pero no confiaba en ella, y según lo que sentía a través de Giovanni, él tampoco lo estaba haciendo.

—Bueno pues debemos marcharnos para buscar refugio, Juliette. —Me dijo Giovanni mientras se levantaba de la silla.

—Podéis quedaros aquí, tengo mucho sitio. —Nos dijo Scarlett.

—*Ni de coña. Yo aquí no me quedo.* —Le dije a Giovanni.

—Muchas gracias por el ofrecimiento, Scarlett, pero Juliette y yo no queremos ser molestia, así que nos marchamos y regresaremos al anochecer para seguir buscando soluciones a este problema. Porque aún nos queda saber quién es Erwan y porque está creando un ejército de neófitos. —le dijo Giovanni, mientras me cogía de la mano y salíamos por la puerta del despacho.

—Hasta esta noche, entonces. —Nos contestó Scarlett desde dentro de la habitación.

—¿De qué cojones me estás hablando tío? ¿Qué mierda está pasando? — Preguntaba exaltado Gédéon ante la explicación de Sigfrid sobre lo que estaba pasando con la resurrección del dios egipcio, y el ejército de vampiros neófitos que estaba creando Erwan.

—No lo sabemos bien. Giovanni y Juliette han ido a hablar con Scarlett. Según ellos es una eminencia en nuestra especie y pertenece al Consejo de Vampiros, ella es la que podrá responder algo de todo esto.

Así que no puedo decirte nada más. Sólo quería venir para ponerlos en aviso. —Le dijo Sigfrid.

—Espera un momento. ¿Has dicho Giovanni? —Sigfrid afirmó con la cabeza.

—¿El mismo Giovanni que dejó destrozada a la mujer de la que estás locamente enamorado? Y ¿Juntos?

Volvió a asentir Sigfrid de nuevo.

—Joder tío... que chungo ¿no?... y ¿cómo estás tú? —Se acercó Gédéon donde estaba sentado su amigo.

—¿Qué cómo estoy? ¿Cómo coño quieres que esté? Estoy jodido tío, muy jodido. La mujer que amo sigue loca por el hombre que le destrozó la vida, y ¡yo no sé qué cojones puedo hacer!

—Lo entiendo... —le puso la mano en el hombro. —¡Adrienne! Pasa hermanita. —Saludó Gédéon a la licántropa haciendo que Sigfrid se girara hacia la puerta al escuchar su nombre. Y allí estaba ella, en el marco de la puerta del salón, con el rostro petrificado e inmóvil ante lo que acababa de escuchar por boca del hombre que ella amaba por encima de todo.

—Pero pasa, no te quedes ahí parada como una estatua. —Se acercó Gédéon a ella y la besó en la mejilla.

—¿Te acuerdas de mi amigo Sigfrid?

—Hola Adrienne. —Se levantó el vampiro para saludarla. —Estás preciosa. —Fingió delante de su amigo dándole un beso como si no la hubiera vuelto a ver desde hacía tiempo.

—Hola Sigfrid. —Ella también tuvo que fingir, aunque sentía ganas de salir corriendo de allí. —Disculpad mi interrupción, mejor me voy, hermano, ya nos veremos luego.

—Espera Adrienne. Quédate con nosotros. Sigfrid ha venido a visitarnos y que menos que atenderle ¿no?

Además voy a prepararle un trago, quédate con él que en seguida regreso. Te dejo en buena compañía tío, cuídamela ¿eh? —Gédéon salió de la sala ignorando lo que pasaba entre su hermana y su amigo.

—Siento que hayas tenido que escuchar....

—Déjalo Sigfrid, ¿quieres? —Le interrumpió Adrienne. —¿Crees que no sé lo que sientes por esa vampira?

—Adrienne, yo...

—Mira, ya soy mayorcita ¿vale? Así que no te preocupes por mí—. Estaba conteniendo las lágrimas mientras lo miraba. —Tú no tienes la culpa de que yo esté enamorada de ti.

—Pero sabes que lo nuestro no puede ser, Adrienne. Cuando estoy contigo, me siento muy bien, pero estoy enamorado de Juliette. —le dijo Sigfrid.

—Lo sé. Ya te he dicho que lo sé, maldita sea. —se giró para ocultar una lágrima que caía por su rostro.

Pero te quiero y no puedo evitarlo.

—Adrienne... —se acercó a ella. . —a mí también me gustaría quererte. Juro que desearía amarte, pero no puedo. Sólo puedo entregarte mi cuerpo, pero no mi corazón.

—Por ahora me conformo, pero acabarás amándome, Sigfrid.

—Nada me gustaría más, créeme Adrienne. —Se acercó a ella y la besó suavemente en los labios.

Llevaba todo el día pensando en él. Sentía dolor en la entrepierna, pero no podía dejar de pensar en sus caricias, en sus besos... en cómo le había hecho el amor... Había sido increíble, y a pesar de las molestias que sentía en su sexo, deseaba volverlo a sentir dentro otra vez.

—Juliette, yo ya me marcho... —Interrumpió el profesor Lazzero en sus pensamientos.

—De acuerdo, profesor. Ya cierro yo, como anoche. Prefiero dejar esto listo para el lunes. —le sugirió al profesor. Mañana era sábado y no había escuela y les había dicho a sus padres que dormiría en casa de Marina. Así que esta vez, tendrían toda la noche para ellos solos.

—Cerraré la puerta cuando salga. Buona notte Juliette.

—Buona notte Sr. Lazzero. —Estaba deseando que su profesor saliera de

la escuela para que Giovanni pudiera entrar y poder estar con él de nuevo, a solas. Ella tenía otra llave que le había dado para cerrar...

En cuanto se quedó sola, un aire frío recorrió la estancia donde ella estaba y un ligero escalofrío le rozó la nuca por detrás. Cuando se giró, allí estaba Giovanni... su vampiro... tan atractivo que con solo mirarlo las piernas empezaron a fallarle.

—Hola princesa... —se acercó a ella y la abrazó, fundiéndose en un apasionado beso. En cuanto sintió el fresco aliento de Giovanni en su boca, una sensación de excitación recorrió su cuerpo, deteniéndose con un ligero pinchazo en su entrepierna.

Aquel hombre la hacía estremecer con solo escuchar su voz cerca de su cuerpo. Con solo abrazarla y notar sus fuertes músculos alrededor de su cintura. Se sentía más viva que nunca cuando estaba con él.

—Oh, Giovanni... —gimió cuando sintió la lengua de su hombre recorrerle el cuello suavemente. Fue bajando lamiéndola hacia abajo, mientras le quitaba la camisa con un rápido movimiento.

—¡Guau! ¿Cómo has hecho eso? —Le preguntó asombrada ante los gestos tan veloces de Giovanni.

—Te he dicho alguna vez, que soy muy... Pero que muy rápido y fuerte... —la cogió en brazos y en un segundo estaba tumbada boca arriba en el diván del profesor, completamente desnuda sin apenas haber notado las manos de Giovanni hacer nada.

—Estoy impresionada. ¡Esto ha sido increíble! —Sonrió Juliette al decirlo.

—Pues espera y verás, princesa. Porque sé hacer otras muchas cosas... —le susurró al oído mientras la puso boca abajo sobre el diván con otro movimiento fugaz.

Juliette notaba la lengua de Giovanni recorrer su nuca, mientras le apartaba el pelo suavemente. Comenzó a deslizarla suavemente por la espalda, deteniéndose en el centro.

CAPITULO X

Habíamos encontrado un refugio donde pasar el día. Al anochecer habíamos quedado en volver a casa de Scarlett para seguir recabando información sobre todo lo que estaba ocurriendo.

—Entonces ¿conoces a Lícide? —Me preguntó Giovanni.

—Sí. La conocí en casa de Markus cuando estuve en Noruega. Recuerdo que cuando llegué allí por primera vez, herida, fue Markus quien me recibió. Luego me estuvo cuidando y pasados unos días, llegó ella. Era una mujer encantadora, y no hacía falta ser muy lista para ver la química que había entre los dos.

Podríamos ir a visitar a Markus y explicarle lo que está ocurriendo, a lo mejor él no sabe nada de todo lo que estaba pasando. Y estoy segura que Lícide está allí con él y si no es así Markus sabrá donde puede estar y podremos conseguir el arma.

—Esperemos a ver que nos dice Scarlett antes de irnos ¿no?

—Escucha Giovanni, a mí personalmente me cae fatal esa zorra, a pesar de lo que sucedió con sus hermanos y de lo que hice, no confío en ella para nada. Me da a mí que ésta sabe más de lo que nos cuenta. —le dije.

—Tienes razón Juliette. Esta noche he notado una sensación escalofriante cuando me ha mirado. No sé qué es, pero opino lo mismo que tú. Al anochecer partiremos hacia Noruega. Aunque conste que nunca me han caído bien los vikingos... —Me sonrió Giovanni.

—¿Es que acaso alguien te ha caído bien alguna vez? —Le pregunté riéndome de él mientras me quitaba la ropa y observaba como él lo hacía también, mostrándome su maravilloso cuerpo desnudo y su enorme erección.

—Sí. Tú. —Me apretó contra la pared, cogiendo mis piernas y poniéndolas alrededor de su cintura, para así notar su tremenda erección—. Y voy a demostrarte, cuanto de bien me caes... —me susurró al oído mientras entraba dentro de mí.

Estremeciéndome lo acogí en mi sexo mientras él me penetraba fuertemente provocándome un placer indescriptible. Gemía mientras me embestía contra la pared y me mordía el ovulo de la oreja. Me estaba haciendo suya de nuevo y no quería dejar de sentirlo dentro de mí. Su boca bajó hacia mis senos y los lamió, mordisqueando mis pezones. Luego apresó mi boca y su

lengua se introdujo hasta el fondo, mientras aceleraba la penetración hasta que ambos llegamos al orgasmo. Mientras trataba de recuperar la respiración, seguía abrazada a su cuerpo, y él aún dentro de mí.

—¿Qué va a ser de nosotros Juliette? —Me preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a ¿qué va a pasar con nosotros? ¿Estamos juntos? ¿Me quieres? No hemos vuelto a hablar y necesito saberlo Juliette. —Me separé de su cuerpo y me tumbé en la cama, sin mirarlo. No podía responderle, porque ni yo misma lo sabía.

Aún sentía mucho dolor dentro de mí. Me había abandonado. Me había hecho mucho daño. Así que exactamente no sabía lo que sentía por él.

—Dime algo Juliette, no puedes hacer como que no me escuchas. —Se acercó y se tumbó a mi lado—. Por favor, dime algo.

—Es que no lo sé Giovanni. No lo sé. —Me giré y lo miré directamente.

—¿No lo sabes, o no quieres saberlo? —Su tono empezaba a resultarme un tanto insoportable.

—¿Qué quieres que te diga Giovanni? ¿Qué te quiero? ¿Qué te perdono? No lo sé, ¡vale! No sé lo que siento por ti. Y no sé lo que quiero sentir por ti. Me hiciste mucho daño y eso no podré olvidarlo nunca. ¿Realmente sabes lo que me hiciste? ¿Sabes cuanta desesperación llegué a sentir cuando te fuiste? No lo sabrás nunca. En tu puta vida sabrás cuánto daño me llegaste a hacer Giovanni, y eso, es muy difícil de olvidar por mucho sexo que tengamos.

—Juliette, hay heridas que ni el paso del tiempo puede curar, lo sé, vale, y lo entiendo.

Los humanos aprenden del dolor, es un mal necesario para avanzar... intenta hacer lo mismo. Necesitas avanzar .

—¿Qué necesito avanzar? ¿Y me lo dices tú? ¿Pero quién te crees que eres? —Tenía deseos de arrancarle la cabeza y verlo arder delante de mí. Me estaba haciendo sentir como una estúpida. Como si todo lo ocurrido no tuviera importancia para él—. Mira Giovanni, no sigas por ahí, porque te juro que acabo contigo ahora mismo. —Tuve que contenerme por no saltar sobre él.

—De acuerdo, como tú quieras. ¡Siempre es lo que tú quieras! ¿Cuándo podremos hablar de lo que realmente ha pasado sin tener que sacarnos los ojos? Tuve que abandonarte Juliette, ¡Leonard iba a matarte! Era cuestión de días que acabara contigo. ¡Que acabara con la vida de la única mujer que he amado en toda mi existencia! ¡Dios mío Juliette! ¿Es que no entiendes lo que me dolió dejarte?

—¿Qué no lo entiendo? ¡Por supuesto que lo entiendo!

—Entonces ya es hora que saques todo lo que sientes, porque tienes demasiado odio dentro de ti .

—Es que es el odio lo que me ha mantenido hasta ahora viva.

—Entonces no hay nada más que hablar según tú ¿no? Aquí acaba toda esta conversación. Aquí acaba todo lo que pasamos juntos y lo que llegamos a sentir. Aún me quieres Juliette y lo sabes.

—¡Giovanni me estás hartando ya con tu numerito sentimental! ¿Quieres dejarme en paz? Ya me tienes ¿no? Me follas cuando quieres y aquí estamos los dos tumbados resguardados del amanecer, ¡juntos!

¿Qué quieres más de mí?

—Parece mentira que me hagas esta pregunta . —Me cogió el rostro con su mano para que pudiera mirarlo fijamente—. Puedes dudar que sean fuego las estrellas. Puedes dudar que el sol se mueva. Incluso puedes dudar que la verdad sea mentira... pero no te atrevas nunca, ¡nunca! A dudar que te amo Juliette... —Y me besó.

En seguida noté como su cuerpo aplastaba el mío contra el colchón. Mientras me besaba, me separó los muslos con su pierna y con su mano, introdujo su miembro en mí.

Un gemido salió de mi garganta, al sentir su polla dura dentro de mi cuerpo... con un suave movimiento me fue penetrando. No estábamos follando. Me estaba haciendo el amor como la primera vez que me lo hizo.

La suavidad y sutileza de sus movimientos me hizo recordar cuando lo sentí dentro de mi cuerpo por primera vez. Cuando me sentí más amada que nunca. Cuando me sentí una mujer en sus brazos... No pude evitar derramar una lágrima. Una lágrima de sangre por lo que me estaba haciendo sentir mientras me hacía el amor.

Abandonó mi boca, para deslizar su lengua por mi mejilla, lamiendo la sangre que salía de mis ojos.

—Te quiero Juliette... como nunca he querido ni podré querer a nadie... —Me agarró las manos con las suyas pasando mis brazos por encima de la cabeza mientras seguía penetrándome hasta que sentí como empezaba a nacer el orgasmo... uno diferente a ninguno que hubiera sentido con anterioridad. Me nacía en la parte baja de la espalda... Giovanni me embistió con más dureza y sentía como llegaban los temblores de los músculos internos de mi cuerpo rodeando su duro miembro... así fue como en la última penetración alcanzamos juntos un maravilloso clímax.

—Soy tu esclavo Juliette... no podrás evitar nunca que no sienta por ti lo que estoy sintiendo... eres mi diusca... mi diusca....

Cerré los ojos aún con Giovanni dentro de mí. Me sentía totalmente saciada, por dentro y por fuera. No sólo ocupaba mi interior físicamente, sino emocionalmente me es-taba invadiendo.

—Majestad, tiene una llamada. Es del Consejo. —le dijo su sirviente a Scarlett.

—Pásamela a mi despacho. La atenderé allí. —Scarlett estaba en el salón esperando la llegada de Giovanni y Juliette a su casa. Ya había anochecido y habían dicho que vendrían al anochecer pero aún no habían aparecido.

Entró en el despacho y se sentó. Agarró el auricular.

—Mi gran Soberano ¿a qué se debe esta llamada? —Preguntó Scarlett.

—Buenas noches Scarlett. Hemos recibido un aviso de Sadoc. Nos ha informado que ha sufrido un ataque por parte de un grupo de neófitos a dos de nuestra especie. ¿Cómo que no sabíamos nada de lo que está pasando? —Se oyó la voz de Drystano, uno de los ancianos del Consejo y gran amigo de su padre.

—Le presento todas mis disculpas, mi Soberano, pero no he tenido tiempo de avisar al Consejo para transmitirle la información que he podido conseguir. —Se justificó Scarlett.

—Pues tenemos un grave problema. El grupo de neófitos estaba mutilando cadáveres en plena ciudad. Por lo visto intentaron matarlos pero les fue muy difícil conseguirlo. ¿Qué información tienes entonces?

—Pues según mis fuentes, están siendo creados por Erwan.

—¿Erwan? Pero pensaba que estaba muerto. —le dijo Drystano.

—No, Majestad, no está muerto. Está vivito y coleando. Además eso no es todo. Ha resucitado al dios Seth y ha matado a Cábbala. Es en Egipto donde se ha ubicado.

—¡Santo dios! ¿Cómo ha podido resucitar a Seth? No ha podido hacerlo sin la sangre de un original directo de los dioses y que yo sepa sólo estamos nosotros y... tú.

—Majestad, yo no he sido, espero que me crea.

—Por supuesto pequeña. Te conozco desde que naciste. Tu padre fue un gran amigo mío y jamás dudaría de tu lealtad. Pero si no hemos sido ninguno

de nosotros, entonces ¿Cómo ha podido hacerlo? —La duda de Drystano dejaba indiferente a Scarlett. Sabía que jamás sospecharían de ella—. Debemos reunirnos cuanto antes para determinar cómo acabar con todo esto. Te esperamos en las próximas horas. No faltes.

Colgó.

—Bueno, ya estoy aquí. —entró Gédéon en la sala donde Adrienne y Sigfrid estaban sentados. —Ten. —Le ofreció un vaso con whisky a Sigfrid. —Siento no poderte ofrecer nada más pero como comprenderás no tengo sangre en mi nevera.

—Ya está bien, no te preocupes.

—Géd, me ha contado Sigfrid lo que está pasando. —Le dijo Adrienne a su hermano.

—¿Por qué le cuentas eso a mi hermana? —Le reprochó Gédéon a Sigfrid.

—Lo siento, no pensé que quisieras ocultarle algo así. —Le respondió el vampiro.

—Pues yo creo que sí, no quiero preocuparla.

—Os recuerdo que estoy aquí delante. Y que no soy ninguna niña. Tengo derecho a saber qué ocurre ¿no?

Y más cuando es algo tan importante. —les dijo Adrienne—. ¿Qué vamos a hacer al respecto? —Les preguntó.

—Pues esta noche saldremos a patrullar. Iremos a echar un vistazo a ver que nos encontramos. —Le explicó Gédéon.

—Yo voy con vosotros. —Dijo Sigfrid.

—Y yo, ¿Cuándo nos vamos? —Preguntó Adrienne.

—¿Vamos? No pequeña. Nosotros vamos, tú no. —le dijo su hermano.

—Oh vamos, Géd. Siempre me dejas al margen de todo. ¿Cómo puedo hacerte entender que se defenderme y luchar como cualquiera de los que pertenecen a este clan?

—Es normal que tu hermano cuide de ti e intente protegerte, Adrienne. No es buena idea que vengas. Además no sabemos aún que clase de neófitos nos podemos encontrar. Puede ser muy peligroso-Le dijo Sigfrid.

—No necesito que me protejas. Quiero ir con vosotros. Además Gael me ha enseñado como matar vampiros. —Le dijo a su hermano sin mirar a Sigfrid.

—Wuuu! ¡Recuérdame que no te haga enfadar nunca! —Le dijo Sigfrid riéndose.

—No me pongas nunca a prueba, encanto. —le respondió Adrienne con una mirada provocativa que Sigfrid tuvo que hacer lo posible para no saltar encima de ella y quitarle la ropa con los colmillos.

—¡He dicho que no y ese acabó! Ya puedes irte Adrienne . —Zanjó Gédéon la conversación. Ver esa tensión sexual por parte de su amigo hacia su hermana le había producido un dolor de estómago. A lo mejor se lo había imaginado pero no tenía ganas que estuviera su hermana más tiempo de lo necesario con el vampiro—. ¡Gael! —Llamó a su mano derecha.

—Ya hablaremos Gédéon. No estoy dispuesta a que me tengas encerrada siempre como si fuera una muñeca de porcelana. Soy un licántropo igual que tú, y te lo demostraré. —Salió Adrienne enfadada de la sala cruzándose con Gael cuando acudía a la llamada de su líder.

Sigfrid vio como Gael miraba a Adrienne cuando pasaba por su lado. La miraba con amor y con necesidad de ella. Un instinto de posesión le invadió repentinamente en su interior sorprendiéndolo. Le había molestado mucho que aquel licántropo hubiera mirado así a su loba. ¿Su loba? Quizás alguien tenía que poner sus sentimientos en una mesa y analizarlos detenidamente.

—¿Si señor? —Le preguntó Gael cuando entró.

—Gael, prepara a los chicos. Saldremos esta noche a cazar vampiros . — Se rió al decirlo con su amigo al lado. Pero al contrario de Gédéon, Gael dedicó una mirada desafiante a Sigfrid.

—¡A mí no gilipollas! —Le soltó Sigfrid. Estaba demasiado sorprendido por lo que acababa de pasar con Adrienne como para que el licántropo le buscara las cosquillas.

—Tranquilo tío que Gael no ha dicho nada. —Le dijo Gédéon.

—Y entonces ¿Para qué coño me mira así? ¿Quieres que te arrasque detrás de la orejita? —Le preguntó Sigfrid al licántropo.

—Te clavaría una estaca antes de que te acercaras, chupasangre. —Se adelantó Gael hacia Sigfrid temblando por la tensión que le provocaba el contenerse para no transformarse ahí mismo y arrancarle la cabeza.

—¡Ei! ¡Parad el carro! —Se interpuso Gédéon entre los dos—. Gael, relájate, ¿quieres? Y ves a avisar a los chicos para que se preparen. Saldremos en una hora.

—Esta bien señor. —Salió Gael de la sala para obedecer las órdenes de su líder.

—Tío, ¿te has pasado tres pueblos! Te recuerdo que estás rodeado de licántropos, así que no es muy buena idea que me cabrees, ¿vale? Y ¿Se puede saber qué coño te ha pasado con Gael? —Le preguntó Gédéon cuando estuvieron de nuevo solos—. Mejor que guardes toda tu energía para esta noche, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Solo pudo decirle eso a Gédéon. Ni el mismo entendía su comportamiento.

—Ábrete para mí... mi dulce Juliette. —así fue como Giovanni consiguió que el cuerpo de la joven se estremeciese con sentir esas palabras. La había colocado bocabajo y ahora recorría con su lengua la suave espalda de Juliette, haciendo que se humedeciera su sexo.

Con una mano le abrió las piernas para poder acceder a su clítoris. Comenzó a acariciarlo mientras sentía como la joven gemía de placer. En un suave movimiento la penetró sintiendo como todo el húmedo sexo de Juliette acogía su duro miembro.

—Oh dios... Juliette... me vuelves loco... —le seguía susurrando al oído mientras la penetraba por detrás lentamente.

Juliette sentía que ardía en su interior. Sentía el miembro de Giovanni penetrándola, llevándola a un estado de placer que jamás pensaba que existiría. Debajo de él, acogiéndolo en su interior, la estaba llevando al clímax, cuando notó como clavaba sus incisivos en su cuello. El ligero pinchazo era inevitable, pero luego, sentía como los fríos labios de Giovanni rozaban su piel y como bebía de ella mientras le hacía el amor. Era maravilloso.

No pudo contener sus incisivos mientras la penetraba una y otra vez. Así que le apartó el pelo dejando al descubierto el sensual cuello de Juliette y le clavó los colmillos, haciendo que la exquisita sangre de su amante entrara en su garganta invadiendo su cuerpo con un calor increíble. Su sabor a vainilla lo embriagaba por completo mientras se vaciaba en ella llevándolos al orgasmo. Sintió el cuerpo de Juliette debajo de él, totalmente relajado después de haber sentido el clímax. La abrazó fuertemente todavía dentro de ella y le cerró los orificios de su piel. No podía dejar ninguna marca en el cuerpo de Juliette que pudiera delatar su origen.

Se abrazaron los dos, tumbados uno al lado del otro.

—¿Puedo preguntarte algo, Giovanni? —Rompió el silencio Juliette.

—Por supuesto, princesa .

—¿Son ciertas todas las leyendas sobre los vampiros? —Le preguntó.

—Pues, a ver... Lo que es cierto es que los rayos del sol nos pueden matar, junto con una estaca de madera en el corazón y el fuego. La decapitación también es algo mortal para nosotros. Pero el tema del ajo y la plata no es cierto.

—Y ¿el agua bendita? He escuchado leyendas que hablan sobre el agua bendita.

—Bueno, no es que nos mate, pero sí que nos puede herir. Lo que pasa es que si estamos bien alimentados, las heridas sanan muy rápido.

—Entonces, eres inmortal, ¿no? ¿Nunca envejeces?

—Nunca. Siempre me conservo igual. Así era cuando Méderic me transformó y así es como seguiré siempre. Lo bueno de esto es que no tengo que afeitarme, porque no nos crece el bello una vez nos han transformado.

—Pero yo si envejeceré, Giovanni. —Se incorporó para mirarlo.

—Lo sé querida. Pero no podemos hacer nada. Es la naturaleza de los humanos. Envejecer y morir . —Le dijo Giovanni.

—Pero... entonces... ¿qué pasará cuando yo sea vieja y tú sigas siendo joven? ¿Seguiremos juntos?

—No hablemos de eso ahora Juliette . —Se levantó del diván y se comenzó a vestir. Se sentía incómodo hablando de ese tema. Ya había pensado en ello y no podía olvidar que Juliette era una humana. Aun así no le importaba que envejeciera, sabía que la seguiría amando pero lo peor era que ella moriría algún día y no se imaginaba la vida sin Juliette. Cuando se giró y la vio allí desnuda, mirándolo con un rostro de preocupación, un sentimiento de culpa invadió su interior.

—Juliette, siento mucho que tengas que hacerte estas preguntas y que te asalten todas estas dudas. Eres joven y no deberías preocuparte por estas cosas. Ha sido todo por mi culpa. Por aparecer en tu vida y girarla por completo. —Se agachó dónde estaba ella y le acarició el rostro.

—Pero Giovanni, yo te amo... y quiero saber qué pasará con nosotros.

—Pues te amaré hasta el final de tus días, princesa... es lo único que puedo decirte.

—¿Podrías convertirme en lo que tú eres? —Le preguntó.

—¡No! ¡Eso nunca! —Se levantó con solo escuchar esa pregunta. Lo había pensado mil veces. Por supuesto que se lo había preguntado desde el momento que la vio por primera vez pero no podía permitir que Juliette pasara por lo que él había pasado. Ver morir a su familia y a seres queridos por el paso de los años mientras él seguía siendo el joven de veintisiete años toda la eternidad. Y luego estaba la sed de sangre... no podía pensar en su inocente Juliette alimentarse de ningún ser para calmar el insaciable apetito de la sangre.

—Pero Giovanni, entonces no podremos estar juntos para siempre... ¿no te das cuenta que moriré y te quedarás de nuevo solo? —Se levantó y se dirigió dónde estaba Giovanni—. Escúchame, sólo piénsatelo ¿vale? No tienes que decidirlo ahora.

—¡He dicho que no! ¡No tengo nada que pensar Juliette! Vístete que te lleve a casa, ya es muy tarde. Te espero fuera. —salió dejándola sola en el despacho del profesor.

—*Dime.* —Le contestó Erwan a Scarlett. Había iniciado una conversación telepática, no podían hablar por móvil, tenían que ser

cuidadosos para no ser descubiertos.

—*Escucha, tenemos un problema. El Consejo sabe de tus planes. Me he visto obligada a informar que has resucitado a Seth y que has creado un ejército de snaiders. Me ha llamado Drystano y me ha pedido que me reúna con ellos urgentemente. Así que me marchó. Informa a Seth—*. le avisó Scarlett.

—*De acuerdo, en seguida le informo.*

—*No sé qué pasará cuando llegue al consejo Erwan, pero ya es hora de pasar a la acción. ¡Quiero ver a todos muertos!* —Le dijo Scarlett.

—*No te preocupes he localizado varios lugares específicos donde habitan esos indeseables. Los snaiders están sedientos de sangre. Junto con Seth terminaremos de prepararlos. No te preocupes, pronto acabaremos con todos ellos..*

—*Eso espero. Ya me comunicaré contigo mañana.*

—*Espera Scarlett.*

—*¿Qué quieres ahora?*

—*Ten mucho cuidado, ¿vale?* —Le pidió Erwan.

—*Vaya, ¿te has puesto tierno Erwan?* —Se burló Scarlett.

—*No, idiota, es sólo que tengas cuidado.*

—*Siempre lo tengo. Adiós.*

Erwan se quedó en el mismo sitio durante unos minutos. Había sido un idiota por decirle que tuviera cuidado a Scarlett. ¿Cómo era posible que hubiera mostrado preocupación por esa vampira? Era obvio que llevaba siglos cuidándose ella sola como para que llegara él y le avisara que fuera precavida.

“Necesito un poco de acción” se dijo a él mismo. Se estaba ablandando mucho últimamente.

Iría a avisar a Seth y esta noche saldrían a matar vampiros.

—*¡Joder Adrienne! ¿Qué cojones haces aquí? ¡Te dije que te quedarás en casa!* —Adrienne se había acercado donde estaban Gédéon y Sigfrid agachados. Habían seguido el rastro de un snaider hasta unos almacenes antiguos a las afueras de Rímini. Allí fue donde Giovanni le había contado a Sigfrid que vio a los neófitos.

—*Te dije que te iba a demostrar lo que sé, Géd. Era la única manera de*

venir si no, no me hubieras dejado nunca. —Le dijo su hermana.

—¡Estás loca! ¡Ya puedes irte de aquí, ya! —Le dijo Sigfrid, dejando a Gédéon y Adrienne sorprendidos.

—¡Tú no eres nadie para mandar sobre mí! —Le reprochó Adrienne.

—Lo hace por ti también. Nos preocupa que te pase algo. —Le defendió Gédéon a pesar de lo sorprendido que estaba ante la reacción de su amigo.

—Será mejor que te vayas Adrienne, esto puede ser peligroso. Por favor, hazme caso hermanita. No quiero que te pase nada.

—Demasiado tarde. —Escucharon a Sigfrid, y ambos se giraron. Un grupo de snaiders salían de la nave.

—Por lo menos son unos cincuenta. —dijo Gédéon.

—Eso... ¿Son vampiros? ¡Dios santo! ¿Los has visto Géd? —Preguntó Adrienne—. ¿Por qué van todos afeitados? ¡Y sus ojos! Son espeluznantes.

—¡Joder! ¡Dan miedo de cojones! Mira que tú eres feo tío, pero ¡esos te ganan por goleada! —Le dijo Gédéon a Sigfrid.

—Gracias por el cumplido, saco de pulgas. ¿Sabes dónde están el resto de los licántropos? —Le preguntó el vampiro.

—Gael está con un grupo tras la nave de allí, y Derian ha ido atrás con otro grupo. —le explicó Gédéon.

Gael ¿estáis en posición? —Le preguntó Gédéon por el walkie.

—Sí, señor. Estamos a la espera de la señal. —respondió la voz de Gael por el transmisor.

—Bien. Escucha, necesito que vengas aquí para llevarte a Adrienne. —le pidió Gédéon a Gael.

—¿Adrienne? ¿Qué haces aquí? —Preguntó Gael con voz alarmante detrás de ellos. Se había desplazado a una velocidad impresionante. No cabía duda de que era un licántropo excepcionalmente efectivo.

—Géd, te he dicho que yo me quedo. —Volvió a insistir su hermana—. Sé luchar.

—¡Me importa una mierda que sepas luchar! ¡Gael, sácala de aquí!

Adrienne se levantó rápidamente y salió corriendo hacia el grupo de snaiders, iniciando su transformación.

—¡Adrienne! —Gritó Gédéon mientras salía tras ella, transformándose durante la carrera. Gael y Sigfrid lo siguieron. El joven licántropo también comenzó el proceso de transformación. Las ropas caían al suelo mientras los cuerpos de los licántropos aumentaban su tamaño. Demoledoras garras salían donde antes estaban sus dedos y una fiera fila de incisivos sobresalía de sus

bocas. Sus ojos de un rojo aterrador les permitían mayor visión en la oscuridad. Eran letales.

El grupo de vampiros se colocó en posición de ataque, iniciándolo hacia la primera figura que iba hacia ellos, Adrienne.

Pero antes de que un snaider llegara a la licántropa, ésta le arrojó una daga, atravesando el pecho del vampiro, tirándolo al suelo. Cuando el snaider intentó levantarse, Adrienne le rebanó el cuello con sus garras, arrancándole la cabeza. Inmediatamente el cuerpo del neófito comenzó a arder en llamas. Tuvo que apartarse rápidamente para no quemarse. Se quedó congelada delante de las cenizas.

Sigfrid llegó donde estaba ella y pudo cogerla para apartarla de todo el grupo de vampiros.

La apoyó contra la pared y se separó de ella para mirarla. Su cuerpo había aumentado casi el doble de su tamaño original. La ropa se le había roto y podía verle el torso desnudo con solo un top elástico que cubría sus pechos y unos shorts elásticos también, dejando ver los muslos casi tan anchos como los de él.

Sus manos suaves se habían transformado en poderosas garras y cuando la miró a la cara pudo ver que su perfecta dentadura ahora eran poderosos incisivos. Sus ojos, antes de un azul claro, ahora se habían vuelto totalmente rojos. Eran profundos y tenebrosos. Así era un licántropo en su completa transformación, pero nunca antes había visto a Adrienne en ese estado. En seguida salió de su ensimismamiento, cuando notó que un grupo de snaiders se acercaba tras de él. Se giró para saltar sobre el siguiente que intentaba abalanzarse sobre Adrienne, interceptándolo en el salto y golpeándolo con el codo en el estómago. Cayó encima del snaider y con sus manos le arrancó la cabeza. El cuerpo del neófito comenzó a arder también.

—¡Arrancarles las cabezas! —Gritó mientras se lanzaba hacia otro neófito.

—¡Detrás de ti! —Le grito Gédéon saltando para aplacar a un vampiro que aparecía detrás de su amigo.

Gédéon también había completado su transformación. Su cuerpo musculoso había adquirido el doble de su tamaño. Su camiseta se había roto en el proceso y ahora mostraba un torso impresionante, decorado en el centro, con un fabuloso tatuaje del rostro de un lobo negro con mirada desafiante.

Sus afilados colmillos apresaron el cuello del snaider, arrancándole la yugular de cuajo. Una sangre negra y espesa cubría el cuerpo decapitado del

vampiro.

—¡Qué asco por dios! —Gédéon escupía como un loco—. ¿qué coño son? ¿Putos extraterrestres? ¿Has visto su sangre? —Le dijo a Sigfrid.

—Sí lo he visto tío, debe de ser repugnante. ¡Acsss! —Le dijo Sigfrid.

—Pues si a ti no te mola, como comprenderás, ¡a mí no me hace ni puta gracia! —Echaron un vistazo a su alrededor. Todos los licántropos se habían transformado y arrancaban cabezas con bastante entusiasmo.

Se veía que disfrutaban de lo lindo.

—Escucha Sigfrid, saca a mi hermana de aquí, por favor. ¡Esto es una puta guerra! —Le pidió Gédéon otra vez. No podía concentrarse pensando en que podían matar a su hermana.

—¡He dicho que no me voy! —Respondió Adrienne arrancando un brazo a un vampiro que la había cogido por detrás.

—Yo creo que se defiende bastante bien. —Le dijo Sigfrid a su amigo. En ese momento escucharon un grito de mujer. Los dos hombres se miraron. — No te preocupes, Gédéon. Yo me quedo con ella.

—De acuerdo. —Salió corriendo hacia donde procedía el grito. Cuando se acercó pudo ver dos de sus licántropos que habían sido rodeados por varios snaiders. Uno de ellos había atacado a Yvonne. Gédéon lo lanzó por los aires estampando su cuerpo contra la estructura de acero de la nave.

—Creo que necesitáis algo de ayuda, chicos. —Preguntó Gédéon, mirando a Yvonne que se había derrumbado al suelo mientras Derian la inspeccionaba.

—Señor, nos vendría muy bien para acabar con estos bichos. —Le respondió Derian sonriendo. Pero Gédéon sólo podía ver el rostro de Yvonne cubierto de sangre negra.

—¿Está bien? —Le preguntó preocupado a Derian mientras golpeaba a otro snaider que había saltado a por él.

—Sí, señor. No se preocupe. Sólo ha sido un arañazo. —le respondió Yvonne.

Gédéon miró a Derian y pudo ver preocupación en el rostro del licántropo. Derian era el médico del clan y gracias a sus conocimientos no tenían necesidad de acudir a hospitales de humanos para no ser descubiertos.

—No tiene buena pinta. —Le dijo Derian, mientras Gédéon esquivaba un zarpazo de uno de los vampiros.

Le dio una patada y lo lanzó a un grupo de licántropos que estaban detrás de ellos cubriéndolos. Uno de ellos lo estampó contra el suelo y le arrancó la

cabeza de cuajo, llenando todo el suelo de sangre espesa.

Gédéon se acercó más a ella y vio como en su liso vientre había una herida muy profunda que le llegaba hasta el lateral de su menudo cuerpo.

—Joder, Yvonne. —fue lo único que pudo salir de su boca. La joven tenía un sudor frío recorriendo su rostro. Había adquirido su estado normal ya que no tenía fuerzas para seguir transformada. Estaba muy mal.

—Hay que llevarla a casa. Aquí no puedo curarla. —Le dijo Derian a Gédéon.

—¡Rápido chicos! —En seguida dos licántropos se acercaron al líder. —Cogedla y llevadla con mucho cuidado a casa. Derian ve con ellos, nosotros llegaremos en cuanto acabemos aquí. —Se agachó a Yvonne y le acarició el rostro. —No te preocupes pequeña, todo saldrá bien. —Sintió deseos de abrazarla y llevarla él mismo, pero no podía anteponer sus sentimientos a su clan.

Observó cómo sacaban a Yvonne de allí, y cuando los perdió de vista, se giró y se unió al grupo que Derian había dirigido hasta ahora.

—¡No os separéis! ¡Manteneros juntos! ¡Vamos a matar a estos hijos de puta! —Gritó Gédéon.

CAPITULO XI

Scarlett entró en la sala del Consejo. Al fondo sentado en el trono de honor, estaba el Supremo, Drystano.

Ahora era él quien ocupaba el honorifico lugar que antes ocupaba el padre de Scarlett. Un pequeño sentimiento acudió a su interior. Había querido mucho a su padre. Fue un hombre extraordinario y un gran Supremo, pero la decisión que tomó en contra de su hija la llevó a vivir un gran dolor.

A su izquierda, estaban sentados Viriathos, Thelonius y Mikolaus. Tres de los más antiguos del Consejo.

Y a la izquierda del Supremo, estaban Thorbran y Kassandra.

—Adelante Scarlett, tome asiento. —le invitó Drystano.

Se sentó en el trono que estaba libre junto a Kassandra. Ella le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza en señal de saludo. Scarlett le devolvió el gesto y a continuación se sentó.

Drystano se levantó y se colocó en el centro del círculo. Su cabello blanco y sus profundos ojos lilas, completaban un rostro delgado pero severo. Vestía un traje de piel todo negro y una capa atada en el cuello con un broche de oro. Sus manos enfundadas en guantes se movieron mientras inició su discurso.

—Nos hemos reunido hoy aquí por un grave problema. Han resucitado a uno de nuestros ancestros, el Dios Seth. —Se oyeron murmullos en la sala mientras el Supremo proseguía. —Nos enfrentamos a uno de los más poderosos dioses. Se le conoce como el más cruel y sanguinario. No sabemos el propósito que tiene para con nosotros pero en nuestras manos está el futuro de nuestra especie.

—¿Qué debemos hacer? —Preguntó Kassandra.

—Sí, ¿Qué podemos hacer? Sea lo que sea debemos actuar ya. No sabemos qué propósito puede tener quien lo ha resucitado, pero nada bueno puede ocurrir. —Dijo Thelonius.

—Mis estimados ancianos... quien ha resucitado a este Dios, ha sido Erwan. —prosiguió Drystano con la información. En la sala volvieron a escucharse murmullos de sorpresa ante la noticia.

—¿Pero no había muerto? Se le condenó al descanso eterno. — Interrumpió Mikolaus levantándose de su trono. A continuación todos se

levantaron de sus tronos y comenzaron a murmurar entre ellos.

—Calmaos, por favor. —Pidió Drystano. —Sé que estáis sorprendidos por los acontecimientos que se nos vienen encima pero debemos proseguir para hallar juntos una solución. Tomad asiento por favor.

—¿Por qué entonces Erwan sigue vivo? ¿Y cuál es su propósito? — Volvió a tomar la palabra Mikolaus.

—Me puse en contacto con Scarlett y según lo que ha podido averiguar hasta ahora es que Erwan se ha ubicado en Egipto, donde, después de matar a Cábala, se ha hecho con el control. Sadoc, nuestro gobernante en el continente americano, también se puso en contacto conmigo y me ha informado que un ejército de neófitos está invadiendo todos los países. Son seres poseídos, sedientos de sangre y poderosos. Asesinan y mutilan dejando cadáveres y sangre por donde pasan. Hasta ahora nuestra especie ha sido discreta y la seguridad por los humanos ha sido nuestro principal objetivo, sólo los utilizamos como alimento nunca para matarlos. Así que debemos pensar que pasos vamos a seguir para solucionar este problema. —concluyó Drystano volviendo a su trono.

Todo estaba nevado. Giovanni y yo habíamos descendido del frío cielo para pisar tierra vikinga. Noruega es un país grande, y actualmente un lugar pacífico.

Llegamos a la ciudad de Sór-Varander, perteneciente a Finmark. Es la provincia más extensa del país pero por el contrario la menos poblada. Por eso Markus había escogido ese lugar para vivir.

Su majestuoso castillo asomaba tras una colosal montaña. No era fácil acceder al lugar, así que estaba a salvo de merodeadores indeseados. Lo rodeaba una enorme muralla y al pie de esta, rodeándola por el exterior se abría un foso. Tenía recogido un puente levadizo para impedir el acceso al palacio fortificado, así que tuvimos que volar para adentrarnos en el interior del patio de armas.

—¿Crees que estará? —Me preguntó Giovanni.

—Sí, puedo sentirlo. —le miré de reojo y pude ver como su rostro hasta ahora relajado se tensaba.

Sabía que yo había bebido la sangre de Markus, pero no de manera erótica. Había sido para poder recuperarme, así que tenía cierta conexión con

él. En ese momento no pude evitar recordar la noche que maté a Leonard...

...Atravesé aquellos muros de piedra que se alzaban hasta el cielo. Me encontré con un gran patio totalmente desierto. Una escalera de piedra se elevaba hasta el portón principal. Mis pies casi se arrastraban, impedidos por el cansancio y el dolor, al final pude subir los escalones y llegar hasta la puerta. Golpeé. Golpeé con las pocas fuerzas que me quedaban. Estaba casi desangrada. Necesitaba tener sangre en mi organismo sino no duraría mucho.

Inmediatamente oí unos pasos. La puerta se abrió y pude ver una figura entre las sombras.

—¿Quién eres? —Oí una voz grave que me preguntaba.

—Soy... Juliette... vengo de parte de Armand... —y caí al suelo. La oscuridad se apoderó de mí.

Cuando desperté me encontraba en una cama. Era enorme. Debajo de mí noté un cómodo colchón de plumas recogiendo todo mi cuerpo y unas sábanas de algodón antiguo, cubriéndome y dándome calor. El fuego de una chimenea calentaba toda la estancia.

Justo al lado de la cama, había una mesa con una jarra y un vaso de barro. Por su olor sabía que era sangre, así que estiré mi brazo para cogerlo pero un fuerte dolor me impidió moverlo.

Me miré el hombro justo donde me había atravesado Leonard con la espada, ahora podía ver una herida rosada. No estaba totalmente cerrada.

—Por fin te despiertas . —Era la misma voz que había escuchado al abrirme la puerta del castillo.

—¿Markus? —Pregunté. Era el nombre que me había dado Armand. Sólo esperaba no haberme equivocado. No tenía fuerzas para luchar en esos momentos.

—Sí, soy Markus ¿A quién tengo el gusto de acoger en mi humilde morada? Solo pude escuchar que te llamas Juliette. —Entonces fue cuando lo vi. Era un auténtico guerrero. Un hombre alto, de hombros anchos y fuertes. Cabellos dorados lacios y con dos largas trenzas, una a cada lado de su rostro. Un rostro tremendamente atractivo. Y unos ojos azules intensos, se entrecerraban al mostrar una sonrisa realmente sexy.

Le expliqué todo lo ocurrido en esa fatídica noche. Su rostro cambió mostrando una inmensa tristeza ante el relato de la muerte de Armand.

Se sentó a los pies de mi cama y sacó una pequeña daga dorada de una funda que llevaba atada a su cintura y se hizo un corte profundo en la muñeca.

Una sangre espesa comenzó a caer sobre la otra mano que tenía debajo.

No pude evitar que mis colmillos salieran ante el olor tan delicioso de su sangre.

—Bebe Juliette. Lo necesitas para recuperarte. Has perdido mucha sangre. —Me dijo sonriendo para quitar tensión del momento.

—Pero... —Dudaba ante la idea. Beber entre los de nuestra especie era un gesto demasiado íntimo y abría un vínculo entre ambos.

—Escúchame. —Me miró—. No te preocupes, ¿vale? Yo soy viejo y mi sangre te ayudará a recuperarte el doble de rápido que la de cualquier humano. —Señaló la jarra de la que había intentado beber antes.

—De acuerdo. —Dije. Cogí su mano y la acerqué a mi boca. Cuando noté su sangre en mis labios, mis incisivos se clavaron en su piel para poder acceder mejor. Comencé a beber mientras notaba un calor recorrer todo mi cuerpo. No pude evitar gemir mientras su sangre se deslizaba por mi garganta.

Abrí los ojos y vi como Markus se estremecía echando la cabeza hacia atrás y cerrando sus ojos. Notaba su excitación en esos momentos pero ni él ni yo sentíamos deseo mutuo. Era un simple acto de alimentación.

Cuando terminé, separó su brazo lentamente y lamió los orificios que yo le había hecho para cerrarlos.

—¿Te sientes mejor? —Me preguntó sonriéndome.

—Ya lo creo. Mucho mejor. —Miré mi herida en el hombro y pude ver que estaba totalmente cerrada y cicatrizada.

—¡Ponte detrás de mí! —Le pidió Sigfrid a Adrienne.

La joven podía ver los neófitos volando de un lado a otro. Saltaban y caían como animales encima de los de su clan. Los licántropos eran fuertes pero los snaiders estaban provocando bajas entre los lobos.

Aquello era una batalla campal.

—¡Cuidado! —Gritó Adrienne cuando uno lanzaba una barra de acero a Sigfrid, pero el aviso llegó demasiado tarde. La afilada barra alcanzó el pecho del vampiro atravesándolo y éste rugió de dolor.

Agarró al snaider por la cabeza y le dio un cabezazo rompiéndole la nariz y cubriendo su rostro con la sangre espesa del neófito.

—¡Las has cagado tío! ¡Me has hecho daño! —Le gritó Sigfrid al snaider e inmediatamente destrozó su cuello con sus colmillos, desprendiendo la cabeza de su sitio. Lo tiró al suelo y vio como el cuerpo del neófito ardía en

llamas.

—¡Dios mío Sigfrid! —Se acercó Adrienne hacia él para verle la herida del pecho.

—Estoy bien preciosa. No ha tocado el corazón y además no es de madera. Soy un tipo duro. —le sonrió mirándola a los ojos mientras se sacaba la barra de acero del cuerpo emitiendo un sonoro gruñido.

—Necesitas recuperarte sino no podrás seguir luchando.

—¿Sí? ¡Pues no sé cómo coño me voy a recuperar de tener un agujero en mi cuerpo con todos estos bichos por aquí!

Adrienne se arañó el brazo, abriendo una sangrienta herida para que Sigfrid se pudiera alimentar de su sangre.

—Ten, bebe. —Le ofreció su brazo.

—¿Estás loca? ¿Sabes lo que has hecho? —Le preguntó Sigfrid mientras se incorporaba de un salto y la ponía detrás de él.

—¿Qué crees que hago? Te ofrezco mi sangre para que puedas recuperarte antes ¡desagradecido!

—No lo digo por eso preciosa, ya sé que lo has hecho por mí, pero no soy el único que desea esa sangre ahora mismo. —Cuando Adrienne miró delante de Sigfrid vio un grupo de unos diez snaiders enseñando sus colmillos. Los ojos amarillos salían de sus orbitas mientras la miraban.

—Hay demonios de estos por todas partes. No te separes de mí... por favor. —Le pidió Sigfrid.

Adrienne lo miró y vio como el vampiro le rogaba, sin ninguna orden. Estaba muy preocupado por su seguridad y verlo así por ella le provocó un estremecimiento de felicidad a pesar de la situación en la que se encontraban.

Sigfrid fue el primero en repeler el ataque de dos snaiders. Los agarró del cuello a ambos, uno con cada brazo y apretó hasta sentir como los cuellos de los vampiros estallaban entre sus manos y hasta que no vio caer dos bolas de fuego no los soltó. Adrienne se lanzó contra otro para decapitarlo, pero notó como un snaider la agarraba por detrás y la mordía en el hombro. Gritó de dolor y con su brazo agarró al neófito tirándolo por encima de ella. Gédéon llegó a su lado para terminar de rematarlo.

—¡Te ha mordido! ¡Joder Adrienne! —Le gritó mirando la herida de su hermana.

—No es nada, sigue luchando. Ya me curaré, no te preocupes. —Le dijo Adrienne mientras seguía defendiéndose de los neófitos.

—¡No sé qué coño os ha dado a todas las mujeres de mi clan en decir que

no es nada! —Gédéon placó a otro que saltaba sobre Debon. Cuando éste se giró a verlo, se dio cuenta de la cara huesuda y tétrica del neófito. El líder de los licántropos hundió la mano en el pecho del snaider hasta arrancarle el corazón.

Fue Debon quien separó la cabeza del cuerpo del vampiro. El cadáver cayó al suelo convertido en una bola de fuego.

Gael bloqueó a otro con su cuerpo y lo lanzó contra la pared. Se acercó donde estaba su líder y su hermana.

—¡Joder esto está infestado de chupasangres! —Tres snaiders rodearon a Gael y Sigfrid fue hacia ellos.

Arrancando una por una las cabezas de los tres neófitos. Estaba disfrutando, quemaba adrenalina por un tubo.

Cuando acabó se giró hacia Gael y éste le asintió con la cabeza en señal de agradecimiento.

Miraron a su alrededor y vieron que el grupo de snaiders que quedaba vivo se marchaba.

Se reunieron todos los licántropos en el centro junto con Sigfrid a la espera de que hubiera un ataque por parte de los vampiros y que esa huida fuera una estrategia. Pero pasados unos minutos, nadie regresó.

—Bueno, supongo que eso ha sido una rendición en toda regla ¿no? —Dijo Gédéon y unos gritos de euforia y alegría se adueñaron del lugar.

Todos sonreían, gritaban y levantaban los brazos en señal de una gran victoria. La batalla la habían ganado pero aún no habían ganado la guerra.

Giovanni y Juliette llegaron a casa de los padres de ella. Durante el camino solo había habido silencio entre ellos dos. Juliette no entendía porque Giovanni estaba tan enfadado con ella por lo que le había dicho antes. Ella solo quería poder estar con él siempre y transformándose en vampiro era la única solución que veía para poder estar juntos toda la eternidad.

—Buenas noches Juliette. —Le besó suavemente en los labios cuando llegaron a la puerta de la habitación de la joven.

—Buenas noches. —le respondió al beso y entró. Cerró la puerta tras ella y se sentó en la cama.

Giovanni entró en su habitación. No podía dejar de pensar lo que le había pedido Juliette. Darle la vida eterna no era un juego de niños y estaba

enfadado porque a pesar de no estar de acuerdo con ella, reconocía que era la única solución para estar juntos.

—Giovanni. —Escuchó tras de él. Se giró y vio a Erbin.

—¡Por todos los dioses! ¡Erbin! ¿Qué haces aquí? —Le preguntó mientras lo abrazaba fuertemente—. Me alegro mucho de verte, ¿pero cómo has sabido donde estaba?

—¿Cómo estás amigo? —Le devolvió el abrazo—. No es difícil seguirte el rastro desde luego. Pero escucha, no tengo mucho tiempo, solo he venido para avisarte. Leonard está dando muchos problemas.

Está obsesionado contigo. .

—¡Maldito sea! ¡Ojalá arda en el infierno! —Dijo Giovanni pero en seguida se quedó petrificado. “Juliette” pensó—. ¡Dios santo Erbin! Tengo que protegerla.

—¿Proteger a quien, Giovanni? —Le preguntó Erbin.

—A Juliette... yo la amo... —le respondió a su amigo.

—¿Juliette? ¿La joven con la que te he visto llegar?

—Sí.

—Pero es una humana. —Le dijo Erbin. Por un segundo los apacibles ojos de Giovanni resplandecieron de un rojo intenso en la oscuridad.

—Ya lo sé, pero la amo con todas mis fuerzas.

—Pues deberás de hacer algo Giovanni, porque como Leonard se entere que estás enamorado buscará la venganza en ella. —Dijo Erbin.

—¡Cielos! ¡Me moriría si le pasara algo por mi culpa! ¿Qué hago Erbin?

—¿Has pensado transformarla? —Le preguntó.

—¡Eso nunca! ¡No puedo hacerle eso! ¡No puedo!

—Entonces Giovanni, deberás separarte de ella todo lo que puedas. Leonard te seguirá la pista hasta que te encuentre y como lo descubra será demasiado tarde para evitar una catástrofe. —Le puso la mano en el hombro. —Lo siento.

Seguía siendo la misma imagen del patio de armas desierto. Miré al final y vi los escalones que subí con tanto esfuerzo la noche que llegué por primera vez.

Me acerqué al portón de madera y golpeé dos veces. En un segundo escuchamos como deslizaban la gruesa cerradura al otro lado. Cuando se

abrió, la gran figura de Markus ocupaba el espacio donde antes se encontraba la puerta.

—¡Markus!

—¡Juliette! —Me abrazó fuertemente alzándome hacia él para besar mi mejilla. —¡Por Thor y su mjolnir! (martillo del dios Thor) ¡Cuánto tiempo sin verte!

—Sí, la verdad es que ha pasado mucho desde la vez que estuve aquí. — Me dejó en el suelo pero aún agarraba mi mano. Notaba el cuerpo tenso de Giovanni detrás de mí.

—Markus, te presento a Giovanni. —soltó mi mano para estrechar la de Giovanni.

—Encantado. Pero adelante, pasad. —se apartó para dejarnos entrar al interior de su castillo.

Seguía siendo un lugar cálido y acogedor a pesar de la piedra de sus paredes. Pasamos a un gran salón con una chimenea encendida al final de la estancia.

—Sentaos, por favor. —nos invitó Markus.

Había muchos objetos vikingos adornando las paredes y el mobiliario. Frente a la chimenea unos cómodos sofás. Allí fue donde Giovanni y yo tomamos asiento.

—¿Qué os ha traído por aquí? —Nos preguntó mientras se sentaba frente a nosotros. Ya no llevaba sus habituales trenzas a los lados, tal y como lo recordaba, ahora llevaba el pelo corto y seguía teniendo la misma sonrisa tan sexy.

—Markus, han resucitado a uno de nuestros creadores. El dios egipcio Seth. —Le comencé a explicar cuando una voz detrás de nosotros me interrumpió.

—¿Cómo has dicho?

Cuando nos giramos, pude ver a Lícide, de pie, con una expresión de terror en la cara.

—¡Lícide! ¿Qué te ocurre? —Le preguntó Markus acercándose a ella y cogiéndole con sus manos su rostro para que lo mirara.

—Eso que ha dicho... eso... no puede ser cierto... —seguía petrificada ahí de pie junto a Markus. Era una mujer menuda. Llevaba el cabello rizado suelto, de un color cobrizo. Su rostro redondeado con unos ojos de un brillante color granate, estaba adornado con un tatuaje de una media luna en su mejilla derecha.

—Propongo que vayamos a Egipto. —Propuso Thorbran. Hasta ahora el anciano galo no se había pronunciado. Se le conocía como el más impulsivo del Consejo. —Tenemos que enfrentarnos a ellos.

—No tenemos el poder suficiente para destruir al dios Seth. —dijo Cassandra mirando a Drystano.

—No, pero podemos destruir a los neófitos y a Erwan. —Interrumpió Thorbran.

—Eso sería un suicidio, mi señor. Seth podría destruir a cualquier vampiro que fuera a Egipto. —Dijo Thelonius.

—Es algo que nuestros soldados saben cuándo luchan por proteger nuestra especie y a la humanidad.

Volvió a intervenir Thorbran. —Hay que pensar que podrán eliminar un buen número de neófitos.

—¿Qué opina nuestro Soberano? —Preguntó Cassandra al Supremo.

Scarlett observaba detenidamente a todos los miembros del Consejo. Por lo que estaba escuchando de los ancianos, ninguno tenía conocimiento de la existencia de la bruja original.

—Mandaremos un ejército de vampiros, provenientes de cada región gobernada por nuestra especie. Informen a cada gobernante que prepare un gran número de vampiros para atacar. Debemos capturar a Erwan y eliminar a su ejército de neófitos. No podemos permitir que haya más muertes. —sentenció Drystano.

—Pero señor, ¿y qué hay del dios egipcio? ¿Cómo vamos a acabar con él? —Preguntó de nuevo Cassandra con preocupación.

—Debemos encontrar a la bruja original. —Dijo Viriathos sorprendiendo a todos los presentes incluida a Scarlett.

—¿La bruja original? —Preguntó Drystano.

—Sí, mi señor. Ella es la única que tiene el arma para poder destruirlo. Fue ella quien lo encerró una vez y es la que puede acabar con él. —explicó Viriathos.

—¿Y dónde está esa bruja? —Preguntó Mikolaus captando el interés de Scarlett. Ella era la primera interesada en la respuesta.

—No sé dónde está, pero sé quién puede localizarla. Se llama Akil. —prosiguió bajo las miradas de los miembros del consejo. —Es un brujo muy poderoso y el único que puede ayudarnos a localizar a la bruja.

—Localízalo y que venga de inmediato. —ordenó Drystano. —Mientras localizamos a la bruja, preparad el ataque.

—Así será mi señor. —Respondió Viriathos. Se despidieron todos y abandonaron la sala.

—Espera Scarlett. —Le sorprendió Drystano antes de que la vampira se marchara.

—¿Sí, mi señor? —Se giró hacia él.

—Deja que te lleve a casa, Adrienne. Necesitas que te mire un médico. —le dijo Sigfrid. Se había agachado a su lado y había comprobado la herida de la licántropa. No tenía buena pinta. Un neófito la había mordido y corría el riesgo de que el veneno del vampiro penetrara en su organismo.

—Ya la llevo yo, Sigfrid, no te preocupes. Y tú también deberías venir con nosotros, Derian puede echar un vistazo a tu agujero. ¡Tío, si no te hubieras sacado la barra parecerías un pincho moruno! Jaja. —Le dijo Gédéon—. ¿Cómo estas preciosa? ¿Te duele? —Le preguntó a su hermana.

—No mucho, pero me noto como si me quemara por dentro. —Le respondió Adrienne, levantándose con la ayuda de los dos.

—Gédéon, es el veneno. Hay que sacárselo. —Le dijo Sigfrid.

—¡Dios santo Adrienne! ¿Qué te ha ocurrido? —Interrumpió Gael acercándose a ella, empujando a su paso a los dos que la tenían sujeta.

—¡Oye tú, cuidado! —Le dijo Sigfrid.

—Le ha mordido un neófito. —Le explicó Gédéon.

—¡Malditos chupasangres! ¡Os eliminaba a todos! —Le gritó a Sigfrid.

—¿Y tú, quieres ver cómo te elimino a ti, chucho de mierda? —Sigfrid se acercó hacia él mostrándole los colmillos.

—Bueno, ¡ya está bien! —se puso en medio Gédéon. —La batalla es con ellos, Gael, intenta contener tus emociones, porque así no ayudas nada, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Deja que me lleve a Adrienne, mi señor. Yo voy más rápido con la moto y necesita urgentemente atención médica. —Le sugirió Gael al líder.

—Está bien Gael, pero asegúrate que llegue a salvo. Nosotros te seguiremos. —La acompañaron hasta la moto de Gael. A Adrienne le costó subir a la moto. Era muy grande y ella no estaba en plena forma. Pero Gael la

cogió y la puso delante de él, para poder mantenerla abrazada mientras conducía. Arrancó y se marcharon dejando el rugido del potente motor retumbando en los oídos de Sigfrid y Gédéon. El vampiro no pudo evitar sentir un dolor en el pecho al ver como Gael se iba, llevándose a Adrienne entre sus brazos.

—¡Vamos al coche, tenemos que llegar antes de que amanezca, si no quieres ser un pincho moruno churruscadito! Jaja . —Se burló Gédéon.

—¿Sabes que tu humor negro no me hace ni puta gracia? ¿Y porque cojones le dejas que se lleve Gael a tu hermana y a mí no me has dejado? —Le preguntó mientras se metían en el 4x4 del licántropo.

—Porque tú, mi querido amigo, eres un chupasangre y cuanto más lejos te mantengas de mi hermana, mejor. —Le respondió con sinceridad. Una respuesta que le molestó bastante al vampiro.

—¿De qué cojones me estás hablando, Gédéon? ¡Es tu hermana, joder! ¡Y yo soy tu amigo!

—Por eso, amigo, por eso mismo. —Metió primera y aceleró sin decir ni una palabra más.

—Tienes que comer hija. Cada día estás más delgada y pálida. Me preocupas. No quiero que caigas enferma. —le dijo Paula a su hija cuando bajó a la cocina por la mañana, sentándose junto a ella en la mesa.

—No tengo apetito madre. Con un poco de leche de cabra estaré bien. No se preocupe. —respondió Juliette.

—Necesito que me acompañes al mercado.

—Vale, subo a vestirme y en seguida bajo.

Juliette subió las escaleras. Su madre tenía razón, se sentía un poco débil. Giovanni había vuelto a beber de ella la noche anterior y necesitaba recuperarse un poco. A parte por dentro se sentía mal. La manera en la que Giovanni había reaccionado a convertirla en vampiro, la había dejado helada. Pensaba que Giovanni no la quería lo suficiente para poder pasar con ella toda la eternidad.

Antes de entrar a su habitación, se acercó a la puerta de Giovanni. Puso la mano en la fría madera y le pareció sentir el frío tacto de la piel del vampiro. Lo amaba con toda su alma y no estaba dispuesta a perderlo. Haría

todo lo posible para que Giovanni aceptara darle la vida eterna.

Se terminó de vestir y bajó a la entrada donde la estaba esperando su madre para irse. Subieron por la Vía San Carlo y luego por la Vía Giuseppe Verdi. Las calles de Livorno eran preciosas. Estrechas pero muy concurridas. Todas tenían un encanto especial.

Llegaron a la Piazza Cavour, donde estaba puesto el mercado. Compraron algunas especies que le hacían falta a Paula y fue cuando vio un pañuelo gris plata. Era del mismo color que los ojos de Giovanni. Le pidió a su madre que por favor se lo comprara. Estaba segura que a Giovanni le gustaría verla con él puesto cuando bajara esta noche después de despertar.

Pero lo que no sabía era que tardaría mucho en volver a verlo...

—¿Sabías algo de la bruja que ha mencionado Viriathos? Me ha parecido ver que reaccionabas de una manera tensa al comentar Viriathos antes la existencia de esa bruja. —le preguntó Drystano a Scarlett, mirándola directamente a los ojos.

—No, mi señor. —Le respondió Scarlett ocultando la mentira en su mirada.

—Sabes, pequeña, me extraña mucho que no me informaras antes de los acontecimientos que se cernían sobre nuestra especie, contando que tú ya tenías esa información en tu poder... —siguió relatando Drystano mientras rodeaba a Scarlett en el centro de la sala. —... la vuelta de Erwan, nos ha sorprendido mucho.

Fue un traidor hacia su propia especie y de nuevo vuelve a actuar en contra de nosotros. He mandado un grupo de soldados para que vaya a investigar a la Real Fortaleza y me puedan informar como Erwan, pudo escapar de su arresto. —Seguía observando cada gesto y movimiento de Scarlett, pero era una vampira demasiado astuta para cometer ningún error en su comportamiento que pudiera llevarla a ser descubierta.

En el fondo, muy a pesar de Drystano, sospechaba de ella. Era la única original, a parte de los miembros del consejo que había sido creada de la sangre de la diosa Isis, con poder suficiente en su sangre para resucitar al hermano de la diosa creadora.

—Muy bien señor. ¿Puedo retirarme ya? —Le preguntó Scarlett al Supremo.

—Sé que sufriste mucho tras la muerte de tu padre, Scarlett. —Prosiguió Drystano como si ella no hubiera dicho nada. —Sólo quiero que sepas que estoy aquí para cuando me necesites. Eres como una hija para mí.

Alessio fue como un hermano y me veo en la obligación de actuar como un padre para ti. Cualquier cosa que te ocurra, puedes solicitar mi ayuda. —Le puso la mano en el hombro y el cuerpo de Scarlett se tensó.

Lo que menos deseaba ahora era tener un padre. Ya había tenido bastante con el suyo y le había hecho mucho daño en el pasado, no tenía intención de volver a repetir la aventura paternal.

—Lo tendré en cuenta, mi señor. Si me permite, me gustaría ayudar al resto del Consejo a organizar el ataque de mañana.

—Una cosa antes de marcharte... —Scarlett se detuvo sin girarse hacia él.

—Quiero que seas tú, quien dirija la operación de mañana. Te quiero frente a nuestros soldados dirigiendo el ataque.

—Como ordene, mi Supremo. —Salió de la sala y cerró la puerta. Se apoyó en ella, mientras trataba de mantener la compostura.

Sabía que Drystano desconfiaba de ella. Y la estaba mandando directa al infierno. Por suerte tenía a Erwan de su lado, y tenía que informarle urgentemente.

Lícide continuaba su explicación bajo mi atenta mirada junto a Markus y Giovanni.

—... Fui yo quien enterró al dios Seth junto con sus hermanos en la antigua pirámide de Zoser en Egipto...

—comenzó a explicarnos Lícide cuando tomó asiento junto a Markus. Aún no había levantado la mirada.

Seguía contemplando fijamente las llamas de la chimenea, sumida en sus pensamientos. Parecía como si estuviera reviviendo aquellos momentos otra vez.

... Hace muchísimos siglos, mi padre Aryan, condenó a los cuatro dioses a sufrir un castigo. Los transformó en los primeros vampiros, obligándolos a beber sangre para alimentarse y a vagar por la oscuridad toda la eternidad... Una noche mi padre entró en mis aposentos y me explicó que yo era una bruja

original. Era inmortal. Había sido engendrada por él, un brujo original, en el vientre de una diosa antigua.

—Hija, no olvides que tú guardas un gran poder en tu interior.. —Me explicó todo lo que había hecho con los dioses y me dijo que estábamos en peligro. Yo aún era joven e inexperta. Me mandó ir al Sagrado Monasterio de las Sacerdotisas, donde aprendí a canalizar todo el poder a través de mi cuerpo. Antes de irme, mi padre me dio una caja de madera cerrada con una llave. Me dijo que en el caso de que hubiera que eliminar a los dioses Osiris, Isis, Seth y Neftys, esa era la única arma con la que podría dar muerte a las divinidades. Que hasta que no hubiera conseguido mi verdadero poder no podría utilizarla...

—¡Dios Santo! Esa es el arma que nos explicó Scarlett. —dije mirando a Giovanni, interrumpiendo el relato de Lícide.

—Sí, así es. —me miró la bruja de forma desconfiada. —¿Quién es Scarlett? —Me preguntó.

—Ella es una de las gobernantas de nuestra especie. Forma parte del Consejo de Vampiros y es una de las más antiguas. Se dice que bebió de la sangre de Isis, por eso es tan respetada y poderosa—. le explicó Giovanni.

—¿Bebió de la diosa Isis? —le preguntó Lícide de nuevo.

—¿Por qué te preocupa tanto? —Intervino Markus cogiéndola de la mano. Estaba claro que él podía sentir lo que Lícide sentía en ese momento al haber creado un vínculo emocional entre ellos dos.

—Porque la sangre de un vampiro original era el único modo de resucitar a los dioses... utilicé un antiguo sacrificio de los antepasados de mi familia para que no fueran despertados nunca... sólo la sangre original de uno de ellos podía romper el hechizo.

—¿Por qué no los mataste directamente? —Le pregunté. No entendía porque los había dormido y enterrado sabiendo que había la posibilidad de que despertaran algún día. —Tenías el arma para acabar con ellos, ¿no?

—Cuando regresé de mi educación como sacerdotisa, podía utilizar todo mi poder, pero el arma que me dio mi padre aún no podía utilizarla. Lo intenté, juro que lo intenté. —Una lágrima descendió por su mejilla. Podía ver el dolor que había en su interior con sólo mirarla. Me arrepentí de haberle insistido.

Cuando llegué y descubrí el cadáver de mi padre, saqué el arma que me había dado y creyendo que estaba preparada para utilizarlo, recité las palabras que mi padre me había dejado dentro de la caja.

—Cuando las pronuncié no ocurrió nada. ¡Nada! —Su rostro ahora

estaba totalmente cubierto de lágrimas—. ¡Esa maldita arma no funcionaba!

—¿Aún la tienes? —Le preguntó Giovanni.

—Sí, aún la tengo. ¡Pero no sé qué debo hacer para poder acabar con ese maldito dios!

—Entonces ¿tú padre no te dijo como utilizarla? ¿No te dio ningún conjuro más junto con la caja? —Le preguntó Markus.

—No, ¡maldita sea! ¡No! —Se quedó callada—. Recuerdo que sólo me dijo unas frases cuando me la dio. Nunca podré olvidarlas.

—¿Qué te dijo? ¿Qué palabras fueron? Quizás tenga algún mensaje en ellas, ¿no?

Sugerí y todos me miraron como si me hubiera vuelto loca. Pero aun así Lícide comenzó a decirlas.

—Me dijo: Una bruja, es un sirviente de la naturaleza mientras que un vampiro, es una abominación de la naturaleza. Puedes ser lo uno o lo otro, pero nunca ambos. —Todos nos callamos.

—Joder, pues a mí no se me ocurre nada. —Dijo Giovanni.

—La verdad es que tú padre era bastante claro. —Dijo Markus. Lícide se giró y lo besó en los labios.

—Te quiero Markus. Yo no pienso como mi padre.

—Lo sé cariño. —Volvió a besarla.

—¡Esperad! —Les dije. Volvieron a mirarme todos sorprendidos—. ¿Y si tu padre quería decir lo contrario?

—¿Y porque no se lo dijo entonces? —Me dijo Markus.

—Eso, se lo hubiera dicho correctamente para que ella lo supiera y no hubiera jugado a adivinanzas, creo yo ¿no? —Dijo Giovanni.

—Desde luego que mi padre era bastante retorcido... pero entonces ¿Qué quiere decir? —Me preguntó Lícide.

—Pues no lo sé exactamente. Solo digo que al decir que puedes ser lo uno o lo otro, nunca ambos, puede referirse a unir un vampiro con una bruja, ser las dos cosas.

—¿Cómo? —Preguntó Markus.

—¿Unir sus sangres? Pero eso no se ha hecho nunca, Juliette. ¡Nunca se han mezclado brujas con vampiros! —Dijo Giovanni callándose de golpe mirando a Markus y a Lícide.

—Bueno, tampoco es algo tan malo... —dijo Markus haciendo que Giovanni agachara la cabeza.

—Perdonadme, no he pensado antes de hablar. —Se disculpó Giovanni.

—No te preocupes, no pasa nada. Nosotros no planeamos enamorarnos. La verdad es que en todos mis siglos de vida, nunca he conocido a nadie de nuestra especie que se haya unido a una bruja. Así que tienes razón. Creo que Lícide y yo somos una excepción. Eso, o es que esta pequeña bruja me ha lanzado un hechizo de amor. —Le guiñó el ojo a Lícide.

—Entonces ¿Creéis que si juntamos mi sangre con la de uno de vosotros, podré alcanzar el poder necesario para utilizar el arma que me entregó mi padre?

—Bueno, eso creo yo, pero no tiene por qué ser así. ¿Y si me equivoco? ¿Y si la unión de tu sangre con la de uno de nuestra especie te daña en lugar de darte poder? Sólo sé que entre nosotros nos da fuerza y crea vínculos pero no sé cómo actuaría en tu organismo. —Le dije.

CAPITULO XII

—*¡Erwan! ¡Erwan! ¡Contesta por tu bien!* —Scarlett intentaba ponerse en contacto con el vampiro. Tenía que comunicarle con urgencia todo lo que había ocurrido en el Consejo y los planes de atacar Egipto que tenían.

—*Te escucho..* —Por fin contestó Erwan iniciando una conversación telepática. Era la única forma segura de comunicación en esos momentos entre ellos dos.

—*Escucha, acabo de salir del Consejo. Quieren atacar Egipto y atraparte. Van a reunir un gran número de vampiros para acabar con los neófitos que creaste. Tienes que salir de allí junto con Seth.*

—*Yo... yo dirigiré el ataque, me ha encomendado Drystano.*

—*¿Cómo? Pero Seth no querrá irse. Querrá defenderse. Tiene poder suficiente para acabar con todos.*

—*¡No puedes venir Scarlett, o morirás!*

—*Tengo que ir, no tengo escapatoria. No te preocupes entonces, sabré apañármelas. Escucha, hay otra cosa que debo contarte. Uno de los ancianos sabe de la existencia de la bruja. No sabe dónde está pero sí conoce a un brujo llamado Akil que puede localizarla. Será cuestión de horas que puedan contactar con ella. Avisa a Seth porque irá a por él.* —Le dijo Scarlett—. *Y prepararos para el ataque, será mañana al anochecer.* —Cortó la comunicación con Erwan al ver que entraba Cassandra.

—*¿Vienes Scarlett?* —Le preguntó la vampira—. Thorbran ya ha contactado con Sadoc y aún quedan por avisar muchos.

—*Si, vamos.* —Le contestó Scarlett siguiéndola hacia una sala donde se encontraban el resto de ancianos del Consejo. Había varios sofás y mesas, dispuestas con todo tipo de tecnología. Cuando entró vio a Mikolaus hablando por teléfono sentado en una silla y al resto en los sofás.

—*Sadoc ya está avisado.* —Dijo Thorbran cuando colgó—. Reunirá a un grupo de sus hombres para ir a Egipto. Esperará nuestra señal.

—*Akil vendrá mañana.* —Dijo Viriathos.

—*Perfecto. Yo avisaré a Hakon.* —dijo Cassandra refiriéndose al gobernante de Rusia, mientras se acercaba a uno de los teléfonos.

—Bueno, pues es algo que tendremos que descubrir nosotros mismos. Markus. —Se giró hacia él. —Si tengo que hacerlo, deseo que seas tú. —le dijo Lícide al vampiro.

—Pero Lícide... ¿y si pasa algo malo? No soportaría la idea de hacerte daño.

—Escucha, Markus. Yo también tengo miedo, pero todo nuestro mundo corre peligro mientras Seth esté vivo. Tengo la obligación de intentarlo, no puedo quedarme de brazos cruzados sabiendo que pude hacer algo para destruirlo.

—Entonces, hagámoslo. No debemos perder más tiempo. —se acercó a ella. Desde donde yo estaba pude ver un brillo en los ojos de Lícide cuando miraba a Markus. Era difícil no darse cuenta del amor que compartían los dos.

—Bueno, antes quisiera un poco de intimidad... —Le dijo Lícide a Markus. Éste sonrió y la agarró por la cintura. El cuerpo voluminoso del vikingo parecía una montaña al lado de la figura menuda de Lícide.

—Con vuestro permiso, nos retiramos. —Nos miró a Giovanni y a mí. —Tenéis un dormitorio para descansar al final del pasillo.

—Por supuesto, muchas gracias. —respondí.

Markus y Lícide subieron hacia la planta de arriba, dejándonos a Giovanni y a mí, solos.

—¿Crees que funcionará?

—No lo sé Giovanni. Pero espero que sí. —Me quedé mirando fijamente como ardía la madera en la chimenea.

—¡Ponedla en la camilla! ¡Rápido! —Ordenó Gédéon cuando entraron en la sala de curas de su casa con su hermana inconsciente en brazos de Gael.

Derian estaba allí de pie junto a su ayudante Alina, una humana al clan de Gédéon.

Había sido recogida, por el líder, en mitad del bosque cuando solo era un bebé y se había criado entre los licántropos. Gédéon la consideraba como su hermana pequeña.

—Derian, tienes que atenderla en seguida. Le ha mordido uno de esos malditos neófitos. —le rogó Gédéon.

—Por cierto ¿Dónde está Yvonne?

—Bien, está fuera de peligro, por ahora. Es una mujer muy fuerte. Ahora

salid todos, por favor. —pidió Derian mirando a Sigfrid y a Gael que se encontraban dentro de la habitación.

—No. Yo me quedo. —respondió Sigfrid cruzando los brazos delante de su pecho.

—De eso nada chupasangres. Quien se queda soy yo. —dijo Gael acercándose a la camilla donde Adrienne estaba tumbada.

—Me temo que ninguno de los dos se quedará. Así que ya podéis salir de aquí antes de que os de una patada en vuestro culo de machito. —les amenazó Alina.

A parte de su metro setenta, una altura considerable para ser humana, tenía suficiente valor y coraje para enfrentarse al vampiro y al lobo. Se había criado entre licántropos y no tenía ni un ápice de miedo. Gael y Sigfrid se miraron y salieron de la sala sin decir ni pio.

Gédéon se sonrió y le dio un beso en la frente a Alina.

—Estás hecha toda una guerrera, pequeña. —le dijo abrazándola.

—He tenido un buen maestro, Géd. —Le respondió Alina abrazándolo fuertemente. Sentía el fuerte cuerpo de Gédéon junto al suyo y su olor tan maravilloso. No podía negar que estaba perdidamente enamorada de él, pero era algo que prefería mantener en secreto por ahora. Conocía de los sentimientos de Gédéon por Yvonne y no tenía intención de entrar en un triángulo amoroso, a pesar de saber también que la licántropa estaba enamorada de otro del clan y no precisamente del macho Alfa.

—Os dejo a mi hermana en vuestras manos. Por favor, Derian, cúrala. —le dio un beso en la mejilla a Alina antes de salir.

—Alina, quítale la camiseta a Adrienne, necesito ver la herida. —le pidió Derian mientras se ponía los guantes de látex acercando una mesa con varios utensilios sanitarios.

Alina le retiró la ropa y le cortó el top con unas tijeras dejando todo el torso de la licántropa al descubierto.

—¡Dios mío Derian! ¿Habías visto alguna vez algo así? —Le preguntó Alina cuando vio la fea herida de Adrienne.

—He visto mordeduras entre licántropos y vampiros, pero nunca de un neófito... y esto tiene muy mala pinta Ali. —Se acercó a la joven que seguía inconsciente.

—¿Y qué diferencia hay entre la mordedura de un neófito y un vampiro? Pensaba que eran lo mismo. —Preguntó Alina.

—La mordedura de un neófito te transmite veneno. El inicio de la

transformación a vampiro, es la fase más peligrosa para el inmortal. Es cuando tiene todo el veneno en la sangre y al morder lo trasmite a su víctima. Por eso cuando se convierte a alguien en vampiro se le debe acompañar y enseñar a alimentarse de animales para que no mate humanos. Hasta que el veneno no sea eliminado no puede alimentarse de humanos, porque les provocaría la muerte.

—Vaya... ¡sí que sabes sobre vampiros!

—En este mundo nuestro, Alina, lo mejor es estar informado de todo. Quien tiene la sabiduría, tiene el poder... —Le dijo Derian—. Ahora ponle una inyección de anestesia, no quiero que sienta dolor mientras le retiro la piel muerta que tiene alrededor.

—Derian, ¿es normal que huelga tan mal?

—Supongo que sí. El veneno le está corrompiendo toda la piel de alrededor de la mordedura. ¡Dios Bendito! ¿Qué puedo hacer para curar a esta criatura?

—Y si le ponemos sangre vuestra. Quizás una transfusión de sangre de un licántropo le sea de ayuda para luchar contra el veneno. —Le sugirió Alina.

—No le hará nada. —Dijo Sigfrid desde la puerta haciendo que se giraran los dos.

—¿Cómo demonios has entrado? —Le preguntó Alina mirando de arriba abajo al vampiro. No podía negar que era un hombre muy sexy, pero para su gusto tenía muy poco pelo.

—Creo que olvidas que soy un vampiro, humana. —Le dijo mientras se acercaba dónde estaba Adrienne.

Cuando llegó a su lado, Sigfrid no pudo evitar acariciar el rostro de la licántropa. Lo habían echado fuera de la sala pero no podía estar sin saber que le pasaba a su Adrienne.

Alina no pudo decir nada cuando vio la ternura con la que acariciaba a Adrienne. Sintió envidia. Ojalá a ella la acariciara con tanto amor Gédéon alguna vez. Sin sentirse como si fuera su hija o su hermana pequeña.

—¿Qué quieres decir con que no le hará nada nuestra sangre? —Le preguntó Derian a Sigfrid.

—Quiero decir que el veneno del vampiro ya está dentro de su sistema, Derian. Ya está dentro de su sangre. —Le explicó Sigfrid girándose hacia él.

—Y entonces, ¿qué diablos hacemos? ¡Se va a morir! —Le preguntó Alina.

—Me temo que lo único que podemos hacer para que siga viviendo, es

darle mi sangre. —Se resignó a decir Sigfrid. Muy a pesar suyo, era la única solución para que siguiera viviendo, pero no significaba que fuera la mejor. Si mezclaba su sangre con la de ella, ya no sería una licántropa, ni siquiera sería una vampira. Se convertiría en una híbrida.

Su móvil sonó en ese momento. Miró la pantalla iluminada viendo reflejado el nombre de su amada Juliette.

—¡Wuuu Sullivan! ¡Has escuchado! ¡Mañana tendremos un poquito de acción! —Evander estaba eufórico, al contrario que su compañero Sullivan que estaba bastante preocupado.

—¿No has entendido una mierda, no? ¿Sabes que nos mandan al puto matadero? Ese dios Egipcio es indestructible ¿Qué vamos a hacer nosotros contra él? —Le preguntó Sullivan sentado en el sofá con los pies en la mesa. Se habían ido a la sala que la base tenía destinada para el descanso en cuanto Sadoc les había informado de la orden del Consejo.

—Contra él, no podemos hacer nada, pequeño, pero contra esos malditos neófitos, ¡sí! ¡Podemos quitarnos de en medio a unos cuantos! ¡Oh, Sullivan! ¡Se me pone la polla dura con solo pensarlo!

—¡Qué desagradable eres tío! ¡Mira que das asco! —Le dijo Sullivan mirándolo con el entrecejo arrugado.

—Sí, lo que tú digas, ¡pero ahora mismo me voy a buscar a mi Biankita a ver si me quito este calentón! ¡Nos vemos mañana! —Le dijo Evander saliendo de la sala.

—¡Intenta mantener fuerzas para mañana pedazo de mamón! —le gritó Sullivan a su compañero. En ese momento entró Alexia. Traía cara de pocos amigos, sobre todo al haberse cruzado con Evander al entrar en la sala.

—Vaya, ya veo el cariño que os procesáis. —Le dijo la vampira a Sullivan—. ¿Y dónde se supone que va éste ahora?

—No tengo ni idea, pero espero que esté preparado para mañana. —Le contestó Sullivan sin mirarla.

—Tío, mientes fatal ¿lo sabías? —Le sonrió Alexia. Sabía que lo hacía por ella, para no molestarla con los escarceos de Evander, pero para ella ya era historia pasada. Lo que no sabía Sullivan era la tremenda atracción que sentía por él, y no por Evander.

—¿Os ha informado Sadoc ya? ¿Sobre la operación de mañana? —Le

preguntó Alexia, sentándose al lado de Sullivan en el sofá.

—Sí.. —Contestó secamente el vampiro.

—Te veo preocupado. —Le dijo Alexia.

—Como para no estarlo, Alexia. Es muy arriesgada la misión de mañana. No es que tenga miedo... sólo que ese dios egipcio me pone los pelos de punta con sólo pensar en él. He escuchado que es indestructible y a la vez muy poderoso. ¿Qué podremos hacer con él? ¿Cómo vamos a destruirlo? —Le preguntó Sullivan mirándola.

—Escucha, Sullivan, sobre el dios no tienes de que preocuparte. Me ha dicho Sadoc, que el Consejo está intentando buscar a la bruja original que realizó el hechizo sobre los dioses en el antiguo Egipto.

—¿Cómo?

—Lo que has oído. Ella será quien destruya al dios Seth, y mientras nosotros nos encargaremos de destruir a los neófitos y dar caza al traidor de Erwan. Así que no tienes que preocuparte, tú solo céntrate en la lucha e intenta que no te maten. —Le dijo Alexia.

—Bueno, lo intentaré. Desde luego que no le hago ascos a una buena pelea. —Le dijo Sullivan sonriendo.

Fue cuando Alexia no pudo resistirse, se acercó a Sullivan y lo besó tiernamente en la mejilla. El vampiro se quedó inmóvil. No se había esperado ese movimiento de la vampira y mucho menos hacia él.

—Perdona, si te he molestado. —Le dijo Alexia separándose de él, al ver la actitud tensa que había adoptado.

—No, por favor... no me ha molestado... es sólo... que no me lo esperaba.

—Sólo ha sido un gesto cariñoso, ¿porque te sorprende tanto?

—Bueno, es que como tú... Evander... ya sabes...

—¡No! Evander y yo, ¡nada! —Se levantó enfadada. Tenía la impresión de que la huella de Evander la iba a acompañar siempre. Y precisamente en esos momentos necesitaba tener a Sullivan cerca. Era imposible no ver el impresionante atractivo que tenía ese hombre y en el carácter tan diferente que tenía de Evander.

Era por eso por lo que le atraía tanto, porque era todo lo contrario a su ex.

—Alexia... perdona si te ha herido mi comentario... a veces debería ponerme un esparadrapo en la boca para no cagarla cuando hablo. —Se levantó y le pasó tiernamente la mano sobre la cintura. Le dolía mucho que

Evander se portara mal con ella y sobretodo que esa mujer aún siguiera sintiendo algo por su compañero. Alexia se giró y Sullivan la acercó hacia él fuertemente contra su cuerpo, mientras la besaba apasionadamente.

Mientras Sullivan la besaba, notaba una fría lágrima de sangre deslizándose por la mejilla de Alexia, mojando su piel. Evander no se merecía ni una sola lagrima de esa mujer por él. Y Sullivan se iba a encargarse de que esa mujer no volviera a sufrir.

Lícide sacó la caja de madera que le había entregado su padre. La abrió mientras se sentaba en la cama.

Primero sacó un Ankh. Era una especie de cruz que representaba la vida en el antiguo Egipto, pero también era un amuleto protector, símbolo del dios Osiris. Junto a la cruz, había una cuchilla forjada de un acero mágico que se ajustaba perfectamente al Ankh, formando una daga poderosa.

—¿Y eso de ahí que es? —Le preguntó Markus a su lado mientras señalaba el interior de la caja. Dentro había cuatro pequeños frascos de cristal.

—Dentro de cada uno de estos frascos, está la sangre del mismísimo creador, Atón Ra. Según el hechizo de mi padre que metió en esta caja, cuando obtenga el máximo poder, y lea el conjuro, un compartimento se abrirá en el Ankh, para poder introducir el frasquito con la sangre del creador. —Dijo Lícide señalando el Ankh—. y cuando la daga penetre en el corazón de Seth, la sangre de Atón Ra, lo destruirá.

—Pero Lícide, para ello tendrás que acercarte a él. Esto me parece demasiado arriesgado, ¿estás segura de lo que vas a hacer?

—Markus, ya te he dicho que debo hacerlo. Debo vengar la muerte de mi padre aunque con ello me deje la vida. —besó tiernamente la mejilla del vikingo.

—Oh, dios, Lícide... no soportaría perderte. —le estrechó entre sus brazos. —No me hago a la idea de seguir viviendo toda la eternidad sin ti. — la besó apasionadamente mientras Lícide le pasaba los brazos por los hombros rodeándolo fuertemente.

—Necesito tu sangre, Markus.

—Te daré todo de mí, mi princesa, pero será a mi manera. —La tendió de espaldas en la cama y cubrió el cuerpo menudo de la bruja con su fuerte y

robusto cuerpo, mientras deslizaba la fina túnica de lino que llevaba Lícide, a través de su fina y delicada piel. Cuando la tuvo totalmente desnuda, Markus, se quitó su ropa y se tumbó sobre ella. Comenzó a recorrer la piel de su amada con suaves besos mientras la seguía con sus manos. Lícide abrió los muslos para que Markus pudiera encajar en ella. Gimió al sentirlo dentro de su ser. Markus la hacía sentir viva. Llevaba viviendo sola siglos, y haber encontrado a su vikingo había sido lo mejor que le había ocurrido en toda su existencia. Él le había devuelto las ganas de vivir. La había vuelto a hacer sonreír y sobretodo, la había hecho conocer el amor.

Mientras la penetraba una y otra vez, no abandonaba su boca. La devoraba con hambre. Su lengua abrazaba la suya, ahogando los gemidos de placer de Lícide, dentro de su boca.

Al final los dos alcanzaron el clímax. Aún con Lícide debajo de él, levantó su muñeca y sacando sus incisivos se mordió hasta que salió su sangre. La acercó a la boca de Lícide y ésta lo miró durante unos segundos. Ella era una bruja y estaba enamorada de un vampiro, pero beber sangre nunca había estado dentro de sus propósitos. Pero sabía que tenía que hacerlo si quería vengar a su padre.

Cogió la mano de Markus con determinación, no quería que él la viera dudar ni un segundo, y se la acercó a la boca. Unas gotas de sangre cayeron en sus labios. Se relamió y notó un sabor afrutado. No estaba tan asquerosa como había pensado. La verdad es que la sangre de Markus era exquisita. Abrió más la boca para poder beber mejor de él.

Markus sintió los labios de Lícide en su piel y como su lengua lamía su sangre. Era lo más sensual que había visto y sentido en su vida. No pudo evitar excitarse, sintiéndola aún debajo de él. Su polla dura la penetró con fuerza. Lícide gimió mientras seguía lamiendo la sangre de su amante.

La embestía con fuerza una y otra vez. Lícide sentía como si la estuviera llevando a otro mundo. Sentir el calor de la sangre recorrer su garganta y penetrar por todo su organismo mientras Markus le hacía el amor salvajemente.

Lo miró a los ojos y vio deseo y pasión en ellos. Se habían vuelto de un rojo ardiente y los incisivos habían salido de sus encías. Levantó sus dedos para acariciar aquellos dos afilados colmillos.

Markus no pudo evitar que sus colmillos salieran a través de sus encías cuando estaba dentro de Lícide.

El calor de su cuerpo lo atravesaba por cada poro de su piel.

—Markus, hazlo... —se apartó el pelo hacia a un lado dejando al descubierto su sensual cuello.

—No puedo Lícide... no me pidas eso por favor... si bebo de ti ahora, realizarás la transformación completa y te convertirás en lo que yo soy con riesgo a unirse con tu linaje original.

—Por favor... necesito alcanzar todo el poder... —Markus la miró fijamente a los ojos. El color granate que siempre habían tenido los ojos de Lícide, ahora se estaba volviendo de un color dorado. La esclerótica (parte blanca del ojo) estaba tomando un color oscuro.

—Tengo miedo Lícide... tus ojos ya están cambiando...

—Markus, por favor ¡hazlo ya!

Y así fue como el vikingo obedeció a su amante, clavando sus afilados colmillos en su piel. Su sangre era espesa. Tenía un sabor fuerte. Era pura cafeína para él. Se metió en su organismo provocándole un poder indescriptible. Levantó la cabeza del cuello de Lícide y gritó fuerte. Era como el rugido de un tigre.

Volvió a continuar bebiendo de ella, mientras la penetraba, embistiéndola con más fuerza que antes, hundiendo el cuerpo de Lícide en el colchón, mientras ella volvió a llevarse la muñeca de Markus apretándola contra su boca y bebiendo de él. Notó el poder invadir su cuerpo y tras las últimas embestidas de Markus alcanzaron juntos el orgasmo más impresionante que jamás habían vivido.

Markus se tumbó a su lado y Lícide se sentó, dándole la espalda.

—Cariño, ¿estás bien? —Le preguntó Markus observándola tumbado desde la cama.

En ese momento, Lícide comenzó a gritar. Unos gritos de angustia y dolor comenzaron a salir de su boca.

A Markus le resultaba doloroso ver como su mujer se retorció de dolor tumbada de nuevo en la cama.

—¡Por Thor! ¡Dios mio! —No sabía cómo poder ayudarla. El proceso de transformación a vampiro era doloroso durante unos minutos pero no sabía cómo podía repercutir en el cuerpo de una bruja.

Tumbada en la cama, se removía de un lado a otro, mientras unos alaridos profundos salían de su garganta. Los vidrios de las ventanas comenzaron a estallar, haciéndose añicos. El suelo comenzó a vibrar mientras caían objetos de la mesa, del armario, de las paredes. Todo caía al suelo. Parecía como si se estuviera desatando un terremoto en la habitación.

Aquello duró unos minutos, en los cuales Markus no sabía qué hacer para que Lícide dejara de sentir ese dolor.

Cuando cesó por completo, Lícide quedó tumbada, con los ojos cerrados, completamente quieta, pero relajada.

Markus la observó detenidamente. Su piel relucía como si fuera un diamante, desprendiendo destellos de luz. Sus cabellos cobrizos ahora eran de un rojo más claro y brillaba, como si tuviera luz propia. Pero lo que más le impactó fue cuando Lícide abrió sus ojos. Eran totalmente negros donde sólo resplandecía su iris, dorada y brillante como el oro. Sus labios sonrosados entreabiertos con una sonrisa dejaban ver unos perfectos incisivos afilados.

—¡Dios santo Lícide! —Markus no podía apartar la vista de esos ojos que tenía delante. Tenía una mirada realmente aterradora. Parecía otra mujer —. ¿cómo te sientes?

—Poderosa, cariño. Muy poderosa... —le respondió Lícide. Hasta el tono de su voz había cambiado.

Ahora era más profunda y grave. Se incorporó, sentándose en la cama.

—¿Qué hemos hecho Lícide? ¡Por Thor! ¿Qué hemos hecho?

—Mi vida, de verdad que estoy bien. Créeme. Siento que he alcanzado un nivel de poder increíble. He realizado la transformación por completo. Lo único que me molesta un poco son los colmillos. No estoy acostumbrada a tener estos incisivos tan afilados... —le sonrió.

—Aprenderás a controlarlos, ya lo verás. ¿Pero porque me hiciste morderte? ¿Porque has querido convertirte en vampiro? Sabías que con el intercambio de sangre ibas a transformarte.

—Necesitaba todo el poder posible, Markus. Notaba como iba recorriendo tu sangre por todo mi cuerpo... y como el poder se iba apoderando de mí... Ha sido maravilloso, mi amor... ¡maravilloso!

Espera y verás... —Se colocó mirando hacia él y levanto los brazos.

—Amun setri atri. —Cuando pronunció esas palabras la cama se levantó hacia arriba con Markus en ella.

—¡Dios santo! ¿Qué haces?

—Emus pinisum etros. —Un remolino de aire comenzó a recorrer toda la estancia, re-moviendo todo lo que había caído antes en el suelo. Ahora todos los objetos volaban de un lado a otro con fuerza, estampándose contra las paredes. Lícide estaba en el centro, rodeada de una luz cegadora, sonriendo.

—¡Lícide! ¡Para!

Markus observaba a Lícide. Era una sensación terrorífica. Como si la

dulzura y la delicadeza de su mujer ahora hubieran desaparecido por completo, dejando paso a una aterradora bruja. Jamás la había visto antes así. Desprendía poder alrededor de su cuerpo. Era como si un aura maligna la rodeara.

Habían pasado cuatro años. Cuatro años llenos de dolor y rabia, y aún se sentía incapaz de olvidarlo.

Cada anochecer, acostada en su cama, en aquel pequeño cuarto que tenía alquilado, los recuerdos de aquella noche la visitaban...

La imagen de ella, sentada en el diván del despacho del profesor Lazzero, con el pañuelo nuevo que le compró su madre en el cuello, esperando a que entrara Giovanni por la puerta... la tenía grabada a fuego en su interior... Fue esa noche en la que lo estuvo esperando hasta el amanecer...

No podía creer lo estúpida y lo ignorante que había sido. Como se había reído de ella... Cómo pensaba ella que un vampiro se iba a enamorar de una humana... Entonces entendió porque Giovanni se enfadó tanto con ella cuando le propuso que la convirtiera en lo que él era, para poder estar juntos, toda la eternidad.

“¡Maldito seas Giovanni! ¡Ojalá ardas en el infierno!” era lo único que sentía dentro de su corazón. Odio, rabia, impotencia y desolación...

Ella le había dado todo... le había entregado todo... y él se había ido. Sin ninguna explicación. Sin despedirse. Salió de su vida tan rápido como había entrado, dejándola hundida en el más profundo y grande dolor...

El tiempo había pasado para ella muy lentamente. Juliette ahora tenía 21 años y llevaba viviendo en la ciudad de Florencia desde hacía un año. Había empezado a trabajar en la recepción de la Gran Galería Uffizi cuando llegó a la ciudad del arte y del Renacimiento.

Cuando acabó el proyecto del profesor Lazzero en su ciudad natal de Livorno, éste la llevó a la inauguración del gran palacio a orillas del río Arno, donde expondrían una de las más antiguas y famosas colecciones de arte en el mundo. Fue allí donde le propuso el nuevo trabajo.

Aquella noticia fue para Juliette como un soplo de aire fresco entre tanta tristeza y dolor. Por fin su sueño se cumpliría.

La familia de Juliette no se lo tomó del todo bien. Sabían por lo que había estado pasando tras la partida de Giovanni y no querían que se fuera

sola a Florencia. Además, en el siglo XVI, las mujeres no disponían de tanta libertad, pero gracias a la protección del sr. Nicolás Lazzero, pudo viajar a Florencia y alojarse en una pensión de estudiantes y ayudantes de los mejores artistas de la época, bajo la potestad de su profesor, como su nuevo tutor.

Cuando llegó a Florencia, no cabía de gozo dentro de su cuerpo. Aquella majestuosa ciudad, atravesada por el río Arno, irradiaba arte y brillo por todas las calles.

A pesar de los tristes recuerdos que aún se arremolinaban en su mente, ella era feliz allí. Le gustaba mucho su trabajo. Además le permitía ejercer en un puesto de trabajo donde demostraba que una mujer, tenía la formación suficiente para poder llevar a cabo la gran recepción de aquel monumental edificio.

Entró por la puerta de servicio y entró en la habitación del personal. Se colocó su uniforme y ocupó su lugar en la recepción. La entrada era majestuosa. Con unos techos altos, acabados en arcos de punta.

Cortinas de color beige cubriendo los grandes ventanales y en las paredes acabados y detalles en dorado, haciéndolo más majestuoso si cabe.

Era época de verano y había mucho trabajo. El turismo en aquella ciudad y en pleno mes de Agosto era descontrolado. Gente entrando y saliendo de la Galería, durante toda la mañana. Juliette no paró ni un solo instante de atender a curiosos visitantes impacientes por conocer la ciudad que la invadían a preguntas continuas sobre Florencia y su arte... “Esto es agotador” pensó Juliette.

La tarde dio paso a una calurosa noche. Apenas se había sentado un segundo a descansar cuando escuchó a Lorenzo, su compañero en la recepción que la llamaba.

—Juliette, por favor, ¿puedes venir un segundo? —Le preguntaba Lorenzo.

Era un guapo joven de veintidós años. De estatura más bien pequeña pero con un cuerpo muy bien proporcionado. De cabellos castaños y ojos marrones, le acompañaba un rostro angelical de bonita sonrisa.

Juliette salió de la recepción y se acercó al lugar donde éste se encontraba. Junto a él, había un hombre alto, fornido y con un cabello oscuro precioso que le caía sobre la espalda, pero estaba hablando con Lorenzo y ella no podía verle el rostro. Pensó que sería el Sr. Da Viero, un amable cliente que siempre acostumbraba a preguntar por ella cuando venía a la ciudad por algún congreso de arte y se alojaba en Florencia. Le encantaba conversar con

él. Era todo un caballero, muy educado y con un gusto exquisito para vestir.

Pero cuando aquel hombre se giró, pudo ver que no era el Sr. Da Viero. El hombre con el que Lorenzo estaba hablando, no era otro, que Giovanni.

Apenas había podido reaccionar Juliette ante aquella aparición, cuando aquel corpulento hombre, la abrazaba sin que ella apenas hubiera podido ver ningún movimiento.

—¿Che fae qui, Giovanni? —Le preguntó Juliette intentando pronunciar esa simple pregunta. No esperaba volver a verlo más y la presencia de Giovanni la había dejado absorta. No sabía si alegrarse, llorar o echar a correr... sea lo que fuera, no podía moverse de donde estaba, porque su cuerpo estaba totalmente paralizado.

—... bueno, yo me voy a terminar unas cosas... —dijo Lorenzo mientras se separaba de los dos. Había visto la reacción de Juliette y no quería molestar con su presencia.

—Te lo vuelvo a preguntar, ¿Qué haces aquí? —Esta vez la pregunta la había podido formular sin tartamudear y con un odio que crecía por segundos.

—Ayer desembarcamos en el puerto de Livorno. Fui a tu casa y no te encontré. Tu familia no quiso decirme dónde estabas... así que fui a casa de tu amiga Marina y fue ella quien me dijo que te habías venido a Florencia a trabajar. Quería volver a verte antes de partir... necesita verte... escucha Juliette....

—¡No! ¡No pienso escuchar nada, Giovanni! Así que ya puedes irte por dónde has venido, no quiero saber nada de ti...

—Pero Juliette... —la cogió de la mano pero la soltó como si hubiera sentido un pinchazo, cuando Juliette se giró hacia él y lo miró fijamente a los ojos atravesándolo con el odio que se reflejaba en ellos.

—No vuelvas a tocarme. Y ahora vuelve por dónde has venido. Tengo que trabajar... —Giovanni se quedó de pie sin poder reaccionar. La entendía perfectamente. Había salido de su vida sin ni siquiera despedirse ni explicarle el porqué. Y ahí estaba él, después de cuatro años, pretendiendo que aquella mujer se lanzara a sus brazos como si nada.

Hasta que no se pudiera explicar, Juliette no entendería que había sucedido y porque había tenido que irse.

Juliette se marchó de su lado. Volvió a la recepción, y agachó la cara.

—¿Se ha ido ya, Lorenzo? —Le preguntó a su compañero que estaba al lado. No tenía fuerzas para volverlo a mirar. A pesar del odio que sentía hacia él, era imposible contener el sentimiento de amor que seguía despertando en

ella a pesar del tiempo pasado.

—Sí, se ha ido ya. Escucha Juliette, no sé lo que ha podido pasar entre vosotros dos, pero el rostro de arrepentimiento que tenía ese hombre...

—¡No quiero volver a hablar de él! ¿Está claro? ¡Nunca más! —Se sentó intentando volver a sus quehaceres pero le fue imposible volver a centrarse en el trabajo.

—Perdóname, Lorenzo. No pretendía hablarte así. Es que... es una larga historia y ahora mismo no tengo fuerzas para explicártela. ¿Te importaría suplirme lo que queda de jornada? Necesito irme a casa a descansar, no me encuentro nada bien.

—Sí, no te preocupes, vete a casa. —Le dijo su amigo mirándola. El rostro de su compañera había palidecido y la veía muy afectada ante la visita de aquel extraño.

Giovanni, se esperó en el callejón de al lado, hasta que vio a Juliette salir. La siguió sin que ella sospechara que la seguía para ver donde se dirigía. Necesitaba encontrar el momento para que pudiera escuchar lo que tenía que explicarle.

No podía renunciar a ella. No podía renunciar al amor que sentía por esa humana e intentaría convencerla de cuanto la quería antes de volver a marcharse. Leonard, estaba al acecho y no quería arriesgarse a que la encontrara, después de todo lo que le había costado separarse de ella...

CAPITULO XIII

—¡Juliette! —Contestó Sigfrid rápidamente.

—¡Oh dios mío Sigfrid! —Cuando escuché su voz, pude respirar. Hasta entonces había sentido solo angustia y dolor en mi interior. Presentía que algo le pasaba a Sigfrid pero no sabía que era exactamente.

—Menos mal que has contestado, ¿estás bien? ¿Qué ha ocurrido? —Aún tenía un vínculo abierto con él, aunque cada vez era más débil debido a que hacía mucho tiempo que no había vuelto a beber de su sangre.

—Si, cielo, estoy bien. No te vas a creer lo que ha ocurrido. Giovanni tenía razón, Juliette. He venido a avisar a Gédéon y fuimos hasta Rímini donde Giovanni nos explicó que había visto a los neófitos.

Yo seguía escuchando el relato de Sigfrid atentamente. Me explicó toda la batalla contra los snaiders y cuando llegó a la parte de su herida no pude evitar sentir un escalofrío.

—¿Pero cómo te encuentras? ¿Se te ha cicatrizado la herida? —Le pregunté.

—No del todo preciosa, pero no te preocupes yo estoy bien. Escucha Juliette, tenemos un problema.

—Me parece que tenemos varios, cariño. —Me sonreí—. Pero dime.

—Uno de los licántropos ha sido mordido por un neófito, Juliette. ¿Dando mi sangre, podría salvarlo?

Me preguntó Sigfrid con un tono bastante angustiado.

—¿Quién es? ¿Es tu amigo Gédéon?, te veo bastante afectado. —Le pregunté. Los ojos de Giovanni se me clavaron como puñales al notar mi preocupación por Sigfrid.

—No, Juliette. No es Gédéon. Es su hermana y necesito ayudarla. No quiero que muera Juliette. Por favor, ¿puedo?... ¿puedo darle mi sangre? Se convertirá en híbrida, ¿no? Y es algo que no creo que entre dentro de los planes de los licántropos. —Me dijo.

—Pues me temo que no hay otra solución, querido. —Le dije muy a mi pesar. Lo malo de todo esto es que no todos los híbridos que yo había conocido, habían podido lograr la transformación. La mayoría de ellos, había muerto en el proceso—. Habla con su hermano. Será él quien decida que debéis hacerle dije-Escucha Sigfrid, hemos localizado a la bruja original, es

la única que puede destruir al dios Seth.

Después de haber visitado a Scarlett, nos vinimos a Noruega a localizarla. Ya está preparada para ir a destruir al dios. Necesitamos toda la ayuda posible. Ya sé, que es un momento muy delicado para los licántropos, pero debes informar de nuestro futuro viaje a Egipto. Necesitamos el mayor número posible de aliados. —Le dije.

—¿Tú estás loca o qué? —Me interrumpió Giovanni. —¿Quieres que luchemos junto con los chuchos?-

—¡Dile al maldito Nosferatu que se calle de una puta vez! —Gritó Sigfrid al otro lado del teléfono sin que hiciera falta que le transmitiera el mensaje a Giovanni. —Lo haré Juliette, te llamaré en cuanto hable con Gédéon. Ten cuidado, preciosa. Nos veremos pronto.

—Lo tendré. Cuídate. Espero tu llamada. —Le dije y colgué. —Tranquilízate, ¿quieres? —me dirigí hacia Giovanni—. Sigfrid está pasando un momento difícil. No sé lo que siente hacia esa licántropa, pero nunca lo había visto tan preocupado. Me ha contado que fueron a dar caza a unos cuantos snaiders y dice que es fácil acabar con ellos decapitándolos. Es la única forma. No les hacen nada si les clavamos dagas o estacas en el corazón, sólo los destruiremos separando sus cabezas de sus cuerpos. —le expliqué lo que Sigfrid me había contado.

—¿Estás celosa de lo que siente Sigfrid por esa loba? —Me preguntó.

—¡Santo cielo, Giovanni! ¿Pero has escuchado algo de lo que acabo de decirte sobre los snaiders? ¿A qué viene esa pregunta?

—Viene a que he visto tu cara cuando esa mascota tuya te explicaba su preocupación por la chucha esa, ¡y no soporto la idea de que sientas celos por una perra! ¡Ni por el maldito Sigfrid!

Los colmillos me salieron con fuerza y me lancé hacia él. Lo tiré de espaldas al suelo y justo cuando iba a asestarle un puñetazo escuché el estallido de unos cristales en la planta de arriba. Nos quedamos quietos mirando al techo y a continuación todo el suelo comenzó a vibrar fuertemente durante unos segundos y después paró.

—¿Qué cojones ha sido eso? —Preguntó Giovanni. Me senté a su lado y seguimos escuchando.

—No tengo ni idea. Pero me parece que Lícide ya ha completado el proceso. —Le dije.

Gédéon estaba en la habitación de Yvonne. Era un lugar acogedor y olía a flores frescas. El cuerpo de la licántropa estaba tendido en la cama cubierto con una manta hasta los hombros. Una parte de la piel desnuda de su cuerpo asomaba delicadamente. Acercó su mano despacio para poder acariciarla, pero justo antes de hacerlo, los ojos de Yvonne se abrieron.

—¿Señor? —Susurró suavemente. Odiaba escuchar esa palabra salir de los labios de Yvonne para dirigirse a él.

—Hola preciosa, ¿Cómo te encuentras? —Le preguntó acercándose a ella con miedo de levantar la voz.

—Mejor. Derian me ha curado. Ya no me duele tanto... lo único que siento es un pequeño escozor dentro.

—Ah, ¿pero te dolía? Me dijiste que no era nada. —Le dijo Gédéon haciendo que Yvonne se sonrojara. Le encantaba verla así. Era una mujer tímida. Dulce. Era pura bondad. Sus cabellos negros como el azufre estaban esparcidos por la almohada y sus ojos color canela lo miraban con dulzura. No pudo contener las fuerzas y tuvo que acercarse para poder besar esos labios que lo volvían loco.

—Señor, ¿Qué hace? —Yvonne se incorporó un poco girándole el rostro a Gédéon para evitar el beso.

—Yo... oh cielos Yvonne, ¡perdóname!... pensaba que tú... que yo... —era la primera vez que Gédéon tartamudeaba.

—Lo siento mi señor si le he causado una impresión equivocada, pero no puedo corresponderle como usted quiere. Mi lealtad a este clan y a su mando es infinita, pero mi corazón pertenece a otro, lo siento mi señor. —Aquellas palabras fueron como un dardo envenenado para el corazón del líder de los licántropos.

Alguien golpeó la puerta de la habitación en ese preciso instante, liberándolo de una situación tensa y vergonzosa.

—Adelante. —Contestó Gédéon.

—Señor, hay un grave problema en la base. —Era Debon. Lo había acompañado a casa de Yvonne para poder verla en cuanto habían dejado a Adrienne en la enfermería. No necesitó nada más que una mirada de Yvonne hacia Debon para saber a quién se había referido unos segundos antes.

—¡Adrienne! —Se levantó de golpe el líder

—Me temo que sí, señor. —Le respondió Debon bajando el rostro no sin antes haber mirado a Yvonne.

—Espero que te mejores Yvonne. Tengo que irme. —le dijo Gédéon.

—Gracias señor, espero que Adrienne se ponga bien. —Le dijo la licántropa con esa voz tan dulce que tuvo que apretar los puños de rabia al no ser el dueño de su corazón. Salieron corriendo de allí dirigiéndose a la base donde estaban Derian y Alina junto a Sigfrid.

Adrienne seguía inconsciente en la camilla. Ahora estaba más pálida que cuando la había dejado.

—Lug, reúne a los chicos. Necesito que vengáis a mi despacho. No tardéis. —Escuchó Lug a Hakon al otro lado del teléfono.

—Sí, señor. Iremos inmediatamente. —Colgó.

Lug era un poderoso vampiro. Era la mano derecha de Hakon, el gobernante del clan de los vampiros en Rusia. Se le conocía por ser frío e implacable.

Hakon acababa de recibir una llamada de Kassandra, la anciana del Consejo, poniéndolo en alerta de lo sucedido con los neófitos y haciéndole saber de la misión a Egipto.

—Chicos, el jefe quiere que vayamos inmediatamente a su despacho. Así que dejad la partida para otro momento. —Les dijo Lug a Berdic e Ivar, dos de sus compañeros. Ya había anochecido y estaban esperando a Vittoria, mientras jugaban una partida de billar, para salir a patrullar.

—¿Sabéis dónde está Vittoria? —Les preguntó Lug.

—No, la última vez que supimos de ella fue cuando se subió a descansar. Aún no ha bajado. —Contestó Berdic. Era joven pero muy fuerte. Media dos metros y tenía el cuerpo más escultural del clan ruso. Con su cabello largo hasta los hombros y unos ojos espectacularmente verdes, se podía permitir el lujo de hacer algunos trabajos que otros como modelo. Lo contrario que Berdic, era Ivar, que no era tan agraciado, llevaba siempre el pelo cortado con una especie de cresta que le gustaba teñir de colores llamativos cada dos por tres. Tenía los ojos negros y a veces se ponía lentillas de fantasía con colores y formas. Demasiado estrafalario pero era un vampiro muy eficiente en su trabajo. Era el que manejaba todos los aparatos tecnológicos de la base, no había ordenador ni base de datos que se le resistiera.

—¿Quieres que vaya a buscar a ese bombón, Lug? —Le preguntó Berdic.

—No, gracias. Voy yo. Vosotros ir tirando hacia el despacho de Hakon. —les ordenó Lug mientras salía de la sala para subir por las escaleras hacia la

zona de los dormitorios. Vittoria estaba aún en la cama. Tenía puestos los auriculares escuchando música en su iPod mientras leía uno de esos libros románticos de vampiros y humanos que tanta fama tenían. A través de la música, escuchó que golpeaban despacio la puerta. Se sonrió al oler el perfume de Lug al otro lado.

—Adelante. —Dijo Vittoria desde dentro. Era una vampira de unos dos siglos. Había sido creada por Hakon, y desde entonces había estado siempre a su servicio. Era básicamente la niña mimada del jefe, como si fuera una hija para Hakon. Tenía el pelo corto, más largo de un lado que de otro teñido de color violín. Unos ojos color verde, de forma alargada, que le hacían una mirada felina. Todo un bombón.

—Vittoria, debemos ir al despacho de Hakon. Nos ha llamado. —le dijo Lug cuando entró en la habitación, mirándola. Cuando vio que llevaba solo un short y un top puestos, desvió la vista, echando un vistazo por la habitación. Tenía las paredes pintadas de negro y todo lo tenía decorado de forma bastante gótica.

Hasta tenía una jaula con un murciélago de mascota—. ¡Oh cielos, Vittoria! Ni que fueras un vampiro.

Bromeó Lug con ella.

—Sí, eso parece, ¿verdad? No puedo evitarlo—. Se levantó acercándose a él. —Algún día conoceré a uno y le pediré que me convierta, entregándole toda mi sangre y mi cuerpo. —Le sonrió a Lug guiñándole el ojo y poniéndose cada vez más cerca. —¿Querías ser tú mi vampiro? —Estaba tan cerca de él, que le lamió la oreja. Le encantaba provocarlo, porque era el único con el que notaba siempre que se le resistía a su encanto. Para ella era como un reto.

—No sigas buscándome gatita, o me encontrarás. —Le respondió Lug separándose de ella y saliendo de la habitación. —Te espero fuera mientras te pones algo de ropa, date prisa.

—Bueno, bueno Lug, la primera vez que me lamas gatita ¿y te vas? Eso no es de machos. —Le gritó a Lug que estaba ya al otro lado de la puerta. Esta se abrió y Lug asomó la cabeza.

—Date prisa, Hakon nos espera ¿Y no sabes que jugar con fuego te quema?

—¡Pues ven y llévame al infierno! Jaja—. le contestó a Lug riéndose a carcajadas mientras se ponía un pantalón y una camiseta y se calzaba sus botas.

—No tienes arreglo, Vittoria. —le dijo Lug sonriendo cuando la vampira

abrió del todo la puerta.

Deberías dejar de leer esas novelas, te están friendo el cerebro.

—¡Sí, claro! ¡Ahora es culpa de mis novelas! —empezaron a andar por el pasillo hacia las escaleras.

Deberías leer tú alguna, a ver si te cambia el carácter tan rancio que tienes.

—¿Rancio? De eso nada, ¡Yo no soy rancio!

—¡Ja! Eso lo dices tú. ¡Pero si parece que te han clavado una estaca en el culo, Lug! ¿Por qué siempre están tan tenso y tan serio?

—¿Una estaca por el culo? Eso no es vocabulario para una señorita. — Le dijo Lug sonriendo disimuladamente. Le gustaba estar con esa vampira a pesar de sus palabras y acciones provocadoras. Era la única de la base que lograba sacarle una sonrisa. A pesar de estar rodeado de buenos compañeros y contar con la confianza de Hakon, siempre se encontraba solo. Era algo que no había podido cambiar desde que le arrebataron la vida de la mujer que amaba, delante de sus narices.

Cuando Juliette llegó al portal, notó una presencia detrás de ella.

—Juliette.

—¿Qué parte de no quiero saber más de ti, no has entendido, Giovanni? —Le preguntó sin girarse, mientras intentaba meter la llave en la cerradura.

—Estoy roto Juliette. Completamente roto por dentro... escúchame solo una vez, por favor, sólo dame un minuto....

—Un minuto Giovanni. Es lo que te daré y que sepas que no te mereces ni eso... —Le contestó abriendo la puerta y entrando al interior del edificio. — Pasa.

Giovanni entró detrás de Juliette. Empezaron a subir escaleras hasta que ella se paró delante de una puerta de madera, en el tercer piso. Era un edificio viejo pero se veía limpio. Abrió la puerta y entraron.

Cuando Juliette encendió una luz, vio que era una pequeña habitación. Tenía una cama a la derecha debajo de una pequeña ventana y junto a la cama una mesa con una silla. Había otra puerta que supuso que era el excusado, a pesar de la época en la que estaban el edificio estaba bastante completo de servicios.

—No sé por dónde empezar... —Se acercó a la cama donde Juliette se

había sentado y la miró. —¿Puedo?

Le preguntó señalando a su lado.

—Sí. —Le respondió escuetamente la joven.

—Juliette... sé que te hice daño... que me comporté de la peor manera que existe...pero tuve que hacerlo. —Juliette no lo miraba mientras él intentaba explicarse. Era muy duro ver la dureza de aquella joven que tan dulce fue con él en el pasado. Se sentía muy culpable de que aquel rencor habitara en aquel tierno cuerpo—. ¿Te acuerdas de Méderic?

—¿Tu creador, no?

—Sí. Pues necesitaba mi ayuda. Sufrió un ataque de unos vampiros, entre uno de ellos había un original.

—Lo siento, pero no entiendo que tiene que ver esto conmigo. ¿Y qué es un original?

—Son vampiros que han bebido de la fuente de los primeros creadores o que han sido creados por uno de ellos. Es casi imposible destruirlos, sólo se puede lograr con una daga antigua que muy pocos conocen...

—Sigo sin entender nada Giovanni, y la paciencia se me está agotando... —le interrumpió la joven.

—Por favor Juliette, para mí es muy difícil estar intentando apaciguar el dolor que te he llegado a causar....

—¿Apaciguarme, dices? ¿Estás de broma, no? ¿Tienes la más remota idea de la soledad que llegué a sentir aquella noche, esperándote? Por eso no querías convertirme en lo que tú eres ¿verdad? —Aquellas palabras se clavaron con odio sobre Giovanni. Era muy doloroso para él verla así.

—¡Perdóname Juliette! ¡Juro por mi vida que no quise hacerte daño! ¡Te amo Juliette, te amo con todas mis fuerzas! ¡Pero tuve que irme! ¡Tenía que ayudar a mi creador! ¡A mi hermano! —Giovanni no pudo más y se derrumbó. Lágrimas de sangre rodaron por sus mejillas mientras apretaba los puños de rabia e impotencia.

—Tranquilízate Giovanni. —Le acarició el rostro Juliette, manchándose la mano de sangre. Se levantó y cogió una toalla mojándola con el agua que había en una jofaina sobre la mesa. Se acercó a él y le limpió el rostro. Giovanni la miró a los ojos y ella no pudo evitar romperse por dentro al ver el sufrimiento de aquel hombre mientras la miraba.

—Oh dios Juliette... te necesito tanto... —Se abrazó fuertemente a ella. Juliette al principio se quedó rígida. Inmóvil. No sabía cómo reaccionar al abrazo de Giovanni. Pero aquella reacción duró unos segundos, en seguida

rodeó a Giovanni con sus brazos sintiéndolo tan cerca de nuevo.

—¿Qué pasó con Méderic al final? —Le preguntó.

—Murió. Ha muerto Juliette. Mi hermano ha muerto... —Le dijo Giovanni con el rostro enterrado entre sus cabellos.

—¿Qué cojones está pasando Derian? ¿Porque sigue mi hermana inconsciente aún? —Le preguntó Gédéon al médico del clan mirando el cuerpo de su hermana.

—Mi señor, me temo que no hay muchas opciones para salvarla. El veneno del neófito está dentro de su sistema.

—¿Qué no hay muchas? ¿Entonces hay alguna, no? —Preguntó Gédéon.

—Hay una. —le dijo Sigfrid.

—¿Y cuál es? ¡Me queréis decir algo coherente de una puta vez! ¡Quiero salvar a mi hermana y pretendo hacerlo ya!

—Dándole mi sangre, Gédéon. Esa es la única solución. —Le dijo su amigo.

—¿Cómo? ¿Te has vuelto loco? ¿Darle tu sangre? —Miró hacia todos los lados observando los rostros de los presentes. —¿A qué cojones estáis jugando? ¿Eh? —Miró con desesperación a Derian y Alina que estaban frente a él.

—Gédéon, escucha... —le dijo Sigfrid con tono pausado para que su amigo no se alterara más de lo que ya estaba.

—¡Ni escucha ni pollas! ¡Escúchame tú a mí! Quiero que mi hermana viva ¡pero te juro que prefiero verla muerta a que tenga la sangre de un vampiro en su cuerpo! —Le dijo Gédéon situándose frente al vampiro.

—Señor. El veneno del neófito está dentro de su cuerpo. La está matando lentamente. Si utilizamos nuestra sangre, quizás aguante un día más viva, pero las células del vampiro destruirán las nuestras. Pero la sangre de Sigfrid... —Le explicó Derian hasta que Gédéon le interrumpió.

—¡Por todos los dioses, Derian! ¿Tú también? No puedo creerlo.

—Señor, lo hago por Adrienne.

—¡No tienes ni puta idea en lo que mi hermana se convertiría! ¡No tenéis ni puta idea! —Salió dando un portazo. Cuando Sigfrid hizo el amago de salir tras él, Alina lo detuvo.

—No es buena idea. Iré yo. Ahora vuelvo. —le dijo Alina a Derian

saliendo tras el líder.

—Mi Supremo, Viriathos pide audiencia.

—Que pase. —Respondió Drystano sentado desde su trono. Se había quedado solo en la sala del Consejo cuando todos se fueron y no había podido moverse de allí. Su cabeza iba a estallarle de tanto pensar.

Todo esto era demasiado para la tranquilidad que había intentado siempre conseguir para su raza y para la Humanidad. Y ahora todo estaba del revés.

—Mi señor, le traigo al maestro Akil. —dijo Viriathos haciendo una reverencia al Supremo. Detrás de él, había un hombre, de unos ochenta años con el cabello totalmente blanco como la nieve y una barba larga del mismo color. Si no hubiera conocido al Mago Merlín en la Corte del Rey Arturo, en persona, juraría que era él a quien ahora tenía delante.

—Siéntense, por favor. —Les pidió Drystano.

Akil mantenía la cabeza agachada hasta que Drystano empezó a hablarle. Cuando levantó el rostro, el Supremo vio que el hombre tenía las cóncavas de los ojos vacías ¡no tenía ojos!

—Bienvenido maestro. Nos es muy grato tenerlo aquí y le agradecemos que nos preste su ayuda. Como le habrá podido explicar Viriathos, estamos ante una urgente situación. Necesitamos de manera urgente, localizar a la bruja original para partir inmediatamente a Egipto y destruir al dios Seth.

—Gracias por recibirme en vuestra morada. Intentaré hacer todo lo que esté en mi mano para localizarla.

—¿Qué necesitas? Pide lo que sea. —le ofreció el Supremo.

—Sólo necesito una habitación para estar tranquilo y si es posible, un poco de pan y queso. Es que tengo mucha hambre. —Sonrió el anciano.

—Espero no tener que arrepentirme, Viriathos. —le dijo el Supremo telepáticamente.

—Confíe en mí, señor. Es el brujo más poderoso de todos los tiempos desde la existencia del Mago Merlín.

—Eso espero, por nuestro bien.

—Llévalo a una habitación y que le den de comer. —ordenó Drystano a Viriathos.

—Así será, mi señor—. le respondió el vampiro agarrando del brazo suavemente al mago.

—Confíe en mí, señor. No se arrepentirá—. le dijo el brujo mientras seguía los pasos de Viriathos hacia la puerta. Pero antes de atravesarla, se giró hacia el Supremo. —Me hubiera gustado mucho conocer a Merlín, hubiera aprendido mucho de él. —y volvió a reanudar la marcha saliendo de la sala y dejando a Drystano totalmente impresionado. Nadie hasta ahora había podido entrar en su poderosa mente, y en un momento aquel anciano lo había conseguido. “Confíemos en él, es la única solución que tenemos” pensó.

Ya más calmados los dos, sentados sobre la cama, Giovanni le estuvo explicando lo sucedido con Méderic. No quiso explicarle mucho más, puesto que no quería que sufriera por la figura de Leonard, el vampiro original sediento de venganza hacia Giovanni. Era él, el único culpable de que se hubiera separado de la mujer a la que amaba con todas sus fuerzas.

Había venido a ver como estaba, sobre todo si seguía viva, puesto que Leonard cada vez estaba más cerca, acechándolo. Buscaba venganza y encontraría a Juliette tarde o temprano.

Giovanni estaba cansado de huir. No quería verla tan indefensa y había venido a buscarla para darle la inmortalidad. Sabía que si Juliette se transformaba en vampiro, tendría más posibilidades de sobrevivir en un mundo corrompido por el odio de Leonard hacia él.

—Yo... lo siento mucho Giovanni... —fue lo único que pudo decirle. Sabía el dolor que estaba sintiendo ese hombre, llorando entre sus brazos. Pero aún no acababa de comprender porque había desaparecido de su vida durante cuatro años. ¿Por qué no había intentado ponerse en contacto con ella ni una sola vez?

¿La amaba aún? ¿La había amado alguna vez? —Pero tienes que irte....

—Juliette... no por favor... no me pidas eso. Ahora no.. —Le cogió el rostro entre sus manos y la miró fijamente a los ojos.

—Lo siento pero no quiero estar cerca de ti... simplemente no puedo—. se levantó de la cama donde estaban los dos sentados y siguió hablando de espaldas a él. —He sufrido mucho por ti... he sentido demasiado dolor aquí dentro de mi pecho. Ya te he escuchado lo que querías decirme, así que te pido por favor que te vayas.

—Juliette, mirarme. Dime que no me amas, y me iré de aquí. —Se levantó de la cama.

—Giovanni, no lo hagas más difícil, por favor....

—Dime que no me amas y me iré, Juliette—Se acercó hacia ella levantando la voz—. Mírame.

Ella se giró hacia él, con el rostro cubierto de lágrimas.

—¡Dime que no me amas! —le gritó Giovanni.

—Oh dios, Giovanni... ¡no puedo!

—¿No puedes qué, Juliette? ¿No puedes decirme que no me amas? ¿O no puedes mirarme?... Juliette, te lo digo una vez más, dímelo y me iré de aquí. Me iré de tu vida para siempre, pero necesito escucharlo.

—Giovanni... —Lo miró a los ojos intentando decir una frase pero cuando sus ojos encontraron los profundos ojos grises de Giovanni, se derrumbó—. Te amo Giovanni, ¡Claro que te amo!

—Juliette... mi dulce Juliette... —cayó de rodillas frente a ella besando su vientre y abrazándola mientras lágrimas de sangre recorrían sus mejillas de nuevo—. Ahora, necesito preguntarte una cosa....

—Dime.

—¿Estás dispuesta a transformarte en lo que yo soy? —Le preguntó finalmente, levantando el rostro desde donde estaba arrodillado ante ella para poder mirarla mientras se lo preguntaba.

Juliette no podía creer lo que Giovanni le estaba preguntando. Le estaba ofreciendo lo que ella le pidió hace cuatro años, convertirla en vampiro y poder vivir cerca de él, toda la eternidad.

—Giovanni... yo... tengo que pensarlo.

—Tienes que contestarme ahora, principessa. No disponemos de tiempo.

—¿Por qué no disponemos de tiempo, Giovanni? Me estas ocultando algo que no quieres contarme... lo sé... ¿Qué ocurre? Por favor, explícamelo...

—No puedo contarte nada más. Debes confiar en mí Juliette ¿confías en mí? —Se arrepintió enormemente de haberle hecho esa última pregunta. ¿Cómo iba a confiar en alguien que le había causado tanto daño?

Pero la respuesta de Juliette lo dejó sin respiración.

—Sí. Confío en ti. Estoy dispuesta a ser lo que tú eres. —se arrodilló delante de Giovanni, abrazándolo con fuerza.

—Il mio amore... —le susurró tomando sus labios con desesperación. Juliette le respondió al beso entregándose a él de nuevo como había hecho en el pasado.

Tras aquel beso, Giovanni se separó de ella, mientras con su mano le acariciaba el rostro con ternura.

Aquella mujer confiaba en él a pesar de todo... —Mi vida... dispongo de unas horas para estar contigo, debo marcharte antes de que amanezca...-

—Sólo te pido que vuelvas, por favor, no me dejes sola nunca más...

—Mi vida, aunque deba renunciar a todo, volveré a ti de nuevo.

—Pues entonces, no perdamos el tiempo hablando... —Se levantó de su lado, ofreciéndole la mano y acercándolo a la cama. Giovanni comenzó a desnudarla despacio, se quitó las ropas él y apretó su cuerpo contra el de ella, tumbándola en la cama y aplastándola contra el colchón.

—Tengo que estar contigo para poder vivir... para poder respirar... tienes todo el control sobre mí... —le susurraba al oído mientras acariciaba la suave piel de sus muslos, ascendiendo con sus manos hacia sus pechos—. Esta noche no será la última, mi dulce Juliette... tú eres lo único que me mantiene vivo en este mundo de oscuridad... tú... la mia metà... la mia bambina... — Seguía besándola apasionadamente.

—Perdóname, por favor... perdóname por todo mi niña... necesito tu perdón....

—Te perdono mi amor. Te perdono. Pero no vuelvas a irte nunca más sin avisarme... por favor te lo pido porque no podría soportarlo otra vez....

—Te lo prometo mi princesa. Te lo prometo. —Juliette quedó hipnotizada ante la mirada de Giovanni llena de rojo deseo. —Ahora dime que aceptas todo lo que tengo que darte....

—Sí, mi vida, acepto... —Giovanni deslizó las manos entre los muslos de Juliette. Estaba ardiendo y totalmente húmeda. La sentía preparada para acogerlo en su interior. Esa mujer había nacido perfecta para él.

Fue bajando lentamente hacia su sexo, dibujando tiernos besos en su piel. Cuando estuvo a la altura de sus rizos íntimos, abrió los muslos despacio y le acarició con los dedos la entrepierna, inclinándose hacia dentro para poder acariciarla con su lengua. Juliette tembló cuando la boca de Giovanni acarició su sexo. Comenzó a temblar de placer mientras sentía como la lengua y los dedos de su amante se movían sin parar. Escuchaba como Giovanni gruñía mientras la devoraba por completo. Succionaba su húmedo sexo una y otra vez como si de un manjar se tratara, y justo en una de las veces que introdujo su lengua dentro fue cuando Juliette explotó, arqueando la espalda y enterrando con fuerza sus dedos en los suaves cabellos de Giovanni.

El vampiro abandonó el sexo febril de Juliette y ascendió por su cuerpo hasta quedar encajado encima de ella. De nuevo la tenía a la altura de sus ojos que lo estaban mirando fijamente, ligeramente entrecerrados debidos al éxtasis

que acababa de sentir en todo su cuerpo.

—¿Lo vas a hacer ahora? —Le preguntó Juliette.

—Poco a poco... mia principessa... aún tenemos tiempo para mucho más... —Le puso las manos debajo de las rodillas y le separó las piernas, abriéndola para él. Quería decirle con su cuerpo todo lo que sentía por ella. A pesar de las diferencias que había entre ellos, la naturaleza los había unido, y jamás iba a permitir que volvieran a separarlos.

Acarició sus pechos, primero con las manos y luego las sustituyó por su boca y su lengua. Aquellos pechos tan tiernos y firmes, calientes bajo su lengua, lo abrumaban. Ella le estiró del pelo delicadamente para que volviera a subir y así poder apresar sus labios. Cuando Giovanni estuvo frente a ella, le devoró la boca, succionándola y penetrándola con su lengua.

—Me encanta besarte... sentir tus colmillos cerca de mi lengua... ¿siempre será así entre tú y yo? —Le sorprendió Juliette con esa pregunta.

—¿Te refieres a cuando seas vampira?

—Sí... me refiero a que ¿seguiremos sintiendo lo mismo cuando yo me haya transformado?

—Mucho mejor, mi amor... será mucho mejor. Al compartir nuestra sangre, crearemos un vínculo indestructible. Seremos dependientes el uno del otro... y sobre el sexo... es lo más increíble que podrás experimentar... ya lo verás mi dulce princesa....

Mientras terminaba de susurrarle esas dulces palabras al oído, Juliette sintió como Giovanni entraba dentro de ella suavemente. Notaba todo el miembro duro dentro de su cuerpo, invadiéndola por completo en una sola penetración.

—Quiero que me sientas dentro de ti, mi dulce Juliette... quiero llegar hasta tus entrañas... —le seguía susurrando al oído haciendo que Juliette se derritiera por completo al sentir las penetraciones invadiendo su sexo.

—Ahora voy a beber de ti... quiero hacerlo mientras me vacío por completo en tu interior... mientras te llevo a la cima del placer... —Giovanni clavó sus incisivos en el cuello de Juliette, saboreando la deliciosa sangre de la joven humana a la que amaba con todas sus fuerzas. Él era un ser inmortal... pero por encima de todo era un hombre enamorado.

—Gédéon. —le dijo suavemente Alina cuando llegó a su lado. Había

salido afuera y estaba sentado en las escaleras de la cabaña con la cabeza entre sus manos. Ya era de madrugada y pronto amanecería. La noche era fría y corría mucho aire afuera, pero Gédéon necesitaba respirar. Se estaba ahogando ahí dentro viendo el cuerpo casi inerte de su hermana.

Alina se sentó a su lado y le pasó un brazo por el hombro. Apenas llegaba al otro lado del cuello debido a las anchas espaldas que Gédéon tenía.

—Sé que es una decisión difícil, Géd.

—No es difícil, Alina. La decisión ya ha sido tomada. Mi hermana no tendrá la sangre de un maldito chupasangre en su interior. Prefiero verla muerta antes que verla convertida en un híbrido.

—¡Tú no sabes lo que estás diciendo! ¡Tu hermana va a morir, si no haces nada para impedirlo!

—Alina, será un híbrido. Mitad vampiro, mitad licántropo. Ya no será ella nunca más. ¿Y si no supera el cambio? ¡Joder, Alina, es mi hermana! —Se giró hacia ella.

—Géd, escúchame. —le cogió el rostro con sus dos pequeñas manos. — Si fuera mi hermana, no querría perderla. Tú no sabes lo que es, estar sola. No tener un hermano, unos padres a quien querer y sentirte querida....

—Pero Alina....

—Haría todo lo que estuviera en mis manos para no perderla Géd. Piénsalo por favor, tú lo has dicho antes, ¡es tu hermana! —Le dijo Alina con lágrimas en los ojos. Unos ojos penetrantes lo miraban como nunca antes lo habían mirado.

—Pequeña... pero tú no estás sola. Nunca lo estarás. Eres como una hija para mí... como mi hermanita pequeña. Nunca te dejaré sola. —Se acercó a ella lentamente para besar su mejilla pero Alina giró su cara separándose de él. “Vaya, es la segunda vez que me pasa hoy” pensó Gédéon.

—¿Qué... que te ocurre pequeña? —Le dijo Gédéon al ver la reacción de la joven.

—No quiero que seas ni un padre ni un hermano para mí, Géd. ¡A ver si te das cuenta de una puta vez que estoy enamorada de ti! Y que daría hasta mi último aliento por no verte sufrir más. Ahora, vuelve a dentro y dile a ese maldito chupasangre que le dé su sangre a tu hermana para no perderla. —Se levantó y entró en la cabaña dejando al líder de los licántropos sentado en la soledad de la noche, y sin una sola palabra que decir.

Pero en un impulso, casi sin pensarlo, se levantó y la siguió hacia dentro.

—Alina, espera. —Le dijo cuándo la vio andar por el pasillo. Ella se

detuvo y se giró hacia él.

—Géd, no quiero que me digas nada, de verdad. Te lo pido por favor. Ya estoy bastante arrepentida por lo que te he dicho.

—¿Cómo quieres que no diga nada? ¿Pero tú sabes lo que me has dicho, muchacha?... ¡claro que lo sabes!

—¡Si me lo has dicho tú! Perdóname Alina, no sabía nada de todo esto que sientes por mí... yo... te he tratado siempre como si fueras de mi familia. Yo nunca te he mirado de otra forma.

—Te pido por favor otra vez, que no sigas, ¿vale? Dejémoslo aquí. Como si no hubiéramos hablado de esto nunca. Vamos a dentro a salvar a tu hermana. Ahora es lo único importante que nos tiene que preocupar ¿entendido? Puedo seguir con mi amor secreto, no voy a morirme. Hasta ahora lo he llevado bastante bien. —Le sonrió mientras se giró de nuevo para dirigirse a la sala donde estaban esperándolos.

Al ver que Gédéon no la seguía se volvió a girar.

—¿Vienes? —Le preguntó Alina.

—Si... vamos. —La siguió hasta que llegaron al interior de la sala. Cuando entraron Sigfrid y Derian lo miraron fijamente.

—Está bien, Sigfrid. Dale tu sangre. No quiero perder a mi hermana. — Les dijo Gédéon.

—¡No perdamos tiempo! Ven Alina ayúdame a ponerle una vía. Le haremos una transfusión. —comenzó a ordenarle Derian—. Ven, sujétame aquí. —Sigfrid asintió con la cabeza mirando a Gédéon.

Entre Derian y Alina prepararon a Adrienne, mientras Sigfrid se sentaba en la silla de al lado para que Alina le colocara también una vía a él y así poder transferirle su sangre a la licántropa. El proceso duró unos minutos. Gédéon se quedó con ellos observando todos los movimientos. Miraba a su hermana, que seguía con los ojos cerrados pero el color de su piel estaba cambiando poco a poco. Ya no estaba tan pálida como antes.

También observaba a Alina. Miraba cada gesto y cada movimiento que hacía. No podía creer lo que aquella joven le había dicho. Jamás había pensado que aquella niña que recogió en el bosque se llegaría a enamorar de él. Y además, ¡era una humana!

¿Cómo se podía enamorar una humana tan delicada de un licántropo tan rudo como él? Desde luego que la naturaleza tenía sus propias leyes.

Ahora no tenía ni idea de cómo tratarla. No quería por nada del mundo hacerle daño ni que se sintiera incomoda en un lugar que siempre había sido su

hogar. Tendría que andar con pies de plomo con ella de ahora en adelante.

—¡Ya está! —Le dijo Derian.

—¿Y ahora qué hacemos? —Preguntó Gédéon.

—Pues yo tengo que irme a descansar. Está amaneciendo... —dijo Sigfrid delicadamente. No quería que su amigo se alterara de nuevo con su presencia.

—No te preocupes Sigfrid. Derian puede acompañarte al cobertizo, allí hay un pequeño zulo bajo tierra donde estarás seguro del sol y podrás descansar. —Se levantó Sigfrid para irse cuando Gédéon lo detuvo.

—Gracias hermano. —Le dijo.

—De nada... vendré en cuanto vuelva a anoecer. —Salió de la sala acompañado por Derian. Dejando a Gédéon y a Alina solos con Adrienne.

Gédéon se sentó de nuevo al lado de su hermana.

—Deberías irte a descansar, Géd. Esta noche ha sido muy larga. Además tienes arañazos por todas partes, ¿no te los ha curado Derian?

—No he tenido tiempo de que me los curara. Además quiero quedarme con ella ¿puedes curármelos tú?

Le preguntó mirándola.

La verdad es que ahora que la miraba de una forma distinta veía que era una joven preciosa. Tenía el cabello moreno muy parecido al de su hermana pero Alina lo tenía liso y más largo. Unos ojos azules marrones intensos y un rostro muy dulce. Su cuerpo estaba lleno de curvas sobretodo debajo de esa bata blanca que llevaba puesta. “¡Diablos Gédéon! ¿En qué coño estás pensando? ¡Es Alina!

¡La pequeña Alina!” pensó quitando los ojos del cuerpo de la joven.

—Quítate la camiseta Géd. —Le pidió Alina.

—¿Cómo? —Le respondió Gédéon poniéndose tenso.

—Que te quites la camiseta, si no ¿cómo quieres que te cure los arañazos? ¿Por telepatía? —le sonrió mirándolo.

Gédéon se sacó la camiseta por la cabeza dejando su torso desnudo. El tatuaje del lobo lo hacía aún más espectacular. Alina había visto a todos los del clan sin ropa al haber trabajado con Derian en la pequeña clínica, pero jamás había visto un cuerpo como el de Gédéon. Le impresionaba ver tanto músculo junto.

Cuando puso sus manos sobre los arañazos para ver la profundidad de las heridas no pudo contener un gemido al sentir la piel caliente de Gédéon a través de sus guantes. Al escuchar el pequeño gemido de la joven, Gédéon se

giró y la miró. Vio como Alina se había quedado quieta detrás de él, observando su espalda.

—¿Tan mala pinta tienen esos arañazos? —Le preguntó bromeando con ella.

—Perdóname Géd... pero no puedo. —Se quitó los guantes y salió de la sala dando un portazo. En lugar de salir corriendo, Alina se apoyó en la pared del pasillo junto a la puerta, intentando que el corazón no se le saliera del sitio. Justo cuando empezaba a respirar con más serenidad escuchó abrirse la puerta de la sala de curas y de ella, salió Gédéon.

El licántropo se colocó frente a ella sin decir nada. Aún seguía sin camiseta y Alina no pudo evitar contemplar aquellos abdominales que parecían esculpidos en mármol. Subió la vista contemplando todos aquellos músculos que tenía frente a ella. El rostro de aquel lobo negro, la miraba de manera desafiante.

En un gesto inconsciente, levantó una mano y acarició el pectoral de Gédéon. Ya no llevaba los guantes puestos, así que todo el calor de la piel del líder la sintió bajo su mano. Cerró los ojos y volvió a gemir.

Gédéon no pudo evitar que su polla se pusiera dura como una barra de acero, al contacto de la mano de Alina en su cuerpo y de cómo había salido un tierno gemido de nuevo, de la boca de la joven.

Cuando Alina abrió los ojos de nuevo y lo miró fijamente, un impulso hizo que Gédéon bajara su rostro hacia el de ella para poder devorar aquellos tiernos labios. Su cuerpo se había acercado tanto a Alina, que ahora notaba todas sus curvas junto a él. Notaba la respiración acelerada de la joven y como sus protuberantes pechos subían y bajaban a cada bocanada de aire que aspiraba la joven.

—Alina... —Susurró Gédéon sintiendo el aliento de la joven cerca de su boca.

Justo cuando sus labios estaban a punto de tocar los de Alina, escucharon un grito dentro de la sala.

Gédéon se separó de la joven humana y entró en la sala corriendo hacia su hermana seguido de Alina.

Cuando llegaron vieron como Adrienne se retorció gritando desesperadamente encima de la camilla.

—¡Derian! —Gritó Gédéon. En ese momento el médico entró—. ¿Qué le pasa a mi hermana, Derian?

—Su cuerpo ha aceptado la sangre de Sigfrid y ahora está en proceso de

transformación. Ahora sólo nos queda esperar, y rezar para que complete el cambio....

Los tres se miraron cuando salió un grito desgarrador de la garganta de Adrienne. Inmediatamente después su cuerpo se quedó quieto y su rostro se relajó. Tenía un color de piel anaranjado. Sus cabellos se habían vuelto más brillantes y sus manos, antes cerradas en un puño tenso, ahora estaban abiertas a cada lado de su cuerpo, relajadas sobre la camilla.

CAPITULO XIV

Cuando Juliette sintió como Giovanni clavaba sus incisivos en su cuello, mientras la penetraba con fuertes movimientos, explotó. Una vibración recorrió su cuerpo de los pies a la cabeza, llevándola a un sublime orgasmo. Cuando terminó de beber de ella le cerró los orificios del cuello. Aún estaba dentro de su cuerpo, embistiéndola sin parar, cuando alzó la mano a su cuello y con una uña, se arañó fuertemente en el cuello, para que brotara su sangre y que Juliette pudiera beber de él.

—Bebe de mi princesa... y entrégate a mí, en la eterna oscuridad...

Sin pensárselo dos veces, Juliette se acercó a la herida abierta del cuello de Giovanni. Primero lamió despacio la herida, saboreando la sangre. Tenía un sabor fresco, como a hierba buena, era igual que el olor que desprendía siempre Giovanni. Abrió más la boca para poder abarcar toda la herida y así beber mejor. Mientras lo hacía, sentía un calor recorrer todo su cuerpo, y mientras, escuchaba gemir a Giovanni, acelerando las embestidas hasta que lo escuchó gritar su nombre, vaciándose por completo en su interior.

Giovanni no pudo contenerse más y explotó por completo dentro de Juliette, inyectándole toda su semilla dentro mientras sentía los labios y la lengua de Juliette en su piel, succionando su sangre. Estaban completando el proceso de transformación, pronto sería suya para toda la eternidad... su pequeña

Juliette. Su diusca.

—Ya puedes parar, mi amor. —Pasó la lengua por los cálidos labios de Juliette, relamiendo el sabor de su sangre.

Se quedó tumbado encima de ella, mientras Juliette le acariciaba la espalda y el cabello. Estaba relajada debajo de él, pero de golpe notó un terrible dolor en el pecho.

Gritó al sentir como ese dolor iba creciendo dentro de ella.

—Giovanni, ¿Por qué siento este dolor? ¡Oh dios! —Comenzó a retorcerse, moviéndose de un lado a otro.

Tensaba la espalda y los brazos. Giovanni la intentaba abrazar, pero ella no sentía apenas su cuerpo. Era todo dolor lo que estaba sintiendo en esos momentos. Deseaba morir.

—Mi amor... no te preocupes, es el inicio de la transformación. Verás

cómo pasa rápido....

Escuchaba la voz de Giovanni a lo lejos como si estuviera a mucha distancia ella. El dolor no la dejaba casi ni respirar. Era como si todo su interior estuviera en llamas, y poco a poco se fuera quemando viva.

Notaba los latidos acelerados en su pecho y como su garganta se secaba arañándole cuando intentaba tragar saliva.

Pinchazos recorrían su espalda como si la estuvieran atravesando con miles de puñales. No podía dejar de gritar. Notó como la mano de Giovanni se cerró en torno a su boca ahogando los gritos. Empezaba a sentirlo más cerca de ella. La estaba abrazando fuertemente.

—*Chisss...* ya está mi vida... ya está pasando....

Giovanni tenía razón. Poco a poco fueron disminuyendo los pinchazos que antes la atravesaban por todo el cuerpo. El terrible dolor en el pecho estaba aflojando pero la garganta la seguía sintiendo seca. No tenía apenas saliva cuando notó un fuerte dolor en las encías. Algo afilado le estaba atravesando la carne y cuando se quiso dar cuenta se pinchó con una de esas afiladas cosas en su lengua, notando un sabor dulce dentro de su boca. Un sabor único en su paladar.

—Oh dios santo Giovanni... ¿qué me está pasando? ¿Qué esto que tengo en la boca? ¿Y porque noto este líquido tan dulce en mi lengua? —Apenas podía abrir los ojos pero sí escuchó la dulce voz de Giovanni cerca de ella.

—Has completado el cambio mi vida... eres una bella vampira... bebe mi vida, necesitas sangre para no sentir ese dolor en tu garganta....

Olió algo delicioso y en seguida una corriente de sensaciones, invadieron todo su cuerpo mientras Giovanni le acercaba su muñeca para que siguiera bebiendo. Aquello era lo más delicioso que había probado nunca. Era caliente y sabrosa, y llenaba su garganta de un dulce y embriagador sabor. Comenzó a succionar con fuerza. No que-ría parar. Cada trago que echaba, sentía más calidez en su cuerpo. El dolor de las en-cías había cesado y ahora sentía sus colmillos fuera. Sin pensarlo, y por puro instinto, los clavó en la piel de Giovanni, escuchando un pequeño gemido salir de su boca. Así podía succionar mejor la sangre de aquel hombre, al que tanto amaba.

Cuando Giovanni separó su brazo de la boca de Juliette, ésta tuvo que dominarse para no agarrarle la muñeca y llevársela a la boca de nuevo.

En ese momento, fue cuando Juliette abrió los ojos y miró todo a su alrededor, viendo por primera vez el mundo como una vampira.

Giovanni estaba frente a ella observando todos los movimientos que

estaba haciendo Juliette. El entendía lo que ella estaba descubriendo en ese momento. Miles de sensaciones nuevas e indescriptibles.

Juliette lo miró fijamente. Era como si nunca antes lo hubiera visto, como si no le hubiera sido posible verlo. Estudió su cabello, negro y brillante, que desprendía destellos maravillosos... sus ojos... profundos y grises como la plata... su piel, que antes siempre le había parecido pálida, ahora la veía suave y radiante como el mármol más perfecto.

—¿Cómo te encuentras, mi princesa? —Aquella voz resonó en los oídos de Juliette como si se tratara de un sonido metalizado, parecido a unas llaves, penetrando dentro de ella. También escuchaba como un pequeño tambor, resonando frente a ella, y reconoció, que era el corazón de Giovanni, que seguía latiendo a un compás acelerado, tal y como ella lo había sentido antes, mientras bebía de él.

—No lo sé... me siento... rara. —Se quedó prendada de su propia voz. Aquel sonido era casi celestial. Sus palabras habían retumbado en su interior, traspasando sus cuerdas vocales como si estuviera tocando con sus manos un arpa.

Observó detenidamente todo a su alrededor. Aquella habitación le pareció más hermosa de lo que le había parecido nunca. Las cortinas se movían por la brisa que entraba por la ventana, como si se tratara del aleteo de una mariposa. La brisa nocturna, le traía olores indescriptibles... como si estuvieran haciendo pan en esa misma habitación, o como si tuviera un árbol al lado de su cama, todos los olores, los percibía, de-terminando en cada momento de dónde provenía cada uno y penetrando en sus pulmones como si lo necesitara para seguir despierta.

Pero lo más impactante fue cuando se levantó, y se acercó al espejo. Por primera vez, observó su rostro.

Nunca antes se había visto nunca tan hermosa. Sus cabellos eran tan dorados como el oro. Su piel, tan radiante como la de Giovanni. Parecía un retrato del mismísimo Miguel Ángel. Pero lo que más le impactó, fue ver sus ojos, antes de un castaño oscuro, ahora eran del color de la miel. Dorados y brillantes. Transmitía una dulzura que jamás pensó que tenía. Sus labios sonrosados, parecían estar maquillados, y cuando sonrió, sus dientes blancos como la nieve, habían acogido dos perfectos incisivos, afilados, en la parte delantera de su mandíbula. Sin duda, estaba ante un ser bendecido por los dioses del Olimpo.

Había muerto como ser humano, pero se sentía totalmente viva, como

vampira.

Viriathos acompañó al anciano mago a una habitación tal y como había pedido. Mandó traerle algo de comer y se esperó junto a él, hasta que terminara su festín.

El anciano se tomó su tiempo para acabar con todo lo que le habían traído, mientras Viriathos lo contemplaba.

La primera vez que vio al brujo, hacía ya muchos años, era un joven de cabellos negros como el carbón y unos grandes ojos marrones. Y ahora, tenía delante, a un anciano, sin ojos que comía torpemente por la falta de dientes. No acababa de entender, porque no había adquirido la inmortalidad cuando aún era joven y se preguntaba que le había podido suceder para perder los dos ojos.

—La inmortalidad no es algo que todos deseemos, mi querido Viriathos. —Interrumpió al vampiro en sus pensamientos. —La vida ya es demasiado dura y cruel, como para alargarla eternamente... yo solo quiero morir cuando llegue mi hora y así poder descansar en paz—. Aquel anciano había penetrado en la mente de Viriathos.

—Me conociste hace muchos años... —prosiguió Akil—, llevo toda mi vida ejerciendo la magia. Conozco el poder que tiene sobre el bien y sobre el mal, es por eso por lo que he venido a ayudaros. Si un dios de tal magnitud como el que me habéis explicado, ha resucitado, los resultados pueden ser devastadores.

Pongámonos en marcha, entonces. Se levantó y se colocó en el centro de la habitación. A continuación alzó los brazos y una luz comenzó a rodearlo, cubriéndolo desde los pies hasta la cabeza. Como una especie de remolino de aire comenzó a nacer en el suelo junto a sus pies. Viriathos miró detenidamente como aquel pequeño remolino cada vez se iba haciendo más grande.

Se apartó hacia un lado de la habitación mientras seguía observando cada detalle de lo que allí estaba sucediendo.

—Etimone, etimone... etimone, etimone... —el brujo comenzó a pronunciar repetida-mente esa palabra mientras el aire y la luz rodeaban todo su cuerpo. En un segundo se añadió el elemento del agua. Miles de gotas circulaban alrededor de Akil, sin que ninguna cayera al suelo.

En cuestión de segundos, se añadieron la tierra y el fuego. Este último inundó de un calor abrasador la habitación, haciendo que Viriathos se separara mucho más, acercándose al máximo a la pared.

Era casi imposible mantener la vista hacia donde antes estaba el brujo. Una luz cegadora ocupaba ahora ese lugar. De pronto la imagen de una mujer de cabellos cobrizos rizados y unos ojos endemoniados, surgió dentro de la luz. Aquella joven estaba en un castillo. Tenía los brazos alzados y todo a su alrededor parecía estar flotando. Si aquella mujer era la bruja original, tenía que contactar con ella.

—¡Maestro Akil! —gritó Viriathos esperando que el anciano lo escuchara. —¡Maestro! ¡Tenemos que avisarla! —En ese momento la imagen de la joven volvió a aparecer más nítida. El rostro de la bruja miraba hacia un lado y otro como si estuviera buscando algo. Aquellos ojos oscuros, se habían vuelto totalmente dorados. Ya no tenía aquel rostro amenazador, ahora tenía delante la imagen de una mujer frágil y bella.

—¡Le está escuchando Viriathos! ¡Ella es Lícide, la bruja original! —gritó al anciano dentro de aquel remolino de elementos—. ¡Explíquele lo que necesite, no podré aguantar mucho!

—¡Lícide! Soy Viriathos, pertenezco al Consejo de Vampiros. Hemos contactado con vos, para pedirle ayuda. El dios egipcio Seth, al que una vez enterró en exilio, ha sido resucitado. Necesitamos de su poder para destruirlo, o acabará con toda nuestra especie y con la Humanidad.

—Lo sé. ¡Tengo el arma para destruirlo! ¡Mañana saldremos hacia Egipto para acabar con la miserable existencia de ese ser! —Contestó la bruja, sin saber hacia dónde mirar, pero escuchaba perfectamente la voz del vampiro que le hablaba. Markus se colocó a su lado y le cogió de la mano. No sabía que estaba pasando y con quien podía estar hablando Lícide, pero no tenía intención de interrumpirla.

—¡No podéis ir solos! Es muy arriesgado. Erwan es un vampiro que ha traicionado a nuestra raza y ha creado un ejército de neófitos. Os rogamos, por favor, que acudan a nuestra base mañana al anochecer.

Podréis localizarlos en Transilvania, junto al Lago Rojo, en las proximidades de los Cañones del Bicaz en los Cárpatos Orientales. Le explicaremos nuestros planes y juntos podremos vencerlos.

—Así será. Mañana al anochecer partiremos hacia su base. —contestó Lícide. Y en seguida la imagen desapareció. La luz cegadora también se apagó y los elementos desaparecieron dejando ver en el centro de la habitación, la

silueta del anciano.

—¿Está bien, maestro Akil? —Le preguntó Viriathos acercándose a él.

—Sí, hijo. No se preocupe. Solo estoy un poco cansado.

—Siéntese aquí, en seguida le traigo agua. —le acercó una silla. —Ha sido magnífico lo que acabo de presenciar—. le dijo mientras le daba un vaso de cristal, con agua para que el anciano bebiera.

—Ha sido fácil llegar a ella. Tiene un poder impresionante.

—Esperemos nos sea de ayuda para acabar con el dios Seth. Voy a informar al Supremo. Quédese aquí y descanse. En seguida vuelvo.

—¡Oh dios Markus! ¡No vas a creer lo que acaba de pasar! —Le dijo Lícide—. Acaba de contactar conmigo un miembro del Consejo de Vampiros. Dice que debemos ir a Transilvania para poder hablar con ellos. También saben de la existencia de Seth y quieren que colaboremos juntos para poder destruirlo.

—Vayamos abajo a informar a Giovanni y a Juliette. —Dijo Markus.

—Sí, bajemos—. Salieron de la habitación y bajaron las escaleras. Allí sentados, estábamos Giovanni y yo.

Cuando la vi bajar no pude evitar sorprenderme de la increíble transformación que tenía. Sus cabellos eran brillantes y perfectos, incluso habían crecido. Sus ojos eran de un dorado deslumbrante. El tono de su piel, era como el mismísimo mármol florentino, y unos labios sonrosados, como si estuvieran cubiertos con carmín. Exhalaba poder por todos los poros de su piel.

—¿Le has dado tu sangre, Markus? —Le pregunté. No quise parecer indiscreta, pero no pude evitar hacer la pregunta.

—Sí, y también he bebido de la suya. Hemos realizado por completo la transformación. —Me contestó Markus, mientras Lícide me observaba detenidamente.

—¿Es... es una de nosotros? —Preguntó Giovanni.

—¿Te refieres a si soy una vampira? Creo que sí. Tengo colmillos y me molesta una barbaridad. —Sonrió Lícide llevándose los dedos a sus incisivos.

—Eso es fácil de controlar. Mira, levanta la lengua hacia la parte de arriba de tu boca y aprieta. —le dije.

—¡Oh dios! ¡Por fin! —Dijo Lícide—. Gracias Juliette, pensé que tenía

que ir con estos colmillos a todas partes.

—Es un pequeño truco que me enseñó Giovanni. A mí también me costaba volverlos a ocultar. ¿Entonces, como te sientes ahora? ¿Tienes sed de sangre también?

—Pues la verdad es que no. Bueno, también acabo de alimentarme de Markus, quizás hasta que no pase más tiempo no sabré cuanto deseo por la sangre sentiré.

—Deberías sentirla constantemente, sobre todo al principio, es un hambre devastadora. El ansia de sangre es muy difícil de apaciguar cuando te conviertes en vampiro. Así que a lo mejor influye tu parte de bruja y por eso no tienes esa necesidad. —explicó Giovanni.

—Aún no estoy segura de cómo me siento realmente, pero lo que sí estoy segura es de lo que tengo que explicaros. Ha contactado conmigo un miembro del Consejo de Vampiros. Están en Transilvania y me ha dicho que debemos ir. Tienen constancia de la resurrección del dios Seth y quieren destruirlo. Quieren que vayamos mañana al anochecer.

—¿El Consejo de Vampiros? —Preguntó Giovanni.

—Así es. Eso es lo que me ha dicho. Se ha presentado como Viriathos. También saben de la existencia de Erwan, un vampiro que ha traicionado a vuestra raza y del ejército de neófitos que han creado.

—Pues mañana iremos a Transilvania. Ahora debemos descansar. El amanecer está llegando. —Dijo Markus—. Subamos a descansar.

—Hasta mañana entonces, nosotros también nos vamos. —respondió Giovanni mirándome.

—Tienes razón, vayamos a dormir. Me parece que mañana nos espera un día muy largo. —dije.

—Juliette....

—No sigas Giovanni. Mejor, dejémoslo estar y vayamos a descansar. No tengo fuerzas para seguir discutiendo contigo. —le dije. Comencé a avanzar por el pasillo hasta llegar a una puerta robusta de madera. Abrí y entré, seguida por Giovanni. Allí había una habitación, equipada con un pequeño baño y una gran cama en el centro. Estaba totalmente sellada sin ventanas ni ninguna apertura que pudiera filtrar los rayos del sol.

Me desnudé y me tumbé en la cama, metiéndome entre las sabanas. Estaba muy cansada y mi cuerpo se adaptó a la perfección, a la comodidad del colchón de plumas. Me giré y cerré los ojos. Mientras sentía como Giovanni se quitaba la ropa y entraba en la cama junto a mí.

—¿Cómo está la princesa? —Preguntó Sigfrid entrando en la sala de curas. Desde que abrió los ojos no pudo pensar en otra cosa que en Adrienne. Estaba muy preocupado por saber si al final había podido asimilar su sangre en su organismo y rechazar el veneno del neófito.

Adrienne estaba sentada en la camilla. Llevaba un camisón blanco, como el de los hospitales, atado a un lateral. Ella levantó la cabeza y lo miró fijamente en cuanto entró.

—¡Dios bendito! ¿He muerto y he subido al cielo? ¿O han mandado un ángel para acabar con mis pecados? ¡Wuuuuuu! —Gritó Sigfrid mientras la miraba. Realmente era lo más bello que había visto en toda su vida, y no sólo la de vampiro, también incluía la de humano que no había sido para nada más casta.

—Gracias por todo, Sigfrid. Supongo que es a ti a quien tengo que agradecer que siga viva. —Le dijo

Adrienne, con una voz realmente melodiosa. Con solo escucharla, había sentido como su miembro se endurecía dentro de sus pantalones.

—¿Cómo te encuentras? ¿Ha ido todo bien?

—Sí, Derian dice que he podido completar el cambio. Ahora soy una especie de bicho raro, pero me siento muy bien. —Sonrió. Sus ojos antes azules como el cielo, ahora casi transparentes. Su cabello más negro y brillante que nunca, reposaba 0 sobre su torso, llegando hasta sus senos. Sus labios carnosos que dejaban asomar una seductora sonrisa parecían sacados del mismísimo paraíso, eran puro pecado.

—Yo... me alegro que estés bien. —Sigfrid se quedó plantado en la puerta. No podía reaccionar ante tanta belleza. Fue Adrienne la que se bajó de la camilla y comenzó a avanzar hacia él. Sus movimientos felinos eran tan tentadores para Sigfrid, como un sorbo de sangre caliente, deslizándose por su garganta.

—Me ha explicado Derian, que ahora tendré que alimentarme de sangre... —le dijo cuando llegó delante de Sigfrid. Se acercó más a él rozando su cuerpo con el de él y haciendo que Sigfrid se estremeciera al contacto de su moldeado cuerpo. Ahora que tenía la sangre del vampiro dentro de su cuerpo podía sentir muchas cosas de él que antes no sentía —Así que necesitaré que me alimentes... —le susurró al oído muy bajito.

Sigfrid notó el calor del cuerpo de Adrienne junto a él y como le rozó la

erección con la palma de su mano.

—O paras o me corro ahora mismo, Adrienne....

—No mi cielo, entonces sólo disfrutarías tú, y no me parece justo ¿no crees? —Justo cuando sus labios estaban a punto de devorar los del vampiro, escucharon como se abría la puerta. Antes de que girara el pomo por completo, Adrienne volvía a estar sentada en la camilla. Se había movido a una velocidad increíble. Ni siquiera Sigfrid había visto sus movimientos.

—Ei, tío. Ya veo que te has despertado ya y has venido a ver a mi hermanita. —saludó Gédéon en cuanto entro en la sala. Se acercó a su hermana y le besó en la mejilla—. ¿Has visto que cosa más preciosa? ¡El cambio le ha sentado fenomenal!

“¡Ya te digo! ¡Es una especie entre ángel de la muerte y diosa del sexo!” pensó Sigfrid. Se movió algo incómodo debido a su erección, pero pudo disimularlo.

—Si, tío. Me alegro que haya salido todo bien. —Fue lo único que pudo salir de la boca de Sigfrid.

—Ahora iremos a ver en que han cambiado sus fuerzas y si puede completar la transformación a licántropa. No sabemos qué puede pasar, pero mi valiente hermanita me ha dicho que está dispuesta a probarlo. ¿Vienes con nosotros a la sala de entrenamiento? —Le preguntó Gédéon.

—Sí, pero antes tenemos que hablar de una cosa muy importante que no pude contarte anoche. —le dijo Sigfrid.

—Pues cuéntame, entonces.

—Escucha, anoche me llamó Juliette. Han localizado a la bruja original que puede destruir al dios Seth, y van a viajar a Egipto para acabar con él. Necesitan el mayor número de aliados para poder acabar con los neófitos y con Erwan que también están en Egipto, así que me ha preguntado si podríais uniros a la fiesta.

—Bueno, nunca rechazo una buena pelea, pero con lo de mi hermana y las bajas de la otra noche no sé si será buena idea....

—Vayamos Géd. —le interrumpió Adrienne. —¡Necesito vengarme de esos cabrones!

—¡Joder hermanita vaya boquita se te ha puesto! ¡Cómo se nota que llevas la sangre del capullo éste, dentro de ti!

—Está bien, voy a hablar con Gael y nos vemos dentro de un rato en la sala de entrenamiento.

—Oye Géd. —le dijo Adrienne haciendo que Gédéon se girara antes de

salir.

—Dime, pequeña.

—Tenemos un pequeño problema.

—¿Cuál? —Le preguntó a su hermana. Sigfrid también la miró atento, no sabía tampoco a que se refería la joven.

—Pues, que tengo hambre. —Le dijo sonriendo.

—Bueno, pues ves al comedor y que te preparen algo ¿no?

—Ejem... creo que no puede ser así. Derian me dijo que si como comida de humanos puedo morir. Sólo puedo alimentarme de sangre.

—¿Qué cojones dices? ¡Madre de dios bendito! ¡Qué asco! Bueno... pues no sé... aquí no tenemos sangre pero podemos hacer una transfusión... ¡joder! ¿Qué cojones hacemos, tío? —Le dijo mirando a Sigfrid.

Gédéon no sabía cómo enfrentarse a esa nueva situación.

—Tío, no te preocupes yo me encargo. Vete a hablar con Gael, y luego nos vemos.

—Vale, ya me contarás. Bueno... mejor no me cuentes. Nos vemos luego preciosa. —Se despidió y salió de la sala.

Sigfrid miró a Adrienne, que seguía sentada en la camilla con cara de no haber roto nunca un plato.

—Bueno gatita, creo que soy tu hombre. —Le dijo sonriéndole y mostrándole los incisivos mientras se acercaba a ella.

—Mi señor, ya hemos contactado con la bruja original. Ha funcionado. —Le explicó Viriathos al Supremo, nada más entrar en la sala del Consejo—. Se reunirán con nosotros en breve, en cuanto el sol se oculte.

—Perfecto Viriathos. Avisa al resto para que estén preparados. La recibiremos como se merece. Ella es nuestra única salida. —Contestó Drystano.

—Sí, mi Soberano. Reuniré al resto del Consejo. Con su permiso. — Viriathos se despidió con una reverencia y salió de la sala.

“Por fin vamos a poder acabar con todo esto” pensó Drystano en cuanto estuvo de nuevo a solas.

Se levantó del trono y se dirigió hacia la puerta. Salió de la sala del Consejo, caminando por los largos pasillos. Al girar en uno de ellos se encontró con Scarlett.

—Mi Soberano. —Se inclinó Scarlett ante la presencia de Drystano.

—Ya hemos localizado a la bruja. Mañana al anochecer la recibiremos aquí. Ahora me marcho a descansar. Deberías hacer lo mismo, mañana será una noche muy larga. Te esperamos mañana en la Sala de Tronos. —le explicó el Supremo.

—Sí, mi señor. En seguida me iré a descansar yo también. —Se apartó para que pasara Drystano y observó cómo se marchaba.

“¡Maldita sea!” Pensó Scarlett. Ya habían contactado con la bruja y al anochecer vendría para unir sus fuerzas con los vampiros del consejo y el resto de aliados.

Era cuestión de horas que todo esto se convirtiera en una auténtica guerra. Y lo peor de todo es que ella estaría en medio de todo este Caos.

“Está bien, Scarlett. Sólo tienes que seguir el juego. Presentarte en Egipto y destruir a Erwan antes de que esa maldita garrapata pueda hablar más de la cuenta”. Eso era lo que tenía que hacer. De lo demás ya se encargarían todos los de su especie.

Al despertar, noté el cuerpo de Giovanni junto a mí. Me pasó un brazo por encima abrazándome y acercándome fuertemente hacia él.

—Buenas noches mi princesa...

—Buenas noches. —Le respondí. Aún estaba molesta con él por el comportamiento que tuvo la noche anterior.

—Perdona por ser tan posesivo... pero no me imagino de nuevo vivir sin ti a mi lado... por favor... no me dejes nunca... —Me susurró. No pude responderle. Me vino a la mente la noche que me transformó y la de miles de promesas que me hizo, rompiendo su primera promesa a las dos semanas, dejándome sola de nuevo ante tanta oscuridad... Me incorporé en la cama y me giré hacia él.

—Giovanni... tengo que contarte algo. Me prometí no hacerlo nunca, pero será la única manera para que entiendas mi comportamiento hacia ti.

—Dímelo por favor. Porque te juro que me estoy volviendo loco. Cuando te entregas a mí, es maravilloso, pero tu interior sigue cerrado hacia mí y no sé cómo poder de nuevo acceder a él.

—Dudo que puedas hacerlo algún día. Me cerré a ti por completo el día que perdí a nuestro hijo... —Al final pude sacar fuerzas para decírselo.

—¿Cómo? ¿Qué dices Juliette? ¿Nuestro hijo? ¿A qué te refieres con nuestro hijo? —No podía parar de hacerme preguntas de las que yo no me sentía preparada para responder, pero lanzar aquella bomba a Giovanni y callar no era la manera correcta de actuar.

—Escucha... cuando volviste a mí en Florencia, aquella noche que me transformaste en vampira....

—Sí, me acuerdo....

—Pues esa noche concebimos a nuestro hijo. Me quedé embarazada.

—Pero... ¿pero porque no me dijiste nada cuando volví a verte? ¡Dios mio Juliette!

—No me di cuenta de que estaba embarazada hasta que pasaron casi cuatro meses desde que te fuiste. Al principio, yo aún no lo sabía. Y además, al transformarme en vampira no sabía la reacción natural de mi cuerpo, eran miles de dudas que me asaltaban, hasta que una tarde noté algo dentro de mi interior que se movía. Era como si hubiera una vida dentro de mí. Empecé a sentir el latido acelerado de un corazón dentro de mi cuerpo. Entonces supe que estaba esperando un hijo. ¡Un hijo nuestro, Giovanni!

—¡Por todos los dioses! No sabía que los de nuestra raza pudiéramos engendrar.

—Nuestra raza no puede engendrar Giovanni, fui humana cuando concebimos a nuestro hijo, y luego fue cuando me transformaste.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Ocurrió, que me dejaste y que no volví a saber de ti. Eso ocurrió. Desapareciste de mi vida de la noche a la mañana. Ya no volviste a Florencia. Ya no volví a verte. Fue entonces cuando sentí que mi vida no tenía sentido. Que todo por lo que habíamos luchado se había fugado.

—Juliette, sabes que fue por culpa de Leonard que tuve que marcharme.

—Sí, Giovanni. ¡Eso lo sé ahora! ¡Y lo supe cuando Leonard me amenazaba con una espada, para acabar con mi existencia por venganza hacía ti! ¡Pero entonces no sabía una mierda! No entendía porque me habías abandonado, otra vez. Giovanni, me dejaste de nuevo esperándote. Me prometiste que jamás volverías a hacerlo y lo hiciste.

—Mi vida... yo... ¡Oh dios mio! ¡No podía decirte nada! ¡Leonard nos buscaba! ¡Te buscaba para matarte!

Y yo tuve que crear un nuevo rastro para que me siguiera a mí y te dejara en paz.

—Pues Leonard consiguió su venganza. Porque acabó con mi vida. Me

quitó lo que más quería. Primero a ti, y luego a nuestro hijo... dejé de alimentarme Giovanni, me fui consumiendo poco a poco, encerrada en las cuatro paredes de mi habitación... y la vida que tenía dentro me pedía sangre. Me pedía alimento que yo no tenía fuerzas de salir a conseguir. Pero a pesar del dolor que sentía por tu ausencia, tuve que coger las pocas fuerzas que tenía y salir a cazar. ¡Tenía que hacerlo por mi hijo! ¡Maldito seas Giovanni!

—¡Santo cielo, Juliette!

—Una noche salí a cazar. Pude alimentarme de un joven y cuando volví a la habitación, me tumbé en la cama para intentar descansar. El vientre me crecía y apenas podía moverme. Estaba débil. Casi todo lo

que bebía era para el bebé que estaba creciendo dentro de mí, pero mi cuerpo no cogía el alimento suficiente. Esa noche, noté un intenso dolor en mi vientre. Comencé a sangrar, y sin poder detener la hemorragia ni el dolor que sentía tan fuerte, caí en una especie de letargo durante tres días. Cuando desperté de nuevo, ya no sentía su pequeño corazón dentro de mí. ¡Ya no lo podía sentir de ninguna de las maneras! ¡Había muerto!... Mi bebé... nuestro bebé, ¡había muerto!... Tuve que ir en busca de una comadrona para que pudiera sacármelo. Tras largos momentos de agonía y dolor, pudo sacar el cuerpo inerte de un feto de cinco meses. Tenía su cuerpecito formado, sus manitas... sus pies... —Mientras hablaba mis lágrimas color escarlata, caían por mis mejillas. Era tal la desesperación que me provocaba volver a revivir aquellas imágenes que no pude seguir hablando. Me eché de nuevo en la cama y comencé a llorar como una niña. Como hacía tantísimo tiempo que no hacía.

—Juliette....

—No te acerques Giovanni, por favor. ¡No me toques!

—¿Por qué no me has dicho nada hasta ahora? ¿Por qué te has guardado esto para ti durante tanto tiempo?

—No podía. No quería volver a revivir todo este sufrimiento....

—Cariño, déjame beber de ti... ábrete a mí para que pueda sentir todo lo que tu sientes... quiero sentir lo que has sufrido... quiero vivir este dolor tan grande que has sentido y que sigues sintiendo... déjame por lo menos compartirlo contigo, por favor... es lo único que puedo hacer por ti, déjame al menos intentarlo.

Me giré hacia él y me aparté el pelo, dejando mi cuello libre para él. Era justo que pudiera sentir el dolor que yo sentía dentro de mí. Tenía que saber todo lo que había vivido por su culpa, por su abandono. Y así fue como

Giovanni clavó sus incisivos en mi garganta. Bebió mi sangre mientras yo abría mi mente hacia él. Todo mi dolor, todos mis sentimientos de odio, de culpa, de impotencia... todo lo estaba absorbiendo de mí. Mientras sentía el fuerte abrazo de Giovanni, fue cuando lo escuché llorar. Lloraba de dolor. De desesperación e impotencia.

Juro que llegué a sentir pena por Giovanni mientras lloraba abrazado a mí. Pero también sentí alivio y desahogo al verlo sufrir. Necesitaba verlo así. Necesitaba saber que él podía llegar a sentir el dolor que tenía dentro de mí.

—No puedo decirte nada, Juliette. Si pudiera pedirte perdón por todo lo que has llegado a sentir... ojalá pudiera hacer que me perdonaras alguna vez. Sólo te pido que me dejes estar a tu lado, para poder compensarte. Sé que no es lo mismo y que no está en mi mano el poder calmar tu dolor pero déjame intentarlo, por favor....

—Está bien. Dejémoslo ya. Tenemos que prepararnos para partir. —Me levanté de la cama y me vestí. Ya escuchaba a Lícide y Markus en el salón, y teníamos que reunirnos con el Consejo para determinar el plan a seguir. Aún no había recibido noticias de Sigfrid. Decidí esperar para volver a llamarlo, tampoco quería ser inoportuna tal y como habían transcurrido las cosas para los licántropos.

Giovanni se levantó y también se vistió. Juntos salimos de la habitación para encontrarnos con Lícide y Markus.

—¿Estáis listos? —Nos preguntó Markus.

—Sí. —Le contesté. Lícide me miró y luego miró a Giovanni.

—Necesitamos que estéis concentrados. No podemos permitirnos errores. —Nos dijo.

—No te preocupes Lícide. Estoy acostumbrada a actuar fríamente. Y ya he dicho que estamos preparados.

—Adelante pues. Nos están esperando.

Salimos al patio del castillo donde izamos el vuelvo hacia Transilvania.

—¡Ei nena! ¡Qué fuerza tienes! —Le dijo Sigfrid a Adrienne cuando ésta lo agarró por los brazos y lo acercó hacía ella. Abrió las piernas para acoger las caderas de Sigfrid.

Notaba su miembro duro a través de la tela de los vaqueros que llevaba puesto y comenzó a pasarle las manos por la espalda, para coger el borde de

la camiseta del vampiro y sacársela por la cabeza. Cuando lo tuvo desnudo de cintura para arriba se separó de él y comenzó a contemplarlo.

—Tengo la garganta seca, Sigfrid... necesito tu sangre... —le dijo mientras le pasaba las manos por el torso musculoso del vampiro. Sigfrid se sentía a punto de explotar cuando las manos de Adrienne repasaban sus músculos uno por uno.

—Pues bebe de mí, pequeña... —Se acercó más a ella, acercándole el cuello. En décimas de segundo notó un fuerte pinchazo en su piel y como Adrienne comenzó a beber de su cuello mientras lo abrazaba acercándolo más hacia su sexo.

Sigfrid se desabrochó los pantalones y se los bajó, dejando su polla libre de presión y la acercó hacia el sexo húmedo de Adrienne. Mientras ella bebía con sed de él, Sigfrid la penetró fuertemente.

Con la primera embestida, Adrienne se separó de su piel para gritar, pero en seguida retomó su alimentación, moviendo las caderas como respuesta a cada penetración de Sigfrid.

—Oh, sí, pequeña... no pares....

La agarró por el culo y la levantó, empalándola con más fuerza, mientras Adrienne no cesaba de beber.

En un par de embestidas más, Sigfrid soltó un fuerte gemido mientras se vaciaba por completo en ella.

Juntos llegaron al orgasmo.

—Ya está bien, para, o me dejarás seco... —le dijo Sigfrid a Adrienne mientras ésta se-guía bebiendo de su cuello. Al escuchar al vampiro, la joven se separó de él y se relamió los labios.

—¡Joder! ¡Esto ha sido la ostia! —Le dijo la joven—. Oh, Sigfrid, prométeme que me darás más....

—Mi niña, todo lo que quieras, pero poco a poco ¡porque entre lo que me he vaciado dentro de ti y lo que me chupas, me vas a dejar más seco que una mojava! Jaja. —Le sonrió—. Ahora hazme un favor mi niña, pásame la lengua donde me has mordido, a ver si también tienes el poder curativo en la saliva. La joven hizo lo que él le había dicho y le pasó la lengua por los orificios.

—¡Ya está!

—Sí, cariño, ya lo he notado. Y se me acaba de poner dura otra vez....

—Pues eso tiene fácil solución... —Le contestó Adrienne sonriéndole.

—Mejor lo dejamos porque no acabaremos nunca y tu hermano nos espera. ¿Quieres que te traiga algo de ropa?

—No, voy a mi habitación en un segundo. ¿Me esperas aquí?

—Por supuesto.

—Oye Sigfrid, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Pues ya me la estás haciendo, ¿no? —Sonrió.

—No, ¡va! En serio.

—Sí, claro. Dispara.

—¿Qué sientes por mí? —Le preguntó al final la joven. Sigfrid no se esperaba esa pregunta, pero lo peor era que había descubierto durante estos días, la respuesta.

—Me importas mucho, Adrienne. Al principio no puedo negar que sólo era sexo. Pero cuando vi cómo te miraba el chuchito ese de Gael y como estuve a punto de perderte durante la pelea con los neófitos, sentí que eras muy importante para mí. Mi sentido de la posesión se disparó y cuando te vi ayer tendida en la camilla inconsciente, pensé que no iba a volver a verte sonreír de nuevo, y sentí aquí, un fuerte dolor, dejándome casi sin respiración... —le dijo poniendo su mano en el pecho.

—Pero ¿qué pasa con Juliette? —Le preguntó.

—Juliette siempre estará ahí. Ella es mi creadora y el vínculo que tengo con ella es difícil de romper, sólo que poco a poco irá menguando. Sin embargo, ayer sólo podía pensar en ti. Eres tú la que ha ocupado mis pensamientos estos días. Es a ti, a quien necesito... y te juro que me hubiera entregado al sol si ayer hubieras muerto en esta maldita camilla. —Cuando terminó estas palabras, ni él mismo se lo creyó. Se

acababa de abrir por completo a aquella joven que tenía delante y que lo miraba con los ojos de una mujer enamorada. Jamás pensó que podría abrirse así con alguien que no fuera Juliette. Pero así había sucedido. Al fin había aceptado sus sentimientos por Adrienne.

—Oh, Sigfrid... —se acercó a él y lo abrazó mientras Sigfrid la rodeaba con sus brazos.

—Mi dulce Adrienne... jamás pensé que llegaría a sentir esto que siento. Tú le has dado sentido a mi vida, pequeña. Sin embargo ahora nos queda lo peor.

—¿La lucha con los neófitos?

—No cariño, mucho peor. —Le sonrió—. Tu hermano.

CAPITULO XV

Cuando llegamos a tierras rumanas, localizamos el Lago Rojo, tal y como le habían explicado a Lícide.

No fue difícil localizar el edificio que tenía habilitado el Consejo para la base.

Por fuera parecía un edificio abandonado, pero en cuanto la puerta se abrió y entramos, pudimos ver todo un despliegue de modernidad y tecnología.

—Sígueme por favor. —nos pidió un hombre nada más entrar.

Nos adentramos en el lugar, caminando por unos largos pasillos iluminados con apliques en las paredes.

Había muchas puertas, pero al final del todo había una de madera. El hombre que nos guiaba la abrió y se puso a un lado haciéndonos un gesto con la mano para que pasáramos. Lícide fue quien entró primero, seguida por Markus. Giovanni se puso a mi lado y me cogió la mano, entrando él primero.

Cuando estuvimos los cuatro dentro, escuchamos cerrar la puerta a nuestras espaldas. Eché un vistazo a mi alrededor y no pude evitar sentir un escalofrío recorrer mi cuerpo. Era una sala enorme, con paredes en piedra, talladas con símbolos antiguos. Formando un heptágono, habían colocados siete tronos de piedra. En ellos habían vampiros sentados, lo que supuse eran los Ancianos del Consejo. En frente nuestro, en el trono más grande, estaba sentado un vampiro de cabellos blancos. Fue el único que se levantó, mostrándonos una amable sonrisa, y se acercó hacia nosotros. Iba vestido totalmente de negro con una larga capa cogida en el centro del cuello. Era alto y delgado y unos grandes ojos lilas, nos miraban detenidamente.

—Bienvenidos al Consejo. Mi nombre es Drystano. Soy el Supremo y máximo representante de nuestra raza. —Se presentó acercándose a Lícide—. ¿Tú debes de ser la bruja original?

—Así es. Le doy las gracias por recibirnos. —le contestó Lícide mientras miraba como Drystano se llevaba la mano que le había cogido a la boca para besarla.

—¿A quién tengo el honor de conocer también? —Dijo el Supremo mirándonos.

—Mi nombre es Markus, mi señor. Y ellos son Giovanni y Juliette. Es un gran honor poder ser recibidos por el Consejo. —Se presentó Markus

inclinándose hacia delante para hacerle una reverencia.

—Encantado de conoceros—. Drystano nos miró y yo solo pude asentir con la cabeza cuando posó sus ojos en mí. En seguida la vista se fue hacia el trono situado a mi izquierda, donde vi a Scarlett sentada que me miraba fijamente.

—Os presento al resto de ancianos. Ellos son Mikolaus, Viriathos y Thelonius, y a la izquierda están Thorbran, Kassandra y Scarlett. Por favor, sentaros para que podamos hablar sobre nuestros planes de esta noche.

Tomamos asiento en unas sillas que habían colocado en el centro de la estancia, donde pude ver dibujado un gran círculo en el suelo.

—Como bien ya sabéis, la resurrección del dios Seth, pone en peligro toda nuestra raza y a la Humanidad.

Junto con él, también está Erwan, un vampiro que traicionó una vez a nuestra especie, y que ahora de nuevo ha vuelto a hacer. Han creado a un ejército de neófitos, que atacan sin contemplaciones asesinando tanto a humanos como a vampiros. —Ya sabíamos toda la historia pero ninguno hizo por interrumpirlo.

Esperamos pacientemente a que acabara de explicar todo. —Viriathos fue quien nos habló de tu existencia. —Le dijo mirando a Lícide—. Fue el brujo Akil quien nos ayudó a contactar contigo para que pudieras unirme a nosotros y poder ir a Egipto a destruir a nuestros enemigos. Eres la única que tiene el poder y el arma para destruir a Seth.

—Fue mi padre quien la creó. Y yo estoy preparada para utilizarla. —respondió fríamente Lícide.

—Ya están todos preparados. Hemos reunido un ejército de vampiros preparados de cada región de nuestro planeta. Están preparados para partir hacia África. Debemos acabar con esto cuanto antes.

—Perfecto. Nosotros también estamos preparados, mi señor. — Respondió Markus.

—Scarlett será quien dirija la misión. Ella será nuestra representante del Consejo en esta batalla. —Dijo Drystano señalando a Scarlett que seguía sentada en su trono mirándonos impassible. De nuevo sentí un escalofrío en mi interior. No me daba buena espina todo esto y menos si era ella quien dirigía toda la operación.

Sigfrid y Adrienne llegaron a la sala de entrenamiento. Era un lugar espacioso equipado con máquinas de ejercicio y bancos de pesas. Allí estaba Gédéon junto con Gael y Debon.

—Adelante chicos, pasad.

Gael se acercó a Adrienne mientras Sigfrid lo miraba conteniéndose las ganas de matarlo en cuanto puso sus manos en el cuerpo de la joven.

—Adrienne, ¿estás bien? ¿Cómo te sientes? —Le preguntó.

—Bien, Gael. No te preocupes, ha ido todo muy bien. Me siento fuerte y con ganas de mucha acción. —respondió Adrienne sonriendo mientras se separaba de Gael para ponerse más cerca de Sigfrid. Gédéon

los miró a los dos y su rostro cambió de estar relajado a tensarse por completo.

—Sigfrid, ¿puedes venir aquí? —Le preguntó el líder de los licántropos al vampiro mientras se metía en un pequeño cuarto donde habían guardados materiales varios de entrenamiento.

—Oye, antes de nada, ¿hay algo de lo que deba preocuparme entre tú y mi hermana? —Le preguntó directamente en cuanto Sigfrid entró.

—No, tío, por supuesto que no—. le contestó Sigfrid apretando los puños dentro de sus bolsillos del pantalón. No podía decirle nada. Adrienne le había hecho jurar que no se lo contarían a Gédéon hasta que no acabara la batalla con los neófitos. No quería que estuviera distraído por su culpa para que pudiera centrarse en la pelea.

—Vale, eso espero —le miró de reajo. No acababa de creérselo, pero no quiso insistir más—. Bueno, cambiando de tema. He hablado con Gael y Debon. Estamos preparados para lo que haga falta, así que puedes avisar a Juliette para que nos diga cuándo y a donde tenemos que ir.

—Perfecto. Voy a llamarla en seguida.

—Bien, entonces mientras hablas con ella voy a poner a prueba a mi hermana. Quiero saber de qué es capaz ahora que se ha convertido en una híbrida. Gael y Debon me ayudaran. No quiero llevarme sorpresas si viene con nosotros esta noche, y conociendo a mi hermanita dudo que se quede aquí haciendo ganchillo.

Sigfrid salió a la calle por la puerta trasera y marcó el número de Juliette mientras Gédéon volvía al interior de la sala de entrenamiento.

—¿Y Sigfrid? —Preguntó Adrienne cuando vio entrar a su hermano solo.

—Ha salido a hablar con su “*amada Juliette*” . —Estudió la reacción de su hermana al mencionar a la vampira de la que Sigfrid había estado siempre

enamorado. Y no se equivocó en nada, en seguida el rostro de su hermana cambió. Sus ojos parecieron emitir destellos y la mandíbula se le tensó por completo, echando los labios hacia atrás y dejando asomar unos fuertes colmillos—. ¡Gael! ¡Debon! ¡Rodeadla! —Gritó Gédéon a su primero y segundo al mando. Quería aprovechar la situación para ponerla a prueba.

Ambos se movieron con rapidez completando su transformación. Se colocaron alrededor a ambos lados de Adrienne mientras su hermano también transformado, se acercaba lentamente a ella.

El cuerpo de Adrienne comenzó a cambiar. Sus cabellos se alargaron. Sus brazos y muslos crecieron mientras adquiría casi otro metro más de altura. Sus ojos totalmente blancos observaban todos los movimientos de los tres licántropos que tenía a su alrededor. Sus manos se convirtieron en enormes zarpas con afiladas garras. Su ropa se rompió por completo a excepción de un top y unos pantalones elásticos, dejando aquel enorme y musculado cuerpo a la vista.

—¡Por todos los dioses! —Exclamó Gédéon cuando contempló en lo que se había convertido su hermana.

Gael y Debon dieron un paso hacia atrás, hasta que Gédéon les dio la orden de atacar.

Primero fue Debon quien saltó hacia Adrienne, pero antes de llegar, la híbrida repelió el ataque con un brazo, lanzando al licántropo hacia el otro extremo de la sala. Fue entonces cuando Gédéon saltó de frente hacia Adrienne cogiéndola por el cuello. Le costó cerrar ambas manos alrededor de la garganta de su hermana. Pero ésta no le dio tiempo porque lo agarró de la cintura y lo empujó hacia atrás, tirándolo de espaldas al suelo. Mientras se acercaba hacia su hermano que ya se había levantado rápidamente, Gael se abalanzó encima de ella por la espalda, agarrándola por los brazos. Gédéon que ya estaba de pie junto a ella otra vez, le lanzó una patada en el abdomen, haciendo que la híbrida se moviera hacia atrás con el impacto. Pero entonces Adrienne se agachó hacia delante, liberando uno de los brazos que Gael tenía sujetos y moviéndolo hacia atrás, agarró el muslo de Gael y tirando de él, lo lanzó hacia la pared.

Gael se golpeó de lleno contra la dura pared, cayendo al suelo con el rostro sangrando.

—¡Joder tío! ¡Es increíblemente fuerte! —le dijo Debon mientras se acercaba hacia Gael para ver si se encontraba bien.

—¡Ya te digo! ¡Adelante, vamos de nuevo! —Le respondió Gael

levantándose y limpiándose la sangre de la boca, con la mano.

Se acercaron los tres a la vez hacia ella, propinando patadas y puñetazos. Adrienne iba devolviendo los golpes uno por uno, hasta que escuchó a su hermano gritar, levantando los brazos.

—¡Alto Adrienne! Creo que ya está bien por hoy. —Gritó Gédéon.

Los cuatro volvieron a su estado normal, mientras seguían en el suelo respirando agitadamente.

—¡Joder hermanita, menuda paliza nos has dado! —Dijo Gédéon tumbándose en el suelo mirando hacia arriba. Se puso la mano en el costado. La última patada que le había dado su hermana le había dolido, y mucho.

—Sois una panda de mariquitas. —Sonrió Adrienne mientras se levantaba y le tendía la mano a Gael para levantarse.

—¡Ha sido una pasada! —Escuchó a Debon que exclamaba a su espalda.

—¿Qué me he perdido? —En ese momento entró Sigfrid con el teléfono en la mano.

—Pues te has perdido que mi hermana nos acaba de dar una santa paliza. —Le respondió Gédéon—. ¿Qué sabemos de Juliette?

—Están en Rumania, han ido a reunirse con el Consejo de Vampiros. Me ha dicho que esta noche salen hacia Egipto, así que nos esperaran allí. Debemos salir ahora mismo si queremos llegar a tiempo para la pelea.

—¿Llegar a tiempo para la pelea? —preguntó Gédéon—. ¡Ah, claro! ¡Olvidaba que los chupasangres podéis volar como vuestros primos los murciélagos!

—Si, querido amigo. Se supone que cuando nosotros lleguemos ya estarán esperándonos. Así que tenemos que buscar un modo de viajar hacia la tierra sagrada...a menos que podáis volar como los renos de papa Noel . —sonrió Sigfrid.

—Muy gracioso, tío. ¡Me parto con tus chistes! Entonces tu iras delante de nosotros con el capullo rojo iluminado, ¿no?

—¡Madre mia, Géd! ¡Parecéis niños pequeños! —interrumpió Adrienne—. Vamos, tenemos que prepararnos para salir.

—Gael, llama al puerto, que nos preparen una embarcación. Estaremos allí en media hora. Y localiza a todos los licántropos. Necesito a todo el mundo aquí tan pronto como sea posible. —Los labios de Gédéon se curvaron en una media sonrisa—. Diles que se preparen para la batalla.

—Sí señor. —Salieron Gael y Debon de la sala.

En ese momento sonó mi móvil. “Tierra, trágame” pensé en cuanto noté todas las miradas dirigidas a mi

—Mi señor, si me permite, necesito contestar. Es urgente. —le dije al Supremo con una voz entrecortada.

—Está bien. —Me dijo.

Así que cogí el móvil y contesté.

—¿Sigfrid?

—¡Juliette! ¿Por qué hablas tan bajito? —Me preguntó.

—Estoy en medio de la Sala del Consejo de Vampiros, así que abrevia. —le dije.

—Escucha, Gédéon me ha dicho que vendrán a luchar con nosotros. Así que contad con los licántropos.

Sólo necesito saber el lugar para poder desplazarnos allí cuanto antes.

—Un momento. —Le dije a Sigfrid. Aparté el móvil de mi oreja y me dirigí a Drystano.

—Mi señor, tengo que añadir algo más a esta reunión.

—¿Qué es lo que hay que añadir más? —preguntó el Supremo mientras seguían todas las miradas en mí.

—Los licántropos vienen a combatir con nosotros.

—¿Licántropos? —Saltó Thorbran—. ¡Lo que faltaba! —Un murmullo invadió la sala hasta que Drystano se levantó y los mandó a callar.

—¡Silencio! —Se dirigió de nuevo hacía mi. —¿Es cierto eso que dices, muchacha?

—Si, mi señor. Un vampiro llamado Sigfrid, fue hace unos días en busca de los licántropos para ponerles al día de la situación de los neófitos. Hace dos noches se enfrentaron a un grupo de cincuenta neófitos y acabaron con muchos de ellos. Fue quien me dijo que debíamos decapitarlos para acabar con ellos, ya que perforarles el corazón no es la solución para eliminarlos.

—Está bien, diles que se reúnan con nosotros en Puerto Said. —me dijo el Supremo.

—Pero señor... —Le interrumpió de nuevo Thorbran.

—¡No te permito que me interrumpas ni discutas mis órdenes! —Gritó Drystano dejando a todo el mundo congelado en su sitio—. ¡Si los licántropos se han ofrecido a luchar junto con nuestra especie, lucharán! ¡No podemos

permitirnos rechazar ninguna ayuda! ¿Está claro?

—Sí, mi señor. —Contestaron todos los miembros del Consejo.

Giovanni me miró y me dio un pequeño golpe en el brazo para que reaccionara. Me había quedado totalmente petrificada al escuchar el grito del Supremo.

—¿Sigfrid? ¿Sigues ahí? —Cogí de nuevo el móvil.

—Sí, Juliette. Aquí sigo. ¡Y por poco me cago en los pantalones al escuchar a ese tío gritar! ¡La ostia! ¡Qué jiñe!

—Escucha, dile a Gédéon que nos reuniremos con todos vosotros en el Puerto Said. ¿De acuerdo?

—Sí, preciosa, allí estaremos. Ten cuidado Juliette. Nos veremos en unas horas.

—Ten cuidado tú también. Hasta pronto. —Colgué mientras miré a Lícide y a Markus que estaban a mi derecha sentados. Ambos asintieron con la cabeza y me sonrieron.

—Lícide, ¿tienes el arma para destruir al dios? —Le preguntó directamente Drystano a la bruja.

—Sí, la tengo preparada.

—¿Cómo la utilizarás? —Volvió a preguntarle bajo la atenta mirada de todos los que allí nos encontrábamos, en especial de Scarlett.

—Deberé acercarme a él, lo máximo posible. Una vez cerca tendré que hundirle la daga en el corazón. Es la única manera de poder acabar con él. — le respondió Lícide.

—Scarlett. Asegúrate de que un grupo esté con ella en todo momento. Deben de apoyarla y protegerla para que pueda acercarse a Seth. Los demás serán los que se enfrenten a los neófitos junto con los licántropos. Y sobre todo, quiero a Erwan, vivo. No me falles.

—Se hará como usted mande, mi Soberano. —Contestó Scarlett.

—Entonces, prepararos todos, dentro de unas horas saldréis hacia África —. Cuando Drystano terminó de hablar, nos levantamos para salir.

—Sí mi señor. —Scarlett comenzó a andar hacia la puerta no sin antes mirarme de reojo. Giovanni me pasó el brazo por la cintura y salimos juntos tras Lícide y Markus. Una vez fuera, nos esperaba Scarlett.

—Vaya, vaya... ¿así que habéis ido juntitos buscando aventuras? Me dejasteis esperando en mi casa aquella noche.

—Lo sé, pero es que todo se complicó, y fíjate, al final hemos acabado juntándonos de nuevo. ¿No te parece genial? —Le contestó Giovanni con

sarcasmo. Desde luego que en eso era un especialista.

—No te pases ni un pelo Giovanni. Procura proteger a tu novia esta noche en la guerra. Y sobre todo, vigila tus espaldas—. Después de decir eso, se giró y continuó caminando por el pasillo.

—Vaya, eso me ha sonado a una amenaza en toda regla. —Dijo Markus.

—Sí. Digamos que nos tiene un cariño especial. —Le contesté.

—Ya estamos listos, mi Amo. —Dijo Erwan acercándose al Dios Seth en la oscuridad de la noche—. He reunido a todos los snaiders y están preparados para la lucha.

—Perfecto. No queda mucho para que vengan-Dijo Seth mirando hacia el horizonte. Cubrid la alambrada principal, supongo que les será más fácil acceder por ahí.

—Sí, mi Amo.

Erwan bajó las escaleras y se acercó a la tropa de snaiders que tenía reunida en la entrada principal.

—Debéis cubrir la alambrada, seguro que entrarán por ahí. Y luego que se sitúen grupos por todo el recinto. Quiero toda la zona cubierta y no quiero a ninguno vivo ¿está claro?-

—Sí, mi señor. —contestó uno de los snaiders.

—Señor, estamos todos preparados—. entró Gael en el despacho de Gédéon.

—De acuerdo. Ir saliendo vosotros. Yo me llevó a Sigfrid y a mi hermana, diles que me esperen un minuto que en seguida salgo. No vemos en el puerto.

—Sí, señor.

Gédéon salió de su despacho y subió hacia la habitación de Alina. No la había visto en todo el día, y no quería irse sin despedirse.

Cuando llegó, golpeó la puerta suavemente y la abrió despacio.

—Géd. —Fue lo único que salió de la boca de la joven antes de que Gédéon se acercara a ella y le arrebatara un beso apasionado.

Sus lenguas se fundieron juntas y el cuerpo de la joven quedó atrapado entre los músculos del macho Alfa.

—Oh Alina... —dijo cuándo se separó de ella. La miró a los ojos y le apartó un mechón de pelo que tenía en el rostro, colocándoselo delicadamente tras la oreja.

—Gédéon...

—Desde que anoche, me dijiste lo que sientes por mí no he dejado de pensar en ello ni un segundo de este maldito día. No he podido subir a verte antes y ahora, desgraciadamente tengo que marcharme, pero solo quería despedirme de ti.

—He oído lo de la batalla con los vampiros. ¿Es cierto?

—Sí, así es. Sigfrid y Adrienne me esperan abajo para marcharnos... yo... sólo quiero decirte que volveré y que seguiremos nuestra conversación, ¿de acuerdo?

—Te esperaré Géd. Pero por favor, ten mucho cuidado. Te necesito. —Se acercó a él y lo abrazó mientras le miraba sonriéndole.

—Vendré, mi pequeña. Espérame. —Le dijo besándole, pero esta vez dulcemente. Cuando bajó y salió afuera no pudo evitar que una pequeña lágrima resbalara por su mejilla. No sabía lo que iba a ocurrir esta noche, ni siquiera sabía si iba a volver. Se secó rápidamente la lágrima y se acercó al 4x4, donde Sigfrid y su hermana lo esperaban.

—¿Estás bien, Géd? —Le preguntó su hermana.

—Sí, cariño, no te preocupes. Vámonos.

—Dame las llaves. Yo conduzco. —Le dijo Sigfrid. Había visto perfectamente en la oscuridad, como su amigo se había secado una lágrima cuando había salido. No sabía que le pasaba pero mejor sería si conducía él —. ¡Montaos en el coche, nos vamos de marcha!

Se montaron los tres en el SsangYong 4X4 de Gédéon y salieron hacia el puerto de Livorno. Una luna llena y brillante iluminaba la noche.

—Oye por cierto, ¿la luna os hace cambiar? ¿O solo lo hacéis cuando queréis? —Preguntó Sigfrid.

—¿A que vienen esa chorradas de preguntas tío?

—¡Joder! No se puede mantener una conversación contigo ¡Mira que llegas a ser borde! Si no quieres hablar, puedes sacar la cabeza fuera de la ventanilla si quieres. Jaja.

—¡Tío, soy un lobo, no un puto caniche! —soltó una carcajada al escuchar las ocurrencias de su amigo vampiro.

—La verdad es que la luna llena no nos afecta, exactamente—. Comenzó a explicarle Gédéon—. Los más jóvenes no pueden controlar su transformación

y sí lo hacen las noches de luna llena, pero los adultos hemos aprendido como controlarnos a lo largo de los años. Únicamente entramos en fase cuando lo deseamos.

—Ah... vaya, vaya... y entonces Adrienne ¿se convierte también cuando quiere?

—Eso parece. Por lo menos esta tarde es lo que nos ha demostrado, aunque ha habido que enfadarla un poco. —se giró y miró a su hermana que iba sentada en el asiento de atrás.

—¿Enfadarla?-.Le preguntó Sigfrid.

—Sí, enfadarla. Le he tenido que decir que habías salido para hablar con tu amorcito, para que Adrienne sintiera celos y comenzara a transformarse.

Sigfrid se calló de golpe y si hubiera mirado a su hermana, hubiera visto como se sonrojaba como una adolescente.

—¡Te has pasado Géd! —Le replicó su hermana.

—¿Pero vosotros dos creéis que me chupo el dedo, no? ¿Pensáis que soy gilipollas o qué?

—¿De qué coño estás hablando tío? —le preguntó Sigfrid.

—Hablo, de que te libras que esta noche te necesito enterito para luchar contra los bichos esos, que si no te cortaba las pelotas y me hacía un collar con ellas. Sé de sobras que te tiras a mi hermana y que ella está locamente enamorada de ti. Sólo hay que miraros para ver que parecéis un par de tortolitos. Pero una cosa te voy a dejar clara ahora mismo, Sigfrid. Como le hagas daño a mi hermana, te juro que yo mismo te clavaré una estaca en el corazón y veré como se consume tu cuerpo en llamas hasta que no quede un resquicio de tu vida. ¿Te ha quedado claro?

—Sí, has sido bastante explícito, pero me he quedado en la parte que hablabas de mis pelotas.

Gédéon soltó otra carcajada, haciendo que Sigfrid y Adrienne se unieran a las risas.

Cuando llegaron al puerto de Livorno, Sigfrid vio una enorme embarcación atracada. Se acercaron a la pasarela y entraron con el vehículo en el interior del ferry. Allí había decenas de vehículos. Bajaron del coche y subieron por la cubierta hacia la planta superior. En aquel lugar estaba reunido casi todo el clan de Gédéon. Se acercaron hacia Gael, que estaba conversando con cinco licántropos.

—Señor, llegaremos en dos horas. —Le dijo Gael cuando se acercó el líder de la manada—. Gracias, Gael.

—Id a descansar, necesitamos todas las fuerzas esta noche. —Les dijo Gédéon a todos.

—Yo me voy a descansar también, Géd. Derian me ha dado una llave de un camarote, así que voy a aprovechar, ¿vale? —Le dijo Adrienne a su hermano.

—Sí, hermanita. Ve a descansar. Sigfrid, ve con ella por favor.. —Se acercó hacia su amigo vampiro y le dijo en el oído. —Quiero que esté alimentada esta noche, encárgate de eso, por favor.

—No te preocupes, voy con ella. —Y se fue tras Adrienne hacia el camarote.

—¿Cómo crees que ha descubierto lo nuestro? —Preguntó Adrienne mientras se colocaba a su lado en la cama. Se acababa de duchar y llevaba los cabellos mojados. A Sigfrid se le puso dura con solo mirarla.

Llevaba una toalla blanca alrededor de su cuerpo desnudo y se moría por quitársela. Así que se alargó una mano y deshizo el pequeño nudo que Adrienne se había hecho con la toalla y se la arrancó de golpe, dejándola totalmente desnuda.

—Creo que necesitas alimentarte, pequeña... así que ya sabes... —le susurró al oído mientras deslizaba la mano por el cuerpo lleno de curvas de la híbrida.

—Eso me parece muy buena idea... —sonrió mientras se colocaba a horcajadas encima de Sigfrid.

Adrienne comenzó a acariciar el cuerpo de aquel hombre que tanto amaba, besándolo y lamiendo su piel con sensuales movimientos.

Se fue deslizando hacia abajo y le quitó los pantalones junto con unos boxers negros que llevaba puestos.

Besó su miembro erecto deseoso de penetrarla, mientras Sigfrid gemía de placer y así fue como, observándolo, se lo introdujo en su húmeda boca, una y otra vez, mientras llevaba a aquel hombre al mismísimo paraíso.

—Oh cielos... Adrienne... ¡Ei! ¡Cuidado con esos colmillos!

—Tú relájate... y déjame a mí... —Siguió lamiéndolo de arriba abajo hasta que lo llevó al clímax, vaciándolo dentro de su boca. Después de que Sigfrid estuviera totalmente saciado, ella se deslizó por su cuerpo hacia arriba y clavó sus incisivos en el pecho de Sigfrid, bebiendo su sangre mientras se introducía el miembro del vampiro dentro de ella y comenzaba a moverse rápidamente. Las grandes manos de Sigfrid agarraron sus nalgas, moviéndola fuertemente hasta que la joven llegó al orgasmo.

Lamió los orificios del pecho de Sigfrid y se tumbó junto a él.

—¡Dios mio, esto es increíble! Cada vez disfruto más de ti... —Le dijo Sigfrid mientras la abrazaba acercándola hacia él.

—No quiero que termine esto nunca, Sigfrid.

—Y no terminará, cariño.

—¿Pero y si esta noche...?

—Esta noche, nada. Pelearemos como nunca y acabaremos con todo esto de una vez, y luego tú y yo... nos encerraremos en mi apartamento y no saldremos en un mes. ¿Te gusta mi plan?

—¡Me encanta! ¿Pero cómo lo haremos esta noche? Me refiero a que, ¿de verdad van a estar los vampiros para ayudarnos?

—Ya hablaremos de eso luego, pequeña... ahora necesito volver a amarte... —la besó con pasión, mientras se colocaba encima de ella, abriendo los muslos de Adrienne, con su pierna, para poder penetrarla de nuevo.

—Juliette, espera. —me llamó Giovanni antes de que saliera del edificio donde nos habíamos reunido con el Consejo—. ¿A dónde vas?

—Iba a salir a tomar un poco al aire. Aquí dentro me estoy ahogando.

—¿Puedo ir contigo?

—Sí, claro. —Atravesamos la enorme puerta del edificio y salimos hacia fuera. Hacía una noche preciosa.

La luna llena ocupaba una gran parte del cielo y el aire soplaba suave con aroma a pino. Caminamos hacia el Lago Rojo y me senté en la hierba. Giovanni se sentó a mi lado y me cogió la mano.

—Juliette, pase lo que pase esta noche, sólo quiero que sepas que te he querido más que a mi vida....

—Giovanni....

—No, por favor, deja que te diga todo lo que siento porque no sé si será la última vez que podamos estar juntos. La lucha con Erwan, el dios Seth y los snaiders, va a ser muy difícil y no sé si sobreviviremos.

Así que escúchame... —Me cogió de la barbilla para que lo mirara directamente a los ojos—. Quiero que sepas, que sigo amándote como el primer día que te conocí y que jamás dejaré de hacerlo. Lo has sido todo para mí. Y te vuelvo a pedir perdón por todo el daño que te he causado en tu vida... Te amo Juliette, como nunca pensé que se podía amar. —Me cogió la mano y

se la puso en el pecho—. Tú eres la que está aquí dentro. Mi corazón es tuyo. Y nunca, aunque arda mi cuerpo y me consuma, dejaré de amarte mi vida.

Cuando terminó esas dulces palabras no pude evitar besarlo. A pesar de todo el dolor que he llegado a vivir en mi vida, jamás había sentido un amor tan grande por ningún hombre, como lo sentía por Giovanni.

—Te amo Giovanni, y siempre te amaré. —Continué besándolo haciéndole saber todo el amor y la pasión que sentía por él. Giovanni me estiró en el suelo y me quitó la ropa.

A continuación se la quitó él también y los dos desnudos, bajo la luz de la luna llena, hicimos el amor como si esa noche fuera la última...

CAPITULO XVI

Sintió como aquel pequeño y débil corazón se detuvo entre sus brazos. Juliette levantó su rostro y una hilera de sangre salió de su boca recorriendo su barbilla, miró hacia abajo y vio el cadáver de un gato blanco que yacía en su regazo.

La sangre del animal no era como la de Giovanni, pero al menos estaba caliente y la mantenía fuerte.

Llevaba dos semanas, sola, desde que Giovanni se fue, alimentándose de gatos y perros, y cada vez necesitaba más. Parecía que no era suficiente para su sistema. Cada día sentía una sed mayor.

Cuando se rodeaba de humanos, escuchaba sus corazones bombear sangre, por sus cuerpos, y se le hacía la boca agua con solo pensar en lo sabroso que sería beber la sangre de una de esas personas.

Al día siguiente de su transformación, avisó al profesor Lazzero de que estaba enferma y de que no podía ir a trabajar durante un tiempo, pero ya no podía prolongarlo más, así que enterró el cadáver del animal y se dirigió al despacho del profesor.

—¿Sr. Nicolás? —Golpeó la puerta que estaba abierta mientras entraba en el despacho de su tutor.

—¡Juliette! ¡Qué agradable sorpresa! ¿Cómo se encuentra? —Le preguntó el profesor acercándose a ella para abrazarla. Pero Juliette en un gesto rápido rehuyó el contacto del humano. Se sentía demasiado embriagada por el olor de su sangre como para acercarse mucho a él. No podía lastimarlo, así que se apartó.

—Mejor, Sr. Nicolás, pero no puedo acercarme mucho a Usted, temo contagiarle.

—Entiendo. Le veo muy pálida, hija, ¿seguro que se encuentra mejor? ¿Qué clase de enfermedad padece?

—Según el médico, me ha dicho que tengo una especie de virus. Y que éste, ha creado en mí como una alergia al sol. Me salen eczemas y heridas al contacto de los rayos de la luz diurna, así que tengo que salir cuando el sol se pone para evitar repercusiones. He venido para preguntarle si hay alguna forma de cambiar mi horario de trabajo en la Galería.

—Pues vaya, Juliette. ¿Pero hay algún tratamiento para este virus?

—Bueno, me ha dicho que es algo pasajero. Que dentro de un tiempo desaparecerá tal y como ha venido y volveré a llevar una vida normal. —Eso era algo difícil de decir en voz alta. Una vida normal. Ya nunca volvería a llevar una vida así.

—Bueno, pues no se preocupe, hija. Intentaremos cambiar el horario hasta que se encuentre mejor—. Le respondió su tutor. —Mañana, si quiere, puede venir al último turno a ver qué tal le va ¿de acuerdo?

—De acuerdo, profesor. Muchísimas gracias. —Estaba a punto de irse cuando su tutor le hizo una última pregunta.

—¿Saben sus padres que le está ocurriendo?

“Mis padres” pensó. No había vuelto a pensar en ellos durante esas dos semanas. Había estado demasiado ocupada conteniendo sus instintos e intentando sobrevivir, que no había reparado en ello. “Oh, Dios mío... ¿qué haré con mis padres? ¿Qué les diré?”.

—Sí, profesor. Les he mandado una carta, explicándoles lo ocurrido. Les he dicho que ha sido un catarro.

No quiero que se preocupen más de lo necesario. —Le mintió pero con esa explicación sabía que el profesor no se iría de la lengua más de lo necesario.

—Tiene razón. Así no se preocuparan. Al no verle, es difícil que entiendan que está bien, a pesar de esa alergia al sol.

—Bueno profesor, debo marcharme. Mañana me reincorporaré a mi trabajo. Gracias por todo.

—Buenas noches Juliette. —Al final salió del despacho hacia el exterior del edificio.

Pudo relajar su cuerpo después de toda la tensión que había acumulado conteniéndose frente a su tutor.

Había sentido un impulso muy grande de beber de su sangre, pero al final pudo contenerse y mantener la compostura. Esto cada vez se le hacía más duro y difícil. Necesitaba con urgencia a Giovanni, o acabaría cometiendo un error.

La embarcación atracó en el Puerto Saíd, al noreste de Egipto. Sacaron los vehículos del ferry uno por uno.

—Pensábamos que os habíais cagado patas abajo. —Escucharon la voz de alguien, que se acercaba a ellos.

Sigfrid miró hacia dónde provenía la voz. Oíó, no a un licántropo, sino a cientos de ellos que se acercaban caminando, siguiendo a uno. Lucian, el macho beta de los licántropos. Era un hombre alto con el pelo negro, por debajo de las orejas y perilla. Sus ojos pequeños pero penetrantes.

Avanzaba hacia ellos. Llevaba una camisa abierta y unos pantalones elásticos. Al caminar, la camisa dejaba ver un torso fuerte y fibroso, lleno de cicatrices y con un tatuaje en el centro, del rostro de un lobo. Era como el de Gédéon, pero más pequeño. Los licántropos que se acercaban tras de él, parecían gente normal y corriente. Nadie hubiera sospechado de qué se trataba de hombres lobo. Mantenían cierto parecido entre sí, aparte de coincidir en la vestimenta, que era algo obvio puesto que todos llevaban camisas o camisetas de algodón fácil de romperse en la transformación y sobretodo pantalones elásticos que eran lo mejor para no quedarse completamente desnudos cuando volvieran a su forma normal.

—¿Qué tal, capullo? —Saludó Gédéon a Lucian cuando se acercó, dándole un fuerte abrazo.

—Muy bien, como siempre, con ganas de fiesta.. —sonrió Lucian mirando a su alrededor. Tenía fuerza en su expresión. Sobre todo una mirada decidida y penetrante.

—Vaya, veo que la princesa ha crecido un poquito más de la última vez que la vi... —Se acercó a Adrienne y le besó la mejilla. En seguida miró a Sigfrid con detenimiento.

—Hola Lucian. Me alegra verte de nuevo. Este es Sigfrid.

—Encantado. He oído hablar mucho de ti. —Le alargó la mano para saludarlo y Sigfrid respondió al gesto apretándola con la suya.

—Igualmente. Espero que lo que te hayan contado sea verdad. —Bromeó Sigfrid.

—Seguro, no hay más que verte chupasangre... —Le devolvió la broma, pero no había segunda intención

en sus palabras—. Bueno, pues ya estamos todos, ¿a quién esperamos? —preguntó Lucian.

—A nosotros. —Respondió Giovanni mientras aterrizábamos junto a los licántropos.

—¡Juliette! —Gritó Sigfrid mientras se acercaba a mí para abrazarme.

—Hola Sigfrid. ¡Me alegro mucho de verte! —le apreté fuertemente y le besé en los labios. Todos nos miraban, pero sobretodo Giovanni y la híbrida que había estado junto a Sigfrid antes de que viniera hacia mí.

—Gédéon, esta es Juliette. —Me presentó al macho Alfa de los licántropos.

—Encantada, Gédéon. Es un placer conocerte. Me alegro que hayáis venido.

—El placer es mio. —Me saludó Gédéon—. Nunca nos negamos a una buena pelea y más cuando es por una causa en común.

—Este es Giovanni, Markus y Lícide. —Le dije a Gédéon, presentándole a los que habían venido conmigo.

—Encantado. —Dijo Gédéon.

—Igualmente. —Respondió Markus.

—No es por menospreciar vuestra presencia, pero ¿dónde están el resto de vampiros? —Preguntó Gédéon.

—Han dicho que vayamos nosotros primero. Ellos vienen de camino.

—Perfecto, entonces. ¿Y a donde tenemos que ir?

—A la Necrópolis de Guiza. Allí es donde tenía su sede Cábbala, y es donde están escondidos. —Contestó Lícide.

—Estamos a una hora y media en coche. —Interrumpió Derian.

—Perfecto, pues a los coches. —Ordenó Lucian al resto de los licántropos.

—Nos vemos allí, entonces. —Le dije a Sigfrid.

—Espera Juliette. Quiero presentarte a Adrienne. —Se acercó a mí junto con la híbrida cogida de la mano.

Era una muchacha preciosa.

—Encantada, Adrienne. Por lo que veo, has podido completar el proceso de transformación a híbrida.

—Sí así es. Encantada de conocerte Juliette.

—Me alegro mucho por ti, y sobre todo por Sigfrid. —Cuando lo miré pude ver como se le iluminaban los ojos mirándola. Realmente me alegraba mucho por él. Había encontrado una persona a la que amar y que realmente conocía y vivía en nuestro mundo.

—Adelante entonces, nos vemos allí. —Dijo Giovanni mientras alzaba el vuelo. Lo seguí y junto a mí, venía Markus, que llevaba en brazos agarrada a Lícide. Había probado volar ella, pero aún no se sentía capaz de hacerlo sola, durante tantos kilómetros.

—Ya están aquí, Amo—. dijo Erwan cuando entró en la sala principal donde estaba sentado el dios egipcio.

—Lo sé, los llevo oliendo desde que llegaron a Egipto. Y no vienen solos.

—¿A qué se refiere Amo?—

—Vienen con licántropos. Prepararos, esta noche será la última para todo aquel que venga.

Gédéon detuvo el 4x4 y apagó las luces. Los coches del resto de los licántropos, que habían ido detrás, fueron deteniéndose, uno a uno, formando una especie de círculo alrededor del coche del líder. Todos los faros iluminaban la alambrada de la base de Cábbala, dándole un color blanco nieve. Más allá de la valla, el edificio parecía estar destrozado, tenía un lamentable estado. Detrás de aquel siniestro lugar, se podían ver las tres majestuosas pirámides iluminadas por los rayos plateados de la luna. Un enorme contraste con aquellas maravillosas vistas de fondo.

—Supongo que los neófitos no tienen sentido de la restauración, ¿no? — Bromeó Lucian cuando se acercó a Sigfrid y a Gédéon.

—Apagad todas las luces. —Ordenó Gédéon. Adrienne se situó a su lado.

—¿Qué ocurre Géd?

—Puedo olerlos. Nos están esperando. —respondió el líder de los licántropos. Se acercaron a donde estábamos esperando Giovanni, Markus, Lícide y yo.

—Esto está demasiado tranquilo. —dijo Giovanni.

—Será mejor que esperemos a que lleguen todos. —Dije.

—Pues esperemos que lleguen pronto. —Dijo Gédéon se encendió un cigarrillo.

—Tío, esta mierda te matará algún día. —Le dijo Sigfrid.

—Si no lo hacen esta noche, dejaré de fumar. —Le sonrió el Macho Alfa.

Adrienne se acercó a Sigfrid y éste le pasó el brazo por encima. El resto de los licántropos se colocaron detrás de Gédéon y Lucian. Gael miraba a Sigfrid por encima del hombro de Debon. Derian también estaba a su lado junto con Yvonne. Estaban totalmente preparados para la batalla. Habían venido e iban a luchar junto a ellos. Vampiros y Licántropos. Una unión.

—*Erwan.* —Contactó Scarlett con el vampiro.

—*Dime.*

—*Escucha, han ido los licántropos, vienen a luchar de nuestro lado, intentaré retener nuestra partida hacia allí, para que podáis destruirlos, pero no sé durante cuánto podré hacerlo. Giovanni y la zorra de Juliette han ido a encontrarse con ellos. Ahora deben de estar esperando a que lleguemos, así que podríais empezar ya. La bruja iba también con ellos, que se encargue Seth.*

—*Ya lo sabemos. No te preocupes, estamos preparados.*

—*Espero que cuando lleguemos no quede ninguno.*

—*Así será.* —contestó Erwan.

Comenzábamos a estar cansados de esperar. Allí no llegaba nadie.

—Estoy harto de esperar. Vamos a entrar. —Dijo Gédéon.

—No Gédéon. Esperemos un poco más. —Contestó Sigfrid. Adrienne se abrazó fuertemente a él.

—No necesitamos esperar a los chupasangres, podemos acabar con ellos, señor. —Dijo Gael detrás de Gédéon. El licántropo sí que utilizaba la palabra para despreciar a los vampiros.

—Tienes razón—. Dijo Gédéon mirando a Sigfrid. A continuación el líder se acercó al enrejado y alzando una mano, unas largas garras sustituyeron sus dedos. De un zarpazo, acuchilló la alambrada rompiendo el metal.

—Adelante. —Hizo una señal para que comenzáramos a ir pasando. Giovanni me miró y asintió. Así que pasamos primero. Markus pasó después junto con Lícide. Después Sigfrid y Adrienne. Y luego el resto de los licántropos.

Una vez dentro, nos empezamos a mover hacia la base. Estaba todo a oscuras. No había ni un solo foco encendido. Los licántropos nos seguían. A medida que iban caminando sus cuerpos iban cambiando a la fase de transformación, aumentando el tamaño de sus cuerpos. Las camisetas se iban rompiendo a pedazos e iban cayendo al suelo. Los pantalones elásticos quedaban como única vestimenta. Las mujeres de la manada vestían tops y pantalones de licra ajustados. Sus cuerpos femeninos se convertían en figuras

enormes y musculosas. Los cabellos crecían al igual que sus garras. Los ojos cambiaban a un color rojizo que se distinguían en la oscuridad de la noche. Y los letales incisivos asomaban entre los labios de los hombres lobo. Era todo un espectáculo.

Giovanni y yo, sacamos nuestros incisivos, mientras agudizábamos todos nuestros sentidos, preparándonos para atacar en cualquier momento.

—Hay que proteger a Lícide. —Me dijo Markus acercándose a mi lado.

—Podemos encargarnos nosotros tres. No se acercará nadie a ella. —Contestó Giovanni.

—También yo puedo defenderme. —Nos interrumpió Lícide. —Lo que hay que averiguar es dónde diablos está Seth.

Gédéon pasó delante nuestro seguido de la manada. Ni siquiera vimos aparecer a los primeros neófitos, cuando les atacaron. Sólo escuchamos el aullido de uno de los licántropos, y como ese aullido fue convirtiéndose en un gruñido de dolor. Ya habíamos perdido a uno.

Miré a Giovanni, que estaba junto a mí. Tenía el rostro tenso. Dirigí mi mirada hacia donde tenía puesta su vista y allí estaban.

Cientos de neófitos, con su piel casi transparente, como auténticos cadáveres y aquellos rostros putrefactos con esos ojos amarillos que reflectaban en la penumbra.

Se arrojaron sobre los licántropos y éstos recibieron el ataque de frente, desgarrando sus cuerpos con sus garras y rasgando los cuerpos escuálidos de los snaiders. Bolas de fuego iban cayendo al suelo mientras avanzábamos.

Los lobos tenían el tamaño y la fuerza a su favor, pero los neófitos poseían más velocidad en sus movimientos y desplazamientos.

Un neófito salió de la nada desgarrando la garganta de unos de los licántropos mientras éste caía hacia atrás de espaldas desangrándose.

Gael saltó hacia ese neófito desgarrándole las piernas, hasta que cayó al suelo sobre su garganta. No sin antes llevarse un zarpazo por parte del vampiro en el brazo. Gael gritó de dolor mientras miraba como el snaider ardía al decapitarlo.

Yvonne se encontró con otro snaider de cara, colocándose delante de ella y mirándola con aquellos ojos terroríficos. La licántropa gritó y Debon giró en redondo agarrándola por la muñeca para apartarla, pero antes de poder girarse para enfrentarse de nuevo al neófitos, este le asestó una patada en el pecho, tirando a Debon de espaldas. Ambos estaban a disposición de los snaiders cuando una mole de carne y huesos se interpuso entre ellos y los neófitos,

protegiéndolos con su cuerpo. Era Gédéon.

Cayó sobre el snaider derribándolo. Soltando un fuerte aullido, le asestó un zarpado, desprendiendo la cabeza del vampiro en el acto.

—¿Estáis bien? —Les preguntó mirando a Debon.

—Sí, señor, gracias. —Respondió Yvonne agachándose al lado de Debon.

—¿Podéis continuar?

—Sí, no se preocupe. —Respondió esta vez Debon levantándose y volviendo a la acción junto con Yvonne.

—¿Dónde cojones están el resto de los chupasangres? —Me gritó Gédéon acercándose a donde estaba con Giovanni y Markus.

—No lo sé, Gédéon. Dijeron que vendrían. —Le respondí mientras iba decapitando a todo bicho viviente que se me acercaba. Mi cuerpo estaba totalmente cubierto de la sangre viscosa y espesa de los snaiders.

Cuando pude mirar al macho alfa, vi que también estaba cubierto de sangre y que su rostro era realmente amenazador. Llevaba el cabello hacia atrás, y podía ver sus orejas puntiagudas. Sus ojos rojos me miraban y sus incisivos sobresalían por fuera de su boca. Era impresionante estar delante de él.

—Como no vengan pronto no sé cómo acabará todo esto. Están cayendo muchos de los míos y no puedo permitirme más bajas.

—Cerremos el círculo para que no puedan atacarnos por separado. —Contestó Lucian detrás de él.

La visión de los vampiros era algo extraordinario. Juliette no dejaba de verse atraída por las cosas más corrientes de su alrededor... el destello del agua; las grietas en las paredes de piedra de los edificios; el brillo de las losas de piedra de las calles... era como si nunca antes las hubiera visto.

Juliette paseó por las calles de Florencia observando todo a su alrededor. El oído no era menos espectacular. Podía oír a la gente conversar en sus casas, aunque estuvieran a cientos de metros de donde estaba ella. Escuchaba sus corazones bombear sangre... Sus respiraciones... parecían seres débiles, minúsculos...

Siguió caminando, dirigiéndose hacia el margen sur del río Arno. Era un lugar boscoso, donde podría encontrar animales para alimentarse. Los Médici,

una familia poderosa e influyente de Florencia, habían comprado aquel lugar, donde había unos hermosos jardines, que pronto se abrirían para los visitantes.

La sensación de sed empezaba a quemar su garganta. Debía alimentarse si quería controlar sus instintos más salvajes.

Cuando se adentró más hacia el interior de los jardines, notó una presencia detrás de ella. No era ningún humano, porque no notaba el calor que desprenden sus cuerpos, así que se giró rápidamente, agazapándose para saltar sobre quien osara sorprenderla, pero no hizo falta.

Giovanni estaba de pie, mirándola, mientras una pícara sonrisa dejaba ver sus afilados incisivos.

—¡Giovanni! —Gritó acercándose a él, que ya la esperaba con los brazos abiertos hacia ella.

—Amore mio... —la estrechó fuertemente entre sus brazos. —Mi principessa... —la separó de él lo justo para poder atrapar sus labios con su boca, fundiéndose en un largo y apasionado beso—. ¡Cuánto te he echado de menos, mi niña!

—Y yo a ti, mi amor. ¡No vuelvas a dejarme sola nunca más! Te necesito....

—Ahora estoy aquí, y eso es lo que importa. ¿Cómo lo estás llevando?

—Giovanni, cada vez me está costando más calmar mi sed.

—Es normal, princesa. Tu cuerpo ya no se conforma con la sangre de animales. Tu organismo cada vez necesita sangre más compacta. Sangre humana.

—¿Sangre humana? Pero, el veneno....

—No te preocupes. El veneno ya habrá desaparecido de tu organismo. Es hora de comprobarlo....

—¿Pero, y si mato a alguien? ¿Y si no soy capaz de parar? —Preguntó Juliette.

—Yo te enseñaré como hacerlo. He visto cómo has notado mi presencia. Me gusta saber que estás en alerta. Hay muchos peligros ahí fuera para nosotros, Juliette, y siempre hay que estar preparado para cualquier cosa, no lo olvides nunca.

—¿Qué peligros puede haber? Nosotros somos vampiros. Se supone que nosotros somos el peligro ¿no?

—Ya irás aprendiendo poco a poco... ahora lo principal es alimentarte. Tus ojos comienzan a volverse rojos, y eso significa que tu cuerpo necesita sangre. Vamos.

Juliette lo siguió con la mano de Giovanni agarrando fuertemente la suya. Con él se sentía protegida. Se sentía feliz. No podía imaginarse una vida sin él.

—¡Scarlett! ¿Qué demonios haces todavía aquí? —gritó Drystano cuando entró en la sala donde Scarlett estaba, sorprendiéndola.

—Mi señor, yo... yo estaba haciendo tiempo para que todos los licántropos estuvieran allí. En seguida íbamos a partir....

—¿Qué me estas ocultando Scarlett? ¿Por qué estás actuando así?

—Drystano, yo no estoy actuando de ninguna manera. —Era la primera vez en muchos años que le llamaba por su nombre. —Están terminando de preparar las armas para salir hacia Guiza.

—No te preocupes, ya han salido con Mikolaus.

—Pero señor....

—Debes partir y unirte a ellos. Cuando regreses tenemos mucho de lo que hablar. Ve. —Scarlett salió hacia el exterior y alzó el vuelo hacia la base en Guiza. Tenía que pensar en algún plan. Su actitud ya estaba siendo cuestionada por el Supremo, y no podía dejar que descubrieran su alianza con Erwan.

—¡Aquí llegan! —dijo Giovanni mirando hacia el cielo.

Centenas de vampiros fueron descendiendo y colocándose por delante de los licántropos, haciendo frente a los neófitos. Vestidos todos con ropas oscuras y botas militares negras, iban armados hasta los dientes con armas de fuego, cuchillos y espadas. Pero contra los snaiders las armas de fuego no harían nada. Eso es lo que todos pensaron, hasta que abrieron fuego y decenas de neófitos cayeron al suelo, totalmente debilitados mientras otro grupo de vampiros avanzaba, decapitándolos.

—¡Llevan balas de plata para debilitarlos! —Dijo Derian.

—¡Que buena idea! ¡Adelante! ¡Acabemos con todos esos malditos mal nacidos! —Gritó Gédéon, colocándose junto al vampiro Evander.

—¡Ostia puta, tío! ¿No sé quién es más feo, esos neófitos o tú? ¡La ostia con el lobo! —le dijo Evander mientras lo miraba de arriba abajo.

—Pues yo creo que ganaría tu madre, chupasangre. —Le contestó

Gédéon.

—¡Ei Sullivan! ¡Este chucho me cae de puta madre! —Le soltó Evander a su compañero, riéndose a carcajadas mientras lanzaba una ráfaga de balas de plata.

—¡Más vale que te centres en apuntar, como te equivoques y le des a los licántropos, la palmaran! —Gritó Sullivan para que Evander pudiera oír por encima de los disparos.

—Y eso, amigo, eso sí que sería feo. Muy feo. —le dijo Lucian que cubría las espaldas de Gédéon.

Sullivan estaba pendiente de Alexia. No quería perderla de vista. Pero cuando se giró la vio a su lado.

—Estoy aquí, vaquero. —le sonrió. A su lado también estaban Beyno, Gunthar y Desmond. Cyrano estaba detrás. Habían venido en representación del clan de Sadoc.

—¡Colocaros en el centro! ¡Hay que seguir disparando! —Ordenó Mikolaus a los vampiros—. ¡Los licántropos, avanzad por los lados para acabar con los snaiders!

—¡Así haremos! —contestó Gédéon—. ¡Dispersaros! —Ordenó a su manada.

—¡Lug! ¿Dónde coño está Ivar? —Le preguntó Berdic—. ¡Necesito más munición!

—¡Aquí estoy joder! —Se acercó Ivar donde estaban Lug, Berdic y Vittoria. Le alcanzó más munición mientras regresaba hacia atrás con una bolsa.

—No sé porque narices ha tenido que venir este. —Soltó de nuevo Berdic.

—No menosprecies al chaval. Ya sabemos que luchar no es lo suyo, pero llevando la munición es único.

Sonrió Vittoria. En ese momento se abalanzó un neófito hacia ella. Lug disparó en su dirección, lanzándolo hacia atrás con el impacto del disparo, mientras Vittoria saltó sobre él, decapitándolo.

—Gracias cariño. —Le guiñó Vittoria el ojo a Lug.

—De nada. Ha sido un placer.

—El placer te lo daba yo a ti... —dijo Vittoria bajito, pero sonriendo, porque sabía que Lug la había escuchado perfectamente.

Formaban un gran equipo, licántropos y vampiros. Mientras los vampiros utilizaban sus armas, los hombres lobo iban decapitando los cuerpos según

caían debilitados al suelo.

En cuestión de minutos, acabaron con la mayoría de ellos. Iban cayendo como bolas de fuego, ardiendo hasta consumirse.

—¡Acercaros más entre vosotros! ¡Ya no hace falta estar tan divididos! —Les ordenó Mikolaus a los vampiros. Se acercó hacia Gédéon—. Tú debes de ser el macho Alfa ¿me equivoco?

—No te equivocas. Soy yo—. respondió Gédéon.

—Haz que tu manada se una más, no interesa estar tan separados. Para los pocos neófitos que quedan, podremos acabar con ellos. Si estamos más dispersados, podría haber bajas con los snaiders que quedan

—¿Qué te parece? —Le sugirió Mikolaus. No quería ordenar al líder de los licántropos pero con su experiencia en la guerra sabía de estrategias, más que el lobo.

—Me parece bien. Se ve que entiendes de batallas.

—Algo de experiencia tengo en mis siglos de vida. —dijo el vampiro original.

—Pues está siendo un placer luchar contigo. —Respondió Gédéon.

—Igualmente. Os agradecemos vuestro apoyo en la lucha con los snaiders.

—Tenemos un enemigo en común. Ha sido lo mejor para todos.

Caminaron por las solitarias calles de Florencia. Se adentraron en la plaza de la Signoria, y giraron hacia un pequeño callejón. Giovanni se detuvo. Juliette miró desde detrás de él y vio que había un hombre pegando a otro, que estaba tendido en el suelo.

—Espera aquí—. le dijo Giovanni.

—¿Qué estás mirando? —Le gritó el agresor a Giovanni en cuanto se acercó hacia ellos.

—Deberías dejar de golpearle, me temo que ya está muerto.

—¿Ah sí? Pues me parece que tú vas detrás—. le dijo el hombre a Giovanni y en seguida se lanzó hacia él.

Giovanni se apartó, esquivándolo y lo agarró por el cuello desde detrás, aplastando su cara contra la pared. Le agarró un brazo y se lo pasó por detrás, retorciéndoselo. El hombre gritó por el dolor que le causaba la posición a la que Giovanni lo tenía sometido.

—Ven, cariño. —Le pidió Giovanni a Juliette. Ésta se acercó. Notó como los colmillos salieron hacia el exterior de sus encías con solo oler la sangre de aquel humano.

—¿Qué diablos es eso? —Gritó el hombre mientras miraba a Juliette. Su rostro pálido, con los ojos rojos y los colmillos hacia fuera, era una imagen aterradora.

—Eso que dices, es mi bella mujer, y ahora mismo va a alimentarse de ti, y cuando despiertes... no recordarás absolutamente nada de lo que está ocurriendo ahora. —le susurró al oído del hombre mientras sentía como le temblaban las piernas. Las mismas que antes golpeaban sin compasión al hombre yacido en el suelo.

—Bebe de este despreciable ser, mi vida. Aliméntate.

Juliette se acercó hacia el cuello del hombre. Sentía fuego en sus labios. Tenía necesidad de vida... de sentir el terciopelo de la piel del humano estallar bajo sus colmillos. Clavó sus incisivos en el cuello, bebiendo el líquido vital de aquel humano. Sentía como el corazón acelerado bombeaba la sangre caliente que entraba en su garganta, proporcionándole un placer infinito. Tragaba la sangre con ansia y desesperación. Era puro alimento para ella, no tenía nada excitante como cuando lo hacía con Giovanni.

Ahora comprendía la diferencia.

—Debes parar princesa—. Escuchó la voz de Giovanni entre una especie de ensoñación a la que se sentía sometida.

—Para, cariño. Ya es suficiente. —volvió a escuchar a Giovanni, y fue cuando su cuerpo reaccionó y se separó del humano.

Aspiró profundamente. Se sentía más fuerte que antes. Se sentía como nunca. Beber de un humano era algo increíble. No tenía nada que ver con la sangre de los pequeños animales que se había visto obligada a cazar.

Giovanni dejó el cuerpo casi inerte del hombre en el suelo. Se clavó un incisivo en su dedo índice y se lo pasó por la herida del cuello.

—Nuestra sangre también posee la fuerza curativa. —Le explicó Giovanni al ver que Juliette observaba lo que estaba haciendo—. No podemos dejar pruebas que puedan llevar a sospechas a los humanos.

Pensarán que ha bebido demasiado y que ha caído al suelo después de una pelea—. Se levantó y se colocó frente a ella. —¿Cómo te encuentras?

—Fuerte. Poderosa... es una sensación maravillosa.

—Lo sé pequeña. El sentimiento de poder es indescriptible. La sangre nos ha hecho renacer. Es la sangre lo que deseamos por encima de todo...no

podemos luchar contra eso. Así ha sido como la especie depredadora más letal, nació. Así que te entiendo perfectamente mi amor. Ahora deberás actuar con cautela si deseas alimentarte de humanos. Jamás deberás dejar pruebas. ¿Lo recordarás?

—Giovanni... ¿porque me cuentas todo esto ahora?

—Debo enseñarte todo lo que sé, mi vida. No quiero que te sientas desprotegida cuando yo no esté contigo.

—¿Vas a marcharte otra vez?

—Tengo que hacerlo, princesa. No puedo estar mucho contigo, no lo entenderías nunca....

—Lo que no entiendo es porque debes marcharte siempre. ¿Por qué no te quedas conmigo siempre?

—Te prometo que te lo explicaré, pero ahora no puedo.

—¿Es sobre lo que le ocurrió a Méderic? —Preguntó Juliette.

—Sí, es sobre su muerte—. Se acercó más a ella y le acarició la mejilla. —Escúchame, debes confiar en mí, Juliette. Por favor.

—Confío en ti, pero... —No dejó que terminara la frase. Le puso las manos alrededor de su cintura y la atrajo hacia él para fundirse en un beso. Un beso sediento de ella. La necesitaba allí y ahora. Se bajó los pantalones que llevaba. Cogió a Juliette y la alzó hacia él, poniendo sus piernas alrededor de su cintura, y metiendo las manos por debajo del vestido de Juliette, agarró sus muslos y la penetró fuertemente.

Devoraba su boca con desesperación... la echaba mucho de menos. No podía estar sin ella. Aquella situación lo estaba matando. Era horrible dejarla sola pero era lo mejor para mantenerla con vida.

Leonard seguía tras él y si se quedaba mucho tiempo con ella podría localizarlos y llevar a cabo su venganza. Quitarle lo que más quería. Juliette.

La poseyó salvajemente en aquel callejón, mientras Juliette gemía con cada embestida de Giovanni.

Antes de correrse, Giovanni le clavó los incisivos y bebió de ella. Se embriagó con su dulce sabor. Su diusca.

Después explotó dentro de ella, escuchando como Juliette gritaba su nombre, mientras temblaba de placer entre sus brazos.

Era maravilloso fundirse con él. Sentirlo dentro de ella, y como la llevaba hacia el cielo sin moverse del lugar donde estuvieran.

Giovanni la abrazó fuerte hacia él. No quería salirse de su cuerpo. Deseaba poder permanecer con ella así toda su eternidad. Sintióla húmeda

y apretada contra su miembro, acogiéndolo en su interior... ambos eran uno. Una unión más allá de lo carnal y lo espiritual.

¿Cómo podría imaginarse su vida sin ella? Era imposible. Haría todo lo posible para mantenerla lejos de Leonard, aunque sabía que le estaba haciendo daño, pero prefería eso a perderla para siempre.

—No puedo encontrar a Lícide. —Escuché que gritaba Markus.

—¡Dios santo! Allí está-le dije mientras veía como Lícide se separaba del grupo corriendo hacia la puerta principal. Un grupo de cinco snaiders se abalanzaron encima de ella.

—¡No! —Gritó Markus mientras volaba hacia donde estaba la bruja, pero no hizo falta su ayuda porque Lícide alzó una mano y los cinco neófitos salieron volando hacia atrás cayendo al suelo mientras Markus y yo, los despedazábamos hasta que ardieron consumiéndose.

—Lícide, ¡Estás loca! ¿Cómo se te ocurre separarte sin decirnos nada? —Le regañó Markus.

—Te dije que podía defenderme. Tendrías que confiar un poco más en mí. —Justo en ese momento fue cuando oímos una carcajada que nos heló la sangre. La puerta se abrió detrás de Lícide, y todos miramos hacia esa dirección.

Allí estaba. Un cuerpo enorme sujetaba ambos lados de la puerta ocupando todo el arco, a lo ancho y a lo alto. Era monstruoso. Con el torso descubierto y vestido únicamente con un kilt de lino blanco. Tenía los pies descalzos y llevaba varios brazaletes de oro adornando sus brazos y tobillos. Allí teníamos, al dios Seth en persona.

—¡Por todos los dioses! —Dijo Sigfrid que se acercaba dónde estábamos nosotros. Seth en un rápido movimiento, agarró los cabellos de Lícide, fuertemente con una mano, y tiró de ella, echándole la cabeza hacia atrás.

—¿Te creías tan lista para mantenerme encerrado toda la eternidad, brujita?

Cuando ella intentó moverse, él desapareció. Todos nos movimos buscándolo pero no lo podíamos ver.

—¡Me enterraste en vida y te haré pagar por ello! —Escuchábamos la voz del dios pero no había manera de saber de dónde provenía. Era como si un

espíritu nos estuviera hablando.

—¡Está dentro! —Gritó Adrienne que estaba justo al lado de Sigfrid. Nos giramos para mirarla y realmente impresionaba su imagen. Parecía más alta que Sigfrid y sus mus-los y brazos habían crecido una barbaridad. Sus ojos eran blancos y sus colmillos sobresalían de su boca. Me preguntaba cómo podía hablar siquiera con esos enormes caninos. —Puedo olerlo, y no está solo. Hay dos más dentro. —nos dijo.

—Uno debe de ser Erwan. —dijo Giovanni.

—Pues vamos. —Avanzó Lícide hacia el interior del edificio. Nosotros fuimos detrás de ella.

—... *Y por fin, la sombra del mal, anunciará la llegada de su reino, cubriendo la noche con un mar de tinieblas...* —Escuchamos la misma voz que habíamos escuchado antes que pertenecía al dios egipcio.

Cuando Seth pronunció esas palabras, la luna quedó totalmente cubierta, dejando todo en la más tenebrosa oscuridad.

—¿Qué coño está pasando? —Preguntó Gael a Gédéon observando el cielo como se cubría totalmente.

Gracias a la visión de licántropo no tenían problemas de ver en la oscuridad, pero aquello era demasiado tenebroso.

—No tengo ni idea. —Respondió el líder.

—Ha sido un conjuro del dios Seth. —contestó Mikolaus.

En ese momento, en la penumbra, cientos de neófitos volvieron a alzarse donde antes había solo cenizas.

Estaban renaciendo con el conjuro del dios. De nuevo, sus ojos amarillos volvían a resplandecer en la noche.

—¡Me cago en la puta! —Dijo Evander.

—¡Dios santo! —Gritó Lug.

—Aquí no hay ningún dios santo, sólo hay uno y está maldito. —contestó Mikolaus. Mikolaus miró a Gédéon, e inmediatamente, ordenaron a sus respectivos volver a tomar las posiciones de ataque, que al principio habían tomado. Los vampiros en el centro y los licántropos en los lados para ir decapitando a los neófitos, según iban disparándoles los vampiros.

De nuevo, ráfagas de balas de plata fueron lanzadas contra los neófitos resucitados. Los licántropos avanzaron por los laterales, atacando a los

snaiders y decapitándolos de nuevo. Pero según combustionaban, volvían a alzarse. Era imposible acabar con ellos.

—Me temo que estamos acabados. —Dijo Lucian.

—¡De eso nada! ¡No quiero que nadie se rinda aquí! ¿Me oís? ¡Nadie! ¡Hasta que no quede ni un bastardo de estos! —Gritó Gédéon saltando contra los neófitos y lanzando zarpazos a todo ser que volvía a levantarse, desgarrando gargantas y decapitándolos.

—Mi princesa, debo marcharme...

—Otra vez, no, por favor Giovanni... no me dejes sola de nuevo.

—Lo siento mi vida, pero debo hacerlo. Hay asuntos de los que tengo que ocuparme, ya te lo he dicho antes.

—Si, ya me lo has dicho. Asuntos más importantes que estar conmigo... —le dijo Juliette levantándose de la cama.

Habían ido a su pequeña habitación, donde Juliette vivía, y se habían amado de muchas formas diferentes. Giovanni la había poseído como si no fueran a estar juntos nunca más.

Giovanni se levantó, acercándose hasta donde estaba ella.

—La próxima vez que nos veamos, prometo explicártelo todo. Pero ahora debo partir, antes de que amanezca. Intenta mantenerte alimentada, para no tener problemas de autocontrol.

—De acuerdo. —Se quedó mirando por la ventana. Empezaba a sentirse sola y Giovanni aún no se había ido.

—La primera vez que lo hagas sola, vigila que nadie te vea. Hazlo en un lugar discreto, y recuerda ocultar las pruebas. Te será difícil, pero irás aprendiendo.

—¿Alguna cosa más? —Le preguntó con reproche.

—Juliette, mi amor, lo hago por ti.

—Pues prefiero que no hagas nada por mí, Giovanni. ¡Yo no te lo he pedido! Lo único que te pido es que te quedes conmigo, ¿tan difícil es de entender?

—Te entiendo Juliette. Y te juro que todo esto es muy duro para mí también. ¿Crees que deseo alejarme de ti? ¿Crees que no pienso en ti, cuando no estoy aquí contigo?

—No lo dudo, mi vida. Pero todo esto es nuevo para mí, y es muy difícil.

Siento cosas que nunca antes he sentido. Tengo que luchar contra una sed incontrolable y contra unos instintos primitivos que me controlan a todas horas.

—Lo sé, cariño. Yo he pasado por lo mismo, pero sé que lo conseguirás. Eres una mujer muy fuerte y podrás hacerlo sola. Ahora, debo irme.

—Mi vida... ya te echo de menos... prométeme que volverás. —le dijo Juliette.

—Te lo prometo, Juliette. Pero no sé cuándo. —contestó Giovanni.

—Te estaré esperando.

Giovanni besó sus labios y salió, adentrándose en la noche y desapareciendo en ella.

Un pequeño dolor en su pecho, le decía que tardaría mucho en volver a verlo. Era una sensación extraña, pero sabía que era real. El vínculo que habían creado, le decía que eso había sido una despedida.

CAPITULO XVII

—¿Estás segura de lo que haces? Si descubren que me has protegido, te matarán. —le decía Erwan a Scarlett mientras se escondían en una habitación de la base de Cábala. Scarlett, había llegado unos minutos antes, y se había ido directamente a buscar a Erwan. Tenía que acabar con él antes de que la descubrieran. No podía dejar cabos sueltos.

—Sí, pasa. —Le sujetó una puerta para que entrara.

—Oh, Scarlett... cuanto tiempo sin sentir tu piel... tu olor... —le susurró Erwan mientras la abrazaba y la comenzaba a tocar.

—Escucha, ¿te encargaste de todos los soldados en la Fortaleza, no? —Le preguntó Scarlett mientras sentía las manos de Erwan acariciar sus pechos por encima de su blusa.

—Que yo sepa sí. —le respondió enterrando su rostro entre los cabellos de Scarlett para lamer su cuello.

—¿Qué yo sepa sí? ¿Eso qué es? ¿Un sí o un no? —Lo separó de ella, bruscamente, para mirarlo a los ojos.

—¿Qué te pasa ahora? ¿Por qué me preguntas sobre la Fortaleza? —Le preguntó Erwan.

—Pues porque Drystano ha mandado a sus soldados a investigar cómo pudiste escaparte de allí. Y si quedó alguno con vida, podrá decir que fui yo quien te ayudó. ¿O es que eres tan lerdo como para no entenderlo? —Le dijo Scarlett.

—Acabé con todos, Scarlett. No tienes por qué preocuparte.

—Por supuesto que no tengo porque preocuparme. —Moviéndose a una velocidad que Erwan no pudo ver, Scarlett sacó una daga y le rebanó el cuello. Los ojos de Erwan se le pusieron en blanco y cayó de rodillas, sujetándose la garganta con las dos manos. El preciado líquido vital, rojo como el rubí, brotó entre los dedos del vampiro. Abrió la boca para hablar, pero sólo salió un nombre.

—Scarlett...

En seguida una bola de fuego devoró el cuerpo de Erwan. Scarlett se había deshecho del único que podía inculparla en todo este asunto.

Salió del edificio por una de las ventanas de la parte de atrás, y fue a reunirse donde estaba Mikolaus con el resto de los vampiros.

Veíamos como los licántropos y los vampiros se enfrentaban a un ejército de neófitos, resucitados por el conjuro del dios Seth. Era imposible acabar con ellos mientras Seth estuviera vivo.

—Hay que detenerlo como sea, Lícide. —Le dijo Giovanni—. Esto debe terminar ya, sino perderemos a muchos esta noche.

—Juliette, nosotros vamos con Gédéon. —Me dijo Sigfrid.

—De acuerdo. Id a ayudarlo. —Le respondí mientras veía como Adrienne agarraba fuertemente la mano de Sigfrid mientras giraban hacia donde estaban luchando los licántropos.

—Adelante. Vamos. —contestó Lícide entrando hacia el interior del edificio. Estaba totalmente en penumbras, pero los que entramos teníamos visión suficiente en la oscuridad para poder ver la silueta del dios al final de la estancia.

Nos estaba esperando con los brazos cruzados en su pecho.

Antes de que Markus pudiera ponerse delante de Lícide, para protegerla, ella se acercó a Seth para enfrentarse a él, sola.

El odio y la rabia, recorrían por todo su cuerpo, como si se tratara de una descarga eléctrica. Se sentía fuerte. Poderosa. Y estaba dispuesta a acabar con él.

Sus ojos se tornaron totalmente dorados emitiendo destellos de luz. Echó la cabeza hacia atrás y gritó.

Todos los cristales estallaron. Las paredes y el suelo temblaron. Se movió todo el edificio con la fuerza que Lícide estaba transmitiendo. Giovanni me abrazó, sujetándome para no caer. Fue difícil de evitar aquel movimiento debajo de nuestros pies.

Seth no se esperaba esa reacción, cuando Lícide levantó su mano y lo señaló.

—Casum estridium forse. —cuando terminó de pronunciar esas palabras, Seth salió disparado contra la pared al final de la sala.

Markus se acercó a ella y yo me puse a su lado, para volver a atacarlo. Cuando el dios se levantó, se desplazó con un rápido movimiento, poniéndose a mi lado, cogiéndome del cuello y levantándome hacia él.

Giovanni apareció de la nada y de un salto atrapó con sus piernas el torso de Seth, girando hasta que pudo tirarlo al suelo. Yo caí junto a él pero pude

separarme, gateando, rápidamente de su lado.

—¡No! —Gritó Lícide. Se había dado cuenta de donde se encontraba Giovanni. Y de que había cometido un gran error al acercarse tanto a Seth.

Intentó enviarle de nuevo otro ataque al dios, pero Seth se puso detrás del vampiro, así que Lícide no pudo hacerlo por miedo a matar a Giovanni.

El dios lanzó una descarga a Giovanni, tirándolo al suelo. Se acercó a él, lo cogió del pecho y lo acercó hacia él. Markus y Lícide se acercaron por ambos lados del dios, agarrando sus brazos. Escuché un crujido de huesos, suponiendo que le habían dislocado ambos hombros, pero el dios seguía sin inmutarse, y mantenía aún agarrado a Giovanni.

—¡Oh dios, Giovanni! —No salió otra cosa de mi boca. Veía a Giovanni intentando desprenderse de esas enormes manos que lo tenían agarrado del cuello. Apenas podía respirar cuando vi como un humo blanco salía de su boca dirigiéndose hacia la de Seth. Aquel humo blanco entraba dentro del dios mientras Giovanni iba cerrando los ojos poco a poco.

Lícide volvió a arremeter contra Seth, tirándolo al suelo con otro ataque, mientras Markus aprovechaba para recoger a Giovanni del suelo y apartarlo de allí.

Pero Seth se levantó y cogió a Lícide dándole un abrazo mortal.

—¡Juliette! ¡La daga! —Me gritó Markus. Escuchaba a Lícide gritar aterrada mientras el humo blanco que antes vi salir de la boca de Giovanni, ahora empezaba a salir del interior de Lícide hacia la boca de Seth.

Me agaché donde estaba el Akil, y grité el nombre de Lícide. Ella reaccionó y comenzó a susurrar unas palabras, que no pude escuchar. De repente, entre mis manos, noté como una cavidad en la daga se abrió.

Pude introducir el frasco que me entregó Markus en ese momento, que contenía la sangre de Atón Ra.

Me acerqué donde estaba Seth y le atacé, clavando mis incisivos en su espalda, para intentar que soltara a Lícide. El dios soltó un gruñido, tirando a Lícide al suelo mientras desplazó un brazo hacia atrás agarrándome del pelo y lanzándome contra la puerta. Me golpeé fuerte en la cara, notando la sangre dentro de mi boca, mezclada con la del dios.

Fue cuando vi a Lícide, como se levantaba, con la daga en las manos, elevando los brazos. Un halo de luz la envolvía y escuché como gritaba:

—*Spiritum Aton Ra, ueniat ad me et disperdam illud malum esse* (Espíritu de Atón Ra, ven a mí y destruye este ser maligno).

El dios se quedó paralizado ante ella, al escuchar aquellas palabras.

—¡Markus, sujétalo! —Gritó Lícide.

Así hizo el vampiro. Le pasó un fuerte brazo por el cuello al dios, mientras con la otra le sujetaba la cabeza hacia atrás.

Aprovechando ese momento, Lícide se acercó al dios. Su cuerpo resultaba terrible-mente pequeño ante aquel ser. Y en un movimiento ágil, clavó la daga en el corazón de Seth, hundiéndola hasta el final.

El rostro del dios quedó petrificado. Pude ver terror en sus ojos. Fue cuando lanzó un fuerte alarido, mientras su cuerpo se desintegraba en miles de pedazos luminosos que cayeron al suelo, ardiendo hasta que al final desaparecieron por completo.

Markus cayó al suelo, deteniendo el golpe con sus brazos, al haber desaparecido el cuerpo que tenía agarrado del dios. Lícide se agachó dónde estaba él, y lo abrazó.

—¡Oh mi vida! —le dijo Markus mientras la abrazaba—. Todo ha acabado.

—¡Disparad! —Gritó Mikolaus. En ese momento ráfagas de fuego iluminaron la noche. Todos los neófitos cayeron al suelo, mientras los licántropos acabaron con ellos en cuestión de segundos.

Los cuerpos ardieron y ya no volvieron a levantarse. Todo había acabado allí también. Gédéon abrazó a su hermana, volviendo todos a su estado normal. Sigfrid se acercó a ellos y se unió al abrazo.

Mikolaus se puso al lado y el líder de los licántropos le tendió la mano.

—Ha sido un placer luchar con vosotros. Espero que esta unión nos sirva para estar en paz con vosotros. —le dijo Mikolaus.

—Por nuestra parte, estamos en paz—. Respondió Gédéon.

Evander saltó sobre Sullivan, abrazándolo.

—¡Nunca he estado tan contento de verte, tío! ¡Uuuuuu! ¡Joder que subidón! —Rió a carcajadas Evander, mientras le daba un beso a la frente a su amigo.

—¡Qué coño haces? ¡No me sobes, joder! ¡Qué asco de tío! —Gritó Sullivan mientras se liberaba de los brazos de su compañero.

Evander se separó de Sullivan y se acercó dónde estaban Cyrano y Beyno. Mientras Alexia aprovechaba para ponerse detrás de Sullivan.

—Por fin, ya ha acabado todo. —Le sonrió cuando Sullivan se giró hacia

ella.

—Sí. Por fin ¿Estás bien? —Le preguntó el vampiro.

—Estaré mejor después de un baño caliente...-

—Mmmmm... me gusta la idea... ¿podré frotarte la espalda? —le preguntó Sullivan acercándose más a ella y pasándole sus brazos por la cintura.

—Creo que te lo mereces. —le respondió inclinándose para besarlo.

—¡Ha sido la ostia! —Exclamó Berdic. Lug e Ivar estaban a su lado, guardando las armas en las bolsas.

—¡Ya te digo! —Respondió Ivar. Lug miraba hacia los lados buscando a Vittoria. No había vuelto a verla y estaba preocupado.

—¿Oye, donde está Vittoria? ¿Alguien lo sabe? —Preguntó.

—Pues no tengo ni idea. Estábamos todos juntos pero ahora no la veo—, dijo Berdic mirando también hacia un lado y otro.

—¡Joder! ¿Y si le ha pasado algo? —Preguntó Ivar.

—¡No digas gilipolleces! —Le gritó Lug. —Vamos a dividirnos, tenemos que encontrarla.

—De acuerdo. Yo iré hacia allí a preguntarles a Sullivan y a Alexia. Ivar, tú ve hacia donde están aquel grupo de licántropos a preguntarles. —le ordenó Berdic.

—¿Por qué coño me tiene que tocar a mí ir a preguntarles a los chuchos? —Se quejó Ivar mientras se dirigía hacia los hombres lobo—. ¡Por suerte, ya parecen más normalitos sin tanto diente y tanto pelo!

Lug salió corriendo hacia el otro extremo de donde estaban. Rodeó el edificio, y allí vio a Vittoria.

Estaba allí parada, mirando hacia las pirámides. Tenía que reconocer que la vista era espectacular, pero debía de haber avisado de que se separaba del grupo.

—¿Qué cojones haces aquí? ¿Por qué no has avisado que venías? —Le gritó Lug antes de llegar hasta donde estaba ella. Ella se giró para mirarlo, pero volvió la cabeza de nuevo hacia las pirámides.

—¡Te estoy hablando Vittoria! —Le dijo Lug cuando se puso a su lado.

—¡Y yo te estoy escuchando! ¡No hace falta que me grites! —Le contestó.

—¡Nos tenías preocupados, joder! ¡Vamos! Tenemos que regresar a la base. He llamado a Hakon para decirle que hemos derrotado al ejército de neófitos—. le agarró del brazo para moverla.

—Suéltame ahora mismo. —Le dijo Vittoria tan bajito como un susurro.

—¿Qué te pasa? —Le preguntó Lug.

—Nada que te importe.

—¿Se puede saber qué coño te pasa ahora? —No la había visto nunca tan seria. La miró y vio un rostro serio y triste. Una lágrima se deslizaba por su mejilla—. Vittoria, estás llorando....

—¡Que observador!

—Pero, ¿Por qué lloras? ¿Te han herido? ¿Te duele algo? —Verla tan triste y llorando lo estaba preocupando aún más.

—No me han herido. Estoy bien. Vamos. —se limpió la lagrima, y comenzó a andar.

—Espera Vittoria. ¿Qué te ocurre?

—Déjalo Lug, por favor.

—De acuerdo—. se rindió al ver que Vittoria no quería explicarle nada y la siguió. Rodearon de nuevo el edificio dirigiéndose hacia donde estaban todos esperando para partir hacia su base, dejando las majestuosas pirámides atrás. Algún día descubriría que le había ocurrido a Vittoria y porque lloraba.

Habían pasado tres meses y medio desde que Giovanni volvió a salir de su vida, otra vez. No había vuelto a verlo ni a saber de él.

Había seguido con su trabajo en la Galería d’Uffizi, y alimentándose cada día para poder controlar sus instintos. Y hasta ahora lo había llevado lo mejor que podía. Pero la ausencia de Giovanni, la había llevado a un estado depresivo.

No pensaba que los vampiros pudieran pasar por una depresión o algo similar, pero desde luego que ella lo estaba sufriendo en su alma y corazón.

Una noche, después de acabar su turno y salir a alimentarse, regresó a su habitación. No se sentía del todo bien. Era como si la sangre de aquel humano le hubiera provocado una indigestión.

Se tumbó en la cama, cuando de golpe, tuvo que incorporarse para vomitar. Sentía un fuerte dolor en el estómago. No podía dejar de sacar sangre por la boca. Era desesperante. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué sentía eso en su interior? Giovanni le había dicho que los vampiros nunca se ponían enfermos, entonces ¿Por qué estaba vomitando la sangre que acababa de beber?

En ese momento sintió unos movimientos dentro de ella. “¿Qué me está

pasando?

¿Qué es esto, que se mueve en mi interior?... ¡oh dios! ¿Un bebé? ¿Estoy embarazada?... no... no es posible”.

Al cabo de casi dos semanas más, visitó a una comadrona. Se la había recomendado una chica que

conoció una noche en la calle. Iba a alimentarse de ella cuando se dio cuenta que estaba también embarazada, y no pudo hacerlo. Comenzaron a conversar y le sugirió que visitara a su comadrona, la Sra.

Lucrezia. Era una mujer discreta y muy profesional. Así que no se lo pensó dos veces, cuando acudió a su casa. Ultimamente, estaba muy débil. Apenas podía alimentarse y de lo poco que podía beber, parecía como si el bebe, lo absorbiera todo, dejándola sin sustento para ella.

—Estás demasiado débil, hija. No podrás seguir adelante con este embarazo si no te alimentas correctamente. El bebé está bien, pero tú, no. —se giró la Sra. Lucrezia, para lavarse las manos después de haber explorado a Juliette.

—Lo sé, intento alimentarme lo más que puedo, pero parece como si este pequeño (ella siempre hablaba como si fuera un niño) me absorbiera toda mi energía. —le contestó a la comadrona mientras se volvía a vestir.

—Debes de alimentarte y reposar. No puedes seguir trabajando o tendrás riesgo de perderlo. —Aquellas palabras retumbaron en el interior de la joven vampira. No podía perderlo. Era su hijo. Hijo de Giovanni y de ella.

Regresó a su habitación. Por el camino, se alimentó de dos humanos. A pesar de su estado avanzado, aún tenía agilidad y fuerza suficiente para poder cazar. Cuando llegó, se tumbó en la cama, pero comenzó a sentir dolor dentro del vientre. Miró entre sus piernas y vio que estaba sangrando. Tenía una hemorragia y no podía detenerla. Un dolor muy fuerte la impedía moverse, comenzó a llorar desesperadamente.

Cuando notó que las fuerzas la abandonaban y cayó en un profundo sueño sin poder evitarlo. Despertó a los tres días. Seguía tumbada en la cama, toda llena y empapada de sangre seca. La hemorragia había cesado, pero ella estaba en un estado delicado.

Se incorporó un poco en la cama, reuniendo las pocas fuerzas que disponía, y puso sus manos en su vientre abultado. No sentía nada. No sentía su corazón. ¿Qué le pasaba a su bebé que no se movía?

Hizo lo imposible por levantarse y abrir la puerta. Gritó fuerte. Una chica que vivía en la habitación de al lado, salió corriendo y acudió a su llamada.

—¡Dios santo! ¿Qué te ocurre? —Se acercó a ella rápidamente al ver sus ropas cubiertas de sangre.

—Mi bebé... mi bebé... —solo salían esas palabras de su boca—. Avisa a la Sra. Lucrezia... mi comadrona... —y volvió a caer al suelo, de rodillas. La chica la ayudó a incorporarse y la llevó de nuevo dentro de la habitación. Cambió las sábanas de la cama, y la hizo tumbarse de nuevo.

—No te preocupes, voy a avisar para que le lleven un mensaje y acuda aquí cuanto antes. En seguida vuelvo.

Juliette cerró los ojos. Al cabo de una hora, escuchó golpear en la puerta. Se levantó despacio y abrió. La Sra. Lucrezia y la chica que la había ayudado antes entraron.

—Mi bebé, ¿Qué le ha ocurrido a mi bebé?

—¡Santos cielos! ¿Qué te ha ocurrido a ti, hija? —Le preguntó la Sra. Lucrezia.

—No lo sé... yo... me desmayé... estaba sangrando...

—Escuché unos gritos, y salí. Fue cuando la vi en la puerta, toda cubierta de sangre. La cama estaba igual, he tenido que cambiarle las sábanas. —le explicó la chica a la comadrona mientras ésta se puso a explorar con una mano, entre las piernas de Juliette. Luego se colocó un utensilio en la oreja y lo acercó a su vientre.

—Está muerto Juliette. El bebé ha muerto.

—¡Nooooooo! ¡No puede ser! ¡Mi bebé! —Gritos de dolor salieron de la garganta de la vampira, mientras la angustia y el dolor, invadían todo su cuerpo.

—Hay que sacarlo inmediatamente antes de que te provoque la muerte. —le sugirió la comadrona. Ayúdame joven. —le pidió a la chica que estaba a su lado observando a Juliette y llorando mientras veía el dolor de aquella mujer que había perdido a su hijo.

Tardaron un rato en sacar al bebé, mientras Juliette se retorció de dolor y sufrimiento, al sentir como sacaban a su bebé de sus entrañas. De su vida.

La comadrona, acogió el cuerpo inerte del bebé, cubriéndolo con una toalla.

—¿Era un niño? —Le preguntó Juliette desde la cama.

—Sí —contestó la Sra. Lucrezia.

—Déjame verlo. —le pidió Juliette.

—No creo que sea buena idea, hija. —Le sugirió la comadrona.

—Necesito ver a mi hijo.

Acercó aquel bulto hacia la vampira. Descubrió la toalla y pudo verlo. Aquel minúsculo cuerpecito sin vida. Su hijo. Tenía formadas sus manitas... sus piecitos... aquel rostro pequeñito con su boca, su nariz, sus orejitas... y sus ojos cerraditos...

—Iros por favor.

—Pero Juliette... —dijo la comadrona.

—¡Iros! —Gritó Juliette, incendiándose sus ojos en fuego cuando las miró a las dos. Ambas gritaron al verla con aquellos ojos rojos y los colmillos hacia fuera, y salieron corriendo de la habitación dando un portazo.

Se quedó a solas con su bebé. Lo abrazó acogiéndolo en su regazo como si estuviera dormido. Lágrimas sangrientas recorrían su rostro empapando sus ropas y la toalla donde tenía envuelto a su hijo. Aquella desesperación y aquel dolor eran indescriptibles. Jamás había sentido tanto dolor y tanta angustia en su interior. Había perdido a su hijo. Ya no le quedaba nada. Estaba totalmente sola. Primero Giovanni la había abandonado de nuevo y ahora su bebé, su pequeño bebé, la había dejado.

—¡Juliette! —Sentía una voz de alguien, que me llamaba a lo lejos. Estaba en shock por todo lo que acababa de ocurrir.

—¡Juliette! —Volví a escuchar. —¡Es Giovanni! —Cuando escuché su nombre, fue cuando reaccioné. Mis ojos volvieron a tener una imagen nítida de donde me encontraba. Pude ver a Markus delante de mí, zarandeándome. Cuando pude mirar más allá de él, vi a Lícide en el suelo sosteniendo la cabeza de Giovanni.

Me levanté rápidamente, apartando a Markus, y avancé hacia donde estaba Giovanni. Su cuerpo estaba quieto. Su rostro pálido, parecía mucho más delgado. Ese maldito Dios, había absorbido algo de él y no sabía que repercusión había tenido eso.

—Lícide... Lícide.... ¿Qué le ha ocurrido? ¿Qué le ha hecho? —Le pregunté agachándome a su lado, mientras cogía la cara de Giovanni entre mis manos.

No respiraba. No se movía. Y sus ojos estaban totalmente blancos. Había desaparecido su color plateado.

—Seth ha absorbido su alma, Juliette. —Escuché que me decía Lícide, pero no acababa de entenderlo.

Gracias a que hemos intervenido rápido, no ha llegado a absorber todo su ser, pero me temo que...

—¡No sigas! ¡Giovanni va a vivir! —Me llevé la muñeca a mi boca, y clavé mis incisivos en mi piel hasta que comenzó a brotar mi sangre.

Abrí la boca de Giovanni, y le acerqué mi brazo para que la sangre cayera dentro de él. En un momento Giovanni volvería a ser el mismo de siempre. Me sonreiría y me abrazaría como si no hubiera ocurrido nada de esto.

—Amor mio, bebe... por favor... bebe. —Le susurraba.

—Juliette, tu sangre no le hará nada. —Seguía escuchando la voz de Lícide detrás de mí.

—¡Dejadme en paz! Claro que funcionará. Es mi sangre. Va a salvarse... —lo abracé más hacia mí. Quería sentirlo cerca. Lo necesitaba.. —Por favor mi vida...

—Déjala, Lícide. Salgamos fuera. —Le pidió Markus. —Voy a buscar a Sigfrid. Será el único al que pueda escuchar ahora.

Me quedé a solas con él. Giovanni. Mi Giovanni. Mi vida, mi amor... él había sido el hombre de mi vida.

—Giovanni... por favor... —seguía cayéndole mi sangre en su boca, pero no reaccionaba. No tragaba. Su rostro seguía inerte. Sus ojos no cambiaban de color. Estaba desesperándome... En el fondo sabía que lo estaba perdiendo.

—Por favor, Giovanni, no me dejes... por favor... vive para mí, aún nos queda toda la eternidad para estar juntos...

Las lágrimas bañaban mi rostro. Un fuerte dolor me atravesaba el pecho. Apenas podía respirar. Sólo podía pensar en aquel hombre que había arriesgado su vida para salvarme y que tenía entre mis brazos.

Levanté su cuerpo, hasta sentarlo mientras lo rodeaba en un fuerte abrazo. Enterré mi rostro entre sus cabellos y aspiré su olor. Aquel olor único para mí.

Le sujeté el rostro y posé mis labios en los suyos. Estaban más fríos que nunca, y se-guía sin reaccionar.

—Dios mio... Giovanni... no me dejes... aún no he terminado de amarte. Te prohíbo que salgas de mi vida. ¡Te lo prohíbo! —Lo abracé fuerte hacia mí, y lloré desconsoladamente.

—Juliette... —Escuché detrás de mí. Era Sigfrid.

—¡Déjame!... ¡Dejadnos solos! —Le dije. Pero era para todos. Quería que me dejaran sola con él. No quería que nadie nos molestara.

—Por favor Juliette, no puedes hacer nada más. —Sigfrid me hablaba bajito.

—Sí que puedo hacer. Puedo irme con él.

—¡No digas tonterías! Ya ha habido demasiadas muertes por hoy.

—¡No me importa las muertes que ha habido! ¡No me importa nada! ¡El amor de mi vida está muerto entre mis brazos! ¡Muerto! ¡Maldita sea! ¿Qué sentido tiene mi vida ya, si no está él?

—A Giovanni no le gustaría escucharte decir eso. Él no desearía que te rindieras tan fácilmente.

—¡El ya no está, Sigfrid! ¡No está! ¡Y yo me quiero ir con él! —Miré hacia al lado y vi trozos de madera de la puerta contra la que me había lanzado el dios. Agarré uno de los trozos fuertemente en mi mano. Lo acerqué hacia mí pecho mientras miraba por última vez el rostro del hombre que había amado con todas mis fuerzas.

Unos fuertes brazos aprisionaron los míos, mientras alguien me quitaba la estaca de mi mano. El cuerpo de Giovanni cayó al suelo de nuevo.

Me alzaron con fuerza, sacándome al exterior. Yo gritaba. Gritaba con todas mis fuerzas. Rogaba que me dejaran con él. No podía dejarlo allí.

—Va a amanecer Juliette. Debemos irnos. —Era Markus quien me hablaba.

—¡Ayúdanos, Gédéon! ¡Tiene demasiada fuerza! —Gritó Sigfrid.

En seguida otros fuertes brazos me agarraron por las piernas. Solté varios golpes al aire hasta que uno de ellos fue a parar a la cara del licántropo.

—¡Joder! ¡Qué ostia me ha arreado! —soltó Gédéon.

—Ya te dije que tenía fuerza. —Le dijo Sigfrid.

—¡No! ¡Por favor, dejadme con él! ¡Quiero morir con él! ¡No quiero seguir viviendo si no está él!

Gritaba desesperadamente—. ¡Por favor, Sigfrid, déjame! ¡Te lo ruego! ¡Te lo suplico! —Mi voz se partía mientras intentaba por todos los medios que me soltaran de nuevo para ir hacia Giovanni.

—Lo siento, Juliette, pero no puedo. Lo siento... —dijo Sigfrid.

Y así fue, como mientras me sacaban hacia fuera del edificio, contemplé por última vez el cuerpo del hombre que me había dado el inmenso regalo de la vida eterna junto a él. Aquel hombre que sin importar lo oscuro de nuestras vidas, me había enseñado la más hermosa luz... la luz del amor.

Fue entonces, cuando cerré mis ojos y me entregué a la oscuridad. Ahora estaba, *sola en mi oscuridad*.

FIN

Índice de Personajes

ADRIENNE Hermana gemela de Gédéon y amante de Sigfrid.
AKIL Brujo.
ALINA Humana criada por los licántropos.
ALEXIA Vampiro del clan de Sadoc
ARYAN Brujo original de Egipto y padre de Lícide.
ARMAND Hermano de Scarlett.
BASTIAN Hijo de Scarlett.
BERDIC Vampiro del clan de Hakon.
BERTA Madre de Suzanne.
BEYNO Vampiro del clan de Sadoc.
BIANKA Vampira, secretaria del Gobernante Sadoc.
CORALINE Vampira original y creadora de Méderic.
CYRANO Vampiro del clan de Sadoc.
DEBON Licántropo del clan de Gédéon.
DERIAN Licántropo y médico del clan de Gédéon.
DESMOND Vampiro del clan de Sadoc.
DRYSTANO Jefe Supremo del Consejo de Vampiros.
ENRICO Padre de Marina.
ERBIN Vampiro amigo de Giovanni.
ERWAN Vampiro antiguo aliado de Scarlett.
EVANDER Vampiro del clan de Sadoc.
GAEL Licántropo y Mano derecha de Gédéon.
GEDEON Líder y Macho Alfa de los licántropos.
GIOVANNI Protagonista. Vampiro antiguo que se enamora de Juliette.
GUNT HAR Vampiro del clan de Sadoc.
HAKON Gobernante de los Vampiros en Rusia.
IVAR Vampiro del clan de Hakon.
JULIETTE Protagonista. Humana convertida en vampira por Giovanni.
KASSANDRA Vampira original y Miembro del Consejo.
LEONARD Hermano de Scarlett.
LICIDE Bruja de padre brujo y madre Diosa.

LUCIAN Macho Beta de los licántropos.
LUCIANO Novio de Marina
LUG Vampiro y mano de derecha de Hakon.
MARCELO Padre de Juliette.
MARINA Mejor amiga de Juliette.
MARKUS Vampiro vikingo.
MEDERIC Vampiro antiguo y creador de Giovanni.
MIKOLAUS Vampiro original y Miembro del Consejo.
NEOFITOS Vampiros nuevos creados por Erwan (snaiders)
SR.LAZZERO Profesor de Juliette
PAULA Madre de Juliette.
SADOC Gobernante de los vampiros en América.
SCARLETT Vampira original. Gobernanta de los vampiros en el Reino Unido y miembro del Consejo de Vampiros.
SETH Dios Egipcio y uno de los primeros vampiros.
SIGFRID Vampiro creado por Juliette.
SILVIO Hermano mayor de Juliette.
SULLIVAN Vampiro del clan de Sadoc.
SUZANNE Novia y futura esposa de Silvio.
THELONIUS Vampiro original y Miembro del Consejo.
THORBRAN Vampiro original y Miembro del Consejo.
VALENTINO Novio de Juliette cuando es humana.
VIRIATHOS Vampiro original y Miembro del Consejo.
VITTORIA Vampira del clan de Hakon.
YVONNE Licántropa del clan de Gédéon.

Avance 2ª Entrega

SOLA EN LA ETERNIDAD

En esta segunda entrega de la saga Eternity, ocurrirán cosas realmente inesperadas en la vida de Juliette.

Juliette despierta sobresaltada de una pesadilla. Ha visto a Giovanni llamándola en sus sueños. Las dudas empiezan a asaltarla, no sabe realmente que le ha pasado al hombre que ama, pero está dispuesta a todo para averiguarlo.

Shioban, la Reina de las Hadas, es la única que tiene alguna respuesta, pero para descubrirlas, primero deberá encontrarla.

Acompañada por su inseparable Sigfrid, Markus y la bruja original y mitad vampira, Lícide, se adentrarán en una aventura que os mantendrá enganchados hasta la última página, donde deberán enfrentarse a espíritus enviados del inframundo, demonios cazadores de brujas... y sobre todo a muchas verdades, que difícilmente serán aceptadas. Una trama donde cada uno de los personajes desvelará sentimientos hasta ahora ocultos...

“ Podemos haber terminado con nuestro pasado, pero nuestro pasado no ha terminado con nosotros. ”

Document Outline

- [SOLA EN MI OSCURIDAD](#)
- [CAPITULO I](#)
- [CAPITULO II](#)
- [CAPITULO III](#)
- [CAPITULO IV](#)
- [CAPITULO V](#)
- [CAPITULO VI](#)
- [CAPITULO VII](#)
- [CAPITULO VIII](#)
- [CAPITULO IX](#)
- [CAPITULO X](#)

- [CAPITULO XI](#)
- [CAPITULO XII](#)
- [CAPITULO XIII](#)
- [CAPITULO XIV](#)
- [CAPITULO XV](#)
- [CAPITULO XVI](#)
- [CAPITULO XVII](#)
- [Indice de Personajes](#)
- [Avance 2ª Entrega SOLA EN LA ETERNIDAD](#)

Table of Contents

[SOLA EN MI OSCURIDAD](#)

[CAPITULO I](#)

[CAPITULO II](#)

[CAPITULO III](#)

[CAPITULO IV](#)

[CAPITULO V](#)

[CAPITULO VI](#)

[CAPITULO VII](#)

[CAPITULO VIII](#)

[CAPITULO IX](#)

[CAPITULO X](#)

[CAPITULO XI](#)

[CAPITULO XII](#)

[CAPITULO XIII](#)

[CAPITULO XIV](#)

[CAPITULO XV](#)

[CAPITULO XVI](#)

[CAPITULO XVII](#)

[Indice de Personajes](#)

[Avance 2ª Entrega SOLA EN LA ETERNIDAD](#)